

CALLE _____ N.º _____
POBLACION _____

NOMBRE _____
TELEF. _____

NÚM. _____

AÑO _____



Manuscrito andino

Impresión con
paso líneas 8, 3 ver,
y 3 doble espacio

Probar para
impresión definitiva:
2 etapas. Paso líneas 8,
paso 250 pags

I. LOS NACIMIENTOS

Buscar tipo de letra o formato
de modo que entre en 60 espacios
por línea

Probar, impresión rápida,
si 50 palabras más o menos
2 espacios y
paso líneas 8.

Dejalo a esta forma
por 2 especies.

A más de cinco mil metros de altura, las mulas andinas trepan dejando señales rojas en la nieve, hechas con las gotas de sangre que se les escapan por la nariz. Mulitas tan livianas y ligeras que parecen nubes; pero dentro de esa aparente liviandad, el corazón les late tan fuerte que los jinetes pueden oír su golpeteo. También las palabras, en el refugio cordillerano donde escribo esta historia, suenan como latidos, y llegan a mí de la misma manera que el ruido del corazón de las mulas al preocupado oído del mulero.

Más arriba de este refugio, que llamo Mirador de los Vientos, el cielo es permanentemente azul. Las nubes están siempre allá abajo. Las he visto tiritar de frío y deshacerse en lluvias que no me alcanzan. Son algo así como la intensidad que aquí tiene la altura, la que desnuda las palabras y hace sangrar a las mulas. Debajo de ellas viven las aves de vuelo corto, que sólo conocen su reverso. En cambio para el cóndor, que las domina, y cuyo vuelo permite la expansión de la cordillera, casi no existen; son como el polvo de su camino.

El Mirador, integrado a la montaña, es circular, de techo abovedado, con un ventanal que da al abismo. Hay un hogar para el fuego, que alimento con raíces, especies de árboles disminuidos que para no helarse crecen bajo tierra. Cuando están vivas, asoman afuera apenas una pequeña forma que las conecta con la luz. El calor llega hasta el establo contiguo donde duerme la mula que me lleva y me trae. Mi mesa de trabajo está junto al ventanal. Sobre ella hay un candelabro, un tintero, un diccionario, la Gramática de don Antonio de Nebrija. En un arcón hay alimentos, tinta y hojas que amarillean por sus bordes. En la pared, una guitarra y las sombras de los objetos, incluyendo la mía, permanentemente proyectadas por las llamas del hogar.

guitarra cabeceas

El estudio de ese antiguo tratado del lenguaje me ha enseñado a querer a las palabras. Las escribo viéndolas florecer, tocadas por la intensidad o desnudez de la altura; las oigo sonar en el silencio virgen de la expansión. Y son música, como afirma el gramático. Cada vez que escribo una, siento el latido del objeto encerrado por los signos. Las oigo vivir. Las palabras sacan a las cosas del olvido y las ponen en el tiempo; sin ellas, desaparecerían. Los cóndores, por ejemplo, caerían en mitad de su vuelo. Por eso cada vez que escucho el aleteo con que estas grandes aves se lanzan al espacio, digo cuidadosamente "cóndor", de modo que suenen bien todas sus letras, para que la palabra, además de las alas, ayude a sostenerlo.

Los pájaros de abajo, cuando arrastrados por el viento traspasan sus límites y penetran en las grandes alturas, dejan de cantar; es decir, pierden sus palabras. Sin ellas, ya no son aves; se convierten en trapos sucios en el vendaval. Y es una pena verlos rodar en los caprichos del viento, caer entre las rocas donde los devoran las hambrientas hormigas de la montaña. "Pájaro, pájaro", les grito viéndolos caer. Pero ya han dejado de serlo, la palabra ha huido de ellos, y se entregan silenciosos, todavía vivos, al festín de las hormigas.

También están las estrellas, que erupcion escandalosamente. Aquí, más que brillar, cuelgan volumétricas, como frutas a punto de caer. Ponen un cerco a la infinitud, apropiándose. Para ellas un cóndor o un hombre no son ni siquiera una sombra. Ante su desnudez, la vida y la muerte son simples acciones desesperadas. ~~Hay en día es posible pensar con fundamentos reales en la destrucción de la vida por el hombre mismo. Más que la existencia de armas demenciales y de pueblos que en su locura sienten el desprecio de vivir, es la presencia de estos monstruos luminicos lo que nos aísla; son la evidencia de que estamos solos ante el crimen; de que nadie podrá ayudarnos si caemos.~~ *nos dejan a solos cay no dicen* Cada noche, para olvidar o evitar su presencia y estos pensamientos, y sobre todo el miedo, toco la guitarra. Una pieza interminable, que yo mismo compongo, donde hablo de las nubes.

A mis espaldas está el mar, el formidable mar océano. Oculto por la cordillera, no lo veo. Pero puedo sentirlo. Tengo en mi cuerpo terminales nerviosas sensibles a sus pulsiones, que me conectan con él a pesar de las moles de piedra que nos separan. Los nervios de mi espalda son como ojos.

En las noches sin viento, concentrándome, alcanzo a percibir su crispación y siento que mi piel se saliniza. Nombrarlo es un placer total. Su palabra es perfecta. Tal como digo cóndor mientras éste vuela, digo mar sintiendo que él sucede a mis espaldas. Esta presencia también forma parte de la intensidad que aquí tiene la altura, la misma que hace sangrar a las mulas y temblar a las palabras.

He venido aquí a poner en sonidos escritos y ordenados las historias recogidas por Fábulo Vega, un astrónomo y titiritero, que son la memoria de Minas Altas, su pueblo y el mío. El ha modelado y fijado en sus muñecos a cuantos vivieron y murieron, para salvarlos del olvido. A lo largo del tiempo, ha ido copiando el mundo. También estamos representados allí los que vivimos todavía. De vez en cuando, guiados por sus manos, nos asomamos a su teatrillo a contar lo vivido. De esta manera nuestra historia se mantiene al día. Fábulo también se ha copiado en un muñeco, con el que se representa. Es curioso verlo en escena dándose vida a sí mismo. Y hacemos eso para permanecer.

Aparte la historia que tengo que contar, observo en unos globos eólicos la dirección y fuerza de los vientos, que anoto diariamente en unas planillas con rayas convencionales. Cada mes las bajo a Minas Altas. Desde allí mis informes cruzan la cordillera a lomo de mula, llegan al mar y recorren los observatorios astronómicos del mundo ayudando a comprender el comportamiento del planeta en estos apartados rincones de su casi despoblado Sur.

No sé quien soy. Ignoro mi nombre. Fábulo, antes de enviarme aquí, me desmemorió. Seguramente valiéndose de artes hipnóticas, porque lo único de mi vida anterior que puedo recordar con claridad es su mirada oscura. Él borró todo lo que había en mi memoria, abriéndole espacios para poner en ella la de su pueblo. Y me entregó a las palabras, que son mi única realidad, al menos aquí en este refugio.

Quando salí de Minas Altas sólo recordaba la mirada profunda de Fábulo y su mandato. No tuve que buscar los senderos que me conducirían a mi destino, la mula ya los conocía. A mitad de camino hay un refugio de piedra, el punto más alto que frecuentan los arrieros. Allí se enrarece la

vegetación y aparecen unas hormigas que caminan enfiladas en unas huellas hondas sobre la roca viva, hechas con sus pasos durante años que hay que contar por miles.

Quinientos metros más arriba apareció en la atmósfera una franja azul. Uno se excitaba ante el hecho nuevo de penetrar en un color. Al entrar en la azulosidad sentí disminuir mi peso, seguramente por efectos de la hipnosis. La mula y yo flotábamos en el color, que permitía ver, como si estuviesen muy cerca, los ojos grandes y húmedos de las vicuñas lejanas que nos observaban desde distintas cumbres.

Pasada la franja, sentí que no tenía orígenes conocidos. El tiempo estaba en mí sin punto de partida. Esto y el no saber quién era sucedió simultáneamente. Yo no tenía nombre, y dentro de mí se abría un gran espacio virgen, con un silencio que invitaba a ponerle sonidos. La libertad más pura apareció, o estaba ahí, como un hecho casi físico que me rozaba la piel. Solté la voz a ver cómo sonaba en esa libertad; ^{se} (llevaba su timbre, flotando por encima de los valles; rebotando contra los ventisqueros, era mi nombre.

Toqué las crines de la mula, como de algas marinas, y miré hacia arriba. El sol, dibujado en el cielo por un pintor de paso, era un perfecto girasol maduro. Me palpé la cara, para reconocerme, recorriendo la nariz y los ojos, las sinuosidades acústicas de las orejas. Mi pelo parecía recién brotado. En ningún momento sentí la necesidad de saber quién era yo. Sentirse era más fuerte que saberse. La mula seguía su camino rozando ya las nubes más altas. Nunca había sido niño, ni adolescente, ni nada relacionado con la edad. Yo era sólo lo de adentro, puro. Dije las primeras palabras, nombrando lo que veía. Como el sol, parecían dibujadas, hechas a mano, y eran casi táctiles; como descubrir el color de los sabores, la suma de reposos que hay en un movimiento.

Al llegar al Mirador, la salida de Minas Altas estaba borrándose, tendiendo a no haber sucedido nunca. Salvo la mirada de Fábulo, dos puntos negros, yo era alguien sin conexión con nadie, como si me hubiera inventado a mí mismo en el camino. Sin parientes ni infancia, ni lugar de origen, me veía como reflejado en una pompa de jabón.

Al calor del fuego que encendí sentí mi plenitud. Cada músculo o vena, la curvatura de los huesos a la vez recónditos y próximos, cada latido

impulsando la sangre que llena mis concavidades, tenían la vibración luminosa que se ve en los campos después de las lluvias. Mi cuerpo, acabado de nacer, estaba en el tiempo de la misma manera que el fuego en su color o la nieve en las cumbres.

El primer globo eólico que observé bailoteaba en el frío del anochecer. A la luz del fuego, desparramada por la bóveda, anoté en la planilla la intensidad y orientación del viento. Una rayita de las más finas según los modelos, con los quince grados de inclinación que corresponden a los vientos leves. Como un silencio musical. Durante el trazo, le di la importancia de una palabra.

Amanecí junto al fuego, brasas de raíces andinas como animales vivos. Mi memoria seguía sin orígenes. Yo era un medidor de vientos en el primer día de su existencia.

Limpio de mi memoria antigua y con los primeros vientos encerrados en las planillas, salí para Minas Altas. Las rayas que los representaban eran mi primer intento de escritura. Para los sabios que las leyeran al otro lado del mar, serían palabras. Sus atentos oídos podrían percibir en ellas el sonido de los vientos.

En la pendiente final que da acceso al pueblo hay un breve espacio entre dos cerros, que permite divisar durante unos instantes la extensión de los llanos violentos y el comienzo de las grandes salinas, un mar afantasmado que de noche, al entrar en contacto con las constelaciones y la luna, vibra entre impulsos de mareas invisibles, donde los peces muertos en otras edades, convertidos en polvo de sal por los milenios, reproducen ante la luz lunar el brillo de sus escamas. Los efectos de la visión duran lo que en la boca el sabor de una fruta.

Minas Altas, con una sola calle de cuatro kilómetros, tiene la forma de una oruga amarilla que trepa curvándose en su centro. Cada eslabón de su cuerpo está separado del otro por ~~la amarillez~~ de un cerco de girasoles. Su calle, de tres metros de hondo, es a la vez río seco o espasmódico, a la espera de las crecientes anuales, que arrastran animales y troncos, restos de instalaciones de minas inglesas abandonadas hace un siglo, piedras de colores con que la gente construye o amplía sus viviendas. La cabeza de la

oruga se empina hasta casi rozar las nubes bajas; desde allí en pendiente brusca desciende hasta su cola, perdiéndose en unos peñascales. La realidad que me mostraba era la de un sueño que se recuerda. Uno volvía a lo soñado, y lo soñado era real.

En cuanto entré en la calle se me aproximó un hombre, que intentó abrazarme. Sonrió cuando le esquivé el cuerpo. Me pidió las planillas, las miró con indiferencia y dijo palabras cuyo sentido no entendí. Me preguntó si me había olvidado de él, le dije que no lo conocía.

-Soy Ene Vega, un viejo amigo suyo. Vayamos ya mismo para arriba, Fábulo está un poco impaciente, esperándolo. Por si también se ha olvidado del pueblo, allá abajo vivimos los enlazadores; más o menos por el medio están los músicos, y en el alto los astrónomos muleros.

Cabalgaba apropiándose del espacio a medida que avanzaba. En cualquier punto de su desplazamiento, siempre estaba como acabado de hacer, reluciendo en la mañana limpia con su propia limpieza de vivir. Su espléndido sombrero, pese a su pequeñez ante las moles cordilleranas, tenía una dignidad de objeto que superaba sus alcances, seguramente porque era el lugar donde la figura de Ene Vega concluía.

En lo alto del borde de la calle-río se asomó una mujer, al lado de un girasol. Su hechura femenina, como una enorme burbuja que reflejaba el entorno conteniéndolo, se conectó inmediatamente con mi cuerpo en una especie de ensamblaje. La sentí estar en mí como había sentido al fuego estar en su color. Indisolubles.

-Soy la Céfira -dijo-, ¿No te acuerdas de mí?

-A la vuelta -dijo Ene Vega interrumpiendo mis impulsos de detenerme allí- podrá estar con ella todo lo que quiera.

Más arriba, recostados contra las fachadas de piedra, aparecieron unos músicos. Arpas indias, charangos de caja, tubos de toda invención. Tocaban música para ayudar a subir, nuestras cabalgaduras parecían ahora más ligeras, como empujadas por un viento.

-Supongo que no se habrá olvidado de Fábulo -me dijo Ene como preguntando.

-Sé que existe -le respondí sintiendo que mi encuentro con el astrónomo titiritero ya había empezado, estaba presente como el mar a mis espaldas a través de la cordillera.

Estábamos ante la casa de Fábulo cuando oímos una explosión y vimos la nube de polvo, muy lejana, hacia el rumbo de las Salinas,

-Ahora están más cerca -dijo,

-Quiénes,

-Los asesinos, Cuando llegue aquí el camino que vienen abriendo con sus dinamitas, borrarán a Minas Altas, como hicieron con Lumbreras,

En la galería de la casa de Fábulo entró una mariposa, Llegó transparente, atravesada de sol, entró a contraluz volando ciega, se posó en la pared y cayó muerta, La muerte y la caída le quitaron toda verosimilitud a sus alas, convirtiéndola en un gusano carnoso,

-Nunca en la vida -dijo Ene- he visto este tipo de mariposas alcanzar Minas Altas, No pueden aguantar los vientos continuos que hay entre el pueblo y las Salinas, Escapan de la dinamita, pero las mata la altura,

Un gorrión escondido junto al techo procuraba no mirar ni ser visto, en deformantes actitudes de murciélago, Sobre las rocas y en los aleros de las casas de los astrónomos había una multitud de pájaros aterrados, Algunos movían la cabeza, otros estaban como disecados, Eran aves del llano mirando por primera vez un paisaje desconocido, Huidas de sus sitios habituales, veían que por encima de las nubes, desde siempre el término de su mundo llanista, el espacio continuaba todavía,

Bordeando las últimas casas de Minas Altas ascendía una pareja de iguanas, y más atrás unas boas aterradas, sin sitio para esconderse, Un conjunto de animalitos que necesitan enterrarse para sobrevivir, escarbaban inútilmente la roca, Por las márgenes del río seco ascendían las especies zoológicas de abajo, miles de ojos en largas filas de luces vacilantes,

Con ritmo de comienzo de lluvia cayeron unos pájaros aislados, Sin truenos ni relámpagos, poco a poco fueron lluvia declarada, Nos refugiamos en la galería, a salvo de esos goterones llenos por dentro de una sangre muerta, Los oíamos caer sobre el techo de zinc como un granizo, Una mezcla de calandrias, tordos y pequeños colibríes escarchados, que huyendo del estruendo habían remontado vientos y alturas equivalentes al cruce de un océano,

Fábulo abrió las cortinas de la puerta, se asomó a la galería, miró la lluvia,

-Pasen, por favor -dijo el astrónomo mulero,

Mientras Ene Vega entraba en la casa, yo, sin poder ver otra cosa, lo hacía en la mirada de Fábulo. Una mirada oscura, a pesar de sus ojos claros, bajo el ala de su sombrero. Calle larga y honda, y como la de Minas Altas, en subida. Como por el interior del cuerpo de la oruga, dentro de un tubo negro me iba remontando la mirada que me atraía hacia sus fondos desconocidos. El afuera, desaparecido, sólo existía en el goteo persistente del cántaro del agua, oído desde muy lejos, desde las curvas de las profundas galerías internas de Fábulo con sus paredes repletas de muñecos muertos o dormidos, recorridas por voces que percutían en mis oídos borrando el goteo del cántaro lejanísimo. Un túnel habitado por pergeños de trapo y de papel dotados de media vida, hablando y gesticulando como seres verdaderos, donde flotaban una novia de blanco, mulas de sueño, instrumentos musicales y cometas, la mirada errabunda de un enorme gallo blanco.

Desde sus ojos de reptil memorioso, Fábulo hacía reptar una luz hacia el fondo de mi memoria, a ver si verdaderamente estaba vacía, y apenas encontraba la forma de la Céfira y el girasol, un vuelo de cóndores y algunas palabras halladas en la Gramática de Antonio de Nebrija. Y lo que él veía dentro de mí, también lo estaba mirando yo, reflejado en su mirada oscura, que apagó con un ligero parpadeo.

-No ha podido reconocerme ni a mí ni a la Céfira; y apenas se acuerda de Minas Altas -sonó la voz de Ene Vega junto al retorno del goteo del cántaro.

-Todo lo que saben estos muñecos -me dijo Fábulo- pasará a su memoria, y de allí a las palabras fijas. Las escribirá allá arriba, a salvo de interrupciones y peligros. Bajará una vez al mes trayendo las planillas de los vientos, con lo que podrá ganar un dinerito si lo mandan, y cada vez que lo haga verá nuevas representaciones, hasta acabar de referir los hechos. ~~Es posible que Minas Altas desaparezca pronto. Hasta que acabe el manuscrito, usted vivirá solamente para las palabras.~~ Luego podrá seguir haciendo su vida normal, si nos dejan. Ha de saber que en el principio Minas Altas era unas cuevas donde se escondían los primeros perseguidos. Eligieron este lugar por ser de difícil acceso. Huyeron y se enmontañaron aquí, a la espera de poder regresar al llano que hay más allá de las Salinas, donde están las sierras suaves y fértiles, con ríos tibios y

Revisar

animales mansos. Pero nunca consideraron que Minas Altas fuese pueblo, jamás trazaron una calle ni pensaron otra que no fuese el río seco, que viene a ser como la hondura de una cueva. Siempre creyeron que pertenecían al vergel de abajo y que allá volverían cuando sus vidas no estuviesen amenazadas. La gente, naciendo y muriendo, ha convertido esto en un lugar que podría ser definitivo; pero no pueden verlo así, por culpa de la esperanza que mantienen. Vea, los cóndores, en miles de generaciones, han olvidado los motivos que tuvieron para habitar cuevas que no alcanzan a ser nidos. Los minalteños también estamos en camino de olvidarlos. ~~Por eso~~ He querido rescatar nuestra historia, como una forma ~~de~~ ~~rescatar~~ ~~la~~ ~~memoria~~, recuperar un pasado que nos permita elegir un camino y prolongarnos en el tiempo, aquí o adonde haya que huir. Los que nos persiguen desde siempre saben que nuestra memoria vale mucho; por eso corren peligro mis muñecos y por eso usted los va a pasar a las palabras, que no pueden romperse. Y en un plazo perentorio, porque los asesinos están cerca, como esa lluvia de pájaros muertos lo demuestra.

Eligió unos muñecos, ~~desarrugó~~ ^{arrugó} sus trajes, los ~~bailatos~~ ^{presentados} y se metió en su tinglado de maderas y cortinas. Sonaba un siku mientras el telón se abría.

-Estos pequeños seres -dijo un muñeco ~~amarillo~~-, que ahora mismo podrá ver en movimientos vivos, no son simples marionetas. Están habitados por las almas de vivos y de muertos. Ellos encierran la memoria amenazada de nuestro pueblo, que es simplemente la historia de una voz. Con estas funciones se despiden de su naturaleza de trapo y de madera para pasar a las palabras que viven en el papel, donde estarán a salvo del furor y la rapiña. Ahora, por favor, préstenos un poco su atención. La historia va a empezar.

En título, poner L. Central.

El Sietemesino

El Sietemesino y sus hombres llegaron a Lumbreras al amanecer, la hora preferida por él para matar: en esa luz indecisa las muertes parecen de sombras o de sueños. El agua de la acequia regaba unas viñas a punto de brotar, en el cielo no había nubes ni vuelos de pájaros tempranos. Un enorme gallo blanco se paseaba buscando el momento de su canto. Durante el tiempo que duró la matanza, no más de media hora, un perro atado estuvo mezclando sus gemidos a los de los hombres que morían sin estruendos, el Sietemesino tenía predilección por las armas blancas. En la ~~luz blanca~~ ^{media luz} del amanecer, los animales despiertos miraban la matanza sin comprender el hecho, salvo el perro gimiente. Las gallinas empezaban a picotear la tierra, y los cabritos recién nacidos no habían alcanzado a despertarse. Los hombres morían en silencio, sorprendidos en el momento de saltar de sus camas. Las mujeres tampoco hacían ruido; se habían quedado sin voz. Por los ojos que el espanto deformaba se veía que estaban gritando con todas sus fuerzas, pero sólo se oían gritar ellas por dentro porque las cuerdas vocales, paralizadas por el miedo, no dejaban pasar los impulsos. Y tragaban sus gritos. Hagan callar a ese perro, se oyó decir al Sietemesino, y ninguno de sus hombres le obedeció; nadie quería gastar su tiempo de cuchillo en detalles desdeñables. El gallo blanco le arrastró el ala a una gallina medio dormida, sin decidirse a pisarla, acaso distraído por los hombres que en la media luz se movían como sombras corriendo de una casa a otra. La gallina no se enteró de la actitud del gallo y siguió en su sitio, soñolienta, mientras la mujer que después fue a parir a Minas Altas sentía desprenderse de ella el cuerpo desnudo de su marido, que saltaba hacia afuera, al tiempo que su casa se rodeaba de cuchillos y el niño que dormía en su cuna despertaba.

El Sietemesino y los suyos, en mitad de la matanza, habían engordado; redondos, hinchados por los objetos metidos entre sus ropas como si los hubiesen devorado, entre vellones de almohadas destripadas. Los que iban a morir veían acercarse a ellos unas bolas humanas deformadas, precedidas por un filo rapidísimo. Bajo la chaquetilla del Sietemesino, pese a las

quitar pie

suavidades de un almohadón de plumas, un reloj despertador rozaba contra un mortero de bronce, donde unos anillos matrimoniales tintineaban. Hagan callar a ese perro, gritó antes de entrar en la casa de la mujer todavía húmeda por dentro de los jugos de su marido desprendido, la que después fue a Minas Altas a parir lejos del miedo un niño tan hermoso.

Una gallina que iba hacia la acequia seguida por sus pollitos se encrespó al oír los chillidos de uno que se le extraviaba. Tenía menos plumas que sus hermanos y el lomo picoteado. Iba y venía sin acertar la dirección que llevaban los demás, aunque los tenía a la vista. Se detenía de vez en cuando tratando de envolverse con las plumas escasas de sus alas, como si tuviese frío. El Sietemesino ya estaba dentro de la casa de la mujer, saqueando, cuando el pollito se incorporó al grupo y la gallina lo picoteó sobre lo picoteado hasta sacarle sangre.

Un soldado atravesaba diagonalmente el pueblo de Lumbreras haciendo sonar las pailas y sartenes que llevaba colgando y los tenedores y cucharas de plata que inflaban su camisa; como no teniendo qué matar corría en diagonal destruyendo el silencio necesario a los sigilos. Por unos momentos el ruido de sartenes se sobrepuso a los gemidos del perro. Corría lentamente, por el peso que llevaba, y su correr demorado alargaba los espacios entre las viviendas, agrandaba el poblado y a la vez la matanza dándole más tiempo y más espacio a todo.

La mujer junto a la cuna de su niño ya despierto oyó que una de las cajitas de música gemelas que había en su casa sonaba por ahí como escondida. El Sietemesino se dio un golpe en la barriga; el sonido de la caja cesó permitiendo que ^{ella} la mujer pudiera oír sus pasos lentos, interrumpidos por el abrir y cerrar de puertas y cajones, que en esos momentos del amanecer crujían duplicando sus ruidos. La mujer vio entre huesos los ojos del Sietemesino hundidos en la cara de filos raquíuticos, mientras al que cruzaba el pueblo en diagonal se le caía una cuchara, al tiempo que por su camisa hinchada asomaba el ruedo de un vestido de novia, y por el peso que llevaba encima y los bultos de adentro no podía agacharse a recogerla; todo lo cual demoraba más su desplazamiento y el romper definitivo de la luz del día. Ella estaba por gritar, pero no había voz capaz de atravesar con aire esa garganta cerrada por el miedo, mientras el hombre en diagonal recogía con mucho trabajo su cuchara y el lomo del

pollito picoteado se amorataba en el frío a la orilla de la acequia y el Sietemesino vencía la hinchazón artificial y estirando su única mano libre se acercaba a la cuna sin oír ningún grito de la mujer ni llanto o voz de niño, apenas los del perro enloquecido, y otra vez ordenaba que lo hicieran callar y otra vez nadie obedecía, mientras el filo del cuchillo hacía lo suyo silenciosamente y el gallo blanco aparecía a contraluz por la puerta de la casa.

Tan silencioso trabajó el cuchillo, que el hombre diagonal que acudió al oír gritar al Sietemesino no se hubiera dado cuenta de nada a no ser por el gallo, que picoteaba en el suelo la sangre que caía de la cuna. La cajita de música sonó en el interior del asesino después del sacrificio del niño ^{Tambien} distrayéndole la mente y el brazo justo en el momento en que iba a matarla ^{a ella} también a la mujer. La mente le orientó la mano libre hacia un golpe en su barriga, que hizo cesar la música, mientras se desvanecía la mujer, y su hombre, afuera, no sentía ^{ella} las cuchilladas por tener el cuerpo recorrido todavía por el placer que acababa de darle ~~ella~~, y sin dolor se arrastraba hacia la acequia. X

Cuando el Sietemesino abandonó la casa, el viento hizo volar de su chaquetilla inflada una dispersión de plumas perturbando el aire. Caían como nevando sobre el hombre que acababa de ver comer al gallo blanco, que acercándose al de la cajita de música le decía que la muerte del pollito era innecesaria, y él le contestaba diciéndole que lo había hecho para probar el filo del cuchillo. X

El sol se levantaba cuando se fueron. La gallina y sus pollitos bebían en la acequia. Los cabritos recién nacidos despertaron. El perro calló por fin y volvió a oírse claramente el rumor del agua regando las viñas por brotar. Cuando la luz alcanzaba el tramo final de su definición, el enorme gallo blanco salía de la casa y, aunque un poco a destiempo, encontraba finalmente el momento de su canto y con él anunciaba el nuevo día.

Unos meses después el Sietemesino entró en un largo insomnio. Cabalgando dentro de él atravesó las Salinas, trepó los cerros que conducen a Minas Altas y se encontró con los vigías.

No lo sé, no me acuerdo, respondió cuando le preguntaron quién era y adónde iba. Me han mandado matar a uno que en estos días nacerá allá arriba, y a eso vengo.

Sietemesino, le dijeron, en Lumbreras degollaste al hermano del que está por nacer en Minas Altas, y para que no lo repitas vamos a matarte.

A mí no me mata nadie, dijo sin salir de su insomnio. Corrió y se sintió caer en el precipicio más profundo. Las aves de la altura no se atrevieron con sus despojos. Los gusanos artesanos que se interesaron por él formaron con sus restos una especie de insecto que remontó los cerros y llegó a Minas Altas antes del nacimiento.

L. (Cant. + P.P.R.) + En vigilia de astrónomos -P.P.R.D.

Una vieja tomó al niño empapado de sangre y con un trapo y agua tibia limpió su cuerpo recién hecho. La madre cerró los ojos, oyó las tijeras cortando el cordón umbilical y no volvió a abrirlos hasta estar segura de que ni un solo vestigio de sangre había quedado sobre la piel de su hijo.

Es hermoso el niño y vivirá cien años, decían las mujeres trajinando con baldes y palanganas. La madre abrió los ojos y volvió a cerrarlos enseguida al descubrir que había todavía una gotita de sangre en la punta de una oreja. Allí, por favor, dijo señalando sin mirar. No es para tanto, comentó una de las mujeres, limpiando la mancha; ésta es sangre de nacimientos, no de degüellos, dos cosas muy diferentes, aunque la sangre sea la misma. Escuche; el niño llora, ¿No está vivo entonces? Más limpio que una gota de agua, dijo la mujer alzando y orientando la criatura hacia su madre, que se había tapado la cabeza. Más hermoso que una nieve. Cuando el niño calló, oyeron que la mujer lloraba suavemente bajo la colcha y que la noche estaba serenísima.

No debería llorar, dijo una tejedora, no debería hacerlo ahora que lo tiene enmontañado. Aquí, en el caso de que el día de mañana llegaran a buscarlo, quién podría reconocerlo, él, después, podrá elegir ser un Vega o un Calderón, los únicos apellidos que tenemos aquí, y su nombre, como nunca habrá sido escrito, siempre estará borrado, escondiendo a su hijo. Mire,

Calderones y Vegas llegaron aquí de la misma manera, a enmontarse para ser personas, y ahí los tiene, sanos y vivos, sin que nadie les pregunte nada.

Es un primor de niño, porque hay que ver que no le falta nada. Los ojos están, mire cómo se acostumbran a la luz; sus orejitas son adornos; los pies para saltar a gusto y una boca que ya ríe, por donde entrará la fruta y saldrán sus palabras y sus cantos. Fíjese que él acaba en esos ojos, y si usted se los mira bien verá dentro de él, el corazón y demás vísceras podrá usted ver hasta el interior de sus pies en el fondo de su niño. Los soldados que vinieran a buscarlo, si vinieran, arrojados por los enlazadores caerían en los precipicios. Ha nacido, ha nacido, y usted tiene que olvidar esos galopes nocturnos, esos degüellos que sólo existen en los Llanos. Su niño tendrá aquí todos los padres que él quiera, y leche y fruta y miel a rodo. Y cuando todos sepan que ha nacido, la gente de las vecindades bajará de los cerros trayéndole zorzales de regalo. Y cuando crezca será un Calderón -concluyó una vieja que intentaba apropiárselo-, y Calderón artista para el lazo, sin mulas viajeras para irse lejos ni estrellas o cometas en la cabeza para irse más lejos todavía. Calderón o Vega da lo mismo, dijo la tejedora; lo importante es que está vivo y que la hoja donde debían apuntarlo allá en Lumbreras sigue en blanco. La madre se destapó, y sin mirar al niño todavía, devoró una fruta.

El día del parto los músicos se ofrecieron como vigías. Apostados en los extremos vigilaron tendiendo sus oídos agudísimos, listos para dar la alarma con sus instrumentos más sonoros en caso de acercamiento de galopes asesinos. Los astrónomos velaron en las cumbres con los pies en el frío observando el cielo en busca de signos peligrosos. Todo estaba tranquilo y en su sitio. Apenas el rumor de un deshielo, que en realidad formaba parte del silencio.

Cerca del amanecer, cuando en la casa del recién nacido despatarradas en sus sillas dormían todas las viejas menos una, los astrónomos percibieron un ruido sin origen claro. Temiendo un peligro geológico subieron al peñón más alto y clavaron sus ojos en el estrellero efervescente. Viendo que allí no había nada nuevo, que las estrellas fijas seguían en su sitio y las móviles se paseaban tranquilas por las calles de siempre, tendieron los oídos hacia el mar invisible y oyeron claramente el

oleaje de siempre. No pasa nada allí tampoco, vayamos a dormir. Esto decían cuando un nuevo golpe de ruido sin origen reconocible alteró la vigilia. Volvieron a escrutar los espacios estelares, y el cielo seguía igual. Entonces el peligro puede estar debajo, este planeta es sorpresivo en sus violencias. Pegando los oídos a la tierra comprobaron que el granito dormía, inocente de terremotos y otras fiebres, no había por qué despertar a Minas Altas. Ningún animal próximo acusó el ruido. La más atenta de las vicuñas, entre sueños, no movió un solo pelo de sus orejas. Vayamos a dormir, todo sigue en su sitio. Fijaron todavía sus ojos, ya tranquilos, en sus relojes cósmicos, y vieron la hermosura de Canopus, la Cruz del Sur lista en su tensión para lanzar una flecha hacia el polo, Achernar congelándose a millones de kilómetros del peñón solitario.

Sin embargo, bajo un dedo de tierra, casi al pie de los astrónomos vigías, un insecto iniciaba una transformación, con un rumor tan leve que esta vez no pudieron percibirlo los vigías, camino de sus lechos. Rompió el último cascarón de su moldura insectil y encerrado en una nueva forma que lo regocijaba se rebulló en sus apetitos. Antes de que el nuevo día rompiese, inició un recorrido cuyo final hasta su propio instinto desconocía.

Se deslizó entre piedras filosas como si alguien lo condujera. Un trozo de mica se clavó en su cascarón acabado de brotar y le avisó: dolor. Agitó violentamente para alzarse unas alas que ya eran imaginarias. En su lugar había patas con ventosas, y asimiló el hecho como una vieja costumbre. Sintiendo pesos inútiles se sacudió y vio caer membranas secas, babas inservibles, que descubrieron los finísimos pelos donde, por todas partes, acababa su cuerpo. A mitad de camino entre un insecto y algo más acabado que él todavía no alcanzaba, sintió la tristeza de no ser una araña. Le faltaban patas y profundidades arácnidas que presentía pero no estaban a su alcance. Llevaba casi a rastras un abdomen vacío que, una vez saciado, ocuparía las tres cuartas partes de su cuerpo. Por algún conducto le entró un olor a sangre, y en ese momento descubrió la función de su trompa, por donde se amamantaría hasta llenar la bolsa de su estómago. Ante esas perspectivas impostergables, se dejó caer por la pendiente que acababa en la abertura de donde provenía el fuerte olor a sangre del recién nacido. El hambre ya era dolor, y con energías últimas llegó a la línea de luz que

había entre el suelo y el extremo de la puerta, por donde se introdujo rozando apenas la madera,

El ruido de la respiración de las personas era terrible. Pero en medio de ese estruendo estaba aquel olor, Oyó latir de corazones y circulación de sangre, el grito agudo de los nervios, sintiendo todo aquello como suyo. En los ojos de la mujer despierta percibió los temblores de la luz que salía de la lámpara, vio que él mismo estaba en esa luz y con el primer miedo de su vida se refugió en la sombra de la cuna. En la mente entredormida de la mujer que mantenía los ojos abiertos, el rápido movimiento del bicho tuvo su presencia. Y no sabiendo si se trataba de algo cierto o de sueño, cubrió la cuna con un tul,

Protegiéndose de la luz entre las juntas de las piedras y luego en la sombra de la mujer que velaba, llegó al techo; fijando y desprendiendo sus ventosas se ubicó encima de la cuna y se dejó caer,

El olor a sangre y leche que había allí era más fuerte que las respiraciones insoportables. A través del ~~tel~~ ^{a tela tejida pronto} vio los ojos del niño, líquidos e impenetrables, su boca entreabierta como una grieta en la que podría refugiarse en caso de peligro. No alcanzaba a ver el tul donde pisaba, un suelo invisible que recorrió en busca de una salida que le permitiera llegar hasta la piel cercana, cuyos poros sí podía ver plenamente, y en el fondo de ellos el maravilloso color de la sangre, en la que el niño se mojaba ~~íntegramente~~, *como flotando en ella.*

La mujer entredormida vio en un parpadeo que una mancha oscura sobre el tul no era de sueño. El bicho vio un enorme trapo ceniciento que buscaba aplastarlo. Sus patas se plegaron y lo lanzaron en un salto hasta el suelo de ladrillos, donde, refugiándose en los desniveles, evitó pisadas asesinas. Afuera, fue un alivio el cese de las respiraciones y latidos de los cuerpos. Conducido por el hambre, desapareció en el día naciente.

Desde afuera llegaba el ruido del deshielo. La madre vio por la ventana el paso rápido de un cóndor hacia abajo, en el primer día de vida de su hijo. Hay que ponerle un nombre, propuso a las ancianas. Yo tengo un regalo que ofrecerle, dijo una de ellas. Se trata de una letra muy hermosa. La M. Con el entierro de ayer, ha quedado libre. Como el finado era mi pariente, yo se la regalo. Aquí la mayor parte de la gente tiene nombre de letra. Sólo cuando el abecedario está colmado se recurre a los nombres, que

son todos largos y feísimos. Eme Calderón o Eme Vega, fíjese que de cualquier manera suena bien. Me parece, dijo la madre, que se está despertando. Eme empezó a chillar y las viejas corrieron a calentar el agua para el baño.

Arrastrando la bolsa de su estómago, el bicho llegó al cementerio donde el Eme recién muerto iniciaba sus intercambios con la tierra. Atravesando capas húmedas encontró restos de sangre mezclada a los procesos vegetales y sació su hambre hasta dormirse.

L.C + P. Prop.

Al otro lado del insomnio

P. Prop.

Desde la grieta de una tabla del gallinero, el Sietemesino veía las robustas piernas del niño sonrosadas por el frío. De vez en cuando los dedos de la mano -unas puntas huesosas de filos descubiertos- pasaban cerca de él obligándolo a recoger su estómago colgante, que sobresalía un poco de la grieta, tirándolo hacia adentro para evitar que aquellos filos ciegos lo rozasen. Si esa mañana se hubiese alimentado, el abultamiento de su abdomen le habría impedido entrar en su refugio. Había visto al niño despanzurrar hormigas y escarabajos. Además de no temerle a nada, era cruel y fuerte, sostenido por unos grandes huesos que le permitían desplazarse con violencia sin peligro de deshacerse.

Había hecho del gallinero su habitáculo por permitirle la presencia diaria de la pequeña forma humana, objeto de su memoria y su apetito. Lo atraía la creciente monstruosidad del niño, su forma de correr y de tragar, aquella boca siempre entreabierta como grieta propicia, su piel porosa y transparente conteniendo aquellos jugos. Si lograba sorprenderlo dormido, como hacía con las gallinas para alimentarse, su monstruosidad creciente se detendría y caería como las aves, secas tras la succión, desde lo alto de los palos. Pero no tenía fuerza ni agilidad para huir de él si se despertaba.

Ahora el niño estaba dormido, con un brazo muy cerca de la grieta. Abandonó su madriguera y esperó. Como no se movía, trepó por uno de sus

dedos y recorrió el brazo, observando la cara echada sobre un hombro, las profundidades de las fosas de la nariz, la boca bafiada en sus salivas por donde resoplaba haciendo un ruido intolerable, los poros que daban acceso a la sangre, en la que el monstruo flotaba sin ahogarse. Desde el hombro se dirigió hacia una oreja evitando la prominencia de la mandíbula y la zona donde latía el corazón, de crispaciones insufribles. Al pasar sobre ella, la bolsa de su estómago se desplazó hacia abajo y allá se arrastró entre sus concavidades. El tirón que dio para retirarlo lo desvió hacia la maraña del cabello, donde cayó trastabillando y perdió la orientación.

Sus ventosas no hallaban superficie donde apoyarse, y resbalaba en vez de caminar. Entreabrir trabajosamente los cabellos para pisar en firme era un signo claro del peligro de caer en las demoras del tiempo, que para él eran infinitas y le recordaban el insomnio, espacios blancos difíciles de superar. Perdida la noción de sus actos, se olvidó del niño que estaba transitando, no sabía en qué punto del espacio se encontraba. Solamente tenía memoria para su grieta, a la que deseaba volver. Intentó trepar por esos hilos grasosos donde se enredaba, pero su hechura no se lo permitía y sus patas, inútiles, se movían en una oscuridad. Dar vueltas por la nuca creyendo que avanzaba, engañado por las curvas del cráneo, le llevó una interminable noche de su tiempo, donde su noción de sí mismo se perdía. El azar lo condujo a la altura mayor de la frente, donde por fin amanecía. Al ver una sombra proyectada en la mejilla se reconoció en ella y recuperó su identidad vacilante. Recordó los ojos del niño como dos hermosas grietas, y posándose sobre unos de ellos, sobrepasándolo con su vientre los buscó inútilmente. Asomado a un borde de la boca observó el interior rojo de esa cueva en cuyo fondo había un hueco por donde salían las tufaradas de la respiración. Visualizó la estructura del niño, la temible forma de sus pies ahora inertes. El ruido del corazón lo perturbaba desde un lugar lejano. Se refugió en una axila, donde descansó. Tenía casi el tamaño de su cuerpo, y el calor que despedía se parecía al de su madera en pleno sol. Resuelto a llevar a cabo allí mismo su labor, echó una mirada hacia afuera asegurándose de que nada perturbaría el abandono placentero de una succión profunda y prolongada. Ni voces ni presencias. En el centro del gallinero, un gallo que vio parpadear ligeramente proyectaba una sombra larga y quieta. Apenas necesitó una pequeña presión para clavar los agujijones, a

manera de soportes, entre los que situó su trompa en erección, que succionaba ya estirando la piel, más suave que la de cualquier ave, hasta darle la forma de un pezón enrojecido.

Tardó uno de sus días en llegar al abrigo de la grieta arrastrando el estómago repleto. Allí esperó ver aparecer en el cuerpo bebido la rigidez de las gallinas secas. Pero el niño despertó y corrió hacia su casa. El golpe que dio en la puerta al salir del gallinero hizo temblar la tabla de su guarida. El bicho tiritaba con la tabla, y ^{con} en las oscilaciones iba y venía el brillo de sus ojos en el fondo oscuro de la grieta.

El niño, superadas las fiebres producidas por la picadura, volvió muchas veces a jugar allí. Pero nunca más se quedó dormido. El bicho envejecía sin poder acercarse nuevamente a ese cuerpo que su insomnio necesitaba. Cuando el muchacho se paraba junto a la grieta, él ya no podía ver sus rodillas, crecidas allá arriba. Su cabeza estaba lejanísima, sería enorme, y sus manos terriblemente fuertes; se iba hacia arriba para siempre, ^{mientras} él envejecía en su cubil, en una inmovilidad que se interrumpía solamente cuando entraba en alguna gallina dormida.

Se dejó caer de la grieta envuelto en el globo de su insomnio. Por la pendiente pedregosa, trepaba perdiendo partes de su cuerpo. Pasaba días y noches de las suyas y de las otras sin darse cuenta del tiempo por estar perdido en un momento único dentro de su espacio blanco. Con la luz de un nuevo día vio su sombra contra una roca y no pudo reconocerla.

Casi sobre la cima del peñón de los astrónomos encontró una araña dormida y admiró su forma. Un hermoso ejemplar, del tamaño de un pollito, armoniosa y velluda. La chupó morosamente hasta secarla. Hasta dormirse, por fin.

Despertó en la cima, desde la que era posible sentir la presencia del mar, y se vio como flotando en una luz. No le pesaba el estómago, ni lo arrastraba. Su cuerpo estaba en una simetría perfecta. Movié las dos filas de patas, vio que temblaba en un tejido lechoso. Y se descubrió, por dentro y fuera, una bellísima, una interminable araña venenosa.

L.C. + P.Pap.

Limitación de los espejos

P. Pap.
Español

Al salir de la casa de Fábulo, Ene Vega me dijo que mientras él preparaba las provisiones para un nuevo mes allá arriba podría charlar un rato con la Céfira, "así de paso se distrae de ese bicho asqueroso".

-Céfira -gritó cuando llegamos a la altura de su casa-, te presto diez minutos a tu novio.

Apareció junto al girasol, como dibujándose poco a poco entre las líneas carbónicas de su pelo retinto.

-Te voy a pasar unos espejos -dijo- para que nos comuniquemos en días despejados. Te enviaré mis señales y esperaré las tuyas. Tampoco yo sé cómo se hace para hablar con luces, pero podemos aprenderlo juntos.

El manojito de espejitos empezó a bajar por la pendiente de piedras y de troncos atado en la punta de un hilo que ella iba soltando como si su propio cuerpo fuese la madeja. Estiré las manos a la espera de que se pudiesen a mi alcance. Más hilo, le dije al ver que el manojito se encajaba en unas raíces y la cuerda se enredaba en las espinas. Abría los brazos en arcos amplios sacando hebras y más hebras que acortaran las distancias; unas se acercaban a mí, otras se enredaban en su cabello o salían por las mangas de la blusa, la envolvían, mientras nos mirábamos a través de las formas aéreas que iban formando los hilos en busca de mis dedos. Cuando llegaron, tiré procurando desenredarlos sin rozar con violencia las partes que afectaban a la Céfira, porque cada uno de mis dedos, a través de los hilos, coincidía con algo de su cuerpo. Por fin el manojito se desencajó, ascendió girando sobre sí mismo, desparramando luces trituradas. Ene Vega, que se acercaba, se detuvo en un recodo a la espera de que saliésemos de esa situación, con limpio movimiento lo vi bajarse el ala del sombrero. El manojito, tras un giro, se descolgó por el hilo libre y fue a caer en mis manos.

Ene Vega no se asomó ni dijo una palabra hasta que lo llamamos. Me acompañó hasta la salida, donde me recordó los cuidados del camino. Regresé entre sueños, desenredando hebras y cabellos retintos. Llegué aquí de noche, me quedé dormido junto al fuego.

Al día siguiente recibí su primera carta. En la ladera de enfrente aparecieron sus palabras de luces dirigidas. Allá abajo, ella por momentos tapaba enteramente el espejito negándome la luz; luego de una espera calculada, me la daba toda de golpe intentando encandilarme. Cuando la abandonaba en un punto fijo de la arena, como esperándome, yo tomaba mis espejos y le daba mis respuestas.

El fuego, en el límite de su arder, zumba esta noche como un viento, sin poder calentar plenamente el frío milenario de estas piedras. Se rompe en sus llamas, las puntas muertas de sus lenguas acaban en un tizne que se pierde en el granito helado. Por dentro y fuera el Mirador está rodeado de frío, que ordena todos sus espacios, se apropia del conjunto, donde el fuego del pequeño hogar viene a ser su corazón; allí el frío guarda su pizca de tibieza necesaria. Junto al hogar hago mi doble narración. Por un lado tengo que estar atento a los giros del viento, por otro al recuerdo gestual de los muñecos de Fábulo y ponerlos en estas hojas que a su modo son planillas, con palabras también convencionales como las rayitas de marcar vientos, o las luces de la Céfira.

Aparte de esto, vivo. En mi memoria limpia no sólo entran las historias que me cuenta Fábulo sino las que yo mismo vivo aquí arriba, que también necesitan atención, y alimentan la necesidad de vivir. Yo mismo soy como una historia de Fábulo, un personaje que se cuenta.

El ventanal, a estas horas de lo oscuro, es mitad un cristal transparente, mitad un espejo. En éste, muy borroso, puedo ver mi imagen ~~baileteada~~ ^{saucido} por las llamas, como si me moviera afuera tiritando de frío; por el cristal, el continente de todo esto: espacio y silencio. Durante el día, el Mirador tiene un sentido arquitectónico, modifica a la roca, existe por sus relaciones y contrastes con el entorno. Por la noche lo pierde; en vez de estar sostenido por la montaña, es como si se desprendiese de ella igual que un globo y flotara en el espacio. Mi mesa, estos papeles, el fuego, este refugio y yo dentro de él con el espacio del tiempo y la memoria, flotamos en las grandes alturas, sobre los precipicios imposibles de ver por la oscuridad y la distancia, y nos convertimos en un peso de estrellas. Para evitar estas fugas peligrosas miro el cerro de enfrente, que es el lugar de mis deseos más vivos, donde se reflejan los mensajes de la Céfira. Sus signos de luces respaldan a los que uno pone en el papel, y resulta

ver
si
puedo

divertido imaginar un lenguaje donde se mezclen palabras de luces y de tintas.

Con la práctica y perfeccionamiento del sistema, he logrado llegar con mis señales hasta el girasol donde nos conocimos. Con ayudas luminosas de ella, la luz de mis espejos entró también por la ventana de su cuarto alumbrando los retratos de Vegas y Calderones que cuelgan en las paredes penumbrosas. Ella entró a veces con sus luces en el interior del Mirador, a pesar de la torpeza de mis indicaciones, que por no saber orientarlas a tiempo dejaron que se perdieran en las hondonadas, que pasaran frente a mi ventana sin poder reflejarse en ningún cuerpo y se perdieran en la luz. Cuántas de esas palabras andarán ahora de cumbre en cumbre, o en el fondo de los abismos, o, sobrepasada la cordillera, viajando por el mar.

Discurso del astrónomo mulero

Fábulo, fuera de su teatro, era torpe en sus movimientos. Hablaba como si le molestaran las manos, paseándose nervioso, en trayectos breves, como su muñeco anunciador cuando no le salían las palabras.

Por las dudas que puedan presentársele durante la redacción del manuscrito -me dijo al acabar su representación-, debidas a la naturaleza de las historias que verá y escribirá, le voy a decir algo:

He recorrido estas regiones desde el mar a la selva, atravesando las montañas más altas del mundo; me han chupado la sangre las vinchucas y picado las víboras; he observado a los animales con la misma atención que a las estrellas, vislumbrando la armonía desconocida que los une. El hombre no vive con arreglo a esas verdades puras porque sufre de un mal sueño producido por el poder. Anda como sonámbulo y la entorpece con pasos extraviados, perdido en una pesadilla que es el sostén del crimen.

En mis andanzas he visto poblaciones que desaparecieron por cansancio o por olvido, o por no saber el qué ni el para qué. Ciudades casi enterradas que ya estaban así cuando llegaron los españoles. ¿Qué se hicieron los que las poblaron? De su memoria sólo quedan formas de barro, o

add después si se puede.

ojo.

hechuras de piedra donde estamparon su inocencia, un dios de la lluvia resquebrajándose en la peor de las sequías,

El poder es una ilusión monstruosa que interrumpe las relaciones naturales entre las estrellas que venimos observando en nuestros ratos de astrónomos, y los animales y las plantas con quienes convivimos en nuestros largos días de muleros. Los que lo tienen, imponen esa ilusión matando, de otra manera no podrían conservarlo. En cada uno de ellos hay un Sietemesino como el que acaba de ver. Con sus matanzas van postergando un tiempo de alegría. Se apropian de las palabras para escribir una historia mentirosa, con hechos que por eludir la sustancia del hombre son ficticios, especie de siembra destinada a la supervivencia de un oficio repugnante a la conciencia de la vida. A esas ficciones nosotros oponemos las palabras que usted está usando, para mantenernos en el tiempo hasta que encontremos una instancia de descubrimiento de algo nuevo. A la mentira lujuriosa oponemos una pequeña vida verdadera. Vamos a contar nuestra propia historia, donde la voz de un hombre o un vestido de novia que se lleva el viento valen más que las llamadas hazañas de los fuertes. O una canción, que es el lenguaje incontaminado que usamos en estos pueblos perseguidos para comunicarnos sin peligro. Vamos a dibujar Minas Altas tal como es, de la misma manera que dibujamos las constelaciones, que cambian con el tiempo, para conocimiento de los que vendrán. La matanza de Lumbreras nos reveló que éramos algo. La canción del gallo blanco, que surgió de esa matanza, y todo lo que con ella se relacione, para nosotros vale tanto como las leyes de Kepler. Por eso será el motivo central de nuestra historia. Ella es nuestra verdadera cara, de allí que la persigan convirtiéndola en un objeto de la violencia,

~~Es necesario que sepa,~~ por si también lo ha olvidado, que está acabando un siglo terrible. Hay hombres y armas que pueden destruirlo todo, mientras aquí tratamos de reconstruir con palabras un pueblo olvidado que ni siquiera está en los mapas porque vive saltando de un lugar a otro por la cordillera para poder sobrevivir. Minas Altas es apenas un puñado de tierra, pero también pertenece a este planeta. Y vamos a rescatar sus pequeñas cosas de terrón porque son nuestra verdad.

Cuando esos asesinos acaben de abrirse paso con sus explosiones, es posible que estén contados los días de muchos de nosotros. No sabemos cómo

*esto hace un tiempo
el mismo Regeneración
P. tiene el tratado al
convulso*

*esto hace un tiempo
las palabras de Fabulo
en el final del DOC. CAP. 01*

nos mirarán desde su pesadilla. Es necesario que para entonces todos, hasta la última hormiga de Minas Altas, estemos en palabras salvadoras.

El tiempo que ellos han tardado en apropiarse del mundo nos ha permitido una demora que ha hecho posible hallazgos más vitales. ~~Por no buscar otra cosa hemos encontrado una visión de alegría que nos permitirá~~ subsistir en la libertad. En el fin de la ilusión del poder, a ellos los espera la tristeza, donde desaparecerán. La mecánica del mundo es para la alegría. Ellos nunca podrán modificar esa mecánica, ni con las manos ni con el pensamiento. *Con su actitud, nos han convertido en intruso... etc.*

Fíjese -y esto es sólo una sospecha de astrónomo mezclada con ilusiones de mulero-, no podemos captar la congruencia universal debido a que solamente vemos una cara del universo, del mismo modo que sólo vemos una cara de la luna por cuestiones giratorias. Si pudiéramos imaginar por lo menos la otra cara de esa armazón celeste, desaparecería el crimen y entenderíamos a fondo la vida, la persistencia de esos astros que a usted le dan tanto miedo. A lo mejor estamos apenas en el comienzo de nuestro tiempo de hombres y sólo nos falte recorrer un tramo más de la distancia para que, en un punto de ese giro, empiece otra era en armonía con todo lo viviente y no viviente, sin comernos los unos a los otros como los peces. Los asesinos desaparecerán por puras evidencias astronómicas. X

Quería hacerle conocer estas cuestiones, delicadas y graves, porque son las que usted va a manipular con sus palabras. Perdóneme si me puse solemne. Me cuesta mucho hablar sin muñecos en las manos.

X quizás a pie a pie lo de hombre-animal.
 y lo de las minucias que valen más
 una guerra. Un grito de novia
 vale más que una guerra

L. Centa Capítulo 2.

L. Cent. X. EL CANTOR maravillosos

Instrumentos orientados

Tras su paso por la araña, el Sietemesino llegó al mar. Allí intentó transformaciones que le llevaron años, lo que permitió que Eme creciera maravillosamente descubriendo que en sus cuerdas vocales la música había escondido la belleza más extrema que pueda haber en una voz.

Jotazeta Calderón, el enlazador que lo crió, ocultó la joya durante mucho tiempo. Tanto él como su hija, Emebé, vivían pendientes de los resquicios de puertas y ventanas, taponándolos a fin de que su voz no se filtrase afuera. Temían que, saliendo de Minas Altas, fuese convertida en un objeto de la guerra y persiguiesen al cantor.

Aunque nacido aquí, Eme Calderón sabía que no era estrictamente de Minas Altas, que no pertenecía a la montaña. Su lugar estaba en los Llanos, al otro lado de las Salinas. La razón de ser de su canto era buscar esos orígenes. Cantaba para volver. Tenía claro que al nacer lo envolvieron en una letra que le regalaron para ocultarlo. Y que el apellido Calderón era apenas un préstamo. Entonces cantaba como quien se nombra. Decía que sus cantos eran señales, no canciones. Y mientras él cantaba, el bicho que lo perseguía se arrastraba por el fondo de los mares articulando penosamente sus patas espinosas o llevando a cuestas su esqueleto calcáreo sin poder conseguir la perfección vital del más simple de los peces. Este hecho biológico sustentaba su plenitud como cantor.

El títere de la madre de Eme no estaba terminado. Faltaban datos. La mujer que le regaló la letra para el nombre, informante directa de Fábulo, nunca pudo recordar el color de los ojos de la parturienta, de modo que a su muñeco le faltaban los ojos. En su lugar había dos huecos blancos. En cuanto al padre, no había nada; ni siquiera una forma orientadora. En los árboles genealógicos modelados por el astrónomo mulero, que colgaban en las

paredes, junto al muñeco de la madre había un espacio vacío por si alguna vez alguien sabía dar noticias.

Por un descuido de Emebé al taponar las hendidias, los músicos descubrieron la existencia de la voz de Eme, de la que ya sospechaban, y se presentaron en procesión en la casa de Jotazeta, acusándolo de ocultamiento indebido.

Las palabras de los músicos se entrecruzaban en el aire, extraviadas, buscando un sentido que los hablantes no conseguían darle, dejándose llevar por un encabalgamiento de sonidos que se apartaban del significado. Allí mezclaban sus deseos de llevarse al cantor a vivir con ellos, con la explicación de que una buena voz más que un atributo de persona es un instrumento, y que éstos naturalmente pertenecían a los músicos, Jotazeta, sabiendo que Eme no sería ni enlazador ni astrónomo, estaba dispuesto a dejarse convencer; pero quería oír razones válidas, que las oyera el propio Eme y que él mismo decidiera.

Correcto, decía el enlazador paseándose sin entender nada aunque adivinando las intenciones. Por fin dijeron claramente que ellos habían velado una noche entera el nacimiento del muchacho con los instrumentos a la intemperie y helándose hasta los huesos, y que esto, estaba claro, podía pasar por paternidad o algo parecido. Caramba, esto sí que podría cambiar las cosas, dijo como muy interesado Jotazeta, pero en realidad estaba divirtiéndose con el juego que generaban las palabras al ser pensadas como sonidos. Luego admitieron por sí mismos que llevarse a Eme era imposible, y pidieron que cantase para ellos dejándose medir.

Cantó viendo a los músicos pegar las orejas a su pecho, calcular las vibraciones de las venas que se le hinchaban en las sienas según la intensidad; palparle el cráneo como caja sonora, y la piel, buscándole un comportamiento de madera en situación acústica; examinar sus muelas y su lengua y arrimar una vela para mirar a fondo su garganta; contar sus pulsaciones y subirse a las mesas para oír desde arriba; cerrar y abrir puertas interiores controlando variaciones de la intensidad y camino recorrido; colocarse las manos en las orejas duplicando la superficie captativa; medir su respiración y copiar los gestos involuntarios que él hacía al cantar.

Apuradísimos salieron con el calco del cantor en sus memorias. Se pasaron días desarmando sus instrumentos, que al destriparse chillaban como si les doliese. Balidos de corderos con hambre, decía Jotazeta, se están volviendo locos. Una vez recompuestos, habían cambiado de forma. Y sus nuevos sonidos se orientaban hacia la voz de Eme Calderón. Cuando Emebé los oyó le dijo a Eme;

-Escucha, estás cantando en otro lado.

El viejo ondulatorio

En su última creciente activa, el enlazador Jotazeta Calderón dejó escapar un cachorro de puma albino que flotaba sobre un tronco. Al ver acercarse la presa pidió a los demás enlazadores que lo dejaran solo. Estos se abrieron en abanico dándole más espacio. Salió su lazo en un zumbido; allá abajo el agua castigada formó un óvalo enmarcando el espacio donde unos segundos antes estuvo reflejado el puma, ya camino de una muerte segura en la cascada. Dijeron que el animal esquivó el lazo astutamente. Jotazeta sabía que la serenidad de su pulso lo había esquivado a él, porque empezaba a envejecer.

Su vivienda de piedras de colores traídas por cuarenta crecientes se convirtió en la más desolada de este mundo, corroída por lo difícil de guardar el secreto de la voz de Eme, sin comidas ni bebidas compartidas, sin sombreros de visitas colgados en las perchas ni pastelitos decorados. Y especialmente poblada, tras la lectura de los mamotretos que le prestaron los astrónomos para que se consolase de la pérdida del puma, de fantasmas de aerolitos, galaxias, constelaciones y cometas milenarios, que él veía vagar por los rincones como presencias sustitutivas de su perdida habilidad. Y se ponía hurafío y así se quedaba para siempre mientras Eme y Emebé crecían y crecían rodeados por las fantasmagorías de los cuerpos celestes escapados de los libros.

Cuando Emebé ^{terminó} ~~era~~ de crecer y era tan hermosa, de la figura de enlazador de Jotazeta quedaba muy poco, con esa fina barba cavilante, esos ojos inquietos de hurgar en los planetas, esos dedos más aptos ya para

hojear los infolios de los mamotretos que para trenzar lazos, sin acabar de ser un entero escrutador de cielos, a mitad de camino entre la rudeza práctica de un enlazador y la elegancia despreocupada de un astrónomo,

Le habían prometido que cuando acabase de leer esos libros tendría acceso a los aparatos ópticos. Ya los había leído, sin entenderlos, y ahora los releía deseoso de subir a la torre y mirar la otra cara de la luna, con la que creía familiarizados a los astrónomos. Pero era difícil concentrarse cuando Eme canturreaba despreocupado mientras a través de los vidrios veían acercarse al cazador de cóndores, ese enemigo tolerado que los delataría. Si la voz del cantor, por mediación de ese hombre, llegaba al otro lado de las Salinas, si atraídos por la voz escarbaban su origen, bueno, entonces dos mil Sistemeros se arrojarían sobre él y el más cruel de todos probaría en sus cuerdas vocales el filo del cuchillo.

En uno de los libros de Copérnico, que trata de los movimientos de la Tierra, había una pesadilla de relojería fantástica dentro de la que estaba como adormilado Jotazeta cuando llamaron a la puerta. Uno de los muleros que desde el asunto del secreto de la voz de Eme lo acompañaba por las noches le hizo una seña tranquilizadora cuando lo vio muy alterado dejar la silla en busca del más celoso de sus lazos.

El mulero que velaba afuera apareció con un viejo que hubo que sostener hasta dejarlo en una silla, medio borrado por la nieve que traía encima. No podía hablar, el frío le había soldado las quijadas, pero movía ágilmente unos ojitos azulados anunciando que tenía algo muy importante que decir. Con trabajo le desencajaron el sombrero, hubo que serrucharle los botines para poder quitárselos y meterle los pies en agua casi hirviente que apenas si sentía. Emebé se calentaba las manos en la llama y cuando no podía aguantar más las retiraba llevando el calor a las mejillas del viejo, mientras el mulero prendía papeles alrededor de sus brazos casi rígidos y Jotazeta Calderón miraba distraído la barba de cola de cometa que traía el visitante. Por fin movió un poco las quijadas y con la lengua en deshielo intentaba palabras que salían aturdidas entre bisbiseos, sin que sus ojos adolescentes se desprendieran un solo instante de Emebé, que a la luz de las llamas era una armonía.

Recuperado el uso de las manos antes que el de la boca, explicó con señas ayudadas por silbidos en trance de palabras, que llevaba seis meses y

un par de enfermedades viajando sin descanso. Luego habló de salitrales y espejismos, ensartando palabras a medio decir en un ritmo ondulante. Jotazeta le sugirió serenarse y esperar el despegue definitivo de los labios para seguir hablando, primero debía comer y beber algo caliente. Pero el viejo, desde el reguero que dejaba la nieve derretida, siguió atropellando palabras hasta llegar con el relato de su viaje al pie del cerro, donde lo esperaba el invierno junto a su cumpleaños, setenta años fijense, dándose tiempo para acercar una rápida caricia a la cara de Emebé. Abandonar a su familia } sin contar la majada, sólo para venir a Minas Altas a escuchar una voz. / 20

El hablar ondulante de la gente del llano, buen regalo para los oídos montafeses. Lo escuchaban siguiendo con deleite los saltos de su voz, no su sentido, haciéndole repetir esas palabras largas en las que el viejo acentuaba hasta tres sílabas.

El mulero vigilante, moviendo unos párpados mentirosos, declaró no tener la menor idea de la existencia de un cantor en Minas Altas, miren qué gusto de inventar leyendas para engañar a un pobre viejo. Tendieron un jergón junto al fuego, donde el Ondulatorio estuvo castañeteando sus dientes entre palabras cada vez más espaciadas hasta que se durmió.

Despertó tan pediguéño y consternante, tan que iba a morirse muy pronto sin haber escuchado aquella voz, que Jotazeta, debilitándose, llamó al cantor. Eme cantó la única estrofa conocida de la canción del gallo blanco. Al viejo se le descolgaron unas lágrimas torpes. Brotaban dificultosamente a causa de su poca liquidez y, por su peso, en vez de deslizarse por la cara caían en forma de bolitas semiheladas, como si fuesen de mercurio. Dios mío, comentó sollozando, qué difícil es llorar en Minas Altas.

Emebé da tres golpecitos en la pared

Emebé pasó una mano por la empañadura del vidrio de la ventana y vio acercarse al cazador de cóndores. Recomendó silencio al cantor cruzando un dedo sobre su boca, y tocando en un hombro a Jotazeta, inclinado ante su

Copérnico, dijo papá, el trampero está haciendo sus pasadas. El cazador iba con la mano en una oreja, pensando que si era verdad lo que sospechaba, en los Llanos le pagarían, por pasar el dato de esa voz, más de lo que ganaba en un año vendiendo las plumas de sus cóndores.

Contrariado por haber perdido otra vez el rastro de la voz, que ahora venía desde el barrio de los músicos, volvió hacia arriba, y cuando iba llegando a lo que buscaba fue divisado por dos arpistas de guardia, ante cuyas señas los músicos que imitaban la voz de Eme dejaron de tocar, al tiempo que Emebé, viendo perderse en lo alto la joroba del trampero, le decía a Eme que ya podía seguir cantando.

¿Será posible? Ahora la voz viene de allí, pensó el trampero limpiándose una oreja. Los arpistas vigías sonrieron viéndolo tranquear otra vez hacia abajo. Cuando el bulto desapareció hicieron señas a los músicos para que volvieran a tocar, justo cuando Emebé lo veía aproximarse y le decía a Eme que callara, y el trampero ¿será posible?, y los arpistas y Emebé y otra vez los arpistas y la joroba dolorida en durezas de piedra cuesta arriba y cuesta abajo, y ellos tan contentos pasándose la joroba como si fuese una pelota, la risa corta de Emebé cada vez que lo burlaban.

Durante el juego, Jotazeta vio a Eme brillar como una joya en una casa rodeada de bandidos. Cuidarla era tan difícil como entender el mecanismo copernicano de las nueve ruedas que hacen posible el movimiento de la Tierra mientras los planetas, maravillosamente, no chocan entre sí.

-Eme, desde esta noche dormirás en la pieza del medio, allí estarás más seguro -dijo cerrando el mamotreto.

En su nuevo cuarto, la luz inquieta de la vela hacía temblar en los retratos las imágenes de los Calderones enterrados; una Emebé que estaba en el pasado con los mismos ojos pícaros de la actual, los padres del enlazador en el día de sus bodas, con toca, tul y azahares que amarilleaban tras el vidrio. El propio Jotazeta estaba allí, con veinte o treinta años menos, esperando hacerse tiempo solamente, y en las paredes quedaba espacio todavía para nuevos Calderones.

Apagó la vela y, como siempre que se dormía, llevó sus pensamientos a la ilusión de un viaje que venía madurando, al final del cual acaso pudiera encontrar los retratos de sus propios Calderones.

En eso oyó tres golpecitos en la pared y recordó que al otro lado dormía Emebé, Lllamarlo así a esas horas de la noche era algo demasiado ajeno a ella, no encajaba en sus costumbres. La llamada entró naturalmente en él, como cualquier otra, pero a medida que los golpecitos penetraban escarbando sus honduras se le dibujaba por dentro otra figura de ella, una nueva realidad de Emebé que aumentaba según los golpes ahondaban, entre asombros nunca presentidos,

Los golpes borrarón la Emebé con la que se había criado y que conocía hasta en sus poros, que había sido como hermana y como prima y como cualquier cosa y se habían visto desnudos muchas veces para hacerse burla, de modo que el espacio que ella ahora abría con su llamado estaba más allá del conocimiento y era tremendamente nuevo desde que no tenían nada que ocultarse, ni en cuerpo y ni siquiera en pensamiento,

Le temblaron las manos al responder con golpes semejantes, viendo que con ellos abría un espacio donde se generaban unos presentimientos tan fuertes que parecían seres vivos. Ella hizo una nueva llamada con tres golpes tímidos, espaciados con intencionalidades, con los que terminó de dibujar en los adentros del cantor la figura de una novia de retrato oval donde su pequeña forma de Emebé risueña se escondía,

Expulsión de cuerpos celestes

Jotazeta salió temprano a ver cómo empezaban a florecer los girasoles. En la calle estaba ya el vocerío de los niños que lo veían por primera vez, corriendo a medio vestir de una casa a otra gritando se mueven, son flores que se mueven, mientras el pueblo se iba salpicando de manchas amarillas,

Había intentado despertar a Eme y Emebé, llevarlos a ver Minas Altas desde lejos, cómo daba la sensación de ser una oruga amarilla que trepaba a medida que los macizos de girasoles florecían como haciendo señales de luces; pero ellos, aunque no dormían, no se levantaban, retenidos por la vergüenza de encontrarse en su primer día de novios,

Ella bajó los ojos al ver aparecer al cantor. Esta casa, dijo proponiendo un juego que los liberara de la tensión del hecho nuevo, está llena de las hurafeces y fantasmas astronómicos de papá; como si hubiese

cometas pegados a las paredes y aerolitos hasta debajo de las camas. Podríamos ahuyentarlos, así nuestro noviazgo habitará una casa limpia.

El cantor se maravillaba de ver las invenciones de Emebé para expulsar del cuarto de los lazos una pequeña galaxia enroscada en sus asuntos milenarios, y ella de ver los juegos con que Eme sacaba de la despensa un erolito arrugado de tiempo y enfriamiento. Arrojar afuera la galaxia le costó a Emebé tan sólo un movimiento de su pelo, y al cantor el aerolito un simple pase de su mano para acariciárselo.

En las galerías que daban al patio central, pegadas a los rincones entre el techo y la pared, estaban como murciélagos colgados las estrellas fugaces apagadas. Bastó que Eme subiera apenas la primera intensidad de su voz para que desaparecieran, incluso la más rebelde de todas, incrustada en el árbol seco del patio, desde donde voló sobre la huerta hasta perderse trabajosamente por encima de los cerros.

La huraflez de Jotazeta, inflada por los libros, estaba enquistada debajo de su cama. Pesada y escurridiza, achatada entre el suelo y el colchón, se removi6 como dentro de una bolsa cuando la sacaron del cuarto. La aventaron sin mirarla, se perdió en el vocerío de la calle.

Mirando muy juntos desde una ventana, intercambiando los calores de sus cuerpos, limpiaron el callejón emparrado donde según Emebé se paseaban de noche los fantasmas astron6micos de su padre. Era importante despejar la escalera, con lo que quedaría aislado el altillo, donde el enlazador, obligado por la tristeza de haber perdido su habilidad, se encerraba para convertirse cada día en aprediz de astr6nomo. Querían que Jotazeta, olvidándose del puma que lo buri6, cerrase aquellos libros para siempre y volviese al arte alegre de enlazar los objetos que traían las crecientes.

Despreocupados de sus habitaciones, donde el noviazgo no dejaba espacios libres para los sueños de Copérnico, fueron directamente al espacio cerrado por maderas bajo la escalera, donde se ocultaba el cuerpo más rebelde, que la controlaba. Emebé sabía, por haberlo oído rebullirse en las largas noches que precedieron a su noche de novia, que estaba hecho de tiempo, de ése que está más allá de los retratos de los antepasados que nunca vimos vivos, y cerró los ojos mientras Eme penetraba en las oscuridades que había detrás de las maderas hinchadas por la presencia. No, por favor, no te arriesgues, dijo sin abrirlos, jugando a tener miedo, y

oyó los ruidos que él hacía con el tiempo abriéndolo por sus grietas, oyó cómo subía la escalera, el ruido que hacía resquebrajándose entre las manos del cantor,

Cómo era, se atrevió a preguntar sintiendo que de puro miedo provocado tiritaba. Como un cometa que nunca más volverá a pasar cerca de la tierra, bromeó Eme bajando por peldaños ya libres, mirando a Emebé que, como ciega, tendía los brazos al pie de la escalera. Y ella seguía sin mirar, en el juego del miedo, sintiendo sobre los suyos los labios del cantor.

Cuando Jotazeta regresó, apenas pudo entrar. El noviazgo no sabía todavía moverse bien dentro de una casa nueva para él, y estaba siempre en el paso de las personas, en los espacios de las puertas, molestando y sin saber qué hacer con su torpeza, de tal modo que Jotazeta se lo llevaba por delante cada vez que se desplazaba. Con la casa limpia de eternidades silenciosas, los libros de astronomía parecían más pequeños, eran guías de viajes, y a Copérnico se le herrumbraban los engranajes que sostenían sus planetas.

Después de reconocer los cambios producidos durante su ausencia, les dijo que de todos modos era una pena no haber visto los primeros momentos de aquella floración. Emebé, atropellando sus propias distracciones y atolondramientos, se asomó a mirar. Los girasoles, como relojes, acumulaban tiempo nuevo en sus semillas, con un tic tac que ni los músicos podían percibir. La floración había terminado y, desaparecida la ilusión del movimiento ascendente, Minas Altas seguía siendo una oruga amarilla que habiendo dejado de trepar se calentaba al sol.

Sueños profundos del Ondulatorio

El viejo vio en la lejanía del horizonte salino una bandada de pájaros indicadora de que cuando el sol, acabado de poner, se levantara nuevamente, estaría llegando a su casa. Cenó el queso con miel que los muleros le dieron al salir, alzó varias veces la cabeza embocando la cantimplora, se emponchó y bajó el ala del sombrero. Y como quien se tiende se fue dejando

dormir sobre el andar, en cuyo ritmo colocó el de la canción que traía consigo,

Los sueños de los viejos no envejecen. Con ellos, en cualquier momento pueden visitar la edad perdida. Retrocediendo en sus treinta años últimos, el Ondulatorio se encontró con Emebé a la luz de unas llamas muy serenas. Ella le pidió que la llevara al pueblo próximo en ese maravilloso caballo que tenía, y ahora iba con él, abrazando su cintura para no caerse. El calor de las manos de la muchacha se difundía por su cuerpo, mezclado a la canción del gallo blanco,

El caballo dio un traspie y el Ondulatorio se sintió despierto, pero no permitió que la repentina lucidez alterara las circunstancias retrospectivas que lo acompañaban; no veía ninguna razón para que, por un simple cambio de planos de tiempo, Emebé tuviera que borrarse. La arropó aislándola del frío que se estaba levantando, le preguntó si estaba a gusto. Y le hizo responder que a su lado y con un caballo tan maravilloso como ése podría estar toda la vida. Su familia, apretujada en la galería viéndolo llegar, no podría creer en la maravilla que él traía desde tan lejos. Ella caminaría como una aparición y todos se apartarían para darle más espacio a su presencia,

Dormido sobre el andar de su caballo iba el viejo conversando con la muchacha bajo el estrellero. Hablaban de la canción, procurando agregarle las estrofas que faltaban. Pero ese tema era apenas un pretexto para estar juntos, de modo que pronto lo olvidaban y se quedaban solos mirándose ante el fuego, que era como un tiempo sin edades ni cronologías. Cuando las llamas se apagaban, por puras distracciones del Ondulatorio, Emebé también se borraba y él seguía solo sobre su caballo, que también iba dormido, si andaba era por contagios del camino que él mismo sin saberlo se iba abriendo por el llano,

Desaparecida Emebé, se iban también los pensamientos. Sin nada que poner en los sueños, el viejo se despertaba a medias y volvía al ritmo de la canción, memorizada en el trote corto del caballo, donde aparecía el gallo blanco picoteando el suelo y había también una cuna con un niño que goteaba desde la voz de Eme Calderón,

Estiró un brazo hacia atrás palpando el aire donde ya no estaba la muchacha, y comprobando lo que sospechaba devolvió a las agujas de su reloj

los treinta años que le había quitado para pasar la noche con buena compañía, Echándose agua en la cara vio que las estrellas también se habían borrado, y sin abrir la boca emitió un sonido de agradecimiento a Emebé por esa noche tan hermosa. Tomó las riendas heladas, y el caballo, despertando, cambió el paso de la noche por el paso del día, divisó un vuelo de pájaros madrugadores y enseguida el bulto de la casa con el punto más pequeño del árbol donde lo ataban para comer.

Claro que es él, dijo la hija mayor, Chicos, vengan a ver, el abuelo ha vuelto a casa. Llenando la galería, los más pequeños treparon a los horcones para ver mejor el lento acercamiento del Ondulatorio. Ya no lo esperaban. Se ~~for~~ ^{había ido} sin avisar, doblado sobre el caballo por la vejez que llevaba encima, y pasó tanto tiempo que creían que había salido a morir por ahí para no dar disgustos. Y volvía tan tranquilo, sin trazas de vejez o de cansancio. Desensilló tarareando la canción, acarició los contornos vacíos del caballo echando una ojeada secreta a las ancas donde ya no estaba Emebé, cruzó entre los niños alzando las alforjas para que no vieran que estaban vacías, y cuando le preguntaron qué les había traído dijo onduladamente:

-Nada menos que la canción del gallo blanco.

Esa noche los niños dijeron que no irían a acostarse si antes no les mostraban lo que había traído el abuelo. Está bien, dijo el viejo, y cantó lo que pudo recordar, justo cuando por detrás de la casa pasaba un Oidor que escuchó atentamente llevándose unas manos cóncavas a las orejas, por donde entraron las palabras que entonaba el Ondulatorio.

Palabras y melodía encerró en su memoria el Oidor de a caballo. Se alejó entre sigilos y galopó toda la noche repitiendo lo que había oído, sin olvidar una sola sílaba, mientras el viejo, antes de acostarse, atrasaba otra vez su reloj en treinta años. Tras el cambio de posición de las agujas vio encenderse un fuego, y a su luz aparecer de a poco la figura de Emebé.

Tlon, tlin

Bajar

Cuando la partida del cantor se hizo evidente, los minaltefos, cada vez que tenían que usar la palabra irse, la sustituían por "volver". El viaje flotaba en el aire, era imposible ignorar su presencia, como sostenían los Vega ante los oídos sordos de los Calderones, que se negaban a mencionar el tema. El irse de Eme se estiraba desde el Bajo hasta el Alto, recostado en una orilla del río, rozando girasoles y escalinatas iba creciendo día a día.

La viejecita que le regaló la letra de su nombre lo mandó llamar. Sé que está por volverse, dijo irguiéndose en la cama, y quiero entregarle este cofre que contiene algo muy importante para usted.

Eme bajó la escalinata con aire de sonámbulo y al llegar al río tuvo que recurrir a esguinces y repliegues para no atropellar su irse, de abultamientos invisibles. Caminaba río abajo observado por un astrónomo muy joven que desde su ventana lo escudriñaba como si fuese un astro que ante la claridad del día inminente está a punto de desaparecer, con gula de últimos minutos lo veía apagarse. Pobre Eme, se dijo pensando en las distancias, réplicas de las del cosmos, que el cantor tendría que recorrer, una vez ido, para poder llegar (volver) a su punto de partida, dado que, según teorías propias que no se atrevía a comunicar a los astrónomos viejos, el movimiento era sólo una ilusión de la quietud.

La llavecita giraba en falso. Eme introdujo un cuchillo de cocina por un costado del cofre buscando forzar la cerradura por dentro. La hoja abrió una rajadura en la madera, por la que salieron, al ser retirada, unas hebras sedosas. Pelos, dijo Emebé. Desclavada la tablita lateral de la tapa, hurgaron en el interior con el cuchillo hasta desparramar sobre la mesa un puñado de cabellos. Pelos de ^{hebe} recién nacido, dijo Eme apartándolos y juntándolos como plumas de una almohada rota.

Emebé metió dos dedos en la caja moviéndolos como tijeras. No puedo alcanzarlos, parecen trapos. Una cosa esponjosa se le escapaba cuando tiraba hacia afuera. Jotazeta sacó una aguja de tejer del cajón de los cubiertos. Palanqueando con ella y el cuchillo consiguieron asomar a la boca de la abertura un trapo enrollado. Su volúmen era denasiado para la abertura. Lo hicieron girar hasta encontrar una de sus puntas. Eme movía la

aguja y el cuchillo en el interior de la caja como si fuesen remos, mientras Emebé, según iba saliendo el objeto desde su cueva, lo desplegaba sobre la mesa sin lograr definir la prenda; el trapo tenía su propia forma de estar y volvía a sus plegamientos de veinte años cada vez que le pasaban la mano procurando estirarlo. Se encaja en el fondo como si hubiese un clavo, dijo Eme soltando el cuchillo para hurgar sólo con la aguja. Ahora sí, dijo Emebé tirando, y el trapo salía de la caverna abriendo y cerrando sus arrugas. Pasó un remiendo desteñido, un botón de nácar sin ojales próximos, pasó un bolsillo y encima otro botón, partido, pasó una tira larga, un cuello y luego otra tirita con un nudo, arrastrando un manojo de cabellos; pasó la aguja de tejer envuelta en el último tramo del trapo, que libre sobre la mesa se plegó de nuevo en forma de cofre ocultando sus formas. Escuchen, está lloviendo, dijo Jotazeta señalando hacia el techo.

Emebé tomó la prenda por el lazo que unía sus breteles y la levantó. Estiró la tela hacia abajo, dos tiritas se desprendieron y quedaron colgando como brazos. Los botones, fuera de lugares congruentes, no tenían función. Tampoco la tenía el cuello. En el centro, un gran bolsillo como alforja, del que Emebé extrajo un botón suelto, de cuatro agujeros. Un delantal, dice Eme. Hecho con una camisa, dice Emebé. Claro, dice Jotazeta, es el mandil que su madre se ponía cuando lo amamantaba.

Al sacudir el cofre salieron unos ruidos metálicos, enrarecidos por el de la lluvia, que venía desde el techo de zinc. Un pañuelo anudado saltó por la abertura y dio unos brincos sobre la mesa. Adentro había tres anillos. Dos lisos, con iniciales por dentro; T,C a L,A, y L,A a T,C, el otro con una piedra brillante.

Apartó Eme los anillos y acercó el botón suelto, ~~brillante~~, de círculos concéntricos que descendían escalonados. Un botón que no parecía vinculado a prendas de vestir, tenía existencia por sí mismo. Ni siquiera era ornamental. Tras veinte años de oscuridad, parecía contemplado por primera vez, tratando de esconder su fragilidad en los cuatro agujeros que le permitían ser botón. El cantor, mirándolo, sentía que la palabra que nombraba al objeto no era suficiente para sus contenidos; acababa en el primer círculo que encerraba su centro. Desde allí hasta su contorno, era como una materia silenciosa con potencia de sonido, audibles aun bajo el ruido de esa lluvia chirriante, y por poco no se movía por sí mismo, por

poco no se ponía a girar en remolinos zumbando hasta dormirse como los trompos cuando alcanzan el equilibrio en sus movimientos giratorios. Es una maravilla, dijo Eme deslizado el objeto hacia Emebé, sus palabras apenas se oyeron, la lluvia alcanzaba sobre las chapas su máximo sonido,

Todavía hay algo adentro, dijo el enlazador moviendo el cofre junto a su oído. Sacudiéndolo, cayeron unas piedrecitas como granos de maíz partidos, mezcladas con tierra. Qué raro, dijo Emebé, todo tan limpio y ahora esa basura. No las tire, dijo Jotazeta, por algo estarán ahí; parecen esas piedras que picotean las gallinas, esas que tienen en el buche para hacer la digestión. Todo, dijo el cantor, como en la canción del gallo blanco, salvo ese botón.

Lo último que salió del cofre fue una palabra. A pesar del tiempo, mantenía su forma en el grafito granuloso a punto de desprenderse del papelito volandero donde estaba escrita, que salió aleteando, justo cuando dejaba de llover. Las letras, vacilantes pero sin desprenderse unas de otras, decían "Lumbreras".

Eme puso el papel junto a los anillos y acercó el botón. Lo miraba como a un retrato colgado en la pared. Bajo el chorro de aire de su respiración, el papel se deslizó hasta el borde de la mesa, y tras unos equilibrios inútiles cayó como diciendo adiós. En el laberinto de los pies bajo la mesa, las letras, desmembrándose, perdieron su orientación. Lo que quedaba de la palabra Lumbreras fue a fijarse finalmente en un zapato de Emebé, que lo transportó hasta la salida. Desde allí el agua de la lluvia que corría hacia el río lo arrastró entre hojas primerizas de manzano boyando en la corriente, donde sus letras deformadas se separaron para siempre tomando cada una los diferentes hilos de agua que corrían por el terreno. El grafito fue tragado por la tierra porosa; el papel, cayendo finalmente al río, inició el dudoso camino del puma que burló a Jotazeta.

El techo goteaba cuando dejaba de llover. Eran dos gotas solamente, que podían demorar días desalojando el agua acumulada en las depresiones de las chapas. Jotazeta colocó el balde grande en una, la palangana blanca en otra, en lugares que se sabía de memoria. Se sentó a esperar el comienzo del concierto. Ahí viene, dijo viendo correr una gota colgante por la ondulación del zinc. Tlon, dijo una gota obesa en el fondo del balde; tlin, contestó enseguida la otra estrellándose contra la palangana.

Palabra Lumberas

Borrosa en el grafito, era su propia lápida, Apagada, a pesar de su connotación luminosa. Letras como entramado de huesos formando un esqueleto que mostraba su muerte. En veinte años se fue muriendo. No tenía historia ni porvenir. No porque el grafito estuviese desprendiéndose cuando la sacaron, ni por la fragilidad del papel, a punto de resquebrajarse. Moría de soledad. Seguramente llegó muerta a Minas Altas, aquel cofre era su ataúd, donde permanecería hasta que algún día Eme Calderón le pusiese voz y la resucitara.

Volví afligido al Mirador, Lumberas, sin luz, Carbones secos. Todo lo contado por Fábulo ese día estaba vivo, menos esa palabra. Se quedó allá lejos, en el pasado, como si el papelito no hubiera salido del cofre. Le hice una visita en el diccionario. Su epitafio no la relacionaba con ningún pueblo de los Llanos. Tampoco la había recogido la canción. Acaso corrió la suerte de casi todos el día de la matanza, y la madre de Eme la enterró en el cofre considerándola ceniza, o formó parte del botín de los asesinos.

Con la pluma gruesa que uso para los títulos, escribí con jugo de limón la palabra desaparecida. La arrimé al calor del fuego. Los bordes del papel empezaban a tostarse, sin que apareciesen los trazos invisibles, como si ~~la palabra~~ no tuviese voluntad de revivir. Lumberas, Lumberas, la llamé, ayudando al fuego, como a los cóndores cuando vuelan. Y no sé si por el calor o por mi voz, los trazos fueron apareciendo. Primero en las partes rectas de las letras, luego en las difíciles curvas recargadas de jugo. Sólo cuando la sentí viva la retiré del calor. Temblaba, ella, en mis manos. Lumberas, dije cuidadosamente de modo que sonaran bien todas las letras. Y para que empezara a respirar como los recién nacidos la escribí, por primera vez con tinta, en la cabecera de esta hoja.

Entonces fue posible ver el pueblo que nombraba, aunque éste, cubierto por el polvo que arrastran los vientos llanistas, con los techos caídos,

las paredes de adobe perforadas por insectos zumbadores, estuviese devolviendo sus formas al paisaje para ser otra vez llano, línea de horizonte. Pero revivía fugazmente cada vez que decía la palabra, durando lo que ella. Yo la pronunciaba lentamente, haciendo durar más de lo debido las sílabas que mi gramático llama heridas de la voz. En esos momentos era posible adivinar, tras unas elevaciones pétreas, un conjunto de casas escondidas, las pequeñas calles que casi sin querer formaban entre ellas, el humo de las cocinas, el ruido del agua en las acequias, ropa tendida al sol ondulando en el viento, balidos de animales recién nacidos, el canto del gallo blanco en la tranquila madrugada antes de la llegada del Sietemesino. Recorría las calles el olor de la albahaca llevado por el viento que rizaba el agua de la acequia; despuntaba el maíz y en la casa de Eme estaban los retratos de sus padres, sombrero y bigotito, manos con ramos de azahares, en uno de los rincones tlintineaba la cajita de música que menciona la canción.

El irse del cantor busca su cuadrante

Antes de cantar, Eme se concentraba eligiendo el instante justo de empezar a hacerlo. Mientras dejaba pasar los momentos falsos que precedían al elegido, imaginaba un círculo con dos rayas cruzadas. Cuando éste llegaba, disponía todavía de cuatro pequeñas demoras, en una de las cuales comenzaría el fluir de la voz. Y la elección del cuadrante preciso era más de la voz que de sí mismo.

Los momentos falsos de la partida llegaron puntualmente avisándole que debía ya imaginar su círculo. El primero fue un caballito de tres hierbas que Jotazeta criaba en un pastizal a la vuelta de un cerro. Eme lo descubrió muy temprano desde su cuarto, por la ventana vio que el joven animal, curioseando su nuevo domicilio, lo miraba atentamente desde la huerta. A mediodía Jotazeta lo bañó y le recortó las crines.

Para el cantor, aquella forma amanecida en la huerta era la evidencia, bajo apariencias de caballo, de su irse de Minas Altas. El brillo joven de los ojos del animalito lo invitaba a un juego de trotes y galopes, sin saber que se trataba de una partida. El caballo lo miraba a él como un

objeto de juego, ignorante de que el hombre lo miraba como ~~un objeto~~ ^{algo} que pertenecía a la distancia, y que su forma caballuna, percibida por mucha gente la madrugada en que Jotazeta lo trajo al pueblo, era un signo con un gran significado. En cuanto lo vieron llegar, tirado de la rienda por el enlazador, se formaron palabras, nacidas a partir de su forma y circunstancia, que antes del mediodía habían recorrido todo el pueblo; el cantor está por irse.

Me da mucha tristeza, dijo la vieja del cofre, me da mucha tristeza lo que le va a costar salir al pobrecito, ahora que Emebé y él se habían descubierto. Entonces la gente empezó a abrir los arcones donde tenían guardadas sus propias ausencias, para ayudarle a salir con menos pena.

Ya está, dijo el enlazador chasqueando los dedos mientras le probaba una montura; por su manera de mirar lo vamos a llamar Intruso. Creo que es una palabra muy suave si le contagiamos un caballo como éste. Eme vio la montura puesta y oyó el ruido de los frascos y paquetes que Emebé colocaba en las alforjas, sintiendo que el irse ya había empezado y él pronto tendría que imaginar los cuadrantes de su círculo. Sonrió mirando al caballo jovencísimo, ignorante de que también para él había empezado la partida, de la cual la puesta de la montura era el primer momento falso.

En el lenguaje usado en este pueblo no hay palabras para decir adiós. Irse de Minas Altas es un acontecimiento muy serio que nunca pudo encontrar palabras adecuadas para despedirse. La gente se queda como atontada cuando alguien se va. Se esconden, para que el que se va no tenga que oírles llorar ni escuchar palabras de alta estupidez. Se meten detrás de las puertas y dicen despacito no te vayas, no te vayas por favor.

Emebé y Jotazeta más o menos conocían el momento pero ignoraban el cuadrante por donde saldría, con lo que el no tener que despedirse quedaba asegurado. Actuaban naturalmente, evitando palabras evocativas. Ni caminos, ni salinas, ni distancia, ni tiempo. Ni caballo, por supuesto, que felizmente podían sustituir por el término Intruso, cuyos relinchos y resoplidos oían indiferentes, considerándolos ruidos de lluvia.

La despedida se iba dando por acciones: la ropa, los frascos con alimentos, el entrar y salir de las habitaciones ^{actuando} como palabras sustitutivas del desconocido adiós. Hablaban de cosas normales de todos los días, pero a medida que los momentos falsos se desvanecían dando paso al

momento elegido con sus cuatro fugacísimos instantes, las palabras que decían perdían su significado, convertidas en puro sonido cuyo fundamento era el adiós. Los nerviosismos del caballo, que intuyendo la partida quería salir cuanto antes, eran también parte de ese sonido. Los sigilos del enlazador y su hija no podían evitar que mirasen a Eme como alguien que está por irse, sin adiós palpable y sin palabras. Me miran como yo miro al caballito, como algo que ya pertenece a la distancia, pensó el cantor esa noche que todavía se mantenía como falso momento aunque contuviese los elementos de la partida. En su inocencia de palabras de adioses, las miradas que echaban sobre Eme eran los signos sustitutivos. Y claro, eran tristes. Pero de una tristeza que no se comunicaba. Era casi la manera normal de mirar en Minas Altas, una cualidad que más pertenecía a la altura que a los sentimientos.

El astrónomo joven, asomado a su ventana más alta, echó una ojeada hacia abajo y vio que el irse del cantor serpenteaba en un costado del río iniciando un movimiento claramente elíptico. Es una verdadera pena, dijo volviendo los ojos al texto de la segunda ley de Kepler, mientras los músicos, que también habían observado el movimiento, cortaban las cuerdas de hábitos melancólicos y tapaban en sus tubos acústicos los agujeritos capaces de producir sonidos de tristeza, buscando un equilibrio entre el irse del cantor y la vida que continuaría después de su partida. Escuchen, dijo el enlazador repartiendo el peso de las alforjas a los costados de Intruso, parece que ha nacido un nuevo músico, qué bonita música de nacimiento están tocando. Los músicos, dijo la viejecita del cofre, ellos sí saben despedirse.

Burlado, me han burlado, decía el entrampador de cóndores apretando en sus puños las manchas de sus manos teñidas de sangre. Siempre había visto a Eme como su cóndor final, la pieza maestra, la caza última que mostraría como su gran hazafia cuando llegara la vejez y lo volviera al pueblo salinero de donde había venido para hacer fortuna con el tráfico de plumas. Había invertido el dinero producido por cien cóndores en la trampa pensada para el cantor. Tan delicada que no le dañaría la voz, lo único que valía en él, igual que las plumas en las aves. Con el dinero que hubieran pagado por el cantor, habría podido abandonar Minas Altas, esa cueva de forajidos, envejecer tranquilo en el pueblo salinero donde empezó su existencia,

respetado por las autoridades y rodeado por su descendencia, por favor abuelito, dínos cómo entrampaste a ese cóndor que cantaba, Robado, me han robado, decía apretando en sus puños la memoria de cien cóndores,

El noviazgo de Emebé había aprendido a moverse por la casa sin molestar a nadie, Ya no se quedaba, distraído, atravesado en los lugares de paso, y hacía mucho que Jotazeta no lo atropellaba, Lo mismo que Intruso, apenas intuía lo que estaba sucediendo, Era un noviazgo joven, sin experiencias en partidas o regresos, Sabía que estaba muy próximo el momento de la salida de Eme, pero procuraba no pensar en eso, Ya llegaría solo sin que nadie lo pensara, y en todo caso él también podría irse con el irse, junto con Eme y Emebé por supuesto, Pero claro, habían ensillado un solo caballo, y no pudiendo entender bien eso se turbó, Perdió de golpe su antigua libertad, aquella casa enorme de pronto no servía para nada, era pequeñísima y lo obligaba a permanecer en los umbrales, torpemente como en los primeros tiempos, de tal modo que ni siquiera Eme o Emebé podían desplazarse sin atropellarlo, Bueno, esto se pone difícil, pensó el cantor prestando más atención a los momentos falsos que pasaban, dispuesto a elegir uno dividiéndolo en cuadrantes, mientras afuera el caballito veía anochecer y escarbaba la tierra inquieto por partir.

Empujando con la aguja de tejer metió el delantal dentro del cofre; y envueltos en un pañuelo, los cabellos; echó dentro las piedritas aquellas y fijó la tabla floja en su lugar, Me llevo este botón, y a los anillos los repartimos con Emebé, Colocó en un dedo de ella el más pequeño, junto con el de la piedra, se puso el otro mirando cómo la cara de su novia cambiaba de color, como los cóndores cuando hacen el amor, Jotazeta, haciéndole un rápido esquite a una tristeza de viejo que venía muy derecho hacia él, dijo algo muy tonto sobre los anillos de Saturno, pero también chistoso, con lo que Emebé recuperó sus colores habituales viendo que los otros pasaban ahora a la cara del cantor, Voy a dar una vuelta grande por ahí, a ver si puedo recuperar los datos que necesitamos para acabar la canción del gallo blanco, Ustedes mientras tanto pueden ir preparando el ajuar, Me iré en cualquier momento, De paso veré de conseguir unos retratos, uno de la dueña del mandil, otro del dueño del botón, seguramente estarán juntos en una misma foto.

Mire, dijo el enlazador, si usted busca lo buscarán. Es un enredo peligroso. Muchos de aquí salieron a buscar, no todos regresaron. Otra gente aceptó a Minas Altas como origen, hermoso creo yo. Emebé, por ejemplo, ella ya es de aquí. A mí, cuando salí, no me fue ni bien ni mal. Me dijeron que una casa abandonada que había por ahí podía ser la mía, allí encontré esos retratos; y un poco por deseo y otro por cansancio, decidí que pertenecían a los que me trajeron al mundo. Después tuve indicios de que podían ser de los que se llevaron del mundo a los que me trajeron. A veces me dan ganas de romperlos, pero me entra la duda, el miedo de confundir a mis padres con sus asesinos. Los retratos han quedado ahí donde los ve, son un buen adorno; el tiempo les ha ido quitando sus dos sentidos y ahora son retratos nada más. Ellos mismos terminarán borrándose. Mire, alguna vez habrá que dejar de preocuparse por no tener un pasado conocido. Ya sé que usted canta por buscar y que la vista de ese cofre le ha removido cosas. Ningún cóndor, una vez adulto como usted, pertenece a sus padres; es de la altura. Ellos son libres y grandiosos, hay más sabiduría en sus costumbres que la complicada relojería en que viven enredados los astrónomos. Miran el sol sin perturbarse, y su vuelo es más hermoso que el suyo y el de los planetas que lo acompañan.

Eme visibilizó un momento preciso entre la oleada de tiempo que llegaba. Dibujó un círculo mental, donde trazó las rayas cruzadas. Disponía ahora de cuatro demoras, dentro de una se produciría la partida. La elección del cuadrante era un hecho que pertenecía enteramente al irse; él sólo tendría que poner su cuerpo; a lo demás lo haría el caballito.

Sobre un caballo dormido

Cuando los bichos nocturnos que cantan entre las hierbas empezaban a callar, el cantor calculó que habían pasado dos cuadrantes. Gastaría el tercero en levantarse y vestirse, y antes de que acabara el cuarto estaría saliendo de Minas Altas. Prendió la vela y vio encenderse los retratos en la pared. Barbas y bigotes, tocas y sombreros, ojos sombreados por los retocadores de fotos, solapas con flor en el ojal y trajes abotonados envolviendo las figuras de dudosos parientes en los parques zoológicos de

ciudades distantes, osos y monos en el fondo curioseando hacia el primer plano de la foto, todo bailando los caprichos de la luz de la vela temblorosa, Figuras que señalaban el camino a recorrer, vería muchos hombres y mujeres vestidos con trajes como éstos en ciudades como éstas, acaso él mismo se haría retratar en los zoológicos junto a un tigre de Bengala o un cóndor enjaulado, y en la ciudad habría una calle conteniendo una casa señalada donde encontraría, dentro de un baúl fabuloso, la prenda de la que fue arrancado ese botón, y en las paredes habría retratos como éstos. Los vecinos, viéndolo entrar en la casa abandonada, se asomaría a mirar y consultando memorias de veinte años dirían mirándolo de frente y de perfil; miren si no es el retrato vivo de T.C y L.A. Entonces les preguntaría por sus vidas. Si no sabían nada, averiguaría el paradero del Sietemesino y le preguntaría por sus muertes. Si el Sietemesino había perdido la memoria, le cantaría la parte conocida de la canción del gallo blanco, seguramente él podría darle los datos que faltaban. Y si también había muerto, entonces buscaría los restos de aquel pueblo ayudándose con la canción. Después, volvería a Minas Altas para arreglar lo de Emebé.

Dio tres golpes suaves en la pared sabiendo que eran inútiles. Si estaba dormida, no alcanzarían a despertarla; si despierta, fingiría dormir para ayudarle a su sigilo en la partida. Apagó la luz. La oscuridad tragó los retratos deteniendo la danza, paralizando trajes y botones, osos y monos de ciudades borrosas. Afuera vio el estrellero en retirada, marcando la ya el descanso de los astrónomos. El caballo dormía. Tirándolo apenas de las riendas, lo sacó por el callejón emparrado. Ni siquiera se despertó al bajar la escalinata, cuando Eme se detuvo echándole una ojeada última a la casa, donde todo parecía silencioso, salvo que su oído le revelaba que allá dentro, primero Emebé y enseguida Jotazeta, acababan de esconderse tras las puertas. Aguzando el sentido pudo percibir con alguna claridad el no te vayas de Emebé y enseguida el del enlazador tras la puerta de su cuarto.

En la calle terminó de ajustar la montura y aspiró el profundo silencio de Minas Altas como si fuera un perfume. Pensando esa partida había previsto mirar largamente el pueblo antes de dejarlo, creyendo que así debía ser. Y aunque bajo la luz lunar el poblado era visible hasta el Alto permitiéndolo fijarlo casi entero en su memoria, apenas le dedicó un par de parpadeos. Ahora sabía que cuando se sale, aunque se mire no se mira

nada. Además, los objetos estaban recelando; las sombras de los troncos retorcidos, las piedras de las escalinatas, puertas y chimeneas, en recelos nocturnos, no se dejaban mirar. Minas Altas dejaba de ser lo que hasta entonces, convirtiéndose en lo opuesto de su irse. Recordó momentos y rincones de la casa, palabras oídas, el sabor de una fruta, que se le mostraban por última vez antes de que las abandonara. Minas Altas y todo lo que él guardaba en su memoria pasaron al lado receloso, salvo Intruso, que por no ocupar ningún lugar en sus recuerdos permanecía de este lado, donde estaba la partida.

Caballo tonto, está dormido, dijo sacudiéndole la cabeza. Intruso entreabrió los ojos, sintió en la boca el freno que le habían introducido sin que se enterara, y se dejó caer de nuevo en las distracciones del sueño caballuno. Cuando sintió encima el peso del hombre, la llamada en las riendas y talones en los ijares, echó a andar. Pero sólo con las patas; con el resto, dormía.

Aunque los trancos eran suaves, los minalteños oyeron y abandonaron sus lechos para ayudarlo a salir. Había bisagras diversas en Minas Altas. De hierro forjado y quejumbrosas, de tubos de bronce de las antiguas minas con un chirrido agudo, de chapa enmohecida aliviada con jugo de girasoles. El ruido de bisagras avisaba a los de más arriba, que no podían oír los pasos del caballo sonámbulo, que Eme se estaba yendo. Los chirridos llegaron hasta la ventana más alta del astrónomo joven, que abandonando su razonada compostura de sabio se escondió tras la puerta y con su simple voz de mulero dijo no te vayas por favor, dejando deliberadamente que se le escapara un precioso guiño de Venus.

Eme no pudo oír el ruido de las puertas, tampoco las palabras. Pero sentía de otro modo que la gente le ayudaba a salir empujándolo con sus propias ausencias. Lo sentía en la revelación de que todo lo que quedaba a su espalda era de pronto, aunque él ignorara la palabra patria, inexistente en Minas Altas, su patria verdadera.

3. De este lado de Effe *(muy altos)*

Objeto pluvial desconocido

Las nubes que llegaron del sur hace tres días, tan bajas que seguramente cubrieron el Peñón de los astrónomos, empezaron a subir anoche. Esta mañana el refugio de los arrieros había desaparecido bajo los cascarnes hinchados de vapor imitando enormes escarabajos tornasolados. Aligeradas por la delgadez del aire, en menos de una hora han llegado casi a la altura de este Mirador, para detenerse en la región del aire que en mis mapas imaginarios es el comienzo del espacio de los cóndores. Puedo ver al mismo tiempo los colores de sus lomos de vapor hinchados en la luz, y la negrura de sus entrañas cargadas de agua. La falda del cerro donde recibo las palabras de la Céfira es ya invisible desde aquí. Ha vibrado un rayo como salido de un gigantesco espejo. Ahora mismo está llegando el trueno torpe, demorado por los peñascos. Veo nacer la lluvia, a la altura de mis ojos. Unos minutos más, y estará lloviendo en Minas Altas.

Difícil que pueda hoy poner en palabras la última historia de Fábulo, con esa lluvia, de la que tengo su nacimiento pero no su conclusión, que es lo que importa. Difícil que con el aguacero que está cayendo en Minas Altas pueda concentrarme en algo que no sea el único recuerdo (muy reciente, como todo lo mío) que tengo del llover, que en realidad es recuerdo del cuerpo de la Céfira.

La última vez que bajé llovía como ahora. A la salida de la casa de Fábulo me ~~encontré con ella~~ *esperaba a Cotilo*. He venido a mostrarte la lluvia, por si te has olvidado, dijo considerándome tonto, por divertirse. Lluvia, delectó.

Moja, ¿entendido? Necesitaríamos un, un, vamos a ver. Y fingió que ella también olvidaba como yo. El caso es que no me acuerdo de la palabra de lo que necesitamos para no mojarnos. Yo tampoco, y además nunca he visto un un, dije entrando en su juego. Es como un bastón al revés que acaba en un gran murciélago redondo, creo haberlo visto en una revista, pero no recuerdo la palabra, mintió ~~ella~~ gozando su mentira, en su hablar montañés y acurrucándose en sí misma bajo la llovizna; cabríamos los dos debajo sin mojarnos, y por arriba sonaría la lluvia igual que sobre las chapas del techo de una casa; pero cómo era la palabra; la tengo en la punta de la lengua.

La Céfira bajo la lluvia, un hecho tan fuerte de sentir que ahora mismo está sucediendo. No está apagado en la memoria, pronto a encenderse en el momento de la evocación, como sucede con los recuerdos. Sigue transcurriendo. Es como haberse olvidado de apagar la luz. La Céfira está encendida bajo la llovizna.

Ir juntos entre esas varillas transparentes era como mirar el fuego. La voz de la Céfira enredaba en la verticalidad del agua las vibraciones del hablar montañés. Las sílabas saltaban como gotas en los techos, en brocales de pozos y aspas de molinos, en roldanas y veletas, salpicando como gotas. Es, ¿cómo te diré?, como un bastón que te nace en la mano y se sube y se sube para arriba, donde se abre como un gran girasol negro. Y según salpicaban sus palabras, el objeto iba encima de nosotros.

Ella, suelta en la lluvia, iba creando espacios donde todo se acomodaba a su estatura. Y uno los traspasaba compartiendo el pulso del caer del agua, tocando su temblor, que era al mismo tiempo el del ²⁰¹ cuerpo de la Céfira.

Si tuviéramos ese aparato, dijo, podríamos andar oyendo ese ruido de lluvia con techo, tan hermoso. Ni siquiera tenemos la palabra, dije yo. Es una pena, dijo ella; si hubiera un techo de zinc encima de nosotros, sonaría como un instrumento músico.

Cuando pusimos el techo encima de nosotros, cerramos puertas y ventanas para que no se escaparan afuera los aromas de las hierbas que cansados de mojarse se habían refugiado en ²⁰¹ la casa de la Céfira. La lluvia cayó escrupulosamente durante toda la noche sobre la caja de zinc. Cuando cesó, aparecieron dos goteras casi juntas. Ahora que me acuerdo, se llama

paraguas, dijo uno que había en la pared, y lo colocó abierto bajo las goteras,

Mientras se descargan allá abajo las nubes que vinieron del sur, van llegando otras desde el Pacífico, reventando gotas suspendidas, y se suman a las que tengo enfrente. Pronto oscurecerá. Y en Minas Altas lloverá toda la noche,

Un calco de Emebé y el puente puma

Jotazeta trenzaba un lazo cuando vio entrar a Uve, la costurera, y a su ayudante la pequeña Effe, muy empolvadas y peinadas. Uve y sus grandes pestañas arqueadas a fuerza de saliva y tijeras; la mejor modista de Minas Altas, que hacía maravillas de paffo sólo con una aguja y un dedal,

Desde la salida de Eme, ^{Jotazeta} necesitaba poner ~~algo muy grande~~ en su cabeza, para distraerse de su ausencia, algo que sin ser la complicada Astronomía exigiese tiempo interminable y desmesura. La idea de trenzar un puente parecía perfecta. Se lo representaba mentalmente perdiéndose en las urdimbres hasta dormirse, pensando que sería una obra de arte. Al despertar le parecía una basura. Entonces se le borraba durante unos días, hasta que volvía a considerarlo hermoso y se le presentaba otra vez en los pensamientos, casi terminado, con día de inauguración incluido y músicos que tocaban apoyados en sus barandas. Cuando se le iba de la ^{14 cur 7 P} cabeza sin dejarle un mínimo recuerdo, se paseaba nervioso tratando de recordar qué era eso tan importante que se le había ocurrido, y no sabía qué hacer ni dónde ponerse, le molestaban sus manos y los grandes espacios de la casa. ^{Cuando} ~~hasta que~~ reaparecía, sosegando al enlazador. ^{se selegaba} Por fin se fijó en su memoria, ~~aunque con flujos y reflujos donde perdía y recuperaba la forma,~~ pero no la idea, que pasó a ser permanente. El puente se tejía y destejía, yendo de la plena hermosura al adefesio en cuestión de segundos. Lo mejor era el tiempo que contenía; iba tan lejos que abarcaba el regreso del cantor. Cuando alcanzaba esas longitudes temporales, Jotazeta entraba en unas coyunturas que lo distraían enteramente de la ausencia de Eme,

Enebé, medio dormida, se subió a una silla para que Uve le tomara las medidas. La costurera desenrolló la cinta de medir y extendiendo los brazos la desplegó desde la garganta de la novia hacia abajo y sin soltar la punta fijó un límite a la altura de los tobillos. Uno ~~de~~ cincuenta y siete, dijo, Eñe mojó el lápiz de tinta en su lengua azulosa y apuntó la cifra. Cuello, sisa, largo de manga, busto, cada palabra dejaba una nueva mancha azul en la lengua de Eñe y unos garabatos mitad azules mitad grises en la hoja del cuaderno. Partiendo de una novia casi desnuda, la costurera, según iba midiendo, veía armarse en su mente un vestido de bodas que todavía estaba en el futuro. A golpe de cinta, cada vez que la apoyaba en el cuerpo de Enebé, lo iba acercando en el tiempo. Cuando lo tuviera al alcance de la mano daría un tirón definitivo que lo haría visible, como salido del fondo de un arcón.

Jotazeta relacionó el vestido con su puente y decidió copiar el sistema de trabajo de la costurera. Antes de tejerlo tomaría las medidas al río, con lo que su proyecto entraría de pleno en el campo de la credibilidad. Había un lugar con peñascos en cada orilla, que podían ser los extremos seguros donde colgarlo. Pero allí el río era angosto, unos cuatro metros a lo sumo, una longitud que en tres meses se tejía y después qué, si la ausencia del cantor duraría mucho más. La falta de coordinación entre el tiempo que deseaba abarcar y las realidades que planteaba el terreno arrugaron la frente del enlazador.

Mientras recorría el cuerpo de Enebé con las precisiones de su cinta de medir, Uve hablaba soltando por su boca unas burbujas de colores conteniendo palabras de encajes de bolillo, cinturete, puntilla y canesú, ñanduti, polisón y punto sombra, que ascendían hasta los torpes oídos de Jotazeta, donde reventaban liberando mitones y corpiños, bayetas y corsés.

Palabras girando alrededor de un cuerpo para imitar su forma, pensó el enlazador. Seguramente los puentes colgantes tenían también palabras como ésas, pero las desconocía. ¿Por qué no embarcar el suyo en el sentido de las palabras de la costurera? Siseando y respunteando, con nudos de rizo, hasta llegar a la otra orilla del río.

Eñe tiró de un hilito, un rollo de papeles crujientes se desplegó. Uve, prolongando su mano con unas tijeras, mordisqueaba el aire a la espera del papel. Jotazeta vio avanzar los filos en líneas sinuosas que buscaban

la forma del cuerpo de su hija, dudando recorridos, pero la mano de Uve la orientaba en giros increíbles. Emebé veía surgir su forma en el papel, sintiéndose copiada, mientras Jotazeta trasladaba los hallazgos de la costurera a la realidad de su puente. Las tijeras, después de contornear en la sisa, entraron en la zona del canesú buscando el cuello, por el que pasaron desprendiendo unos destellos, y bajando por el hombro iniciaron el camino hacia la cintura, donde descansaron. Uve seguía soltando palabras, pero ahora sin envolturas de burbujas, aplastadas entre los labios que apenas se abrían, repletos de alfileres. Las tijeras, tras el descanso, desplegaron un gran giro de caderas y se perdieron, casi sin ruido, en la extensión de las piernas y el final del doble papel. La costurera, mirando los contornos de la novia, clavó alfileres en los del papel. Jotazeta dejó de trenzar y sosteniendo en el aire un nudo a medio armar observaba los pinchazos de Uve en aquel espantapájaros. Crujieron los papeles a punto de romperse cuando la costurera, metiendo las manos por las sisas y soplando por la abertura del cuello, volvió hacia afuera lo interno de la hechura haciendo aparecer la forma de la novia. Eñe, trepada sobre la mesa, embocó en la cabeza de Emebé el vestido de papel. Uve tiraba desde abajo, la novia se escurría. El cuello, al llegar a la cabeza, se encajó en el pelo recogido. No quiere pasar, dijo Eñe. Uve tiró de la cinta que lo sostenía; las hebras lacias de Emebé caían y caían y no acababan nunca de caer. La costurera ayudó a sacar los cabellos que quedaban entre la espalda y el papel, y corrigió detalles en el busto y la cintura. Y donde Jotazeta veía un modelo para su puente y Eñe una bolsa de papel que contenía el cuerpo de la novia, Uve veía el vestido en el día de la boda, los encajes, el corsé escondido tras el polisón, el punto sombra bajo la tela transparente, el ramo de azahares que aparecería en los retratos del futuro.

El suelo del puente colgante forzosamente necesitaría unas maderas que mantuviesen tensa la malla evitando que el peatón fuera hundiéndose en cada paso, ~~como el que camina sobre una red de pescadores~~. Tejería una trama cerrada dejando unos ojales donde pasar transversalmente las tablas. Las barandas no tenían por qué ceder su belleza a la exigencias utilitaria. ^{Un} puente para pasar, sí, pero especialmente para ver, en su doble papel de paseo y monumento. El solo hecho de observar equidistancias y simetrías demandaría, a cualquier paseante atento, una media hora de contemplación. El

tejido de las barandas contendría diferentes dibujos, que vistos desde lejos tendrían en su conjunto la forma de un puma saltando sobre el río, su cuerpo en el aire como volando, en el momento preciso de desprender sus patas de una orilla y alcanzar la otra. Desde cerca, en cambio, nadie sería capaz de descubrir su presencia, dispersa en las formas de animales pequeños del llano y la montaña hábilmente resaltados en la trama. Las péndolas, de distintas alturas formando un arco de cuna, tendrían un alma de madera invisible, forrada con tientos que treparían enroscándose hasta rematar en borlas con pequeños cascabeles afinados por los músicos, de modo que al cruzarlo, los pasos desatasen una música diferente para cada andar; la pesadez de los muleros, la cautela de los astrónomos. Maravilla de puente, pensó Jotazeta ~~arrojando un nuevo lazo sobre la pila~~, casi tan hermoso como el vestido de Emebé.

La novia abrió los brazos. Uve por un lado y Effe por el otro le colocaron las mangas. Para fijarlas, Uve sacó de su boca los alfileres que le quedaban, con lo que las palabras recobraron la condición de burbujas que tenían para el enlazador. Ahora, dijo Uve, hay que elegir la tela. ¿De raso o de organdí? Effe afiló la punta de su lápiz de tinta dispuesta a encolumnar las telas y los hilos, botones y puntillas, que su madre le dictaría y que después su padre, en una mula rápida, llevaría a través de la cordillera en un bolsillo de su chaleco o en el fondo de una alforja, junto con los lazos de Jotazeta que canjearía por esas telas blancas y labradas que se vendían en los pueblos lejanos construidos junto al mar.

Manera retorcida de decir adiós

El perro U entró en la casa desparramando pelos, saltó sobre Jotazeta, lo lengüeteó todo lo que pudo. Repitió el saludo con Emebé y finalmente, gastada su alegría, dedicó a la costurera y su ayudante un par de meneos de su cola. Mi marido está por llegar, dijo Uve. Effe, ¿no podrías escribir más rápido?

La niña llevaba media hora encolumnando nombres de telas y puntillas por un lado, hilos, broches y botones por otro, para facilitar de ese modo

la lectura a su padre el mulero, el rápido hallazgo de cualquier palabra, y sobre todo los movimientos al tendero; que no tuviese que trepar tantas veces por las estanterías en busca de la última caja de botones que ya había bajado antes, por favor, pídalos todos juntos, contó su padre que una vez le dijeron. Era importante que el mulero ganara tiempo para poder regresar antes que empezaran las tormentas cordilleranas. De modo que del orden y claridad de aquella lista dependía que su padre en el viaje de regreso no fuese arrastrado por la nieve o el viento del invierno que en pocos días más estaría a las puertas. Si el tendero se demora más de lo debido por culpa de una lista mal encolumnada, le había dicho Uve, tu padre tendrá que esperar a la orilla del mar, en las sucias pensiones de los puertos, a que pasen las tormentas; y entonces no se terminará nunca ese vestido.

Evitando aludes y vientos enfurecidos, Eñe puso el organdí debajo del tafetán y seguidamente el algodón y las puntillas; y pasó a otra columna unos botones que sin querer había puesto en la de las telas. Como en la hoja quedaba espacio para una tercera, colocó allí todos los hilos, tanto los de coser como los de bordar, separándolos de los botones en previsión de que el tendero reservase un lugar especial para los hilos. Todo perfectamente encolumnado, sin olvidarse de las cintas anchas para festonear manteles, ni del medio kilo de almidón previsto para el viso, ni de los hilos de colores para el embozo de las sábanas, ni de una "cosa azul" en la que insistió Emebé, ni del alfiler blanco que recomendó su madre, ni de las pastillas para la tos, fuera de columna, que le dictaron a último momento, ni de la peineta que a escondidas apuntó al otro lado del papel, su padre sabía que era para ella.

Las aletas de la nariz de U, debajo de la mesa, se movieron aspirando el fuerte olor a sur de su amo. El mulero, titular de la única letra I que había en Minas Altas, entró vestido para el viaje. Sombrero con orejeras, chaleco rompevientos, poncho de tormentas y botines para la nieve. Su olor a sur era una mezcla de los lugares visitados y de los objetos que llevaba y traía al cruzar la cordillera, donde predominaba, junto al de la humedad del mar, el de las especias que llegaban al continente desde el otro lado del Pacífico, el pasto pobre de las alturas y la corteza de los troncos de los árboles que crecían en el sur interminable. Acaso por eso llamaran sur

a esa mezcla de aromas, o quizás porque I, que siempre estaba por llegar o irse, decía que venía del o se iba para el sur (aunque se tratara del norte), sur era el nombre que tenía para él cualquier distancia y el único punto cardinal que mencionaba. También estaban los olores de las tiendas donde canjeaba los productos de Minas Altas por objetos de otros lugares del mundo, orozuz y benjuí, frutas secas o escarchadas, y en las bolsas de galletas que traía de sus viajes venía también envuelta en su aroma la calidez de las tahonas. Sin duda había más elementos en el olor a sur de ese mulero, pero a éstos solamente su perro era capaz de percibirlos.

La cara de I era morena y alargada como la letra de su nombre, con pómulos gastados por los vientos y unos labios finos, escondiéndose del frío cordillerano. Sus arrugas eran de travesías, no de tiempo, desparramadas en la frente y las mejillas, con los viajes mezclados de tal manera que nadie, ni siquiera él mismo, podía distinguir cuáles eran las producidas por los vientos de la alta montaña ni cuáles las del yodo o el salitre. Con una sola mano podía cubrir la cabeza de Eñe, desde la nuca hasta la frente, y enteramente la de su perro cuando lo acariciaba. Manos a mitad de camino entre las de un mulero y un pescador, leñosas como raíces afloradas. Debajo del chaleco rompevientos y de sus dos camisetitas, estaban las cicatrices tristes y arrugadas de los tiros, deformadas por curaciones rápidas del camino. Despreciaba a los gendarmes que perturbaban la limpidez de las fronteras y el silencio de las montañas con sus detonaciones, y el aire mismo con sus formas embozadas y mezquinas. Pasaba por sus proximidades obligadas sin mirarlos, a la espera temerosa de los disparos cuatreriles, que eran la respuesta a su desprecio. Como I pasaba muy alto, y los gendarmes, incapaces de riesgos, estaban siempre muy abajo, las balas, cansadas, llegaban sin potencia y apenas lo tocaban, apenas conseguían herirlo, apenas con un poco más de fuerza que las piedras de las hondas. Entonces él mismo se extraía las que habían logrado penetrarlo y quedar a flor de piel.

Siempre estaba preparado para irse o yéndose. De los doce años que tenía Eñe, la mitad no la había visto. De los cincuenta suyos, cerca de la mitad había estado solo, sobre una mula o un caballo, en las montañas o ~~en~~ ^{junto al} el mar. Hablaba bajo y para adentro. Sabía de memoria la cordillera y las costas del Pacífico, y en general todo lo que fuese sur. En las ciudades

que visitaba, amaba a las mujeres solitarias o abandonadas, a las que servía amorosa y puntualmente. La costumbre de viajar le vino de buscar indicios de sus antepasados, que nunca aparecieron. A los treinta años resolvió abandonar la búsqueda y se fue a vivir con Uve, que lo amaba tal como él era. Se distraía del largo ascenso cordillerano en los viajes de ida, pensando en las mujeres que lo esperaban al otro lado. Con recuerdos táctiles y olfativos las iba recomponiendo por laderas y desfiladeros. Al llegar a la cumbre, desde la que era posible percibir indicios del mar que lo atraía, se detenía a descansar, encendía un fuego y mientras bebía algo caliente trataba de ver hacia dónde querían llevarlo sus deseos, por qué población iniciar el recorrido de la costa, para bajar la cordillera por el rumbo que lo llevase a la mujer elegida. Generalmente tomaba el sur, que en esos momentos dejaba de ser un punto cardinal para transformarse en un cuerpo de mujer. Le gustaba jugar con U, llamarlo uniendo hasta diez Ues en un solo golpe de aire, separadas entre ellas por la hache aspirada que anteponeía a cada una, con lo cual el nombre del perrito, tan breve, se prolongaba hasta parecer un zumbido de viento.

Bueno, le dijo a Jotazeta, ya estoy listo para salir. Echó una ojeada a la lista, miró el dorso y la guardó en el bolsillo más hondo del chaleco, dentro de su libreta de docientas hojas. Con esto quería decir que ya se iba y que estaba diciendo adiós. Quedaba el tiempo justo para llegar con luz al refugio de los arrieros, donde haría noche. Emebé y Jotazeta cargaron las alforjas con los lazos necesarios para la compra, miraron brevemente y con alguna vergüenza, por la situación de partida, al marido de la costurera, y volvieron a la casa.

Desde adentro oían los plañidos de Uve y Effe. De tanto irse el mulero, habían aprendido a despedirse. Por desconocimiento de la palabra adiós, lloriqueaban sucedáneos imprecisos. No te vayas, no te vayas. Quién caminará ahora por la casa con esos pasos que tranquilizan, quién encenderá el fuego y tapaná las goteras cuando llueva; quién cuando hay ruidos nocturnos dirá que es sólo el viento; quién abrirá las puertas por la mañana y dirá que hace un buen día, quién dirá cuándo ha llegado el momento de sembrar el maiz, quién dirá es seguro que esta noche llueve, quién abarcará con una sola mano la cabeza del perrito; qué haremos solas cuando el tiempo se empecine en no pasar, qué le diremos a la gente cuando nos

pregunten cuándo vuelves, qué haremos cuando amanezca y ya no estés, cuando llegue la noche y no estés todavía; cómo estará la casa cuando no hayas vuelto, qué contestar cuando nos pregunten si estamos bien; qué hará tu ropa en los baúles, qué será de tus zapatos tan vacíos curvados por la falta de tu pie; quién traerá agua de la vertiente en medio de la noche oscura, quién se animará a mirar las estrellas habiendo tanta ausencia; cómo contar los días que pasaron y los que todavía no han llegado, cómo dividir los alimentos y repartirlos en la mesa, dónde poner la silla que sobra para no tener un nudo en la garganta, cómo mirar tu retrato en la pared cuando le da el sol de la mañana, cómo andar por la casa oyendo los ruidos de los pasos de una tan solitos, cómo oír nuestras voces retumbando en las paredes y los techos, con qué cara decir que estamos solas, qué palabra buscar para tapar el miedo a que no vuelvas nunca nunca, qué pensamiento para el pensamiento de que te pase algo malo. Cuidado con los vientos y las nieves resbaladizas, cuidado con las crecientes y los deshielos, con el rencor de los gendarmes y con las aves nocturnas que salen de los cementerios, con la estúpida mula junto al precipicio, con las víboras rastreras y la sed de los murciélagos, con los vientos calientes que vienen del norte arrastrando un polvo fino cargado de enfermedades y de insectos, con el agua mala de los ríos traicioneros, con la puna y la nieve y el calor y las desgracias, con las trombas del mar y los barcos que se hunden, con los terremotos que abren la tierra en grietas profundísimas, con el silencio y la soledad de los refugios, con la llamada del aliento del abismo y la suavidad engañosa de las olas, no te vayas por favor.

Y las besó y, ya sobre la mula, dedicó tres besos impecables al perrito. Las mujeres, sin dejar de plaffir, se alejaron hacia la casa sujetando a U.

Se despiden como si no fuese a volver nunca, dijo Emebé. Eso, dijo su padre, les pasa por aprender a despedirse. Y abrió una ventana para que saliese el olor a sur.

El hombre, ya entre nubes, trepaba sintiendo que la mula tomaba poco a poco su temperatura. Sonreía pensando en la hache mayúscula escrita con la saliva azul de Eñe que llevaba, camino del mar, en el bolsillo más hondo de su chaleco rompevientos.

Caballito marino

Tarea difícil como pocas sacar una canción del interior de un viejo tan frágil como ése. Para arrancársela y poder escucharla necesitaban que el Ondulatorio continuase vivo tras la operación, y allí estaba la dificultad, sobre todo si se tenía en cuenta su vejez y la circunstancia de que la canción detectada en su momento por el Oidor había crecido con el tiempo allá en el fondo del viejo y que éste, demasiado pequeño para contenerla, podría romperse en el momento de alumbrarla, con lo que se quedarían sin viejo y sin canción. Esto explicaba la presencia del médico, encargado de velar por la vida del contenedor mientras durara la extirpación, un tanto artesanal, de la canción del gallo blanco. El extirpador, o interrogador, había prometido liquidar el asunto en una sola sesión, de modo que quizás la noche fuese larga. El viejo había dormido todo el día, confundido por la falta de luz de la mazmorra, por lo que creyó, cuando los vio entrar, que acababa de amanecer.

Buenos días, dijo el Ondulatorio sentado en la tarima, viendo llenarse la celda con cinco hombres silenciosos, difusos en la luz temblorosa de una lámpara que colgaron de un clavo. El hombre número Uno desplegó una banqueta y una mesa en el rincón más iluminado, donde instaló un aparato con botones que contenían letras, y se sentó a esperar. El número Dos los hizo poner de pie y llenó la tarima de linternas, espejos y herramientas diversas. El Tres y el Cuatro se apoyaron en la pared opuesta. El Cinco, alejado de la luz, estaba como muy lejos, dentro de un borrón, hacia él dirigían todos sus miradas y palabras; cuando decía algo, su voz venía como atravesando brumas.

El quinto hombre pidió al Tres que repitiese la canción que le había oído al viejo. El Oidor dijo que de los cuatro versos escuchados sólo retenía dos, los que mencionaban al gallo blanco. La melodía también se le había olvidado, la entonó como pudo. El Dos se acercó al Ondulatorio casi hasta rozarlo. Queremos esa canción entera, dijo mirándole la boca, esperando que ésta se abriera dándole paso.

El viejo, que normalmente tenía la canción en el pecho, cerca de las cuerdas vocales, lista para salir en cualquier momento, tragó saliva un par de veces hasta hacerla descender; la sintió bajar hasta los niveles donde guardaba sus recuerdos elegidos, Emebé y el caballito trotador, con los que se ensambló, Ranuras, espigas y lengüetas trabaron y engargolaron todo de tal manera que nadie hubiera podido separar las partes de ese armazón para diferenciar una canción de lo que era Emebé allá dentro y en esa trama, ni a Emebé del caballito, El Ondulatorio se cerró como la tapa de un cofre, El interrogador eligió, entre las herramientas desparramadas por la tarima, una llave de abrir viejos, La probó varias veces, seguro de que el cofre se abriría, Pero giraba en falso,

Vamos a tener que aflojar una tablita del costado, dijo el Dos mirando al Cuatro, No hay problemas, dijo el médico, El Ondulatorio, tranquilo por haber podido esconderlo todo tan lejos, abrió la boca seguro de que se encontrarían con un baúl vacío, En los viejos arcones, cuando no tienen nada de valor, las pocas cosas olvidadas adentro carecen de sentido, Algún papelito, un carretel sin hilo, acaso una fotografía, pelusas y polvillo, Al menos eso fue lo que dejó visible en la primera superficie de su arcón de doble fondo,

El interrogador encendió su linterna número dos y alumbró hacia adentro, Es muy hondo y muy pícaro este viejo, dijo iluminando uno por uno esos objetos disimuladores, Vamos a tener que aflojar otra tablita para alumbrar un poco más abajo y ver si así encontramos algo,

La luz penetró hasta un lugar donde los recuerdos del anciano habitaban una atmósfera de sueño, Emebé y el caballito que la transportó aquella noche formaban una sola figura donde cada uno era prolongación del otro, Difícil saber dónde acababa ella y acababa el caballo trotador, confundidos a la vez, en niveles más profundos, con un enorme gallo blanco, Recuerdos muy crecidos por el tiempo y deformados por la ilusión y los deseos, Las distintas percepciones que tenía de la muchacha eran simultáneas, calentaba su cara en Minas Altas junto al fuego, cabalgaba con él y al mismo tiempo se paseaba por la galería de su casa, miren qué cosa más hermosa les he traído, Hacía frío, la arropaba, ¿Se siente a gusto? Sobre un caballo como éste, toda la vida, Este viejo tiene un empacho

impresionante, dijo el interrogador apagando la linterna dos, dirigiendo sus palabras al Cinco, envuelto en sus penumbras.

Ante una seña del Cinco, el interrogador inició las preguntas fáciles, cuya única utilidad era preparar las que vendrían luego, aceleradas. El hombre del rincón más iluminado percutía sus dedos flacos contra los botones de su aparato, convirtiendo sus voces dudosas en palabras definitivas. Cuando el viejo vio que las preguntas se encaminaban hacia la canción del gallo blanco, la quitó de donde estaba, entre Emebé y el caballito, y la colocó más abajo, casi en una inconciencia, sin separarla del conjunto en que estaba ensamblada. En la nueva situación, Emebé había quedado más arriba, accesible a la luz de las linternas; pero tampoco la mencionaría. Sería bochornoso que esos hombres descubrieran sus amores secretos, y terrible la vergüenza. También quedaba más visible el caballito, pero bueno, qué podía importarle ese elemento al extirpador o al hombre de las brumas. Temeroso de todo, dejó las cosas en su sitio viendo que entre las preguntas asomaba la cresta colorada del gallo metido en la canción.

No lo sé, no me acuerdo, he perdido casi toda la memoria, saltaban las palabras hacia afuera pasando por su hermoso aparato ondulatorio. Esperó el ruido que éstas harían al estamparse en el papel de la máquina del rincón iluminado, pero el aparato estaba silencioso. Esa máquina se traba sola cuando intentan decirle una mentira, dijo el Cuatro, el que sabía qué maderas aflojar para llegar al doble fondo del baúl y conocía de memoria todos sus órganos internos. Y si no sale esa canción, entonces habrá que aflojar las tablas más grandes. El Oidor repitió, desafinando, el par de versos que sabía. No tengo la menor idea, dijo el Ondulatorio.

Ahora se ve mucho mejor, decía el Dos alumbrando con otra linterna, ayudado por unos espejos. Miren, señores, miren lo que esconde ahí dentro. Todos, menos el brumoso, se asomaron a la boca del viejo para ver, iluminadas parcialmente allá abajo, las formas entretejidas, entre las que sobresalían las blancuras desnudas de Emebé. Bueno, dijo el extirpador, vamos a proceder a la extracción. Y se arremangó.

Fue metiendo y metiendo su largo brazo dentro de aquel pozo. Con el codo forzó peligrosamente un aparato muy delicado compuesto por dos cuerdas como labios, tan frágiles que el Cuatro, conocedor a fondo de ése y de

todos los viejos del mundo, tuvo que decirle cuidado, si se dañan no podremos escucharle la canción. El viejo, con la cavidad bucal enteramente ocupada por el fin del brazo y el comienzo del hombro del interrogador, confiaba en sus escondrijos; y para distraerse del miedo que tenía sin embargo, miraba atentamente una viga vegetal del techo por donde corría una arafita, sintiéndose iluminada, hacia su grieta protectora,

Mientras el dos hurgaba dentro, el viejo se tranquilizaba pensando que solamente buscaban una canción y parecía que ignoraban la existencia del cantor. Si no sabían quién era, entonces no importaba mucho que por fin se la extirpasen. Qué podrían hacer con ella, si no tenían al cantor.

El médico levantó un poco al viejo desde abajo, presionó unos músculos para que el brazo del Dos llegase un poco más adentro. Ahora sí, dijo éste, puedo tocar cosas concretas. Sus dedos iban de la cresta del gallo a las crines del caballo, rozando, al pasar, los pechos tibios de Emebé. Viejo cochino, dijo el interrogador palpando los pezones. Y atraído por la desnudez metió el brazo más abajo, buscando sus piernas y caderas, sin advertir que las cuerdas vocales del Ondulatorio, único lugar por donde podía salir lo que buscaba, perdían su delicada afinación.

Adentro hay por lo menos un gallo, un potro y una hembra, dijo limpiándose el brazo con un trapo, y ahora mismo vamos a sacárselos. El viejo desvió sus ojos de la arafita, que alcanzaba en ese momento los bordes de su grieta, y vio los instrumentos que el hombre introducía por su boca, moviéndolos como remos. El conjunto avanzó trabajosamente hacia arriba pero enseguida se trabó, no pasaba por los conductos. El Dos retiró los remos y metió un tirabuzón, ayudado por el Cuatro y las linternas. Me parece que enganché algo, dijo el extirpador sin entusiasmarse, y sacó un largo viaje a caballo por una llanura interminable. No lo tiren, dijo el Cinco, podría tener alguna utilidad más adelante. Enganchados y temblando en la punta de la espiral metálica salieron sus últimos cumpleaños, marchitos y tristísimos. Después los aparatos extractivos llegaron a unos estratos donde había siembras y cosechas, nacimientos y muertes, despedidas y llegadas, alegrías, desengaños. Increíble y asustada apareció la juventud del Ondulatorio, seguida de cerca por atolondramientos adolescentes. Salieron a plena luz sus amores secretos con una prima carnal, y revolviendo en pleno territorio de la infancia saltaron afuera,

sorprendidas, sus fantasías sexuales. Viejo asqueroso dijo el Dos, y todo se amontonaba tembloroso sobre la tarima donde el viejo había pasado durmiendo un largo día creyendo que era noche.

Tengo, dijo el interrogador mirando al médico, el caballo, la mujer, y la cresta de ese gallo enganchados en la punta; ¿puedo tirar? Es peligroso, dijo el médico; habría que desarmar el engendro adentro y sacar las piezas una por una, de otra manera es imposible sin romper los conductos. El Dos, desoyéndolo, dio un tirón furioso; la tríada se encajó violentamente aprovechando vísceras y huesos cercanos. Tuvo que soltarla, y hurgando por los costados logró sacar más cosas: unos pantalones cortos, un cuaderno con dibujos y las primeras letras, los miedos nocturnos de aquel niño que ahora era un viejo indescifrable, sus pequeñas mentiras, sus faltas de ortografía, su biberón, sus llantos infantiles. Son todos iguales, cortados por las mismas tijeras, todos tienen las mismas basuras, dijo el Dos mirando el montón de cosas extirpadas. Nada de eso sirve para nada, lo más valioso se ha quedado adentro, dijo el de las brumas, y abandonó la mazmorra, envuelto en su neblina.

El viejo murmuró algo para Emebé queriendo pedirle que le perdonara haberla puesto en esa situación, que el Dos la manoseara. Pero usted ha visto que no ha podido sacarla de allí dentro, así que podremos continuar el viaje; el caballo también ha quedado intacto; siempre que usted se sienta a gusto, por supuesto, dijo ahora que estaba libre de ese brazo buceador, sin darse cuenta de que las palabras no salían, su cauce de cuerdas había desaparecido.

Intentó atrasar su reloj de años para volver al tiempo de Emebé, pero ya no tenía engranajes, salvo los de la vejez presente. ^{Tocándose X} ~~Palpándose~~ interiormente, sólo palpó la cresta enardecida de aquel gallo. Emebé, aterrada, había desaparecido. Jamás podría sentirse a gusto entre las piltrafas manoseadas de ese viejo cochino que había dejado exponer ante la luz de las linternas sus amores secretos. Es una cosa que jamás, ¿entiende?, que jamás le perdonaré, decía su pequeña voz, ya perdida en la extensión de las Salinas, mientras los hombres recogían sus herramientas, cerraban la puerta y se marchaban por pasillos que él desconocía.

A falta de Emebé, concentró en su caballo los pensamientos que le quedaban, mirando el trozo de pared al alcance de sus ojos. Llegaba a su

casa y no podía decir miren lo que les he traído, primero porque su voz ya no tenía cuerdas donde apoyarse, y segundo porque ella no existía. Era como si jamás le hubiera pedido que la trasladara al pueblo próximo en su caballito trotando bajo el estrellero. Se disecaba el viejo, vaciado de todo iba quedando un cuero pelado tendido al aire puro. Cuando un viento y un sol desconocidos acabaron de secarlo aproximándolo a las sonoridades de un parche de tambor, sintió unas percusiones en su piel, como si Emebé regresara y lo llamara. Entre esas alegrías se iba demorando el Ondulatorio, vacío y transparente como un caballito de mar.

Meteorófono

Las ondas de radio, sus enormes cargas de palabras y de música, que imagino como una Vía Láctea invisible, pasan de largo aquí. Se necesitarían aparatos muy potentes, vigilando y apuntando hacia ese altísimo reguero de sonidos, para derribar alguna frase o melodía y hacerla caer en Minas Altas. Algunas veces, por los precarios aparatos a pilas existentes, que sólo captan ruidos, se han deslizado segmentos desarticulados, especies de aerolitos sonoros, sin conexión con un principio o un final. Goteras.

La memoria de Fábulo retiene algunos de estos cuerpos caídos del espacio exterior: compases de un vals vienés tocado por gran orquesta, propaganda de un jabón de tocador, algunas palabras extranjeras. Me gusta pensar, sobre todo porque parece absurdo, que a causa de estos desprendimientos aquel vals llegó a su destino faltándole unos compases esenciales, y los remotos oyentes no pudieron enterarse del nombre del jabón que usaban las estrellas de cine. Por las muestras caídas, decía un muñeco de Fábulo, esa franja sonora que atraviesa el cielo está compuesta por basuras. Hermoso imaginar esos desperdicios allá arriba, rozando el cielo pasan jabones y vales mutilados, novelas de amor y mensajes de hombres poderosos, sermones y dentífricos, que, acabados los pueblos cordilleranos, por falta de destinatarios caen en el mar, donde son devorados por unos grandes peces ansiosos que hay al otro lado del horizonte marino. El muñeco visualizaba esta segunda Vía Láctea inclinando exageradamente la cabeza, con peligro de perderla. Pero no todo era basura. Veo pasar miles de músicos, decía, no hay goce parecido, violines y otros extraños instrumentos; seguramente va con ellos, rozando planetas y satélites, la voz de Eme Calderón con la canción del gallo blanco.

Las pilas nuevas traídas por el mulero junto con las telas para el vestido de Emebé sólo sirvieron para perfeccionar los dos o tres ruidos principales de la radio que Uve usaba para distraerse mientras cosía en las

languisimas tardes que pasaba en la casa de Jotazeta. Cada ruido tenia su calle propia en la pequeña ventana del aparato, señalada con una aguja corrediza. El más fuerte, en la más ancha, sonaba oscilante, como interrumpido por las grandes moles de montañas. Salvados los obstáculos, fluía limpio y solitario como un viento nocturno, apto para recibir cualquier palabra que cayese del cielo. Haciendo girar el botón, a un dedo escaso de distancia había una calle más angosta, seguramente honda como el río seco de Minas Altas, donde corría un ruido difícil de definir, respiración del viento del llano arrastrando una arenisca brava. Las demás, que como las anteriores ocupaban siempre el mismo sitio, apenas tenían espacio, eran simples senderos o caminos de cabras. Por las calles principales de vez en cuando algún sonido o palabra se acercaba, escuchan, escuchan, decía Uve apuntando hacia la radio con sus tijeras, pero siempre, cuando estaban por definirse, el mismo viento que parecía traerlas las arrastraba lejos. Cada vez que, cansada como todos de oír la misma respiración, Effe movía los botones, Uve le decía que no tocara nada; luego ella misma le pedía que cambiara la aguja de sitio. Effe obedecía sin comentarios y mirando de reojo a la costurera, una vez ubicada la nueva calle, aumentaba el volumen del ruido para molestar a su madre. Después miraba la sonrisita que el juego producía en Jotazeta, y los dos se divertían con el no funcionamiento del aparato de Uve.

Con la puesta del sol aumentaban las posibilidades de que palabras rezagadas o sonidos con poca resistencia de vuelo cayesen del cielo por el aparato. A esas horas Jotazeta movía los botones en busca de la calle más propicia. Esto lo distraía de su puente, que desde la llegada de la radio de Uve y con el nacimiento del vestido de Emebé había ido degradándose en su memoria y sus deseos hasta quedar convertido en unas sogas raquíticas apenas anudadas, bajo la humillante definición de la palabra andarivel, cuya presencia Jotazeta era incapaz de soportar. A eso había quedado reducido su maravilloso puente-puma últimamente. Quitándole sólo un par de nudos dudosos y a la vez inservibles, era apenas una soga que a duras penas iba de orilla a orilla, un hilo de coser, una línea a borrarse, mientras la costurera, tan segura de su oficio, había plantado los cimientos del vestido y empezaba a levantarse la intrepidez de un gran castillo desparramando materiales y herramientas a su alrededor, tijeras

rectas y corvas, dedales y agujas de todos los tamaños, almohadillas con alfileres y bolsitas de arena con estrellas formadas por clavos donde los hilos de colores iban y venían buscando la forma de un bordado que luego apenas sería visible en los extremos de un mantel. Andarivel, qué horror, pensaba Jotazeta, palabra sonando a senderido lleno de yuyos, a piedras salientes para cruzar un arroyo, a huella borrada por el polvo. Apenas eso quedaba de su puente desde que Uve metió en la casa los ruidos misteriosos de su radio y desplegó por todas partes las grandes superficies ondulantes de las telas que abarrotaban las alforjas de las dos mulas que necesitó su marido para traerlas desde los puertos marítimos al otro lado de la cordillera. Sin su puente y a la espera de palabras, se paseaba por la casa esquivando, para no pisarlos, trozos de tiza, puntillas y botones desparramados, sin saber dónde ponerse o quedarse quieto. Desde la llegada de las telas, Uve se ensanchaba y se ensanchaba convirtiéndolo todo en sus alrededores. La sala era enteramente suya, ocupada por el interminable castillo que construía; había hilos y carreteles debajo de las camas, broches y botones en los escalones, cajas vacías en la cocina y paquetes sin abrir encima de los muebles; todo esquivado trabajosamente por el enlazador en sus paseos, mientras las mujeres cosían silenciosas y como mirando lejos, mientras por la radio salían esos chorros de aire entre los que aparecían a veces, entrecortadas, palabras extranjeras desprendidas de la Vía Láctea, y el armonioso puma de su puente, no habiendo alcanzado la otra orilla, caía desde el andarivel, dentro de un clima de sueño se sumergía en las arenas secas.

Jotazeta vio que el crecimiento del vestido se vinculaba directamente con el regreso del cantor, era la fuerza que lo haría posible. Ustedes pueden empezar a hacer el ajuar (y no un puente), había dicho al partir, fijando algo concreto en el tiempo. Con cada puntada de la aguja, Uve acercaba un poco más a Eme, mientras su puente no lograba salir todavía de la inercia. El vestido que construía Uve lo abarcaba, convirtiéndolo en uno de sus pliegues. Entonces decidió ceder secretamente la potencialidad de su proyecto a la construcción de aquel castillo de sedas y puntillas que en tardes y noches interminables labraban las mujeres silenciosas.

Con la energía que el enlazador traspasaba mentalmente, el vestido crecía, al menos en sus deseos, doblemente. Dominada la naturaleza

resbaladiza del raso, el castillo encontraba sus formas, apoyado en un maniquí que Jotazeta en sus duermevelas veía como una torre de altura interminable. Convocadas por sus ensoñaciones, llegaron costureras de otros pueblos, de la sierra y el llano acudían viejecitas temblorosas arrastrando sus agujas y dedales; trepando se desparramaban por los andamios desplegados desde el ruedo hasta las alturas del canesú. Trabajando en distintos niveles, tan lejos las unas de las otras que debían hablar a gritos cada vez que necesitaban izar un hilo o un botón, desarrollaban el conjunto armoniosamente envolviendo la forma en centenares de metros de puntillas espiraladas que ascendían como caminos de caracol en la montaña, aplicadas por aquellas abejas empeñosas alrededor de la falda abultada por el polisón, mientras otras viejecitas, trepadas en lo más alto del andamio, hacían lo mismo en las mangas abullonadas, y aquí y allá, en la sala ocupada por la extensiva Uve, otras costureras de siesta trabajaban en distintas prendas con hilos de bramante, colocaban bayetas a un corsé, aplicaban bordados amarantáceos sobre satén o brocatel, y el castillo crecía y crecía desafiando la ausencia del cantor.

Eñe, dijo Uve, ¿quieres prender la radio, por favor? El botón del volumen estaba al máximo. Cuando la niña hizo girar el otro abriendo la calle que conectaba a Minas Altas con la que corría paralela a la Vía Láctea, un bólico huracanado envuelto en estrépitos diversos paralizó la mano en alto de Uve con el hilo tenso, alejó a Eñe del aparato como huyendo de un incendio y desfiguró la boca de Emebé, que mordisqueaba un hilo con intenciones de cortarlo, mientras Jotazeta, conmovido en su silla, veía a sus ancianas costureras caer de los andamios envueltas en el delirio de sus trapos negros, deshaciéndose en el aire iban las viejecitas torpes, deshilachadas por el tremendo ruido del meteorófono que acababa de caer.

Objeto musical desconocido*Bajo*

La tela que tras unas maderitas labradas ocultaba las entrañas de la radio pareció partirse en dos para dejar salir los sonidos, como queriendo inflarse sin poder dar paso libre al torrente de notas de todas las alturas que invadiendo y paralizando la casa de Jotazeta escaparon, sin dejar de fluir, por ventanas y resquicios, En chispas de segundos remontaron la calle de Minas Altas y traspasando el Peñón de los Astrónomos escapaban en busca de su origen y el cierre del circuito, convirtiendo al pueblo en un vaso comunicante con la calle sonora que corría al lado de la Vía Láctea con sus millones de palabras y sonidos, como una gran serpiente eléctrica, a tal punto que, de no haber quedado todos paralizados, hubieran corrido a apagar el aparato para evitar que la franja celeste, alocada y sin control, tomaracauce por el río, lo desbordara y se convirtiera en la más peligrosa de las crecientes.

Desde la silla donde estaba la radio, el meteorófono desparramó los hilos y pelusas dispersos por el suelo abriendo un cráter que llegó hasta los pies de Jotazeta, el más alejado del aparato, Un botón caído en el suelo se movió de su sitio, contaba luego Efe, y sólo se detuvo cuando fue a dar contra la pata de una silla, El soplido del engendro terminó de deshilar un trozo de género, convirtiéndolo en finísimos cabellos que fueron arrastrados por el suelo, Toda acción quedó suspendida en el aire con la caída del cuerpo estratosférico, La aguja de Uve, en alto con el hilo tenso, sin poder acabar la puntada; Efe, refugiada tras el enlazador, se tapaba los oídos como para siempre; los incisivos de Emebé se detuvieron, mordiendo, en la mitad de la pulpa del hilo; un hueso solitario que hervía en la cocina dilató sus poros dejando entrar en su médula aquel sonido que atravesaba los metales, Ni siquiera las ancianas de Jotazeta consiguieron llegar al suelo tras la caída desde sus andamios; suspendidas en el aire, tiritaban, dentro de sus vestidos negros, como luces de velas temblorosas, mientras el sueño del enlazador, suspendido también, no lo dejaba despertar del todo y los andamios y las viejas y los kilómetros de puntillas serpenteantes alrededor de la catedral de seda no se borraban como sueño y bordeaban peligrosamente la neutralidad del raciocinio del sano Jotazeta.

En el momento de la caída, el ajuar de Emebé había progresado sin necesidad de la ayuda del enlazador. Dos juegos de sábanas, con sus empujos labrados de flanduties, ya estaban planchados y plegados en sus cajas, y un corsé de telas impalpables bajo los pechos del maniquí se enlazaba detrás con nudos y corchetes disimulados bajo el viso de color que daba sombras y luces a la transparencia del vestido. Afuera, lejos, un zorro detuvo su carrera y los pumas se erizaron. El perro del mulero, que dormitaba a sus pies, alzó el hocico procurando desalojar en forma de gemido el turbión altisonante que acababa de entrar por sus orejas, y los músicos, en enjambre, abandonaron sus viviendas en tropel, corrían hacia la casa de Jotazeta zumbando como abejas enardecidas. Los astrónomos, asustados, pensaron en la rotura de un cometa próximo que estaban esperando, y asomados a sus altas ventanas trataban de descubrir la consiguiente lluvia de meteoros, sus explosiones luminosas. Pero el cielo, recién anochecido, estaba limpio y serenísimo, las primeras estrellas de siempre temblando sobre los picos nevados de la cordillera.

Tras la sorpresa, el objeto sonoro continuó fluyendo más tranquilo y cada cual fue recuperando de a poco sus aptitudes habituales. Uve bajó su mano y concluyó la puntada, el hilo se cortó entre los dientes de Emebé, Effe volvió a la silla donde bordaba, Jotazeta abandonó su tiniebla, y sus ancianitas, aterradas de por vida, desaparecieron con sus andamios y puntillas para nunca más volver.

El meteorófono fluía serenísimo entre el oleaje de su armonía como enfriándose, soltando humo de secretas combustiones, solidificándose por fin en contacto con la tierra. Jotazeta y las mujeres, inmobilizados y sin saber qué hacer, escuchaban desvalidos mirando el aparato, ante un hecho sonoro que los sobrepasaba. Como ninguno tenía palabras que nombrasen aquello, se miraban avergonzados, dudando entre llorar o sonreír.

Olvidados de puentes y de ajuares, sentados en el suelo y apoyando sus cabezas en manos pensativas los hallaron los músicos. No es para tanto, dijo un arpista de barbita fina, se trata simplemente de un objeto musical desconocido por nosotros y ahora mismo vamos a copiarlo.

Bajaron el volumen y se sentaron alrededor de la radio formando un doble círculo que bordeaba el cráter abierto por el engendro, mezclando sus cabezas negras o canosas y secreteándose entre ellos. Silencio, por favor,

dijo el arpista, y atemperando sus oídos se dejaron penetrar por las voces del lejanísimo instrumento.

Había niños de la edad de Eñe, duplicados en tiempo por la frecuentación de los sonidos; viejas con los dedos achatados de tanto apretar cuerdas; jóvenes de mofletes hinchados por los tubos acústicos. Había ojitos donde brillaban alegrías, ojitos dubitativos, candorosos, despistados, distraídos, preocupados, aquiescentes, negativos, hurafios, perdidos, adormilados, clínicos, lejanos, minuciosos, juguetones, románticos, umbríos, canelos, recelosos. Había manos juntas, lentas, abandonadas, infantiles, sufridas, atentas, olvidadas, cautivas, parsimoniosas, traviesas, alarmistas, cada una al lado de su oído regulando intensidades y distancias.

Jotazeta esperaba que los músicos sacaran sus papeles para calcar el instrumento nuevo, que desarmaran el círculo y se desparramaran por la casa abriendo y cerrando puertas, que treparan a las mesas o pegasen sus oídos al suelo midiendo intensidades, como hicieron cuando copiaron la voz de Eme; pero no se movían, atentos a la repartición que estaban haciendo de las voces múltiples del complicado instrumento que venía acaso desde el otro lado del mar, para juntar después las partes en una memoria única. La música iba repartiéndose ^{de lo agudo a lo grave} en el doble círculo de cabezas, ~~de lo agudo a lo grave las notas eran guardadas en la doble fila de cabezas~~ habituadas al uso natural de la armonía.

Un ruido lateral sesgó el fluir y fue acortándolo hasta que la música desapareció. La calle, vacía, siguió manteniendo su respiración. La más nerviosa de las manos movió en sus dos sentidos el botón buscando en otros sitios, pero nada, ruidos de viento en los peñascos, senderos de cabras; el meteorófono había terminado de caer. Hacía mucho que los astrónomos habían cerrado sus ventanas desinteresándose del suceso, y allá arriba muy alta la franja paralela con la Vía Láctea seguía trasladando sus millones de sonidos sin notar la pérdida o caída de uno de sus instrumentos. Una caída casual, seguramente; un desprendimiento producido por la fricción de la abundancia; o acaso estos bólidos sonoros tuviesen sincronizadas, como los cometas, sus apariciones ante ojos y oídos humanos, y a los habitantes de Minas Altas ya no les alcanzase la vida para asistir a otra, reservada a sus hijos cuando fuesen viejos, a sus nietos o quién sabe a quiénes, en

vano movía Effe ahora todos los botones buscando al instrumento por si se había perdido en otra calle, el regreso de aquella música estaba al otro lado de su vida.

Arracimados en un rincón, los músicos juntaron las partes que cada uno había retenido y nota por nota reconstruyeron lo oído, sin olvidarse de una sola ni omitir matices ni el más breve de los silencios. Aquello se parecía a los juegos armónicos que practicaban en conjunto, pero hechos por un solo instrumento, cuya forma se les escapaba, tocado por dos o más personas. Ellos, que habían sabido copiar la voz de Eme Calderón, no podían penetrar en la forma de ese instrumento volador que era capaz de caer como las lluvias. Jotazeta y las mujeres los miraban a la espera de una explicación. Los músicos, preocupados como si se tratara de una enfermedad muy grave, en climas de desahucios y sacramentos últimos movieron negativamente sus cabezas. La noche había cerrado y la luna entre congelamientos se alejaba de los picos donde la nieve era enterna, alumbrando la pequeña extensión de Minas Altas, su ~~pequeña~~ ^{Infinita} realidad de raquíuticos alrededores, donde había caído o pasado, por primera vez en su historia, una música que habitaba otros mundos, producida por un instrumento que desconocían.

Lo importante, dijo un flauta al ver la desolación en la cara del enlazador, es que ya tenemos su música y ahora sólo se trata de adivinar, por ella, el instrumento que la produjo. Yo pienso, dijo Jotazeta, que es el único instrumento digno de acompañar la voz de Eme. Los músicos, como atacando un compás al mismo tiempo, lanzaron hacia el enlazador un blanquear de ojos espinosos reprobando su temeraria afirmación. Y se apartaron alrededor de la mesa grande a dibujar la forma intuida por cada uno, entre un desorden de telas y de hilos, hebillas y botones nacarados.

Volaba el cóndor, sonaba el cascabel

Bojor

telas y papeles

Verdaderos ingenieros esos músicos inclinados sobre ~~sus planos~~ arrugando la cara para atraer con líneas algo que desconocían. Había quienes echando mano a las reglas y cartabones de Uve trazaban planos de prolijas complicaciones; ^X otros que a mano alzada y con preponderancia de curvas trabajaban figuras de difícil definición; ^X algunos que con tijeras recortaban papeles y retazos de telas que pegaban con engrudo incluyendo en sus cuadros los botones y corchetes diseminados por la mesa y cualquier otro objeto plegable que estuviera a su alcance. Que cada uno, dijo el arpa, dibuje el instrumento que le música le haya sugerido. Después tomaremos lo más verosímil de cada cual y juntando las partes tendremos la forma misteriosa.

^{Muchos} Algunos dibujaban buscando concientemente, preocupados por la ansiedad del enlazador; otros se dejaban llevar por la propia dinámica del dibujo, por sus verdades impensadas y caprichosas, y empujados por el deleite de las líneas olvidaban el instrumento deseado.

Acercándose a un músico, Emebé vio esbozado en el papel una especie de molino de viento con un aspa que batía sobre un gran cordal desplegado en el cuerpo del molino. Es hermoso, dijo, y contestó que muchísimo cuando su padre le preguntó si le gustaría tener el instrumento que acababan de oír, para acompañar a Eme cuando regresara. Entonces, dijo el enlazador, formará parte de tu ajuar, lo haremos traer de donde sea. Cuando acaben de dibujarlo sabremos cómo es y si será posible trasladarlo por la cordillera, dijo Emebé presintiendo, por el sonido, un instrumento enorme. Jotazeta echó una ojeada al molino de viento, que el músico coloreaba rodeándolo de un paisaje más importante que el instrumento mismo, aprovechando unas tizas de colores que encontraron en el costurero de Uve. No creo, dijo el enlazador, que salga nada claro de ahí; están jugando, como siempre; jamás podrán hacer alguna cosa en serio; nunca en la vida.

Jotazeta dio una vuelta alrededor de la mesa observando los dibujos. El molino tenía una rueda y dos aspas, una que recibía el viento haciendo girar la rueda y otra que, impulsada por ese movimiento, rozaba las cuerdas, que eran a la vez la estructura del molino. El cordaje terminaba

casi contra el suelo, en un palo agujereado desde donde era posible tensarlas y moverlas. El músico le explicó que acortando o alargando las cuerdas con el cabezal, el ejecutante podía orientar a su antojo la intensidad del viento sobre el cordaje, y que la música cesaba automáticamente cuando acababa el viento, como seguramente había ocurrido cuando la radio dejó de sonar de pronto. Es como tocar con el viento, explicó; uno puede darle o quitarle cuerdas al aspa que golpea, manejándolas con este cabezal como si fuesen riendas; y cualquiera que sepa andar a caballo podrá tocarlo sin problemas; es realmente una preciosidad.

Pero más disparatada todavía era la cúpula con cuerdas que dibujaba el músico de enfrente, cientos de cuerdas desde la bóveda hasta el suelo. No entiendo, dijo el enlazador, no entiendo para qué esa cantidad de cuerdas. No son cuerdas, dijo el músico girando la hoja para que dejara de verla del revés; es lluvia que cae sobre unas varillas de metal acanaladas, y golpea sobre ellas produciendo música; el único problema que se me plantea es cómo regular los golpes de agua; como goteras, ¿se da cuenta?

Miró como al descuido una serie de dibujos tan malos que más parecían bichos que instrumentos, aunque, debía reconocerlo, bichos musicales, con grandes uñas o zarpas aptas para cuerdas de cualquier calibre, animales de seis patas con doce uñas en cada una y colas suplementarias rematadas en plectros. Dentro de este estilo vio también monigotes, espantapájaros, viboritas y aves acuáticas que aparentemente carecían de sentido instrumentístico.

Había una especie de arpa muy grande, acostada sobre una caja, con tiras acanaladas en vez de cuerdas, recibiendo desde arriba algo así como un aguacero. ¿Lluvia?, dijo el enlazador señalando las varillas verticales que caían. Todavía no sé qué es lo que llueve, dijo el músico, más bien parecen piedras, o granizo. Y siguió trabajando, exageradamente inclinado sobre el dibujo, tan prolijo que indicaba la extensión de las tiras acanaladas con números romanos y el espesor con figuras arábigas.

El más serio de todos, el arpista responsable del grupo, trabajaba sobre un disparatado cuadrúpedo. Lo importante, dijo cuando Jotazeta, a modo de reproche, carraspeó a su lado, es lo que tiene adentro, porque allí suena; solamente me falta saber por dónde salen los sonidos.

Miren qué cosa más hermosa, dijo Uve levantando una lámina coloreada. Era la mitad de una rueda de madera (la otra mitad parecía estar enterrada o sumergida en un río), con rayos que acababan, sobrepasando la circunferencia, en dientes irregulares. De su eje salía una manivela, sobre la que apoyaba sus manos, para hacerla girar, un hombrecito azul. Más pequeño que el instrumento, tenía un pie apoyado en un pedal, con el que acercaba o alejaba de los dientes de la rueda un juego de lengüetas flexibles capaces de vibrar con el roce de éstos. Detrás del instrumento había personas escuchando, y al fondo la cordillera con un sol de trazos infantiles que acaso se asomaba, acaso se escondía. Los colores de las lengüetas corresponden, explicó el músico, a espesores y longitudes; los demás son de adorno, para alegrar el ambiente. Es un hermoso cuadro, comentó Jotazeta. Pero todavía no suena, dijo el músico. El que estaba a su lado dibujaba también una rueda, directamente copiada de la de su compañero, claramente metida hasta la mitad en un río, pero en vez de dientes tenía unas especies de baldes para sacar agua, con lo que su rueda musical se convertía en una noria, sin lengüetas visibles que rozar, salvo que estuviesen sumergidas y su instrumento sacase los sonidos del fondo del río.

Contra un fondo andino, de frente, pintado a la carbonilla sobre tela, había un cóndor en vuelo. Era el mejor de los dibujos, con detalles del plumaje y de los ojos. De las alas, que por contraste visibilizaban un gigantesco espacio, pendía triangularmente un entramado de cuerdas que convergían allá abajo en un cascabel esférico donde el sol destellaba. De las garras del cóndor partían unos hilos más finos que sujetaban por detrás la bola de metal manteniéndola en la dirección del vuelo elegido por el pájaro. Volando por encima de las nubes y las nieves, en un aire tan limpio y transparente, aquellas cuerdas, afinadas por los nudos que las sujetaban desde el interior del cascabel, sonarían doblemente heridas por el movimiento de las alas y las corrientes cálidas que atraviesan las grandes alturas y son los caminos que transitan los cóndores. Es un capricho, dijo el músico agitando la tela; y en su movimiento volaba el cóndor, sonaba el cascabel.

El arpista responsable recogió los dibujos, que entregó al que había hecho el cóndor diciéndole que tomando lo mejor de cada uno hiciese el dibujo definitivo del extraño meteorófono.

Menos espacio

De este lado de Effe

Jotazeta, desolado, veía que el instrumento para Emebé, en manos de esos hombres, tendría el mismo destino que su puente colgante. Nunca había podido entender a los músicos, a mitad de camino entre un astrónomo y un enlazador. Eran generosos y cordiales, alegres y comunicativos; pero convertían el riesgo del enlazador en juego irresponsable y la precisión del astrónomo en diversión casera. Los niños se comportaban como adultos y éstos como cachorros inconcientes. Jamás se supo de uno, salvo Eme Calderón, preocupado por sus orígenes. Los eclipses solares y lunares previstos por los astrónomos tras fatigosos cálculos, nunca existieron para ellos. No les daban importancia porque, según decían, eran matemáticamente aburridos.

El arpista autor del engendro del cuadrúpedo, después de observar los dibujos, dijo al enlazador que ya podía adelantarle algo. Para empezar, Eme no necesitaba que ningún instrumento lo acompañase, salvo que existiese alguna voz como la suya. Curiosamente, casi todos habían coincidido en una forma de arpa, pero sin duda se trataba de un instrumento incómodo, muy grande y pesadísimo. Algo de arpa o de guitarra, sí, pero le faltaba pulso; como tocado desde lejos, por músicos que apenas respiraban. Cuerdas, las había; pero cómo las tocaban; parecían golpeadas desde lejos por unos objetos no definidos. Como una habitación con cuerdas interiores, una casa de música donde hasta se podía vivir sin necesidad de salir del instrumento, protegida del sol y de las lluvias, seguramente tocada por varias personas a la vez. Mejor no hacerse ilusiones ni permitir que su hija las tuviera, imposible transportar algo como eso, ese meteorófono, para darle algún nombre, por la inhóspita cordillera.

Sus compañeros formaron dos filas sentados en el suelo, una de cabezas blancas adelante, otra detrás de cabecitas negras. El arpista responsable

se ubicó entre las primeras. Uno entonó, los demás afinaron sus gargantas. Pidieron permiso para cantar algo que ayudase al dibujante, que también afinó, a trasladar al papel la síntesis definitiva del instrumento.

En cuanto sonó el primer acorde, Effe volvió a saltar como cuando tocó el botón que dio paso al bólido sonoro. Un zorro dormido despertó en su cueva y el perrito U alzó el hocico echando afuera en forma de gemido aquella música que volvía a penetrarlo. Los astrónomos se asustaron otra vez y abrieron sus ventanas en busca del cometa roto. Hilitos y pelusas del suelo fueron barridos por el canto, y en el corsé del maniquí temblaron las tiritas y bayetas que sostendrían el busto de Emebé el día de su boda. Era la misma música que había salido por la radio, apenas alterada por un timbre diferente y por las octavas más altas o más bajas en sustitución de los registros extremos del instrumento, no alcanzados por las voces.

Son tremendos, pensó Jotazeta arrepentido; si pueden reproducir la música, también podrán adivinar el instrumento. La música discurría a la derecha de las filas, sobre las voces de los niños, corría violentamente al otro extremo cerrando y abriendo bocas, dudando por el centro, volvía a los agudos y de golpe se desparramaba en los graves de la izquierda insistiendo con duros golpeteos en el último músico grave, casi al borde del puro ruido; jugaba luego con un par de voces en el centro, a veces juntas, a veces cada una por su camino, para dividirse enseguida en dos corrientes, una hacia cada extremo, saltando de cabecita en cabecita con pasos secos y muy cortos hasta llegar a los dos extremos, para volver hasta encontrarse en el medio con pasos largos encabalgados. Correcto, dijo el ex enlazador recordando la música del meteorófono, y esperó un silencio que retenía en su memoria a ver si era tan fiel la reproducción que estaban haciendo. El silencio llegó en el tiempo justo que retenía el recuerdo. El hecho colocó a Jotazeta dentro de la música. La nota que siguió ^{se corrió} vena por vena y latido por latido el cuerpo del lacero, removiéndolo hasta hacerlo vibrar entero. Con el ritmo marcado por los músicos de la izquierda se mecía Jotazeta en la melodía que venía desde los de la derecha.

El dibujante, que también cantaba, tuvo que dejar de hacerlo para poder mirar con atención a los cantantes y completar a través de ellos la visión del instrumento, con grave riesgo de que a aquella música le faltasen notas. Sólo se perdió una corchea, gracias a la rápida sustitución

que hizo en la fila de las cabezas negras uno de esos músicos que nunca faltan en cualquier orquesta que se precie. En la repetición del pasaje, la corchea perdida reapareció con todo su vigor. Al oírla, el dibujante sonrió al sustituto agradeciéndole la recuperación de la figura musical extraviada en un descuido.

En la realidad instrumental sugerida por los cantantes no había sitio para ruedas dentadas o molinos musicales; ahora todo parecía estar más cerca del cuadrúpedo dibujado por el arpista responsable, especie de caballo pensativo, de mesa solitaria o tablas abandonadas. Tuvo que renunciar también a su cóndor-arpa, que abandonó a los vientos de la altura. Agitando corrientes de aire cálido se alejaba el gran pájaro seguido por los sonidos que docientos metros más abajo emitía el cascabel sostenido por las cuerdas que pendían de sus alas nevadas. La realidad, pensó tristemente el músico, por ahora se aloja en este humilde caballo de madera.

Trazó un arpa en el interior del cuadrúpedo, duplicando y triplicando las cuerdas según las voces que estaba oyendo. Que tengas una buena digestión, querido, le ^{le} dijo para familiarizarse con el animalito que empezaba a absorber ^{vida} bajo los trazos de la carbonilla. El bicho no parecía tener intenciones de sonar. Aquellas cuerdas encerradas en la oscuridad de su vientre no tenían, como su instrumento abandonado, ni alas que las agitasen ni corrientes de aire que entrelazándose con ellas las hiciesen vibrar. Atravesaban verticalmente al animal, silenciosas y tristes. Giró el arpa hasta acostarla, con lo que el cuadrúpedo se deformó hasta perder una de sus patas. Para que entrase un poco de aire y luz dibujó una ventana abierta sobre el lomo, que resultó ala convirtiéndose en un impensado homenaje a su instrumento cóndor. No, con esta ala de madera el caballito no volaría nunca, pero a través de ella podrían escapar los sonidos del arpa prisionera. La observó con cariño, retirándose y acercándose a la figura, y halló que le faltaba vida a su dibujo. Entonces, mirando atentamente las dos filas de músicos, copió sus cabecitas blancas y negras en el frente del instrumento tripedo. Luego, tras alguna vacilación especulativa, dibujó abajo entre sus patas el pedal de la rueda dentada, sintiendo que sin duda algo faltaba pero que no podía agregarla nada más. Un ejemplar zoológico rarísimo, pero lo más aproximado a la música

escuchada y al aspecto de sus compañeros cantando como golpeados por martillos invisibles. Y lo más alejado de su instrumento volador,

Acabado el dibujo, el canto fluyó todavía unos momentos mientras Jotazeta y las mujeres, desvalidos, se disminuían dejándose penetrar por las voces, y el mulero, que oía la versión desde su casa, tapaba las orejas de su perro para evitar que en sus concavidades perrunas aquella música se transformase en inútiles gemidos. Una de las cabezas blancas sopló generando un ruido lateral que sesgó el fluir de la canción y la música desapareció. Se oyó la respiración quejosa de los músicos, ruido de viento en los peñascos. La música, esta vez, no regresó a la franja celeste para esconderse hasta la extinción de la vida de Eñe. El meteorófono estaba dominado, sujeto por cuerdas que podían conducirlo a su antojo, y en el momento que quisiesen, haciéndolo sonar con una voz, una rueda dentada, un cascabel o las aspas de un molino, de este lado de la vida de Eñe.

Un refrescante olor a sur llegó a la casa. Maravilloso, dijo I; escuché ese instrumento no hace mucho en una taberna marinera. Tiene como una cola que se abre y cierra. El arpista le mostró el dibujo definitivo. Exacto, exacto; mejor dicho, casi exacto, se corrigió el mulero, divertido por el aspecto equino del modelo. Esto que aquí parecen cabecitas son las teclas, sobre ellas golpeaba el músico con los dedos. Una delicia, vea. Aquí había un candelabro, aquí otro. Y me parece que los pedales eran dos. Un bicho enorme, negro, pesadísimo. Pero de caballo, como éste, no tenía nada. Nosotros, dijo el arpista responsable, ya sabemos cómo es el instrumento. Lo único que necesitamos es la palabra para nombrarlo, si usted es tan gentil. Es facilísima, dijo I, una palabra como cualquier otra, pero que en este momento no recuerdo; me parece que la tengo anotada en un papelito que guardo en ese bolsillo hondo del chaleco donde nunca encuentro nada por estar todo mezclado. El arpista esperó que lo buscara, pero las manos del mulero seguían quietas en los bolsillos de sus pantalones. Quería divertirse, que los músicos la adivinaran, sabiendo que no eran muy duchos en cuestiones de palabras. Bueno, si usted no quiere darla, dijo astutamente el arpista con un tono patético de voz que inmediatamente formó nudos en las gargantas de Uve y Eñe, nosotros, de todos modos, se lo agradecemos.

El mulero echó una ojeada a las caras dispuestas a divertirse con él, y juzgó aquello como un golpe bajo al ver asomar primero una lagrimita y enseguida otra en los ojos de Effe. Está bien, la diré, dijo I con un poco de rabia advirtiéndole que detrás de aquellos ojos aparentemente compungidos había un jugueteo, aquellos hombres manejaban los sentimientos a su antojo, capaces de reír y llorar al mismo tiempo. Para sererfarse, fingió buscar en el fajo que sacó de un bolsillo un papel que no existía. Se me ha perdido, se lo habrá llevado el viento, habará caído en el fondo de un precipicio. El arpista, entre alegres perversidades, eligió un tono muy consternante para sus próximas palabras, destinadas a hacer llorar al propio mulero, mientras los demás músicos se disponían a poner en movimiento un arsenal de tonos lacerantes; pero se contuvo ante las razones de I diciendo que tenía la palabra en la punta de la lengua. El mulero arrancó una hoja de una libreta y le dijo a Effe que la escribiera. La niña cargó la mina de saliva para que la palabra saliera bien azul. Se la dictó letra por letra. Cuando terminó de dibujar la pe, I le dijo que la tachara y la escribiera con mayúscula. Effe trazó en la orilla del margen una hermosa P llena de rulos, dejando todo el espacio libre para el resto de la palabra, que imaginaba interminable. Cuando acabó de escribir las cinco letras, sin lazos de unión entre ellas y con una clarísima torcedura hacia abajo, los músicos recogieron el papel y se lo fueron pasando sin comentarios, hasta que el último lo guardó en un bolsillo. El arpista dijo que era tardísimo, al día siguiente tenían un ensayo muy temprano, con lo cual estaban diciendo al mismo tiempo gracias, adiós y buenas noches.

En el camino juzgaron la palabra, sin uso y sin objeto, virgen de cosa y de recuerdo, por sus alcances sonoros. Estaban desilusionados. Habían esperado algo mejor, más relacionado con el sonido que producía el instrumento. Aquello, a sus oídos, no era un nombre. Unas pobres letras, dislocadas y a los tropezones. Seguramente una invención del mulero, para divertirse. Piano, piano, decían despectivamente separando la palabra en tres sílabas. Palabra como aplastada por el peso del instrumento. Nombre más bien de pollo, de gallinácea, ¿no?, dijo el arpista. Un gallinero lleno de pianos y pianas cacareantes, tan engreídas, tan rechonchas.

4 LA MANSA

El cofre del gallo blanco

Posiblemente I desconociera la palabra no, o se resistiera a usarla, pero los gestos con que la sustituía cada vez que Jotazeta le pedía que se ocupara del traslado de aquel instrumento, eran peores que una negación directa. Sin mover negativamente la cabeza como los músicos, su no era más rotundo.

Acababan de comer, Las mujeres, entre los artificios de sus costuras, rumoreaban en el centro de la sala. El sol de la siesta, penetrando horizontalmente, amodorraba al mulero casi tendido sobre la silla donde el lacero acostumbraba pensar su puente, y se desparramaba por la pared iluminando los dibujos de los músicos, enmarcados y colgados según un orden que iba desde el molino inverosímil hasta el modelo definitivo, pasando por las versiones zoológicas. Jotazeta lo había invitado a comer calculando una larga sobremesa, le había cedido su silla preferida, se había sentado frente a él para hablarle ^{e del piano} y convencerlo, y ahora el mulero se le dormía, lo hacía justo en la mitad del gesto que usaba para decirle no, ~~por allí iban quedando fijas sus facciones en un no tranquilo y calentado por el sol.~~

Tiene una cara buena, pensaba el lacero, su propia largura de letra I sin complicaciones gráficas es una pura bonanza, en i de decir se le vacila su no de entresueño, fijado por el sol siestero. Tiene la voz del bueno, ~~que~~ se vuelve silbido cuando llama a su perro, esa voz que convence cuando dice que nosotros aquí somos usurpadores porque le quitamos a los pumas su propio territorio y que el aire que respiramos pertenece a los cóndores. Tiene esa manos tan enormes donde su hija empequeñece cuando la acaricia, ese cuerpo que desprecia las balas cuatreras de los gendarmes, esos filos de pómulos que avanzan contra el viento y el mar, esos ojos que jamás se perturbaron y mantienen el brillo de su primer día de vida, habituados a

las nieves y a las ondulaciones de los cuerpos desnudos de las mujeres que viven junto al mar, ¿Por qué se niega entonces a traer ese instrumento a Minas Altas?

Le dio unos golpecitos en la rodilla, La i de la cara del mulero se movió en negaciones confusas. ¿No le parece?, dijo el enlazador. Ya le dije que es difícil, dijo el mulero moviendo lo azul de sus ojos paseados largamente por las calles mutiladas que desembocan en el mar. Y volvió a quedarse quieto, su medio no calentándose al sol.

I, yo creo que podrías, dijo Uve. Has traído arados pesadísimos; partes de molinos y muebles imposibles; una fragua y montones de martillos; libros a los astrónomos y cuerdas a los músicos; muletas a los inválidos y maderas del sur; has traído lámparas de aceite y también una cuna; las azadas para la tierra y las pailas para el dulce. ¿Qué no has traído en las alforjas de tus mulas?

Por las arrugas (de vientos, no de tiempo) de la cara del mulero, alumbradas hasta el fondo por hebras de sol, se desparramaba el silencio, más amodorrado que él, sosteniendo su no, mientras el piano ocupaba todo el espacio disponible en la mente de Jotazeta, más empecinado que su puente colgante. Negro y enorme lo veía; como la sombra de un cóndor sobre las rocas que caen a pique. Y como sombra de cóndor en vuelo se le escapaba el instrumento en el silencio que sostenía la negativa adormilada del mulero, desparramada en sus arrugas. El instinto lo llevaba al deseo de enlazarlo, pero el lazo volvía vacío, burlado por la sombra.

Las palabras llegaban al oído de I transformadas por la modorra en murmullos acuáticos, donde rumoreaban las mujeres que lo esperaban al final de cada sendero. En esos momentos, bajo el no del mulero se desplazaba con forma de burbuja una desnudez ondulante de ojos claros, mientras los barcos atracados se dormían mecidos, y él mismo se dormía en la burbuja de la mujer marina, protegido por unos muros donde inútilmente golpeaba el piano que había ganado la cabeza del lacero.

El dedal de Uve, tocando la frente del mulero, deshizo burbuja y desnudez. I vio los ojos de Jotazeta, ansiosos de piano, exageradamente abiertos, y los de las tres mujeres, sentadas junto a él, con idénticas ansiedades. Por favor, I, dijo Uve, por favor. Dispuesto a no hablar porque las palabras lo traicionarían, intentó el gesto que utilizaba para decir no

sin recurrir al término; pero no le salió. Effe atrajo hacia ella al perrito que dormía apoyando la cabeza en un pie de I. Instantáneamente brilló en los ojos de U la ansiedad de los otros, en los ojos de todos se reflejaba un piano. Es imposible, dijo, ni poniéndoles ruedas podrían mis mulitas arrastrar un piano por la cordillera. Por favor, dijo Effe, por favor, Aunque les pusiéramos ruedas, necesitaríamos miles de puentes para nivelar alturas. Al menos, dijo el enlazador, que hiciéramos un solo puente, pero sobre las mulas. Como cuántas se necesitan para aguantar el peso de ese piano. Y, por lo menos ocho, calculó el mulero. Una especie de balsa, dijo el enlazador, sobre las mulas, y encima el piano; de esa manera ellas mismas llevarán su puente permanente con el instrumento, nivelando todas las alturas.

La cara de I se enderezó borrando el no rotundo, y sin llegar al sí se quedó vacilando en sus proximidades. La idea es buena, dijo, pero peligrosa. Y sería una crueldad para los animales. Mire, Jotazeta, no existe en el mundo un piano que valga más que la vida de una mula. Su piano no será más que un adorno en Minas Altas. Un mueble innecesario. Pregúntele a los músicos, verá que a ellos no les interesa. Son instrumentos pensados a nivel del mar. Y quién nos asegura que podrá sonar aquí. Seguramente, muy difícil de tocar (vienen de Europa); pasarán años antes de que Emebé pueda aprender lo necesario para acompañar la voz de Eme Calderón. Y usted mismo sabe que ni para eso sirve, acuérdate de la mirada de los músicos cuando les mencionó el tema. Yo no entiendo, amigo Jotazeta, cuál es la razón profunda que tiene usted para querer un piano en Minas Altas. Es muy simple, dijo el enlazador; para memorizar en esos sonidos y esconder en el arpa de ese piano la canción del gallo blanco.

El mulero se puso de pie. Desplazándose en diferentes direcciones, cavilaba. Seguido por los ojos de las mujeres y de Jotazeta, recorría mentalmente los pasos cordilleranos que conocía a fondo, los desfiladeros capaces de admitir el paso de ocho mulas con aquella balsa y ese piano, los senderos estrechos que tendría que evitar. Caminaba nervioso despidiendo olor a sur. Los filos de sus pómulos y la claridad de sus ojos apuntaban hacia las rocas y los ventisqueros que tenía en la memoria. Se detuvo ante el dibujo definitivo del piano, y allí concentró su pensamiento en horas, días y estaciones, tormentas de nieve y vientos traicioneros. Eso

cambia las cosas, dijo sin dejar de mirar al caballo de tres patas con su ala de madera; ahora hablemos de su balsa,

Maravillosas criaturas caminantes

Para pensar la balsa necesito conocer las medidas del piano; dibújelo ahí si puede, dijo el lacero señalando un espacio en el suelo junto a la ventana, el lugar que tenía previsto para el instrumento,

Arrodillados soplaron el suelo dejándolo libre de hilos y pelusas. Jotazeta mantenía fijo el cartabón mientras I trazaba una línea con la tiza, lo alzaba y volvía a colocarlo buscando una continuidad recta. He elegido este lugar porque es el menos húmedo y recibe sol toda la tarde. Más adelante abriré una ventana en aquella pared para que reciba también el sol de la mañana. Estos instrumentos, dijo el mulero, no necesitan tomar sol, como muebles. Jotazeta corrió su silla de pensar puentes dejando vía libre a la línea blanca que venía abriéndose paso. El mulero, a mano alzada, trazó una curva cerrada en cada extremo de la línea, se retiró unos pasos y miró detenidamente buscando un punto donde confluir los extremos de las curvas que unirían los vértices de la forma triangular pensada. El punto daba justo debajo de U, acurrucado para su siesta. I lo apartó suavemente tirándolo por la cola sin desarmar su acurrucamiento, llevándolo hasta el lado de la silla donde bordaba Effe. La niña quiso correr la silla un poco más a su derecha, para alejar al perro del espacio manejado por los hombres, pero no pudo hacerlo, sus piernas rozaban ya el espacio de Uve, sus cajas y sus cestos, el borde de la extensión hasta donde llegaba el brazo de la costurera con la aguja cada vez que daba una puntada. El mulero alejó con un soplado los pelos desprendidos de U, y trazó sobre el punto elegido su tercera curva aguda, donde Jotazeta, sin que I se lo pidiera, apoyó el cartabón en busca del segundo lado del triángulo donde posarían el piano. Son dos líneas perfectas, dijo el enlazador cuando el mulero terminó de trazar la segunda raya. Esta línea, dijo I, tendría que ser curva; pero no me animo a dibujarla, podría arruinar su piano. Jotazeta le pidió la tiza, quería ser él quien trazara la última raya encerrando al instrumento. I apoyó el cartabón. Hágala con rayas salteadas, le dijo, así de paso le dibuja las teclas.

42
15

Mulero y enlazador, de pie, contemplaron su obra, que casi rozaba a Effe y el extremo de las puntadas de Uve, Jotazeta dio una vuelta lenta y apropiativa alrededor del triángulo, Casi tan grande, dijo, como el establo donde dormía el caballito en que se fue el cantor.

Con la experiencia puentífera que tenía, pensar una balsa, se dijo el lacero, era apenas poco más que su andarivel chamuscado por el meteorófono, Dos palos paralelos con tablas clavadas al través, y a flotar; en este caso, sobre el tranquilo oleaje calentito del lomo de las mulas, Con una tiza celeste, para evitar que el piano se confundiera con el navío, trazó cerca del triángulo uno de los palos, llevando la línea hasta la longitud exigida por el ancho de cuatro mulas más los espacios libres que necesitarían para no rozarse, Antes de alcanzar su extremo, encontró en su camino el maniquí con el vestido de novia, Uve vio las manazas de los hombres trasladándolo a un rincón, y Effe, enseguida, el segundo palo de la balsa, gordo y celeste, en dirección a ella, obligándola a correr su silla arrastrando de paso a U, antes de que se lo dijeran, y colocarse junto al extremo de las puntadas de Uve, a riesgo de pinchazos desagradables, Uve, sin levantarse, corrió su silla hacia Emebé y ésta quedó contra la puerta, con lo que los extremos de la balsa pudieron flotar en un espacio libre, Sin tocar una sola línea del piano, Jotazeta representó las demás tablas de la balsa, Con un lazo de seis tientos que trenzaría luego, uniría los extremos a la mula madrina que montaría I guiando por la cordillera aquel barco mulero con el piano sobre su cubierta de pino, Qué les parece, dijo.

La indiferencia de las mujeres, que ni siquiera alzaron los ojos de sus labores, mosqueó al enlazador; y en cuanto vislumbró los gestos que se componían en la cara del mulero, comprendió que la balsa compartía la suerte de su puente, Estaba claro que, ya con el piano cargado, en cuanto I diera el primer tirón con su mula madrina, se deslizaría por los ondulosos lomos de las mulas, quietas y apenas asombradas por el estrépito de la caída, Claro, dijo enfrentando la mirada de I, habrá que atar la balsa a los animales, No es eso, dijo I, las mulas necesitan ver por donde caminan; con las cabezas gachas bajo esa balsa se comportarían como ciegas, y aunque saben tantear, imagínese, los precipicios, todo eso,

Lo peor de todo era la libertad en que el mulero lo dejaba, abandonado, a solas con su balsa, Ahora I se paseaba distraído mirando los

dibujos de los músicos, llamaba hermoso al disparate del molino encordado y no tenía una mínima palabra de aliento, la menor de las sugerencias, para el aparato que necesariamente había que poner entre las patas del piano y el lomo de las mulas. Soy un inútil, pensó el ex enlazador, y el puma joven que dejó pasar se le alumbró en la mente. Qué será de Emebé, del cantor, de todos nosotros, decía en voz baja su amargura.

Recogió una almohadilla de Uve, le quitó las agujas y cuando estaba por borrar con ella su balsa mal nacida vislumbró siete agujeros por donde asomarían sus cabezas las mulitas uncidas al artefacto, cuatro adelante y tres atrás con perfecto ángulo visual, eficaces veillonos entre las tablas y los lomos, y el piano arriba como una gran sombrilla protegiéndolas del sol o de las lluvias, quedando la octava mula para I guiando el artilugio por los desfiladeros. Añadió los agujeros a la balsa dibujada en el suelo, y era una delicia imaginar las mulas asomando sus cabezas bajo el piano. Pero al oír los pasos de I que se acercaba se le borró la imagen feliz, y cuando le preguntó qué significaban esos círculos se dio cuenta de que si en los traqueteos llegaba a romperse tan sólo una de las patas del piano, los agujeros se convertirían en guillotinas, y los animalitos, aprovechando la gran altura, continuarían el viaje pero en dirección al cielo, acaso más cercano que la tierra firme en el fondo de los precipicios mencionados por I. Son, mintió, para encajar las patas del piano; pero voy a borrarlos ahora mismo, viene mal esta balsa, tendré que pensarla un poco todavía. No, no la borre, lo alentó el mulero; lo único que necesita su balsa o su puente es alargar los palos, de modo que las cuatro prolongaciones apoyen en las mulas, de dos en dos, dejando la balsa libre en el medio para apoyar el instrumento. Como unas angarillas. Y así las mulas podrán ver donde caminan.

Sin haber comprendido bien, intentó dibujar esas prolongaciones. No en ese sentido, corrigió el mulero, porque entonces sería muy ancha nuestra balsa, no pasaría por los desfiladeros más angostos. Así, a lo largo. Cuatro mulas a la izquierda y cuatro a la derecha, ¿ve?

Una de las prolongaciones llegó justo bajo los pies de Eñe, que apenas tuvo que levantarlos dejando pasar la tiza; pero cuando I, para que el lacero comprendiera bien, dibujó una de las mulas, tuvo que correr su silla todavía más adonde estaba Uve, y ésta la suya al lugar de Emebé, que quedó

contra la pared, como si algo demasiado grande estuviese entrando en la casa, incapaz de contenerlo sin cambiar todo de sitio, el maniquí rumbo al baño, las telas apiladas hasta el techo, los cuartos invadidos por pianos y por mulas, los retratos de los supuestos antepasados corriéndose por las paredes sin encontrar un lugar tranquilo donde amarillear con el paso del tiempo. Córranse un poco más, dijo el enlazador, Effe se apropió del espacio del perro colocándolo bajo la silla de Uve, que se corrió al espacio de Emebé, que se inclinó para evitar el roce de la pared con sus espaldas, con lo cual, después de soplar las pelusas en los espacios ganados, dibujaron las ocho mulas más o menos en tamaño natural.

Aunque estéticamente prefería la versión anterior con las cabecitas de las mulas asomadas bajo el piano-sombrilla, Jotazeta quedó alucinado con la nueva hechura. Cómodamente atadas de dos en dos en los costados de su balsa, como ruedas, la vista libre con todo el paisaje por delante, aquellas mulas eran capaces de trasladar un piano o lo que fuese desde el Caribe hasta la Patagonia. Lo Único que le faltaba al dibujo era la yegua madrina de I tirando el artefacto con el lazo de seis tientos que luego luego trenzaría, pero representarla significaba desalojar a las mujeres de la sala, con su maniquí y sus vestidos y sus telas y sus hilos y su perro dormilón. Y aunque todo en su casa había quedado descolocado por la presencia del piano y de la balsa y ahora de las mulas, la sintió más amplia y alegre, más iluminada. Dedicó secretamente su alegría al puente desaparecido. Después de todo, era el fundamento de la balsa; después de todo, se trataba siempre del puente. La Única diferencia con la balsa era que mientras éste abarcaba la larga espera del regreso del cantor, ésta, ya casi real con la tácita aprobación del mulero, quedaba de este lado de la ausencia.

He pensado, dijo I, que en este viaje tendrán que venir conmigo un astrónomo y un músico. Yo puedo apalabrar un astrónomo que además es buen mulero. Lo necesito por si hay que hacer rodeos y nos perdemos, él podrá orientarse por las estrellas. Usted ocúpese del músico, que será el responsable del instrumento. Yo me hago cargo del bulto solamente. Saldremos cuando usted termine los planos de su balsa, en un día y una hora que tengo que pensar; en estos viajes la elección del momento de partir es una cuestión muy delicada.

Una de las mulas delanteras, la de la izquierda externa, era particularmente hermosa. Parecía elevarse desde su chatura de dibujo hasta rozar una rodilla muy cercana de Uve. La única donde I fijó algunos detalles, una insinuación de orejas, las crines de mayor a menor, el nacimiento de la cola. Las demás eran unos simples óvalos bajo los travesaños, aunque era posible, por la corrección de las líneas, imaginar sus volúmenes y aproximar sus movimientos a la mente.

Preciosos animalitos, pensó el lacero; maravillosas criaturas caminantes; mulas adolescentes que acaso por primera vez en la historia de los pianos harían asomarse uno en lo alto de la cordillera. Todas regresarían con vida. Ni el más insignificante de los rasguños habría a su regreso en sus patas cansadas de bordear hábilmente los abismos. Se haría cargo de ellas para que nunca más las ensillase nadie. Las mantendría libres y felices en el prado donde se crió el caballo del cantor. Allí las dejaría pastar y jugar, hasta que envejeciesen.

Quitar 2 espacios

Capricho en una prenda de Emebé

Quitar 1 espacio

Para festejar el nacimiento de la balsa y agasajar al mulero, Jotazeta preparaba unas infusiones con ciertas hierbas de la montaña que entre otras propiedades enriquecían el poder de la visión. Empleaba en la tarea un tiempo mayor que el habitual debido a que se desplazaba entre la sala y la cocina haciendo rodeos complicados para no pasar por encima del piano ni pisar la balsa con sus mulas laterales que llegaban casi debajo de la mesa atestada de prendas y telas en plena confección. El mulero, por respeto al enlazador, esquivaba también esas presencias, de modo que a veces se encontraban en un espacio muy estrecho entre el extremo izquierdo del piano y el hocico de una mula, y se cedían el paso cortesmente.

A I le costaba mucho mantener un lápiz mucho tiempo en la mano, gastaba más energías de las necesarias y llegaba a cansarse, por no saber tomarlo correctamente. Empleaba los cinco dedos, con una rigidez que le impedía hacer trazos pequeños más o menos decorosos. Si alguna vez tenía que escribir algo se lo dictaba a Eñe, que aunque empleaba la misma técnica

para tomar el lápiz conseguía con paciencia que sus trazos fuesen legibles. Mientras se paseaba esquivando las rayas de tiza hacía mentalmente sus cálculos matemáticos. La duda era si ocho animalitos podrían soportar sin agotarse el peso de ese piano. Teniendo en cuenta que sus patas estaban principalmente para soportar el peso de su propio cuerpo y que un simple mulero encima ya era un estorbo, si el piano, como sospechaba, alcanzaba los trecientos kilos, entonces la balsa de Jotazeta no debía sobrepasar los cien, porque más de cincuenta kilos para cada mula era inhumano. Y todavía le faltaba estudiar el itinerario, en función de la forma de la balsa.

El mulero dijo perdón tomando al azar una enagua de Emebé que acababan de bordar y la extendió sobre la mesa dándole la forma aproximada de una S. Bifurcó el extremo superior de la letra aprovechando los tirantes de la prenda; amontonando trapo arrugado ensanchó la curva inferior y fue adelgazando el resto de la S hasta acabar la letra en las puntillas del ruedo. Plegando y amontonando el trapo hizo surgir formas encadenadas, alturas y profundidades que corregía al pasar con toques muy precisos procurando aprovechar encajes y bordados que agregasen detalles amables a las formas abruptas que se generaban. Pero la tela era rebelde. Cuando I conseguía que una forma lograda se mantuviese quieta, bastaba intentar otra en cualquier parte del recorrido de la enagua para que se deformase sepultando los picos en las depresiones y convirtiendo a éstas en colinas sedosas. Eñe miró de reojo el remolino que introducía su padre en las delicadezas de esa prenda que les llevó dos días de trabajo, y se quedó pensando divertida en las alarmas de Uve cuando alzase los ojos de su costura y viese el estropicio que armaban las larguísimas y más bien torpes manos del mulero.

Como los grandes plegamientos escalonados se resistían a mantener sus formas, roció toda la S con el aparatito que utilizaba Uve para humedecer las telas antes de plancharlas, con lo que logró fijar por lo menos los detalles principales. Ahora podía dar a las pendientes la inclinación deseada y mantener los picos en sus sitios. Los hilos sueltos por la mesa fueron a parar a distintos puntos de la S de I. Descendían desde las alturas en líneas viboreantes esquivando obstáculos del terreno, unos hacia el resto liso de la tela a la izquierda de la letra, otros se perdían en las suaves ondulaciones que al plegarse la enagua quedaron al naciente.

Modelaba el mulero con dedos atentísimos, corrigiendo un pliegue exagerado, aguzando los picos más altos, y observaba los juegos de luces y de sombras mezclados a los brillos naturales de la tela nupcial.

Acabada su siesta, U salió a hacer pis empolvando sus patas en unas tizas aplastadas por los hombres en sus trajines, con lo que el piano y dos mulas de la izquierda quedaron saplicados por unas huellas blancas. El mulero recogió las tizas aplastadas, aplastó otras, mojó todo y desparramó la pasta en las partes más rebeldes de la enagua. Esto le permitió modelar detalles importantes en el tramo de la letra de trapo que más le interesaba. Con lápices y agujas trazó caminos de cornisa, ahondó profundidades que le importaba tener muy presentes, corrigió elevaciones, modificó, fijándolas, las curvas de los hilos, pegó granos de arena en puntos estratégicos y dejó que otros se desmoronaran libremente cuesta abajo.

Las mujeres, apretujadas entre pianos y mulas, no prestaban atención a I. Creían que el mulero estaba observando los primores de la enagua, acaso toscamente a causa no de una intención sino de sus manos torpes y nudosas. Por favor, dijo Uve, no arrugues ni ensucies las enaguas de la boda. No importa, dijo Emebé, total hay que lavarlas y plancharlas. Jotazeta, acodado en la mesa, veía moverse las manos de I modelando ese trapo, pero desconectado de su sentido visual por hallarse totalmente entregado a la garantizada posibilidad de su balsa, que contenía, por fin encauzados, los sueños frustrados de su puente.

El mulero, no conforme con la rigidez alcanzada en su estructura gracias al polvo de tiza, pidió un poco de harina a Jotazeta y espolvoreó la S desde el cordelado de los tirantes hasta las puntillas del extremo sur, cargando mucha harina en unas eminencias que había a la altura de los encajes y dejándola ralear en sus descensos. Llamó a Effe y le dictó palabras al oído para que las escribiera.

Jotazeta bebió su infusión y descubriendo el juguete vio extenderse la enagua de su hija desde las tiritas bifurcadas del Caribe hasta las puntillas de la lejana Patagonia. Un dedo de I señalaba una raya enmontañada, especie de nido de paso o cueva de cóndores, fíjese usted lo que parece desde lejos Minas Altas. Y aquel volcán nevado en alturas de corsé era el Chimborazo, para no creerlo, Las nieves y los ríos, y el

Pacífico a la izquierda con su horizonte en la parte no arrugada de la enagua. Y el continente que se ondulaba a la derecha buscando el otro mar, es increíble. Faltaría la parte norte de la cordillera, dijo el mulero, pero no la conozco y la enagua no alcanza para más.

Eñe mostró a su padre los papelitos escritos. El mulero le dijo que los colocase según sus conocimientos geográficos, teniendo en cuenta que ese grano de arena correspondía a Quito. Entonces Temuco apareció en Colombia, Piura dio unas vueltas dudosas hasta quedarse en Chile, el Aconcagua se afincó en Bolivia, y Eñe no sabía todavía dónde poner el papelito donde estaba la palabra que más le había gustado, Curicó.

Ahora, dijo el mulero a Jotazeta, tenemos que estudiar el camino más aconsejable para traer el piano. Después le explicó, sin poder hallar las palabras adecuadas y un poco avergonzado, que era puramente casual el hecho de que el Chimborazo, tan hermoso con su pico nevado, estuviese a la altura de los senos en la enagua de Emebé.

Por las arrugas del mulero

La infusión de I ya estaba fría y Jotazeta no se animaba a decirle que la bebiera de una vez, de tan concentrado que lo veía en esa franja de la maqueta que iba del Pacífico a Minas Altas con sus sierras y crestas, zonas de ventisqueros, puertos y gargantas, todo cuidadosamente endurecido por el engrudo. Miraba las arrugas del mulero cuarteadas por el furor de las ventiscas, suavizadas por las manos de las mujeres marinas que lo amaban y vueltas a cuartear por las borrascas; miraba el paffuelo blanco de su cuello y las alas del sombrero bramador, todo como flotando sobre aquellas cumbres.

El mulero deshizo una caja de fósforos dándole forma de balsa, le ató un par de cordeles, le puso un botón encima y dijo al enlazador; lo invito a dar un paseo por la cordillera para estudiar los pasos; todo lo que tiene que hacer es sostener ese cordel de contrapeso, mientras yo tiro del otro; el botón no debe caerse, tenga en cuenta que es el piano; ahora usted y yo somos las mulas y a la vez los hombres que las conducen. Y sin soltar su hilo, se bebió de un trago la infusión.

Desde el costado de la mesa opuesto al de Jotazeta, I conducía la caja suavemente por las primeras estribaciones alejándose del mar, desde cuya orilla el lacero procuraba mantener su cordel en equilibrio. Los músculos de los hombres se endurecían como si transportasen un gran peso, gastando fuerzas sólo para impedir que las mismas se desbordasen y cortaran los hilos o rompieran el cartón. Ese desfiladero es muy peligroso, decía el mulero guiando con ambas manos, mientras el enlazador apretaba los dientes y sus manos se crispaban contrapesando, ahora que la balsa trepaba por unas arenas sueltas que en sus retinas comenzaban a ser enormes piedras, y el botón, temblando más de lo debido, arrancaba las primeras gotas de sudor a los viajeros.

El desfiladero, enroscado en una montaña desde la base hasta la cumbre, obligó a los hombres a cambiar de posición girando alrededor de la mesa como si danzaran, mientras la caja, sin acusar esos desplazamientos

con movimientos peligrosos, ascendía límpida hacia las nubes que, por asociaciones necesarias, flotaban por debajo de los picos nevados.

El conjunto avanzaba ahora por una planicie suave, se notaba en las caras y brazos de los hombres aflojando su tensión. Al compás del paso sosegado de las mulas virtuales, apenas temblaba el botoncito. Hacia arriba, entre unas cadenas de montañas más grandes que las que acababan de pasar, estaba el paso elegido para el cruce. Es el más peligroso, dijo I, pero el más corto; se puede cruzar en doce días con una carga normal, póngale quince con el piano. La balsa flanqueaba un hilo serpentoso que los vapores de la infusión, trepando por Jotazeta, mostraban como un río torrencial. Viera la cantidad y el tamaño de los peces de ese río, dijo I; allí también puede ver usted los cóndores que bajan a comer, invitados por los pumas que acostumbran cazar en esa zona. El enlazador estuvo a punto de tirar bruscamente de su cordel para evitar que el piano rozase a un puma que bebía en el río, pero viendo que el mulero no lo había advertido lo consideró soñado, lo cual no impidió que admirase el brillo lujoso de su pelaje. La ventaja de esta zona, dijo I, es que cuando usted ha llegado a ella los tiros que los gendarmes hacen desde abajo ya no tienen fuerza para seguir subiendo; se pueden ver los plomitos como deteniéndose unos segundos en el aire antes de caer al bajo; si uno pudiera asomarse sin peligro a esos precipicios, hasta podría manotearlos, créame.

Las mulas invisibles trepaban por una ladera cuya pendiente inclinaba demasiado al botón obligando a Jotazeta a moverse como bailando para mantener tenso su cordel y evitar un deslizamiento. Ya no veía una enagua arrugada y un cartoncito arrastrando un botón; las dimensiones de la maqueta coincidían con la realidad y por momentos la superaban. En su respiración, alterada por sus propios pensamientos, oía el jadeo de unas mulas apunadas y agotadas por el esfuerzo. ¿No le parece que los animalitos necesitarían un descanso? No, respondió I; todavía no ha anochecido y un poco más arriba, pasando ese recodo, hay un refugio de arrieros donde crece un pastizal, con buenas aguas de vertiente. Apenas llevamos unas horas de viaje, las mulas están frescas todavía. Ahora nos interesa saber qué puede pasar por esas curvas. No se me distraiga y siga manteniendo el cordel como hasta ahora.

Jotazeta vio unas piedras enormes en medio del sendero, malamente representadas por granos de arena pegados con engrudo. A la izquierda del camino había una que sobrevolaba, y bastaría que la balsa la rozase para que el piano se inclinara hacia el abismo. Increíble que el mulero no hubiera visto ese peligro. ¡Cuidado!, gritó Jotazeta alargando un dedo para apartar la roca. No toque nada, dijo tranquilamente I, esas piedras existen y ni la fuerza de cien hombres podría mover una sola de su sitio. Traqueteando y a los temblores pasó la balsa, casi rozando el grano de arena más grande, cuya saliente permitía todavía un pequeño espacio libre entre su borde más avanzado y el extremo del botón. Con lo justo, dijo el mulero; habrá que acortar los palos de la derecha de la balsa para recostar más a las mulas contra el cerro, aumentando así la distancia entre el piano y esa piedra belicosa.

Tengo frío, mucho frío, dijo el lacero tiritando ante unas extensas formaciones de nieve como figuras humanas penitentes. El ruido de las patas de las mulas en las piedras y el crujido de las maderas de la balsa y el turbión de los ríos de deshielo y el silbido del viento arrastrando granulaciones de nieve llegaba drásticamente a sus sentidos. No es para menos, dijo el mulero cerrándose el chaleco con media mano libre sintiendo él también el frío de la altura; no es para menos, se ha soltado una borrasca como hay pocas, vea que llevo años cruzando estas montañas y nunca había visto nada como esto. Esos hombres están locos, dijo Uve. Parece que bromean, dijo Emebé.

El mulero percibía ahora todo tal como lo veía el enlazador, los granos de arena convertidos en grandes piedras, no sé cómo hemos podido pasar por esas rocas. Se lo dije, se lo advertí en su momento, dijo el lacero. Pero lo peor de todo, dijo I, es que las mulas no ven donde caminan, no sabemos lo que hay a cinco metros de nosotros y tampoco podemos detenernos, esta nieve nos sepultaría. Cuidado por ahí, mantenga tenso su cordel, parece terreno flojo lo que hay bajo la nieve; procure que el botón no se mueva; si aguantamos un poco repechando, el refugio no está lejos; allá podremos descansar hasta que pase esta borrasca.

Pobres mulitas hijas mías pobrecitas sin abrigo sin agua sin comida, con un bulto tan negro y tan extraño atravesando nubes; cuidado por favor no se me asuste cuidado que se inclina; arrímele unas piedras por debajo

unas raíces en el borde que da a ese precipicio, no vaya a ser que con la nieve se resbale la mulita ladera de la izquierda, va como ciega en la tormenta, puede caer y en ese caso arroja el lastre adiós al piano para salvar la vida de las mulas; pero entonces adónde vamos a esconder la canción del gallo blanco cuando lleguen los requisadores, no se me resbale mula compañera criatura, a ver ese enlazador que se prepare para lo peor y no le tiemble el pulso al enlazar el instrumento y sujetarlo antes que rueda para abajo; todo es por culpa mía debí elegir algún paso del sur aunque se alargara hasta el doble la distancia, no aguanto el frío se me parten las manos ya no siento las riendas, el refugio está cerca pero no puedo verlo habrá un buen fuego adentro y los arrieros estarán contando historias de finados, a ver si pueden escucharnos compañeros nos está llevando el viento y las mulas ya casi no caminan por el frío y el hambre que vienen padeciendo.

La tormenta mermaba del lado de Jotazeta, que empezaba a dormirse mientras las piedras y el piano se le achicaban hasta volver a sus formas de arena y de cartón. I, viendo que ya no podía contar con su compañero, inició unos movimientos desesperados en busca del refugio. Entre sueños el enlazador vio trastabillar al mulero, que mostraba todo el azul de sus ojos desesperados al ver que el botón se alzaba por un costado desprendiéndose de la harina que le había tocado en las salpicaduras y abandonaba la balsa para siempre.

Liberado del control mental del mulero, que lo veía como un enorme botón de pesadilla, rodó por faldas, trepó colinas y caracoleó en un valle; entre el azar y la gravitación se deslizaba por el borde de una cresta, desde la que vaciló como oteando para inclinarse luego y descender hacia el lado del continente, donde tintineó saltando hasta que se acabó la tela, y mordiendo sus curvas atravesó el resto de la mesa, mientras I se tapaba los oídos y los ojos; de allí saltó al vacío y allá abajo rodó en espirales hacia adentro buscando su reposo, hasta detenerse junto a una pata de U.

Por las arrugas del mulero se arrastraban, lentísimas, un par de lágrimas (de llorar, no de vientos), bifurcándose en muchas direcciones. Su sombrero se movía de arriba hacia abajo siguiendo movimientos del cuerpo. Fingió toser para disimular su situación anímica. Aproximándosele, no es para tanto, le dijo el enlazador, todo ha sido un juego y nada más. Con

media mano se secó los ojos sintiendo que en la otra se le apoyaba la de Jotazeta,

-¿Pasa algo? -llegó la voz de Emebé,

-Se ha caído un botón -dijo su padre,

Uve no comentó nada, por no agravar la ruinosa situación de su marido, Metió la cordillera en una tina, frotó y restregó borrando tizas y macizos, engrudos y ventisqueros, huellas de mulas en la nieve, bramidos de viento en los filos de las rocas y restos de nevascas, dejando libres otra vez entajes y bordados. La tendió afuera, la enagua goteaba moviéndose en la brisa,

-Mañana amanecerá escharchada -dijo Eñe,

El mulero recompuso su figura alterada por las peripecias de la travesía; enderezó su sombrero, se ajustó el pañuelo al cuello, estiró las arrugas del chaleco antiborrascas,

-No hay que tener en cuenta la caída del botón -dijo-. Si lo hubiéramos fijado con un alfiler no se habría caído. De todos modos, no usaré ese paso. Prefiero los del sur,

La Mansa

Ay, hijitas, qué asunto tan tristísimo elegir sólo ocho entre más de veinte mulas para llevarlas a ver el mar, dijo I viendo y sintiendo la excitación mular producida por el viaje inminente. Asomadas tras el cerco de buganvillas, en cuanto lo divisaron se dejaron poseer por el deseo de ir al mar que emanaba del hombre, visible en el ritmo de su acercarse, corporizado en los botones de su largo chaleco y en la mirada gozosa que se le amontonaba bajo el ala del sombrero,

La máxima aspiración de aquellas mulas era el mar, tan próximo que su presencia era ineludible y estaba a flor de piel, y a la vez tan lejano por la verticalidad de la cordillera. De este encuentro violento entre proximidad y lejanía procedía la excitación mular, avivada por el andar de I hacia el cerco, en trances claramente marítimos. El ruido de sus zapatones sobre el pedregullo del sendero anticipaba caracoles secos

aplastados en la playa, de tal modo que pese a la verticalidad de I era la horizontalidad del mar lo que veían aparecer las mulas, onduladas por el deseo.

Las dos bolsas de cuero que el hombre colgó en un poste, con mazorcas de maíz apenas cuajadas, unos pastos dulces que crecían solamente en los bordes del arroyo, y unos pequeños cencerros casi cascabeles mezclados con la hierba, no consiguieron distraer a las mulas, tal como I se lo había propuesto, de su ansiedad de mar. La hierba y los cencerros significaban fiesta, alegrías muy precisas que I varias veces al año desparramaba entre sus mulas; pero éstas, en contoneos de rápida decisión, incorporaron la fiesta posible a la alegría marítima y se excitaron más. I festejaba escrupulosamente el cumpleaños de sus mulas, sin olvidarse de ninguna. Las adornaba con flores y les colgaba cencerros de distinta afinación que las incitaban a la danza produciendo en ellas movimientos diferentes a la carga y a la marcha, que las aliviaban de su condición. Ellas, adornadas del mismo modo, creían que eran todas las que cumplían años. Y como, según la libreta que guardaba en el bolsillo hondo del chaleco, casi todos los meses tocaba festejar algún aniversario, las mulitas, de fiesta en fiesta, cumplían meses en vez de años, con lo cual, pensaba I, se les alargaba la vida.

Los viajes del mulero tenían sólo dos orientaciones, una terrestre y otra marítima. Como las mulas sólo sabían pensar en un sentido, para ellas todo viaje significaba ver el mar. Por eso en cuanto veían aparecer al hombre se ponían a ondular como olas. Porque toda mula, en el centro de sus deseos, tiene al mar. Habitadas a un mundo vertical, la horizontalidad marina es el verdadero descanso y la única alegría de una mula. Cinco minutos de contemplación marítima les permiten, según cálculos muy precisos de I, considerar durante cinco meses que cualquier altura cordillerana, por más pesada que sea la carga que se lleve, es una simple distracción oceánica. En esta situación anímica está el secreto de su resistencia y pasividad. Los sueños de las mulas, pensaba I, son puramente acuáticos, y aun a más de cuatro mil metros de altura, por encima de las nubes, cuando sueñan, habitan un oleaje. De la misma manera que el agua hierve a menos grados en esas alturas, los sueños pierden consistencia y se resuelven siempre en movilidad de olas espumosas.

I no había podido desarrollar un sistema capaz de comunicar a sus mulas, desde el momento de su aparición, la naturaleza terrestre o marítima del viaje, para evitarles la tensión de los momentos previos. Ellas solamente podían salir de la duda al salir, según el rumbo que tomaran. Durante las horas de ensillaje y carga repetía, según el caso, la palabra mar abriendo exageradamente la boca y haciendo vibrar la erre final, a ver si visual o auditivamente aprendían con anticipación el rumbo y evitaban así falsas expectativas. O la palabra tierra, con dos aberturas muy visibles de la boca, una para cada sílaba. Pero las mulas no comprendieron nunca ese extraño silabeo, para ellas cualquier palabra que saliese de I mientras las ensillaba significaba mar, u horizontalidad, o descanso, o alegría, que venían a ser la misma cosa.

Lo más difícil era el tramo entre el cerco y la bifurcación, de máxima tensión para los animales que recorrían ese espacio sin destino conocido. Sabían que si tomaban luego el camino de la izquierda podrían ver el mar; del otro lado estaba la travesía de pura pena pedregosa. Quería evitarles la ambigüedad de ese tramo y la amargura de los deseos incumplidos. Mar, mar, o tierra, tierra, iba gritando desde la mula madrina por el sendero que conducía a la bifurcación, para sacarles de encima su ilusión o reforzársela según el caso. Pero los animalitos, pensando en el único sentido que percibían, bajaban las orejas captando imaginarios caracoles secos que se rompían bajo sus patas, mientras las no elegidas para el viaje, desde el corral, observaban inmóviles esperando el momento en que la mula que llevaba a I tomara el rumbo que solamente el hombre conocía.

Había pensado suprimir ese tramo que imaginaba camino de suplicios; borrarlo a pala y pico; traer tierra negra del arroyo y sembrar buganvillas; poner otra puerta en el corral, de modo que una diese al rumbo del mar y otra a los terrestres. Pero esto, aunque acortara el suplicio, lo volvía más intenso; sonaba a decapitación. O también, criar mulas sólo para tierra en un corral, y en otro las marítimas, de modo que nunca pudiesen verse entre ellas. Pero le parecía cruel, y cada vez que volvía a pensarlo hallaba que la crueldad había crecido. Entonces no quedaba otra posibilidad que el juego libre del deseo, con sus polos de realidad cumplida y de sueño que se esfuma.

A fuerza de atisbar en él la posibilidad oceánica, lo identificaron con un mar sustitutivo. En la percepción de aquellas mulas soñadoras había entonces un mar mar, y un mar hombre o mar I. Por eso no pudo distraerlas cuando colgó las bolsas con regalos en el poste.

De la misma manera, I creía que ellas pertenecían al mar, como las gaviotas y los barcos. Sólo que les había tocado un destino cordillerano. Las veía como enormes peces cálidos, desde el flequillo hasta los cascos, pasando por la casi acuática vena del espolón. Por eso gozaba llevándolas al Pacífico; para que descansando de la montaña impuesta pudieran verse reflejadas en una bahía, sentirse marinas, descubrirse hermosas, en la circunstancia feliz de un pez que puede mirar el mar desde la orilla.

Repartió palabras inútiles y caricias por carrillos huesudos y babillas esponjosas; dedicó un pellizco a la que verdaderamente cumplía años; cortó buganvillas en el cerco y las entrelazó con crines y flequillos; de cada una colgó un cencerro de distinta afinación. Y bien, criaturas, esto es una fiesta, dijo cuando las vio formar en abanico esperando ser elegidas para el viaje. Fiesta para bailar, dijo entre pasos de danza, y se detuvo al sentir claramente que la fiesta era imposible.

Está bien, dijo dando por concluido el festejo no empezado, y alzó las manos ocultando los pulgares. Ocho, solamente ocho; es el viaje más difícil y la carga más pesada que jamás he visto. Las mulas entornaron, languideciéndolos, unos grandes ojos en espera femenina destinados a conmovir el corazón de I. En juegos de ojos, la Mansa los dejaba chisporrotear aprovechando unos rayos solares desviados por una mata de brea; la Camella, de seis cuartas de alzada, arrebolaba los suyos en transparencias eróticas; Capulí miraba el suelo como distraída esperando que la sorprendiera el certero toque selectivo de un índice de I; Dorada, la adolescente, pestajeaba una tristeza fingida; Marcela parpadeaba entre titilaciones. Y cada par de ojos, en actitudes diferentes, decía lo mismo que los otros; por favor, llévame al mar.

Ante la indecisión del hombre, las mulas empezaron a menearse haciendo sonar los cencerros y, como casi siempre, para que las eligiese por sonidos afines, procurando cada una que el suyo fuese lo más límpido posible. Conocían el juego. En cuanto los cencerros empezaban a sonar, I recorría el abanico acercando su oído a los instrumentos y las separaba de a dos,

guiándose por concordancias. Pero el hombre no se movía, No las oía. Ni siquiera las miraba. Los fríos ojos del mulero, encandilándose a sí mismos, habían cortado toda relación con sus ansias marítimas,

Pensaba en la caída del botón y en un piano negro que despeñándose arrastraba en su caída a ocho mulas vírgenes de mar. Jamás dejaría libradas sus vidas al azar de unos acordes de cencerros. La forma y el peso del instrumento abarcaba todos sus viajes y sus cargas. Para ese piano, pesando a más de cuatro mil metros de altura, el mar era apenas un accidente olvidado y aquellas mulas unas sombras. Combinar deseos y sonidos para elegir las que lo traerían era un azar demasiado peligroso. Entonces optó por la fuerza y la destreza.

Las separó sin nombrarlas, evitando sentimientos y demoras. De las ocho elegidas, solamente dos, la Caracola y la Rubia, no conocían el mar. Las demás se quedaron quietas en el abanico raleado, a la espera de un arrepentimiento o cambio de parecer. Viendo que I estaba por salir del corral con las elegidas, la Mansa avanzó unos pasos hacia el hombre,

Quieta, Mansa, dijo el mulero. Ella se detuvo avergonzada, miraba el suelo, el deseo no la abandonaba. Yo creo que nunca volverás al mar, y que a partir de ahora mismo deberías empezar a desmemoriarte hasta olvidarlo para siempre. El mar es para los fuertes, y ése no es tu caso, Mansa. Nunca podrás superar el miedo que le tienes y no podrías soportarlo en tu vejez. Dos veces tuve que postergar a la Pajiza, que por su edad acaso no pueda conocerlo nunca, para llevarte a ti. Y antes habías ido muchas veces. Te llevé cuando llegaste aquí y eras apenas una niña, y seguí llevándote hasta tu madurez. Y todo para qué. Cuántas veces te bastó el ruido del oleaje, tras las últimas colinas, para que te negaras a llegar. Y mientras las demás chapoteaban con el agua hasta el pecho y volvían las cabezas chorreantes hacia la cordillera, estabas escondida, atontada por el ruido de tu corazón asustado que casi pude tocar de tan afuera como lo tenías. Y volviendo a Minas Altas tus compañeras trepaban agiliísimas mientras tú te detenías cansada y triste para volver la cabeza hacia el mar, ya invisible tras las rocas altas. Y en los viajes siguientes volví a llevarte, ahora se le pasará ese miedo, me dije, y unas colinas antes de llegar mermabas el paso y te quedabas rezagada; desde lejos volví la cabeza hacia atrás y apenas eras un punto negro a lo lejos, cuántas veces, Mansa. Preocupado por

tu miedo he hablado de ti con los muleros sabios que hay en las sierras al otro lado de las Salinas, en lenguas indias tuve que hablar de ti para curarte y en lenguas indias me dijeron sígala llevando, es necesario y de justicia que también ella pueda gozarlo. Y cuántas veces te negaste a llegar a la playa, mordida por tu miedo. ¿Por qué entonces eras siempre la primera en seducirme para que te llevara cada vez que preparaba un viaje, con esos ojos implorantes? ¿Qué te ha pasado siempre, Mansa? ¿Cómo llegaste aquí? ¿Dónde naciste? Te he empujado muchas veces desde la roca donde te escondías, hasta la misma orilla del mar, y cuando lo tuviste ante los ojos te echaste sobre la arena volviendo vertical la horizontalidad que no soportas y deseas. Nunca lo asumirás, mulita. Cuando llegues a vieja, para aliviarte te alimentaré sólo con esos pastos dulces del arroyo; y cuando te mueras, virgen de horizontalidad oceánica, desdoblaré mi pañuelo para llorar por ti, que no puedes, tu miedo al mar marino.

Cuando vio que I desaparecía con las mulas elegidas, la Mansa regresó a su sitio para mantener todavía el abanico, pero las demás mulas ya lo habían deshecho. Las palabras del hombre resonaban en sus orejas, con sonido de mar.

gjo: no registra las
correcciones, pero se
borran.

5 LA CORDILLERA

Antes de esta otra iba la
de la Céfira bajo la lluvia.

Artefacto proyectado hacia el mar de I

Jotazeta tuvo un sueño tan fuerte que lo despertó, ^{al abrir} ~~Abrió~~ los ojos ~~y~~
vio que lo soñado, una nueva balsa para el piano, estaba en este lado de la
X conciencia, esperándolo, Temblaba en el aire sin deshacerse, concediéndole
los minutos necesarios para que lo memorizara y fijase en un dibujo. Al
lado de su cama, en la alta noche, el artefacto ocupaba la mitad de la
habitación, envuelto en su propia luz, Y según lo iba trasladando al papel
con trazos de carbonilla, el sueño se borraba.

La nueva forma, de múltiples alcances, le entregaba también,
compensado y enriquecido, el puente tantas veces frustrado. Ahora, se dijo,
ya no hay razones para que la ausencia de Eme se prolongue. Seguramente
está en camino y trae la canción.

Esta balsa le reveló que la otra no ^{podía mantener} ~~mantenía~~ al piano en posición
vertical, de ahí la caída del botón. Urgentemente había que advertir a I,
ya en franco descenso hacia el mar, para que los carpinteros encargados de
construcción ^{cción} la sustituyesen por la que acababa de recibir, donde el
instrumento, jugando sobre las ruedas de sus patas, se mantendría vertical
aun en las pendientes más empinadas, ~~de la cordillera.~~

Si por mi culpa se cayese, si también se me escapara como el puma,
entonces lo mejor sería que la próxima creciente me llevase a mí también,
se decía el astrónomo frustrado vistiéndose en mitad de la noche,
atravesando la sala llena de telas y alfileres, corriendo a ensillar una
mula que bajo el estrellerío y el ruido de los deshielos ya lo llevaba

tiritando cuesta arriba, manteniendo en su mente, como si las estuviera viendo, las líneas ya borradas del sueño generoso.

Estaba por amanecer cuando el lacero alcanzó la ruta de los chasquis, ya se oía un galope metálico sobre el sendero de lajas llevando los primeros mensajes de ese día. Lagrimeando de frío, el chasqui oyó decir a Jotazeta que tenía necesidad urgente de hacer llegar al mar un sueño que había tenido, destinado a I, a quien seguramente había visto pasar. Hará diez días, dijo el hombre, que él y otro mulero pasaron por aquí.

Pero esa línea de chasquis no iba directo al mar; el sendero calzado corría paralelo con la cordillera hasta adentrarse muy al norte. De todos modos recibiría su mensaje y lo transmitiría; luego éste volvería hacia el sur por ^{el camino} ~~la~~ que corría cerca de la costa, con lo que su sueño perdería por lo menos un día. No importa, dijo el enlazador, a mí me llevaría quince hacer el camino en línea recta, y seguro que antes de llegar me encontraría con el regreso de ellos y una carga de mucho valor peligrando en una balsa equivocada.

El hombre ^{recibió} ~~observó~~ la copia del sueño y a la vez memorizó la explicación de Jotazeta, donde unas mulas repartidas en los vértices de un triángulo sostenían, a un metro por encima de sus cabezas, una semiesfera de madera que se conectaba con ellas a través de tres varas ligadas directamente a sus monturas. Unos travesaños mantenían la forma del triángulo de mulas y la esfera en equilibrio, en cuyo interior el piano podría bailotear libremente sobre sus ruedas en ascensos o descensos manteniendo su verticalidad. Veá, hasta una persona podría ir dentro de la caja, tocando, sin advertir más movimiento que un ligero ^{balanceo,} ~~maneo,~~ dijo el

~~lacero~~ ^{Voy a memorizar también el dibujo, por si se perdiera,} agregó un detalle que no estaba en el sueño. ^{dijo el hombre.} Arrugando la frente, dijo; mañana mismo habrá llegado a ^{manos de I.} ~~mar de I.~~ Y sin despedirse salió al galope, soplando su caracol marino, ^{cuyo sonido} ~~se~~ comunicaba su desplazamiento al chasqui apostado mil metros más al norte, que recibiría su mensaje y se lo pasaría al siguiente, y así hasta el mar.

Puesto su sueño en movimiento, Jotazeta se sosegó y regresó lentamente viendo amanecer, pensando en lo hermoso que sería ver desde el otro lado de la cordillera el paso de su artefacto soñado, saltando ~~de pico en pico y de memoria en memoria de los chasquis.~~

X
X
enlazador
Arregando la frente
fieri
Naciendo
tiritan
lo cabeza
gnabó en
su interés
los travesaños
de la cordillera
quitar

entre picos y memorias nuevas cuidadosas.

Es posible, razonaba Tau en sus adentros, que desde ese barco aquellos sabios estuviesen echando unas sondas oceánicas para estudiar los movimientos de la vida subacuática, de la misma manera que los telescopios bucean buscando los movimientos de los cuerpos celestes. El fondo del mar, le dijo a I, es otro cielo, con sus sistemas y sus órbitas, constelaciones y cometas vivientes; mire a qué lugar ha traído a remojar sus mulas. Pero el mulero no le oía; entrepensando y a la vez entresofiando, amodorrado por el sol de la siesta, se decía que aquel barco era el mismo que trajo el piano al continente y ahora se asomaba para despedirse del instrumento, a ver cómo esas mulas bañistas lo subían por la cordillera hacia un destino desconocido que estaba al otro lado de la nieve, que es el límite perceptible de los barcos, condenados a verla desde lejos y como término del mundo. Hace cinco siglos, dijo el astrónomo, que los barcos llegaron a estas costas; trajeron las palabras y la noción de otras estrellas que no podemos ver, animales desconocidos y las leyes de Kepler; sus sueños de mundos nuevos y también sus fracasos. Estos barcos, que son mulas transoceánicas, merecerían también una constelación. Son mulas de la horizontalidad, y al revés que las nuestras, descansan mirando la verticalidad de la cordillera. Pero I no podía oírlo, las ocho mulas reales se le habían borrado; sólo percibía el contorno quebradizo de la Mansa, apartada de las otras, muy adentro en el mar, adelantándose en el abanico para que I la eligiera y la llevara a conocerlo.

La sirena del barco sonó como saliendo de un gran caracol marino. Las mulas volvieron sus cabezas húmedas hacia la mole que se movía. El mulero y el astrónomo y enseguida los carpinteros también orientaron sus ojos hacia allá. Mientras se alejaba entre guifos de luces, el buque se envolvía con esas miradas y con ellas se perdía en las nieblas que ocultaban a los países de donde había venido tantas veces durante esos cinco siglos que mentó el astrónomo. I aprovechó la salida del barco para pasarle a esa partida la tristeza que tenía de la Mansa, mezclada a los insoportables remordimientos. Tau, viendo que el mulero se llevaba un pañuelo a los ojos, comentó que los barcos, tan alegres de ver, siempre son tristes cuando se van.

I se acercó a la orilla y les dijo a sus mulas bueno, parece que ha llegado la hora de decirle adiós al mar. Los carpinteros hacían señas desde

lajos anunciando que el artefacto estaba listo para ser cargado. Tau se acercó y tocó las maderas que daban forma al sueño del enlazador; ojalá estuviese allí para mirarlo, esas concavidades de maderas finas como trenzadas, en las curvas externas esos brillos de las vetas impregnadas de betún. Las mulas, echadas en la arena, se doraban al sol mirando la línea del mar cortada por el sombrero de I. El barco que partió ya no era ni recuerdo, y la horizontalidad marina una pura soledad.

Los carpinteros apoyaron en tierra las varas extensibles del trípode que sostenía la caja, dejando los extremos terminales del artefacto, especies de monturas, unos centímetros por encima de la altura mular. Subieron a la rampa y desplegaron la baranda trasera del camioncito apoyándola en un borde de la semiesfera, por la que deslizaron el meteorófono hasta dejarlo, bailoteando sobre sus ruedas, en el centro de la concavidad. Dos carpinteros se sentaron adelante junto al conductor, dos más cerraron la baranda y se echaron en la carrocería entre cajas de clavos y herramientas. Destartalándose iba el camioncito verde por la calle de tierra, saltando entre los pozos, ~~con ruidos de martillos y tenazas golpeándose contra las tablas se afejaba~~ levantando polvo.

Tau y el mulero colocaron por pares a las mulas en los extremos del trípode. Los cuatro dedos de felpa que forraban por dentro las mitades de barriles que oficiaban de montura se redujeron a dos cuando plegaron las varas extensibles y el peso fue a repartirse en el triángulo de mulas. Caracola y Capulí quedaron a la cabecera, Dorada y Rubia en un costado, la Camella y Marcela por el otro. Umbria y Sosegada, montadas por los arrieros, quedaron de madrinas, atadas a la yunta de la cabecera.

Con las energías ganadas al mar, trepaban hacia la cordillera como si en vez de un piano transportasen un botón. Los flecos de la lona amarilla con que cubrieron la boca de la caja tiritaban bramando contra una brisa ya cordillerana que se mezclaba con la frescura marina que las mulas despedían de sus cuerpos internándose entre las moles que soportaban la presión del mar aislándolo de Minas Altas.

La mula de cola pensada para la balsa defectuosa era ahora innecesaria. Con un guiño mental, I deslizó en ese vacío a la Mansa, que quedó ligada al conjunto por una rienda cuyo extremo el mulero retenía en su pensamiento.

Caracoleaban las ^{recuerda} mulas por las primeras estribaciones, golpeando con las patas en los mismos tiempos, salvo Capulí, que llevaba un paso sincopado. En las subidas bruscas los arrieros oían el chirrido de las ruedas del instrumento corriéndose en busca de su verticalidad.

Se habían encendido muchas estrellas que Tau sabía de memoria cuando I le dijo; me he quedado pensando en esa constelación con forma de mula que usted va a descubrir. Es muy fácil, dijo Tau; para el lado del sur celeste quedan todavía muchas estrellas vírgenes; todo es cuestión de elegir ocho que se correspondan en la forma y ponerles los nombres de sus mulas; lo haremos esta misma noche, así de paso los animalitos hacen el resto del viaje con una constelación que los proteja. Yo le pediría, dijo I, que me dejara elegir el nombre de la constelación en su conjunto; ~~Se lo regalo, es suyo, dijo Tau. La Mansa, dijo I.~~ Está hecho, dijo Tau,

Se lo regalo, es suyo, dijo Tau. La Mansa, dijo I.
Lo mansa

La sexta luna de Saturno

Nada más parecido a un bicho que nosotros, ^{habla el astrónomo} dijo Tau; si pudiéramos vernos desde alguna altura, créame que la palabra escarabajo cuadraría. Las mulas y nosotros somos patas arrastrando un cascarón amarillo. Un bicho feo de ver. En cambio, dijo I, visto de costado parece más simpático. Allí aparecen íntegros los perfiles de las mulas, lo único extraño es la forma de la carga, como si llevaran sus alforjas por encima de ellas. Como hormigas arrastrando media nuez, si usted quiere, una situación que también tiene su rareza. Desde otro punto de vista, para quien no alcanzara a ver las mulas, sería una canoa redonda con tres remos, vea qué gracioso. Platicaban como quien temiéndole a la oscuridad va hablando solo para evitar el miedo. Estaban en plena zona de gendarmes, de costado y desde abajo al alcance de sus tiros.

Los invisibles dueños de la cordillera habían resuelto que una lejanísima ciudad fuese puerto único, y como sabían que no tenían razón utilizaban balas para convencer. Los tiros eran ciegos y tanto podían perforar cabezas o patas de mulas, romperle las notas al piano dejándolo

convertido en un mueble innecesario, incrustarse en el centro del corazón de I, o en el de Tau sin darle tiempo a que descubriera la constelación que pretendía. Hablaban para no pensar que si una de esas balas simplemente quebraba una rodilla de cualquiera de las mulas, todo el conjunto cedería, los gendarmes huirían aterrados al ver caérseles encima la gigantesca pieza alcanzada con uno solo de sus tiros.

Es peligroso este desfiladero, dijo I; y no podemos evitarlo. Es el lugar donde han muerto más arrieros, desde abajo está a tiro de fusil. Se tarda media hora en cruzarlo, dando tiempo a los gendarmes a que practiquen puntería. El de más arriba también está desprotegido, pero a esa altura las balas llegan sin fuerza, apenas consiguen traspasar la ropa y a lo sumo provocar una lastimadura. Vamos a esperar aquella nube que se ve venir; les tapará la visión hasta que llegemos al otro extremo. Además, parece que trae agua.

Le voy a hablar de unas cuestiones serias, dijo el astrónomo, relacionadas con los asesinos. Existe una mecánica de morir que pertenece a la naturaleza. Los seres vivientes somos el momento más elevado pero el más frágil de la materia a la que pertenecemos. Ella se piensa con nosotros, Usted, amigo I, es un pensamiento del camino, que es inerte; pero él se mueve con usted, se imagina que viaja; y para completar su pensamiento le regala todavía la existencia de las mulas, por eso las quiere tanto, como si usted mismo las hubiese pensado. Los pensamientos de la materia, usted o yo, tienen una duración limitada; luego desaparecen en la mecánica de morir, se apagan como las estrellas aunque luego por un tiempo podamos seguir viendo su luz. Cada porción de la ^{Sustancia cósmica} ~~materia~~ que se piensa con nosotros puede tener muchos pensamientos, de ahí la diversidad de la vida. El mismo camino que lo ha pensado a usted y con usted se piensa, ha pensado otros arrieros, otras mulas y otras formas vivientes que necesita para conocer todos sus adentros. La vida es hermosa porque ^{los elementos que componen el universo} ~~la materia lo es~~, y por serlo sólo intenta generar buenos pensamientos, en orden y belleza, que son los principios donde se asienta el universo. La mecánica de matar, en cambio, es falsa. Los asesinos utilizan, usurpándolo, este camino de las verdades cósmicas; y matando en su propio beneficio, demenciales y mezquinos, asesinan los pensamientos de la materia, haciendo peligrar la vida en su conjunto. Matar es una sed creciente, y entonces el crimen se organiza bajo

las diferentes formas del poder, creyendo que copian fielmente la organización ^{COSMICO} ~~de la materia~~ y que con ello alcanzarán la estabilidad o inmortalidad que ella posee. Los asesinos son pensamientos que se niegan a serlo porque aspiran a ser la propia materia. Pero son la perturbación de ella. Si el crimen se impusiera finalmente, ^{ella} ~~ya~~ dejaría de pensarse, el maravilloso fenómeno viviente desaparecería y el mundo volvería a una infinita soledad.

Crucemos ahora, dijo I cuando la nube llegó al desfiladero. El carrromato iba entre sus vapores, las mulas movían sus fosas nasales percibiendo otra vez humedad marina, abajo los gendarmes no sabían qué hacer con sus fusiles; se los pasaban de una mano a la otra en un nervioso jugueteo.

Nosotros, a la vez, prosiguió Tau, somos pensamientos capaces de pensar. Cuando lo hacemos en el sentido justo, devolvemos a la materia sus propias sustancias, elaboradas, pasadas por la vida, y esto complace a la naturaleza. De lo contrario, entramos en la máquina de matar, no de morir como muere un pensamiento, y perturbamos la materia que nos sustenta.

Por la mitad del desfiladero la nube se raleaba, y temiendo I que los gendarmes percibiesen sus movimientos y tirasen a los bultos, temiendo concretamente que una bala penetrase por azar en el maravilloso cerebro del astrónomo, cuyos razonamientos no captaba totalmente pero le producían placer, le pidió que cambiasen de mula. Vaya usted en la Umbría, me siento más a gusto en la Sosegada. Tau quedó del lado del cerro, I del lado de las balas, disimulado por la nube.

Si a mí me está pensando este camino, dijo el mulero, me gustaría saber quién lo piensa a usted. El astrónomo desparramó por su cara la sonrisa tranquila de sus cincuenta años montafosos, se tocó la barbita, y acomodándose en la montura fue a decir lo siguiente:

Yo siempre digo, un poco en broma pero también en serio, que a mí me piensa una de las lunas de Saturno, que ya se sabe tiene diez, acaso más. Igual que mi madre, que tuvo diez hijos. El verdadero astrónomo de la familia fue ella; mi padre siempre se quejó de esta ciencia diciendo que su verdadera vocación era la de mulero a secas. Entonces ella a cada hijo le fue poniendo los nombres de ^{de} esos satélites de Saturno, su planeta preferido, ignoro por qué ni tampoco entiendo esa clase de preferencias.

Dejó un tratado sobre su segundo anillo, cuya lectura provoca goces poéticos en los astrónomos octogenarios. Curiosamente, los sexos de los hijos que iban naciendo coincidían con el orden de las lunas y sus nombres, masculinos o femeninos. Calcule; Mimas, Encéfalo, Tetis, Dione. Mire qué familia. Y todos somos astrónomos. Yo soy el sexto, Titán, un nombre que nunca me gustó, hasta que lo cambié por Tau aprovechando que mi hermanita Temis, la décima y última, me llamaba así cuando era pequeñita. A tal punto no me gusta Titán, que en mis mapas estelares personales la sexta luna de Saturno también se llama Tau. Mi tiempo de revolución, para más datos, es de quince días, veintidós horas, cuarenta y un minutos y veintisiete segundos, según lo apuntado por mi madre en la libreta de familia, mientras mi hermanita la última figura con veinte días, veinte horas y veinticuatro minutos justos.

El ruido de los tiros se multiplicó en los ecos que devolvían los cerros. Parecían cincuenta, pero sólo fueron cinco o seis. Uno rozó una vara extensible del trípode sin dañarla, y pasando entre las orejas de la Caracola se estrelló en las piedras. Un segundo disparo sacó chispas junto a la pata derecha trasera de la mula de paso sincopado, sin dañarla. El tercero simplemente silbó por las cercanías de la Camella sin alterar su paso. Un cuarto rozó el cascarón de madera embetunada, perforó un extremo volandero de la lona amarilla y se incrustó en unas raíces retorcidas entre las piedras. El último hubiera dado en la cabeza, aún caliente de pensamientos ^{cosmicos} ~~mundos~~, de la sexta luna de Saturno, de no haberse encontrado antes con el cuerpo de I. Los tiros en realidad venían de una lejanísima ciudad donde vivían los amos de la cordillera, venían de las sombras, y los gendarmes, que sólo apretaron el gatillo, también apuntaron a unas sombras que vieron pasar entre nubes. Por eso no dieron en el blanco, las mulas no cayeron al precipicio con su carga y sus hombres, la sexta luna pudo continuar en su órbita, y el corazón de I se salvó por dos razones; primero, por estar en el lado izquierdo del mulero, que daba al cerro; segundo, por la libreta de doscientas hojas que llevaba en un bolsillo de su chaleco, el de la derecha. El golpe del plomo lo inclinó sobre Tau; transmitido por las costillas, se le desparramó por el cuerpo haciéndolo temblar como de frío. Por lo menos ciento cincuenta páginas, calculó, quedaron perforadas, alteradas las letras hechas con el lápiz de tinta y la

saliva de su hija Effe. Las mulas no perdieron por esto el ritmo de su marcha, entraban ahora en la parte más oscura de la nube, donde el olor a mar era regocijante.

Aquí, dijo I cuando alcanzaron el desfiladero de arriba, ya no llegan sus tiros y tampoco podrán vernos porque fijese, son nubes de borrasca. Metió una mano entre la piel y la libreta, hurgó un poco. Mire, una palabra de gendarme, dijo mostrando el plomo que sacó. Se vio los dedos mojados de sangre. Entonces, dijo, tampoco se salvaron las últimas páginas, en blanco todavía, de la libreta, ni la contratapa. Un raspón en las costillas que se cura con saliva.

Tau, recuperando en su cara el color de sus cincuenta años morenos, se acomodó otra vez en la silla y dijo: esa bala era para mí, y yo no guardo una libreta de doscientas hojas en el bolsillo del chaleco. Si me lo permite, en agradecimiento por haberme cambiado de mula -y de destino- le voy a hacer un regalo. El más hermoso que se pueda hacer. Pero dentro de unos días. Exactamente, dentro de cinco noches.

El grumete

Tau no podía perder la costumbre de dormir de día (y Umbria era un buen lecho) y velar por las noches. Viendo que amanecía otra vez sin que se despejase el cielo, pensó que si Minas Altas estuviese en ese lado de la cordillera los astrónomos no existirían, por falta de cielos claros.

I se desayunaba junto al fuego. Las mulas, echadas en una especie de caverna, dormían todavía. Tau observaba el artefacto de Jotazeta, en reposo y bajo esa luz pálida. Esa manera de apoyarse sobre las patas, ese cascarón, qué forma tan absurda de estar en el espacio, se dijo contrariado por la noche estéril. Pero claro, era un producto que serviría una sola vez. Pasado el piano, su forma caprichosa carecerá de sentido. Y como copia de un sueño, su único destino posible era el olvido. Qué lástima, dijo arrimándose al mulero, estas nubes de borrascas que nos persiguen. Ya hubiéramos encontrado las ocho estrellas de nuestra constelación. Mire,

dijo I señalando un bulto unos mil metros más arriba, alguien ha venido a esperarnos.

De Ce, arpista y tubista adolescente, veía ascender el carromato a ratos de frente, a ratos zigzagueante entrando y saliendo de las nubes. Ignorante del contenido de la caja redonda, creía que ésta y el trípode que la sostenía eran la forma correspondiente al meteorófono que cayó aquel día por la radio de Uve, que él mismo había contribuido a descubrir dibujándolo como un molino encordado. Es como yo lo pensaba, se dijo; ese trípode no puede ser otra cosa que el cuerpo del molino, y su rueda eso redondo que lleva encima. Faltaban el aspa y el cabezal para tensar las cuerdas, pero bueno, el instrumento seguramente venía desarmado. Lo instalarían justo en la mitad del pueblo para que fuese visible desde todas partes. Dejarían las cuerdas afinadas, así en los días de viento se tocaba solo. Y compondría un concierto para molino y orquesta ^{que sería una} verdadera delicia.

Debió integrar la expedición desde el comienzo, pero el arpista mayor lo negó diciendo que tratándose de un objeto personal destinado a integrar el ajuar de Emebé no correspondía un acompañante músico. Cuando Jotazeta les reveló el verdadero destino del instrumento y les dijo que quedaría bajo custodia de los músicos hasta el regreso de Eme con la canción, le ordenaron que inmediatamente saliese en busca de los arrieros.

Cuando la recua apareció por la punta del desfiladero donde él estaba, De Ce montó y fue a su encuentro. Del molino encordado no quedaba nada; ese trípode apoyado en las mulas encajonadas en mitades de barriles era lo más alejado de un diapasón que pudiera pensarse. Y esa enorme mitad de naranja embetunada, ese tambor de parche amarillo, bueno, su desilusión era terrible. ¿Y esa cosa era el piano cacareado?

Al preguntársele si había algo nuevo sobre el regreso del cantor y su casamiento con Emebé, dijo que la boda por ahora era dudosa. Los chasquis, explicó, han traído unas canciones nuevas que cuentan partes del viaje de Eme Calderón, y en una de ellas, sumamente erótica, se menciona mucho a una flautista que lo acompañaba, llamada Azul nada menos. Entonces parece que Emebé está muy celosa por lo de Azul, ~~miren qué nombre~~, y les tiene prohibido a Uve y Effe apurarse en la costura. Entre puntada y puntada se quedan suspirando, y de suspiro en suspiro se van quedando dormidas junto a U, que como ustedes saben duerme todo el día. Jotazeta las oye suspirar y

se pone nervioso, anda intranquilo sin saber qué hacer, atacado de pesimismo. A nosotros nos gustó mucho esa canción, de un tal Tuy, del que ya conocíamos una pieza muy graciosa, y que también integra la partida. Entonces pensamos que lo mejor era estrenarla dándole una serenata a Emebé, al fin y al cabo allí se habla de su novio. Y bueno, debido a las consecuencias que tuvo, hemos resuelto excluirla del repertorio, para no contrariarla. Pero la canción está de moda y hasta el cazador de cóndores la canta.

Después de festejar el encuentro y las noticias frescas, De Ce le dijo a I que se haría cargo de la guía trasera del conjunto y que luego, en el descanso, vería ese piano. Subían y subían, De Ce como furgón de cola pensando en el contenido de la caja, sin sospechar que en la mente de I él iba al lado de la Mansa.

El paso por el mar, la nube de agua que los perseguía ascendiendo con ellos, y acaso la condición de la carga que llevaban, orientaron el cruce de esa parte de la cordillera hacia una clara navegación. Las mulas, que llevaban el mar por dentro, caminaban como bogando. El astrónomo, habituado a los grandes espacios sin obstáculos, no alcanzaba a notar el cambio. De Ce, mezclando la desilusión del concierto para molino con la avidez por conocer el piano, no se daba cuenta de nada. Tan sólo I se resistía a esa imprevista orientación del viaje. Estas mulas se me han contaminado de mar; hay que ser tontas para trepar así, como si navegaran; miren el aire de barco que le están dando a nuestro cargamento. Déjelas que boguen a su aire, dijo Tau; si se creen remos, es cosa suya; lo importante es que naveguen, ya sabe usted que sobre el agua las cosas pesan menos, como en el espacio; además, qué otra cosa pueden hacer con esta nube que es pura agua en suspensión.

Hacia el oscurecer alcanzaron un punto desde el que hubiera sido visible el mar, oculto por las brumas. Su presencia era evidente, sin embargo, en la conducta de las mulas. En la planicie alcanzada, donde pensaban hacer noche, se declaró la tormenta. Los flecos de la lona bramaban en el viento con aguanieve buscando soltarse de la soga que los amarraba a la cáscara redonda. Las fuertes voces de I entre los vientos encontrados pedían a De Ce que abandonase la popa y ayudase a las mulas de estribor, que por torpezas de Capulí la sincopada tendían a empantanarse en

el torrente que bajaba de los cerros. El grumete obedeció en el acto y agarrando las patas de la mula a ~~centratempo~~ la obligó a ~~acompañarse con~~ *rebelde* las demás, con lo que consiguió que la canoa no virara en dirección sur sureste, ~~donde las aguas se precipitaban en forma de cascada hacia los fosos~~ *infestados de* ~~que poblaban los gendarmes.~~ X

El propósito de I era llegar a un refugio de arrieros avistado, ya casi invisible en la oscuridad creciente, y detenerse allí, al abrigo de las furias encontradas, pero las mulas apenas podían avanzar, rechazadas por el viento y con el agua rozándoles el vientre. Los animalitos hacían lo que podían, chapoteando o remando, pero siempre en el mismo lugar, con lo que decididamente la embarcación se escoraba a babor. I se paró sobre los estribos y entregándole a Tau las riendas de su mula se apoyó en las grupas de la yunta y trepó a lo alto del cascarón, que a esas alturas ya era una cofa. Rápidamente soltó la soga que amarraba a la lona y desplegándola la envergó en su cuerpo, mientras daba gritos ordenándole a De Ce esas cosas que normalmente hacen los grumetes en la tempestad. Con un par de taconazos perforó el fondo de la cáscara, que recibiendo el agua que chorreaba por la funda del piano actuaba como bomba de achique, mientras la lona, hecha vela alrededor de I, convertía al conjunto en una especie de tartana encallada en un trípode.

El grumete, de acuerdo con las órdenes del piloto, desmontó las varas extensibles y se las pasó. El mulero encajó los tres palos en la nave, rasgó la lona, y con trozos de soga convertidos en obenques envergó una vela al tercio y otra de abanico, reservando uno triangular que envergaba en la antena. Con esa arboladura la tartana se convirtió en una carraca, se inflaron las velas, y las mulitas, desempantanadas, con viento próspero empezaron a bogar hacia el refugio.

Y bogando, ya casi era un galeón, casi una carabela navegando de bolina con un piano adentro a miles de metros sobre el nivel del mar; bajo el control de aquellos intrépidos muleros marineros; sin temor a bajos, para eso estaban las patas de las mulas, esas quillas cautelosas; Tau por delante a manera de bauprés; De Ce tarareando en la popa; y el piloto en la cofa, fantástico vigía, a pocas brazas del refugio, con claras intenciones de pairar la nave, barloventeando iban los muleros; y el piano serenísimo dentro de su funda, en un suave movimiento de babor a estribor sobre las

cuadernas del navío; y la orilla deseada, ya con la nave al paio; y el grumete que sirga desde tierra; y el timonel que se apea de la Umbria sin soltar a Sosegada; y el piloto arriando la vela de mesana; los mástiles que vuelven a ser varas extensibles devueltas a sus sitios en el tripode; las mulas recogidas y los vientos que amainan y desaparecen llevándose las nubes y poniendo al descubierto una tremenda Via Láctea que devuelve la paz al corazón de Tau; el fuego que se enciende en el refugio de arrieros donde las mulas mascan pastos secos; las llamas que proyectan las sombras de los muleros sobre el artilugio que De Ce, por un instante, vuelve a ver como un molino musical.

El ojo de la Pajiza

→ era una *cupula*

El refugio ~~tenía la misma forma esférica del cascarón que contenía al piano, sólo que de piedra bruta, cuatro veces mayor y boca abajo como un~~ ~~huevo~~ con una entrada de caracol que se perdía en una curva interna, y ~~en la~~ ~~base~~ ~~de~~ una tronera ^{en la caspide} que despedía el humo del fuego alrededor del cual se calentaban las mulas. Los hombres, ya secos, ~~miraban el cielo desde la boca~~ ~~del~~ ~~huevo~~. Es una pena, dijo I señalando ^{2.ª vez} el cascarón, no poder meter también ese bicho en el refugio, así de paso De Ce nos hacía escuchar esa canción de moda. Yo no creo, dijo el grumete, que después de una tormenta como la que ha soportado ese piano, lo perjudique un rato de intemperie. Si les parece, le quitamos la funda y la ponemos a secar junto con los restos de la lona.

X Conocía el celo de los muleros por sus cargas, y esperó resignado el no de I, que echado sobre el muro ascendente de la entrada parecía entredormido. Es impermeable, dijo I, pero bueno, quíteselo si quiere, así de paso le echa una ojeada a lo que llama piano. Usted mismo nos hizo conocer esa palabra, ¿se acuerda?, dijo De Ce trepando al techo del refugio, desde el cual tendría acceso a la boca de la caja. Sí, de acuerdo, le contestó el mulero; pero es una palabra de dos tiempos y usted le pone tres. Es verdad, dijo el grumete desde el interior de la caja, desatando las tiras de la funda; usted tiene toda la razón, pero a nosotros nos

pareció una palabra demasiado corta para el sonido escandaloso que tenía el instrumento que cayó por la radio, y la alargamos un poquito para que se le pareciera. Pero como tampoco nos gusta, preferimos llamarlo meteorófono, mucho más linda que la suya.

El mulero no sabía si recordarle o no al astrónomo lo de la constelación; su segundo de a bordo parecía muy cansado. Entonces dijo: cuántas constelaciones habrá allí, y yo no las sé reconocer. Cómo la quiere, dijo Tau; enorme enorme, cubriendo medio cielo, pero que sólo podrá ver en las noches muy despejadas, o pequeña, casi tamaño natural, perceptible hasta en las noches algo nubladas, entre los claros de las nubes. La preferiría pequeña, dijo I, la Mansa es de poca alzada.

El astrónomo encorvó los dedos, cerró un ojo y miró el cielo a través del hueco de la mano recorriéndolo por porciones, como quien mueve un telescopio. Por allá, dijo, veo una mulita, pero no alcanza a tener ocho estrellas claras y además está en la zona donde suponemos que tiene su recorrido Némesis.

Muy cerca, como rozando los bordes del supuesto telescopio, vieron pasar un pájaro muy grande, de frente hacia ellos. Agrandándose más por la proximidad, casi rozó los bordes del cascarón y la tronera del refugio; luego se elevó hasta desaparecer. Venía desde el mar y parecía cansado de volar. Desconozco esa variedad de pájaro, dijo Tau; es de esas aves que recuerdan a los dinosaurios, de los que se desprendieron hace más de doscientos millones de años. A mí, dijo I, las aves nocturnas me parecen muy desagradables; soy supersticioso.

El astrónomo escudriñó hacia el sur. Ya la tenemos, vea qué maravilla, dijo encorvándole los dedos al mulero como si le pasara el telescopio. Mire, ^{ese es} ahí está Venus, la Vía Láctea; y en ese costado, está la Mansa. Ahora vaya trazando líneas para donde yo le diga. Vamos a empezar por el cogote del animalito, donde usted después podrá ver hasta las crines; desde allí, hacia la derecha, imagine una línea de dos metros más o menos, que llega hasta el anca; ahora bajemos a las patas, mire qué claras; suba un poco apoyándose en esa estrellita, siempre buscando la forma que conoce, con lo que llegamos a las manos; subimos un poquito y vea, ya estamos en la garganta; desde allí le será fácil ubicar el hocico, vea qué encanto de babilla; finalmente saltamos a esas dos estrellas parejitas y las unimos

5 La cordillera

con la primera que le dije, ^{recién} ~~vea~~ cómo aparecen las orejas. Para que le quede claro, vea ahora esa estrella medio triste que parpadea en el centro de la cabeza, ¿no es un ojo perfecto? Qué maravilla esas orejas, dijo I. Claro, dijo Tau, son estrellas gemelas; y vea esa espuma en el otro extremo, no me diga que no es la cola de su mula. Es una delicia, dijo I. Si observa bien, se entusiasmó Tau, verá que hay ocho estrellas principales en la figura, pero que nos hemos valido de otras, menos brillantes, para apoyar la forma, a las que usted podrá darles, si quiere, el nombre de las mulas que se quedaron en Minas Altas; le sobrarán estrellas. Ahora vaya nombrando a las ocho principales, en el orden de recién, para anotarlas luego en mis mapas.

La primera, dijo I, es la Caracoia; después vendría la Rubia, luego la Dorada; en esta pata, Capulí; y en la boca la Camella, vea qué perfección; y dejamos a Umbría y Sosegada para las orejas. Nos faltaría, dijo Tau, un nombre para el ojo. Yo le pondría la Pajiza, dijo I; es una mulita vieja de mirada triste, de mucho parpadear } no ha conocido el mar y posiblemente no lo conozca nunca. /]]

La Mansa es un nombre perfecto para esa constelación, dijo el astrónomo, porque esos cielos son muy serenos. Medio corta de patas, ¿no le parece?, dijo I. Sí, admitió Tau, pero mire esos belfos, esa nariz tan hermosa, esos ijares. Será muy fácil ubicarla. Recuerde; la Vía Láctea, Venus, luego hacia el sur. Pierda cuidado, dijo I, el sur es el único punto cardinal que reconoció; y ahora, con ~~esa~~ constelación, más todavía. *

1 2 3 4 5 6 7 8 9

Salto a página, va

La estrella múltiple de Tau

Pero qué hace ese muchacho, dijo Tau al oír los golpes de madera que De Ce daba a las teclas sacándoles unos sonidos agrios. El piano, gritó alegremente I, se toca con los dedos, no con palitos; sosiéguese y venga a ver la constelación que tenemos.

De Ce se descolgó del techo del refugio y se echó entre los dos hombres. El meteorófono que estamos haciendo, dijo, se parece bastante a éste, pero se toca con dos palitos sobre unas tablas afinadas. De allí el sonido pasa a unas calabazas que van de mayor a menor, éste en cambio tiene adentro un arpa más o menos como las nuestras. Lo que más me ha gustado es el brillo que tiene, las estrellas se le reflejan como en un espejo.

Viendo que nadie le respondía, apoyó su cabeza de ^{dieciseis} diez y seis años en la rodilla de cincuenta del astrónomo, y buscando la constelación que I le señaló sin precisiones se quedó dormido.

Maravilla pensar, dice Tau, que todo eso que estamos viendo es nuestra casa y a la vez nuestro camino; vea qué lujo esos jardines, esos palacios, esos interminables animales de la forma que usted quiera elegir, uno solo de ellos no cabría en nuestros mares. Delicia de vagar por esos senderos, esas llanuras, esas montañas iluminadas. Y dice I: ¿Se imagina trasladar un piano por esas cordilleras? ¿Ha pensado en sus gendarmes y sus balas? No me haga chistes, dice el astrónomo, le estoy hablando en serio. Cuando usted y yo nacimos, nuestro planeta estaba en un punto de ese espacio, muy lejos del que ocupó después cuando nació este músico grumete. Cuando destruyeron Lumbreras pasábamos por lugares imposibles de precisar. Esas calles donde ahora usted ve brillar la constelación de la Mansa, acaso ya las recorrimos, o quizás las tengamos que recorrer. Usted, dice I, es un sabio, yo un mulero. Y dice Tau: todos somos arrieros o muleros; vagamos en el espacio utilizando la Tierra para trasladarnos, como si fuera una mula, todavía no sabemos hacia dónde. No puedo imaginarme, dice I, unas mulas de

esas vecindades, Y Tau vino a decir; mulas como las nuestras, vivas; no hablo de animalitos celestes; tampoco yo me imagino mulas astronómicas, porque a esas extensiones las pienso en términos de vida animal, no podría hacerlo de otra forma por el condicionamiento de mi mente. Por eso mismo, dice I, resulta divertido pensar que las mulas van por el estrellero como si fuese un pedregal de puras luces. Lo que intento decirle, dice Tau, es que de la misma manera en que mueren las personas también mueren los planetas que la vida habita. En la Tierra hubo y habrá extinciones en masa, orientando o desorientando la evolución, no sabría decirselo. A los hermosos dinosaurios los mató una estrella asesina que no conocemos; periódicamente desata lluvia de cuerpos que chocan contra la tierra y oscurecen el sol por mucho tiempo; es como un tiburón de los espacios, recorre los sistemas depredándolos. Algunos astrónomos dicen que se oculta entre Neptuno y Plutón preparando su próximo zarpazo; otros, que es una estrella compañera del sol. Se llama Némesis, es decir, la estrella de la muerte. Se me pone la carne de gallina, dice I; quiere decir entonces que la vida va a desaparecer. De ninguna manera, dice Tau, no es eso lo que intentaba decir. Lo vivo es eterno precisamente por ser vivo, sustancia última y resultado permanente del cosmos. Cambiar de casa es consecuencia de lo eterno de vivir. Cuando la casa de la vida se derrumba, entonces lo vivo, capaz de cualquier forma, se traslada. Por eso hay millones de formas de vida conocidas, y otro tanto de formas que desconocemos. Dice I: un traslado con mulitas y todo, qué fantástica mudanza. Usted, dice Tau, quiere divertirse, y me parece bien; pero esas fatalidades, o como quiera llamarlas, existen. Por eso la vida, que es un juego calculado y como juego nunca tiene fin, se organiza de otro modo. Y va saltando de estrella en estrella, de la misma manera que hasta ahora ha venido saltando Minas Altas cada vez que la destruyen, buscando sobrevivir. Lo vivo, en su conjunto, es más importante que esto que llamamos hombre, que es un producto derivado y reciente. Así como hay una estrella de la muerte, yo pienso que hay también una para la vida. Me la imagino múltiple, como un conjunto de cometas buenos que vigilan el cosmos. Cuando en algún planeta de la infinitud la vida se destruye, por suicidio o fatalidad, la restauran nuevamente, fecundando la materia. Y dice I muy pensativo; cuántas veces habremos saltado ya, cuántas Lumbreras borradas habrá por esas soledades de allá

arriba. Seguramente, dice Tau, muchas veces; pero nada sabemos, no existieron palabras capaces de fijar esas historias ni historiador para contarlas, por eso son olvido. No hay memoria conocida que la registre y la traslade junto con la vida. Pero vea correrse aquella estrella, mire ese arco que describe. Y le dice I; un arreo, a todas luces; qué mulas ligeritas; }vea X qué rápido llegaron. 138

De los traslados de Minas Altas, dice Tau regresando a la Tierra, nunca hubo memoria porque los mismos que la destruyeron tantas veces se ocuparon de borrarla; hasta que, bajo el nombre de Lumbreras, alguien la fijó, sin darse cuenta de lo que hacía, en la canción del gallo blanco. Cuando Eme Calderón la rescata y complete, por fin tendremos un comienzo, y continuidad en el tiempo. Me da un poco de miedo, dice I, pensar en la clase de carga que estamos llevando; qué responsabilidad de arrieros; qué misión la de estas mulas milagrosas, trabajando para una música.

Las relaciones musicales tienen mucho que ver con todo esto, dice Tau. Este chico que duerme las conoce a fondo. Pero no las piensa, como nosotros. Sólo juega con ellas, y es feliz.

Feliz cumpleaños, I

Rodeando un cerro por caminos de cornisa ascendía el cascarón en vueltas de espiral. Entre el colchón de nubes de abajo y las de arriba, el espacio que recorrían era neutro, sin referencias físicas. Las nubes de arriba proyectaban sus sombras sobre las de abajo, un suelo algodonoso donde se elevaba una cordillera fingida, con sus propias cimas y abismos.

En la cola del carromato, De Ce urdía un tema que se dejaba modular de maravilla, pero cuando estaba a punto de definirlo, una nueva vuelta de noria se lo orientaba hacia otras posibilidades; cuando éstas a su vez iban quedando claras, se esfumaban con una nueva vuelta de espiral.

I modificaba mentalmente la monotonía convirtiendo cada vuelta en un recorrido por el contorno de su constelación, mientras Tau, a su lado, se movía con el traqueteo mular encerrando en su cabeza hurtada a los gendarmes su preocupación por no poder llegar a tiempo a Minas Altas para

asistir con los demás astrónomos a la primera visibilización del cometa que estaban esperando. No se atrevía a comunicar su preocupación a I, para quien sin duda el traslado del instrumento y el descanso de sus mulas eran más importante que el estudio y la observación de los cometas.

En las nubes de abajo se ponía el sol pintándole un incendio a la cordillera de algodón, y en la siguiente vuelta de espiral ya se había apagado, ardían solamente las crestas en una larga cinta ondulada como cuando se queman las montañas, mientras los hombres y las mulas, vistos desde el suelo de nubes, se perdían ya caracoleando entre las de arriba.

Allá la tropilla se enfrentó a un tranquilo oleaje de montañas que parecían encrespadas por los vientos de la altura, que corrían cargados de nocturnidad. Tan lejos que estaban del mar, pensaba el astrónomo, y sin embargo todavía se proyectaba en la naturaleza que lo copiaba, o simplemente lo recordaba, no había que olvidar que, millones más o menos de los cortos años terrestres, la cordillera emergió de las profundidades y todavía seguía creciendo con lentitud geológica. Era hermoso pensar entonces que Minas Altas, sin trepar por caminos de cornisa, subía rodeada por sus girasoles.

I temía que las mulas, a la vista del fingido oleaje, se excitaran cansándose más de lo debido; pero echándoles una ojeada y oyendo el ritmo no alterado de sus pasos, comprobó que ignoraban que ahora iban por una copia del mar, y que habían asumido nuevamente la verticalidad de su destino cordillerano. Menos mal, se dijo, así tendrán más fuerza para soportar los vientos encontrados de esta zona.

Pensaba, dijo Tau, en los cinco siglos que llevan las mulas recorriendo la cordillera a miles de metros de altura con sus cargas de mercurio, oro y plata y también de payadores, yaravíes y aires pampeanos, que se les convirtieron en piezas de artillería durante las guerras de la independencia. Los guerreros que cruzaron la cordillera en mulas como éstas aparecen en los monumentos montados en caballos poderosos copiados a las enciclopedias polvorrientas.

Pero I no lo oía, atento a los vientos que se reflejaban en las crines de las mulas, convertidas en anemómetros. Vientos mareros y terrales que iban a encontrarse allí alterando las treinta y dos direcciones conocidas de la Rosa de los Vientos. Una bocanada fresca que venía sesgante obligaba

al piloto mulero a ceñir su castigada recua. Cuando pudo conseguirlo, a puro golpe de rienda, con peligro de que el grumete que iba a popa se le desprendiera tragado por el virazón, una ráfaga a la cuadra castigó a Capulí silbando entre sus patas sincopadas. En su empeño por ganar el viento, I se sintió castigado por uno de proa que amenazaba arrancar el sombrero del astrónomo y tiraba violentamente hacia atrás el flequillo de las mulas, mientras las aletas salientes de la lona bramaban en la ululación. Aquellos vientos no declarados buscaban como enloquecidos fijar una dirección que no encontraban, y cada uno bramaba de rabia al hallar su camino ocupado por otros, obligando al piloto a los virajes más inverosímiles con su canoa castigada y sin velas entre un mar de palabras y de vientos, esquivando chiflones y nortadas, refregones y torbellinos, ramalazos y vórtices. Cuando por fin se convirtieron en un solo viento cardinal, el mulero la cifó hasta llegar a la planicie con forma de bahía a cuyo arrimo pasarían la noche.

Sí, le dijo el mulero a Tau, he visto en las ciudades esas estatuas con caballos de enciclopedia.

Apoyados en piedras descansaban los arrieros junto a las mulas ya dormidas, con un poco de miedo, por parte del grumete y del mulero, ante la interminable desnudez de la noche. En ese roquedal como balcón a los espacios, en ese silencio que tendía a poner en duda la continuidad de vivir, ansiaban ruidos humanos, la vuelta a casa, formas relacionadas con el hombre, una cerca, una chimenea, un animal doméstico, el viento sosegado de las veletas, que les permitiera no sentirse tan solos en esa desnudez, donde las mulas parecían criaturas fantasmales, y ellos se miraban las manos encontrándolas extrañas. Silencioso como si fuera de papel pasó volando a vela el pájaro aparecido durante el descubrimiento de la constelación, rozando la canoa mostró a los hombres las chispas del relumbre de sus ojos.

Hoy es mi cumpleaños, dijo I. Me gustaría estar ahora en Minas Altas, con Uve, Eñe y U. Y escuchar esas últimas canciones que han llegado.

En las cuentas del reloj cósmico que controlaba Tau, eran los últimos años del segundo milenio, contado a partir del nacimiento de un dios que murió asesinado, cuando el astrónomo cumplió su promesa de regalo a I por haberle salvado la vida, sin saber que coincidiría con el día de su

cumpleaños. En un punto del sur el firmamento se rasgó como un papel de celofán. Tremendo era el esfuerzo del espacio para abrir ese paquete dando paso a un nacimiento. Los muleros, arrinconados contra las piedras, vieron el alumbramiento de una cabeza luminosa que salía de su cueva oscura mientras el cuerpo no acababa nunca de salir, una interminable cabellera de luces de millones de kilómetros.

Cuando acabó el alumbramiento, el cuerpo puso reflejos de su luz en las caras de los hombres y en las maderas del cascarón; las mulas abrieron sus ojos como si amaneciese, a lo lejos cantaron los gallos familiares aforados por los arrieros. La luz del regalo del astrónomo era como un relámpago que durara siempre, con esa cabeza rozando casi los bordes de la cordillera, y la cabellera que se perdía en el mar.

Con las manos escarchadas metidas entre las piernas, empequeñecidos por el frío, miraban el objeto sideral sintiendo que él también los miraba, alguna noción de ellos se grabaría en su memoria cósmica, aunque supiesen que era imposible distinguir desde sus alturas a tres muleros en un rincón de las montañas, y ni siquiera a la cordillera misma; su ojo navegante sólo le permitía percibir la redondez de una pequeña bola silenciosa, con su pequeño mar y su invisible luna, con su pequeño sol y sus para él inexistentes girasoles.

Su regalo de cumpleaños, dijo Tau, viaja en dirección al sol. Espero que le guste. No sé, dijo el mulero, qué haría con él, es demasiado para mí. Sólo mirarlo, dijo Tau; tanto usted como yo apenas podremos verlo por esta vez; acaso este grumete, cuando sea muy viejo, lo vea pasar en otra ronda, y dedicarle una de sus piezas musicales. Al tema ya lo tengo, dijo De Ce; lo desarrollaré por el camino; lo pienso como un concierto para cuatro arpas indias, dos caracoles, dos tubos y acompañamiento del piano que llevamos.

Partieron antes del amanecer, cuando el regalo desaparecía tras las moles andinas. Es el último tramo del ascenso, dijo I; mañana a esta misma hora estaremos descendiendo, y eso ya será como estar otra vez en casa.

El nuevo día llegó con nieve. Está sangrando Capulí, dijo el mulero. Las gotas de sangre despedidas por la nariz caían lejos de la mula, llevadas por el viento en cuanto salían, de modo que el animal no sabía que sangraba ni podía ver las gotas caer sobre la nieve. La siguiente en

sangrar fue Sosegada, enseguida la Umbría. El corazón de I golpeaba contra el chaleco, hacía temblar las hojas perforadas de la libreta. Las mulas oían los golpes del corazón de I, sin apreciar las diferencias entre el sístole provocado por la altura y el diástole agrandado por la alegría del regalo del astrónomo.

Un regalo con el que I volvía a ser niño. Aunque el frío acumulado en ese viaje agregaba unas líneas más a su cara cuarteada, el cometa lo retrotraía. Tírar del moño de la cinta, Rasgar el celofán. Y el objeto que sale iluminándote los ojos. Nunca podré agradeceréelo, le dijo a un Tau casi tapado por la granulación. Pero el astrónomo no le oía, cavilaba perdido en sus enjambres estelares más densos que las granulaciones de la nieve. Entonces el mulero se entregó a los suyos, previo vistazo atrás a ver si el grumete los seguía; el regalo, al aproximarse al sol, se fragmentaba. Lo veía caer en esas granulaciones que al dar contra su cara se diluían bifurcándose por sus arrugas de mulero.

Negríto con madre selvas

U, que dormía junto a unos zapatones rellenos con esos papeles apretujados que disimulan el tiempo de la ausencia, paró las orejas al oír el paso de las mulas en la madrugada, especialmente el de Capulí; salió corriendo río arriba y enseguida percibió el olor a sur que desparramaba I. Cortando camino entre las rocas se encontró con lo que buscaba, saltó sobre Sosegada y sintió en la totalidad de su cabeza el calor de media mano del mulero.

Tau se apeó junto al Peñón, donde los astrónomos discutían sobre los contenidos del cometa que la mayoría de ellos acababa de ver por primera vez. El carromato se detuvo junto a ^{una} ~~la~~ galería de columnas con madre selvas ~~de la casa de De Ce.~~ Sin hacer ruido que mis hermanas duermen, dijo el grumete cuando desplegaron las patas del trípode liberando a las mulas de su carga; Inclinaron el cascarón como vertiendo el contenido de una olla, y el meteorófono, con su verticalidad intacta, ocupó su lugar junto a ^{un} ~~el~~ cántaro, ~~del agua.~~

*De Ce, cerrando
10
San sus hermanas, dijo De Ce cerrando
afonías en las feneles, Alrededor penitencias y
Picitadas.*

descendió hasta el caserío de los músicos

5 La cordillera

~~Las hermanas del músico aparecieron peinadas y pintadas, con dos golpeadores de tambor cada una, destaparon el piano, sin saludar a nadie, y~~
Con los golpeadores de tambor cada una se pusieron a tocar a 7 o 8 p/m.
allí estaban las gemelas tocando a cuatro palos ~~cuando~~ I, desde el borde de la calle, sosteniendo las riendas de sus mulas en un solo haz, les gritó: eso se toca con los dedos. Las gemelas eran pálidas, con esas manchas de colorete en las mejillas parecían margaritas.

I tuvo que hacer callar a U, que quería llevarlo pronto a casa, para escuchar las maravillas que hacían las margaritas con el instrumento nuevo. Con razón, se dijo el mulero, lo que más se escucha ultimamente aquí son dúos, todo el mundo está componiendo para ellas. Calle abajo soltó a las mulas dejándolas que fuesen a beber solas en la vertiente, y tomó el camino de su casa para darle otra vez aspecto humano a su ropa vacía en el ropero, quitar los papeles apretujados de los zapatos de entrecasa y meter sus pies en algo menos frío que la cordillera.

El día que Minas Altas amaneció con piano se alteraron sus ritmos habituales. Los turnos de visita evitaron esperas y aglomeraciones. Ancianas empolvadas y viejos de bastón desfilaron hasta el mediodía mirando el instrumento aparecido esa mañana al alba, cubierto de rocío como un campo, rozando sus dedos en las teclas nacaradas, acariciando sus patas esculpidas, viéndose reflejados en el brillo de su ala abierta, asomándose a su interior a ver esa arpa dorada, el complicado mecanismo de apagadores y martillos suavísimos.

Luego llegaron los niños con sus maestros, que por carecer de bibliografía adecuada sobre el tema inventaban historias fantásticas, donde el piano era un tesoro en una isla desconocida, con viajes por el mar enfrentando a los piratas, exploraciones en selvas no penetradas por el sol, largos ríos navegables con cascadas imprevistas, recorridos por un intrépido grupo de muleros de Minas Altas que finalmente descubrían el piano como si se tratase de América.

Los astrónomos, no pudiendo perder un solo minuto de su precioso tiempo de cometa, enviaron un delegado que trazó un plano del objeto musical por dentro y fuera, estudió las relaciones de sus sonidos y su campo acústico, y escuchó una pequeña improvisación de las gemelas, que habían suavizado las puntas de sus palos golpeadores con unos fieltros como los que tenían los martillos del instrumento.

Los músicos, a punto de terminar la construcción de su propio meteorófono, desfilaron observando el piano con el respeto debido a un nuevo habitante que acababa de llegar y establecerse, recomendaron a las margaritas renunciar a sus palos utilizando los dedos como golpeadores. Es como tocarlo con diez palos en vez de dos, dijo un arpista, pero vean qué manera más retorcida de complicar un arpa. Más que el piano les interesó el artefacto de Jotazeta. Le cambiaron el destino con un parche de cuero que lo convirtió en un timbal que hacía tiritar la tierra cuando lo batían.

Emebé y su padre, enrarecidos, hicieron una breve visita al piano una semana después de su llegada, solamente por cumplir y sin asombro. Al enlazador le había entrado una tristeza dura, de la que Emebé estaba contagiada como si fuese sarampión. Entraron tosiendo, excesivamente abrigados, moviéndose apenas, exhibiendo una palidez que se patentizaba junto a la negrura sosegada del prodigio acústico. Como enfermos que sacan de la cama y llevan al jardín a ver que empieza la primavera, pero sin desabrigarlos, el astrónomo frustrado y su hija celosa y melancólica se paseaban débilmente por la galería mezclando sus palideces a la del sol de la media mañana, incapaz de evaporar el rocío disperso entre los brillos del instrumento. El ex enlazador ni siquiera se conmovió cuando vio su artefacto soñado, ya timbal junto al cántaro. Soltó una falsa tos de salón tapándose la boca, ése fue su comentario. Rechazaron la infusión que les ofrecieron las gemelas, dijeron que no con unos índices discretos y como amojosados por el encierro. El no de los dedos pasó luego a sus cabezas abrumadas cuando las niñas ofrecieron tocar, ya con las manos, unas escalas que estaban practicando. Con las infusiones helándose en la bandeja y las manos fuera de las teclas, las margaritas veían alejarse calle abajo al abuelo con sarampión seguido por el andar griposo de Emebé, que acababa de ordenarle a Uve la suspensión de la costura.

De Ce y sus hermanas, por su corta edad y por ser hijos de padres desaparecidos, habían vivido hasta entonces rotando por distintas casas y distintos padres, sin abandonar el sector de los músicos. Esto les permitió, además de crecer, el conocimiento y la práctica de vibrófonos, cordófonos y aerófonos de todo tipo. La suma de casas y de padres nuevos significó para ellos la asistencia ininterrumpida a un casi infinito conservatorio. Cuando se adjudicó a los músicos la tenencia del piano hasta

el regreso del cantor, los jóvenes virtuosos ofrecieron para guardarlo la deshabitada ~~casa~~ de sus padres desconocidos. Calculando con precisión la llegada del ^{Diary} ~~instrumento~~, las gemelas pasaron ^{con ella} (la noche anterior en esa casa ~~inhospita~~). Pero claro, con ese instrumento, ~~la casa~~ (parecía ahora) habitada. En cuanto se familiarizaron con su presencia de caballo nocturno, decidieron quedarse allí una temporada, convirtiendo al piano en una especie de papá de tránsito.

Con la llegada del verano y los deshielos, el Negrito, como lo llamaron las gemelas y luego todo el pueblo, estaba perfectamente integrado a Minas Altas, ocupando un pequeño espacio oscuro en la memoria de cada uno de los habitantes. En forma de palabra, recorría las conversaciones compartiendo simpatías; era convocado en los juegos infantiles; formaba parte de recuerdos y deseos; aparecía en sueños.

El cántaro blanco, tantos años solitario en esa galería, volvió a trasudar agua; inducido por el ambiente y los objetos que tenía a sus lados, ostentó nuevamente su antigua hermosura de barro cocido, por la que se entrecruzaban los contrastes y tensiones entre los brillos ariscos del piano y la opacidad embetunada del timbal. A la siesta, las gemelas colgaban el toldo hecho con la funda y la lona amarilla; entonces los reflejos del sol, filtrados en la amarillez, apenumbaban al cántaro, que en esa situación junto a sus acompañantes parecía un instrumento más.

Y era hermoso, decían las gemelas, despertarse cada mañana en el nuevo hogar y ver cómo un par de guías de madreselva, desprendidas de la columna, no teniendo donde enredarse curvaban su crecimiento apuntando hacia el entramado de cuerdas del arpa del Negrito.

3 casas
Un bien
auto

vivienda
/ α

α

Blancuras nupciales desplegadas

Desde

~~A través de~~ su ventana Uve vio pasar una sábana volando. El viento la llevaba hacia la falda del más áspero de los cerros, lleno de cactus calientes y serpientes frías. Aleteaba como volando por su cuenta y al entrar en los giros por donde la obligaba el viento mostraba y ocultaba en remolinos el embozo bordado con hilos de color, las iniciales de Eme Calderón entrelazadas con las de Emebé. Abandonada a las corrientes del aire, orientada hacia las rocas y el espinoso camino de las cabras, iba dejando de ser sábana, convirtiéndose en un trapo ceniciento, en una absurda agorería.

En el breve paso de la sábana por el marco visual de la ventana, la costurera vio diluirse en el aire los días dedicados a esa prenda, las delicadas labores de bordado de mandutí, el chirrido de la plancha sobre la tela humedecida, los dobleces encerrando esas blancuras nupciales desplegadas ahora en el aire estéril lleno de polvo ceniciento. Asomada a la ventana, vio allá abajo un brazo de la novia arrojando desde la suya las prendas del ajuar. Vamos, Effita, Emebé se ha vuelto loca, dijo la costurera.

La sábana cayó sobre unas ^{pedras} ~~breas~~ todavía accesibles. Cuando la estaban recogiendo vieron pasar muy alto la cosa azul que las novias deben llevar forzosamente el día de la boda para que haya suerte duradera, un triste trapo sin forma, un pájaro apedreado que descende era la cosa azul desapareciendo entre las cactáceas de arriba,

Effe recogía manteles bordados y pañuelos con encajes creyendo que habían tendido ~~a ainear~~ aquella ropa; pero al ver en la ventana el brazo de Emebé desprendiendo lo que su madre llamaba tul ilusión, el velo que el día de la boda protegería el cutis de la novia de las asperezas del aire, tuvo

var cosechul
10 tibe que no
veces

X

miedo y sollozó. No llores, hijita, dijo Uve, todo se arreglará y será la boda más espléndida; me la han hecho mal a la pobre Emebé; influencias de su padre, que anda con la tristeza de estar viejo; la maldita canción que han inventado diciendo que Eme nunca volverá porque tiene un nuevo amor; y el tiempo, que no pasa nunca. Yo comprendo que la quieras tanto y que llores por ella, pero no llores por favor. Pero Eñe lloraba por miedo a los desconocido; para ella lo que salía por la ventana no era ropa, era violencia.

El polisón salió despedido hacia arriba, y al desplegarse quedó convertido en un horrible espantapájaros. Raquítrico, esquelético con sus huesos de alambre, su tono azulino era pura lividez; era nostalgia, era recuerdo que se borra, era desilusión, era incertidumbre, era despojo, era un olvido; un papel pisoteado, una letra dibujada en el agua, una postal que nunca llega; una tristeza de lluvia en el atardecer, un valorio de angelito, un lamento que viene del mar; un vuelo de lechuza, un viento chirriando en las veletas, una flor aplastada dentro de un libro, un punto luminoso apagándose en el fondo de la noche. Fue a caer sobre unas piedras inaccesibles, donde quedó encajado, movido a ratos por el viento, a la espera del frío nocturno, del cambio de las estaciones, de las tristes lluvias otoñales que alargan las esperas.

A Uve se le saltaron las lágrimas cuando vio salir expulsado el noviazgo de Emebé. Junto a mínimas prendas tejidas con punto sombra, entre bayetas y puntillas iban los primeros besos, entre mitones y respuntes las hermosas palabras, en fragilidades de organdí se deshivaban las promesas, mientras caía sin remedio un nunca te olvidaré de brocatel. Los tres golpecitos en la pared, los dulces días de las vísperas, la hora precisa de la primera cita, aquel rubor y la reconciliación de los enojos, se deshacían en el aire entre un desprendimiento de alforzas y corchetes. Y Eñe corría tras el viento recogiendo pafuelos junto a besos perdidos, manteletas de punto junto a caricias que no fueron.

Aterradas vieron salir el traje de bodas, y alcanzaron a oír el sollozo de Emebé ahogado por el golpe de la ventana al cerrarse. Iba a caer cuando el viento, recogéndolo en un remolino, lo elevó. Le desplegaba el ruedo, penetraba hasta el canesú, inflaba sus mangas abullonadas como si fuese la propia Emebé habitando su vestido. Deformado por una

multiplicación óptica de lágrimas, veían alzarse el vestido rozando nubes bajas y papalotes rojos, hasta que el remolino, enfurecido, le quitó sus formas, las mangas se perdieron en sus sisas, lo que fue canesú ya era un guifapo, basuras los encajes, hilachas las puntillas, desgarraduras los bordados, Convertido en un papel de basural, junto a los tres golpecitos en la pared se lo llevaba el viento.

Piano y enlazador tomados

Cuando De Ce y las gemelas abandonaron la casa, la madre selva tomó el piano. A las dos guías iniciales se sumaron otras, codiciosas, y recorriendo cuerda por cuerda el entramado, tejiendo con avaricia vegetal, convirtieron el arpa del instrumento en una especie de tapiz. Gracias al descuido de las hermanas, que lo dejaron abierto, la madre selva encontró el sitio más excitante para seguir creciendo. Tras saturar el arpa, las guías salieron por la ^{tope} boca del instrumento, se enredaron en la varilla que sostenía la cola, y después de envolverlo florecieron, convirtiendo al meteorófono en un tiesto de lujo. Con ^{la} las flores llegaron las abejas, y era tal la abundancia de polen que el tejido quedó cubierto de su polvo amarillo. Las abejas zumbaban dentro de la caja sonora ~~del instrumento~~, tentadas de convertirlo en una gran colmena. El zumbido, por multiplicaciones acústicas, parecía el quejido del piano, sofocado por esas sogas vivas que lo apretaban. El viento trajo semillas ^{volantes} volanderas, y no era difícil que en la próxima primavera el instrumento tuviese su propia madre selva o cualquier otra enredadera del azar; las cuerdas son un entramado tentador para las trepadoras. No era difícil que con el tiempo ~~las enredaderas~~ tomaran también el cántaro y el timbal, transformando la galería en una selva espesa, convirtiendo en realidad las leyendas urdidas por los maestros escolares, con los muleros que se abrían paso entre las lianas para rescatar del corazón de aquella selva el piano donde quedaría guardado para siempre el corazón de Minas Altas, es decir, la canción del gallo blanco.

Sucesos que nunca sucedieron gracias a De Ce, que un día fue a mirar la casa y descubrió lo que con el piano estaba haciendo aquella madreSelva cruel. Cómo se descuidaron así, les dijo a las gemelas; ahora habrá que optar entre el piano y la madreSelva. Ellas se miraron. Cada una creía que lo había cerrado la otra.

Los demás músicos fueron a ver el espectáculo. Hay que dejarlo como está, opinaron. No vamos a sacrificar una madreSelva viva por ese instrumento, ni cortarle uno solo de sus brazos. Ya se secará sola. Qué daño pueden hacerle unas flores inocentes. Consulten a Jotazeta, de todos modos; él es el dueño del piano.

Lo que sí podemos hacer, dijo un cencerrista, es evitarle más sufrimientos cortando la soga del toldo, si no los brazos de la otra madreSelva pronto estarán encima de él. Las guías que mentaba, correspondientes a la madreSelva de la tercera columna, habían alcanzado el techo y desdeñando un entramado de alambres a su alcance se acercaban a la soga apuntando hacia el piano, como mirándolo. Parecen plantas carnívoras, comentó.

El arpista mayor, en el camino hacia la casa de Jotazeta, tarareó un tema que titularon "MadreSelva tocando un meteorófono". Luego se puso tan de moda que la gente dejó de cantar las canciones de Tuy que hablaban del viaje de Eme Calderón y unos supuestos amoríos, permitiendo que Emebé se distrajera de los enojos provocados por la misteriosa Azul.

Mi padre no quiere recibirlos. Ni a ustedes ni a nadie, les dijo Emebé, y no quiere oír hablar del piano ni de nada. Está muy mal últimamente, y con él los demás enlazadores, que piensan como él. ¿No han visto que en todas las casas están cerradas puertas y ventanas? No quiere ver la luz del día. Se encierra a llorar en el autillo y además habla solo. Jotazeta, lo que parece, es que quiere morirse. Le he oído decir que ni él ni los demás enlazadores tendrán fuerzas para emigrar o resistir cuando acaben el camino y aparezcan por ahí los dueños de la cordillera; apenas, ha dicho, puedo soportar que existan, verlos aquí sería intolerable. Le he oído decir hasta el cansancio que Eme nunca volverá; hasta el cansancio, que lo mejor será seguir las huellas de ese puma que se le escapó. Y la creciente está al llegar, sollozó Emebé.

Las tristezas que normalmente se reparten en el transcurso de una vida les llegó a los enlazadores de una sola vez y colectivamente. Un pesimismo vergonzoso, comentaron los astrónomos que bajaron hasta el barrio de los músicos para apoyarlos moralmente en el rescate de los enlazadores deprimidos. Y mientras discutían si Jotazeta habían inducido a los demás a esa lamentable situación anímica o se trataba de una calamidad generalizada, la creciente llegó como queriendo arrastrar la cordillera.

En el sector de los enlazadores el silencio de vida espeluznaba. Puertas y ventanas cerradas, y solamente el ruido de las aguas revolviendo piedras y troncos, raíces retorcidas, animalitos aterrados. Pasó un baúl arrancado a Minas Altas, instrumentos de labranza, relicarios; pasó la gran puerta que daba acceso al Peñón de los astrónomos y uno de sus sismógrafos. Ningún enlazador se asomó a rescatar esas prendas, ni siquiera a mirarlas. Detrás de siete puertas se escondían, llorando.

Solo en su casa, vacía desde la suspensión de la costura, Jotazeta se paseaba por su tristeza. La veía deslizarse por la mesa, trepar por los bordes de las sillas donde no colgaban manteles ni sábanas bordadas, saturar con su tufo insoportable la habitación donde Emebé todas las noches hacía girar inútilmente los botones de la radio que le dejó Uve, buscando ruidos que la conectasen con las ciudades distantes transitadas por Eme.

Ay, hijita, dijo refugiándose tras una puerta. Aquí venimos a morir, pero lo olvidamos trenzando lazos o escudriñando las estrellas. Las gemelas hacen música, y sus padres desaparecieron. Ni siquiera sabemos quiénes los asesinaron, ni dónde. La gente olvida las matanzas, las viejas coleccionan pelos y ropa de muertos dentro de sus cofres. ¿Adónde iremos cuando terminen el camino y lleguen aquí a clavarnos sus cuchillos otra vez como en Lumbreras? ¿Cuántos moriremos? ¿Cuándo? Me engendraron unos padres desconocidos, como a tantos de los que hemos venido a morir en este paridero. Todo es absurdo y allá lejos hay una fiesta, ruidos horribles, carcajadas, borracheras; saben que están en un degolladero, pero cantan y bailan junto a los degollados. El mundo es de los fuertes. Los débiles soñamos o morimos, plañía Jotazeta.

Y qué pasó cuando salí a buscar mi pueblo. Los caminos ya no tenían nombre, las ciudades habían cambiado de sitio. Renegué de mis padres cuando renuncié a buscarlos y los cambié por unas fotografías que no les

corresponden, Llevo muchos años dando vuelta por el paridero del degolladero, Me comerán los cóndores, Volar en ellos, Desde sus alturas ver el sigilo de los pumas blancos, esos maravillosos sueños de la vida, Protegerlos, Dejaré unos lazos, un puente inacabado, una balsa que me regalaron los sueños porque fui incapaz de pensarla por mi cuenta, un cielo que intenté escudriñar y no pude comprender, se lloraba a sí mismo Jotazeta, poseído por unas fiebres astrológicas,

Paridero sanguinario, ^{deca entre deceler} (caviló), Moriremos sin que nos recoja una memoria, Nos prestaron vivir, Parir y degollar, después el olvido, Hemos construido este pueblo para vivir, pero lo único que hemos conseguido es cambiar unas piedras de lugar, Las ciudades del mundo son piedras que van cambiando de sitio para albergar ilusiones que luego desaparecen, Los que nos matan, apenas deshacen una trama, un poco de sangre, un momento de placer, Y qué solos estamos, sollozaba, qué soledad de todos en el mundo, qué solos los pumas y los cóndores, Miles de años viviendo y muriendo con ellos, en silencio, sin un solo gesto de entendimiento mutuo, Qué hacen los peces en el mar y las estrellas en el cielo, Y qué nosotros en el medio, Astrónomos, dónde está la congruencia, gritó el enlazador,

Los músicos, apostados a la orilla del río desde la casa del enlazador hasta la galería de las madreselvas, transmitieron, como los chasquis, las lamentaciones de Jotazeta al arpista mayor, que junto al cántaro consolaba a Emebé diciéndole que no pasaría nada malo, Minas Altas era el lugar menos indicado del mundo para un suicidio, Le recordó una crisis parecida, donde tampoco pasó nada, Son gente muy especial estos enlazadores, no saben estar tristes de a poco, Se entristecen de golpe una sola vez en la vida, y bueno, la fiebre es alta, Ritmos negativos que se neutralizan solos, Ahora mismo le daremos un remedio que lo obligará a reaccionar, Y curando a Jotazeta curaremos a los otros tontos, que lo siguen por solidaridad, Será fácil, Se trata solamente de enlazar a un enlazador, Y como no tenemos lazo ni sabríamos usarlo, lo haremos a nuestro modo,

Mientras los músicos apostados se dejaban convencer a medias por la emoción que pudieran contener las palabras del enlazador, los astrónomos las escuchaban arrugando la frente, midiendo sus alcances friamente, su sistema de relaciones, sus órbitas difusas, como si se tratara de un planeta enfermo,

El increíble lazo del arpista mayor

En murmullos, moviendo la cadena de músicos apostados como si fuesen una onda acuática, llegó la noticia de que Jotazeta había abandonado la casa y se dirigía pulcramente a la orilla de la correntada.

-Jotazeta, vamos a tirar al agua esa balsa que soñó -gritó el arpista a través de la bocina.

Mientras De Ce y otros músicos jóvenes arrastraban el artefacto hacia la orilla, el enlazador recibía doblemente el mensaje; por la vía clara y potente de la bocina, donde el tono resolutivo, llegando casi en el momento de ser enunciado, era casi el hecho mismo, y por el oleaje de los músicos en hilera, que llegó después como un eco.

A pesar de su experiencia de navegación, sin un piloto como I que lo guiara, el cascarón-timbal se inclinó para siempre en el borde pedregoso y fue a caer de boca en el tumulto del agua, las tres patas hacia arriba tiritando, sus betunes borrándose entre lodos y basuras.

Jotazeta vio acercarse su sueño boyante y recordó el día en que la aparición se demoró en el aire dándole tiempo a que la copiara; movió un poco los músculos más tercos de su cara y vio reflejarse en el agua la sonrisa más triste de este mundo. Los sueños no se enlazan, pensó contradiciendo una evidencia. El sueño se demoró todo lo que pudo frente al enlazador. Una corriente en círculo lo mantenía fluctuante al alcance de su lazo, dándole tiempo a que tomara otra vez la carbonilla. Se movía junto a un vórtice como pidiéndole por favor que lo rescatara. La sonrisa de Jotazeta tiritaba en el agua, cuya naturaleza era incapaz de arrastrarla mientras el enlazador permaneciese allá arriba. El cascarón pasó, sin alterarla sobre la sonrisa; se fue desvaneciendo en la corriente, como un trazo de carbonilla que se borra iba cayendo en la cascada.

El hecho, transmitido a contracorriente por los músicos, conmovió al arpista y llenó de crispaciones las manos de Emebé.

-Jotazeta -salió la voz del arpista por la bocina y recorrió la cadena de transmisores apostados-. Escuche bien, enlazador, ahora vamos a tirar su piano al agua.

Recibió límpido el mensaje traído por la bocina, que sacudió su corazón tomado. Esperó resignado la reiteración que venía recorriendo músicos, pero no llegaba, demorada por un encuentro de mensajes que perturbó a los chasquis. Hacia la dirección del suicida iban las palabras del arpista, y desde la otra punta venía lenta una noticia triste; dos mulas aguateras estaban pasando, todavía vivas, ante el indiferente enlazador. Con los ojos salidos, envueltas en raíces iban hacia la caída. El choque de mensajes irisó las cabezas de los músicos en hilera, como olas crispadas se movían. Y tuvieron que demorar el mensaje de la caída de las mulas para dejar que pasara el ultimátum del arpista, que confirmó a Jotazeta aquella cruel determinación; si usted no enlaza ese piano, la canción del gallo blanco morirá.

Goteando savia quedaron los troncos de las madreselvas cuando las gemelas los separaron del piano a golpe de cuchillo, mientras las ramas entramadas en el arpa se movían ondulantes sin saber que acababan de morir. Chorreando flores que los músicos pisoteaban y abejas zumbadoras que huían asustadas, el instrumento que había conocido el mar llegó al borde de la creciente, mientras el cántaro blanco, solo en medio de un velorio de madreselvas, empezaba a envejecer sin poder recordar que por reflejos entrecruzados alguna vez se pareció a un instrumento musical.

-Enlazadores -gritó el arpista con una estudiada indiferencia fríasima-, ahí va el ataúd para la canción del gallo blanco.

-Pobre piano, qué final más espantoso -dijeron los músicos enfilados al oír el chasquido del meteorófono en la corriente. Y al pasar hacia Jotazeta las palabras del arpista, las cargaron de más indiferencia y frialdad, de tal modo que lo que llegó, en vez de un mensaje, fue una provocación en forma de carcajada *cruel*.

Una carcajada que sacudió la morosidad enquistada de la tristeza del enlazador y la aceleró. Turbulenta era ahora su tristeza en movimiento, arrastrando confusiones de parideros y estrellas incongruentes. El movimiento de la tristeza acelerada rozaba sus paredes interiores, sus orillas, como queriendo arrancárselas, produciéndole un dolor humano de ay no puedo más, como si no pudiese contenerla. Mezclados con raíces arrancadas iban los antepasados perdidos, los cuchillos de los asesinos, la

fugacidad del puma blanco, la ausencia del cantor, la forma esquiva de su puente.

-Enlazadores -gritó Jotazeta, y su palabra abrió veinte o treinta puertas canceladas dando paso a los hombres que él había contagiado-, nos hacen responsables de una pérdida espantosa.

El piano se cerró al caer, y el río, penetrado por un objeto de naturaleza extraña, vaciló. Recorrió velozmente sus contornos buscando incorporarlo a su no poderse detener, pero el interior del piano resistía actuando como un objeto de demora. Con una certera actitud de su oleaje, inclinó el teclado a su favor, con centenares de fisuras por donde penetrarlo. Estas, sin embargo, taponadas por el polen, mantenían inviolada la oscura virginidad del ámbito interno, mientras el río vacilaba, distraído por los aromas ^{que despedían las maderas que atravesaban los barnices.} *de la madera que atravesaban los barnices.*

El ay no puedo más de Jotazeta tuvo que ampliar sus límites cuando la creciente de su tristeza, ensanchándose, le rozó las delicadas entrañas de su infancia; y la velocidad de su tristeza en trances de expulsión era ya como un viento en una casa que va quedando vacía.

Por fin el río logró meter tres chorros en el interior de la caja. Pero claro, no estaba vacía. Apagadores y martillos obligaron al primero a gastar una valiosa parte del tiempo del ^{+ tiempo fluvia,} río en sus sinuosidades laberínticas. El segundo recorrió las cuerdas, que parecían infinitas, lo demoraban tejiéndole distracciones y postergaciones. Al último le tocó la multiplicación de las interminables relaciones acústicas por la parte interna del contorno. Y ya creían llevárselo, pero les faltaba recorrer todavía el entramado de las madreselvas. Extendidos ^{10 s} recorridos, ^{de estos,} la invención acústica era para el río una línea cuya extensión lo sobrepasaba llegando más lejos que él, que ni siquiera alcanzaba el mar, se lo tragaban antes las Salinas. *do la ocella*

Los músicos ~~avilleros~~ veían pasar el instrumento en una tranquila navegación. Miren, decían, es él quien arrastra al río. Sin embargo, los últimos de la hilera lo vieron pasar acelerado, según la creciente iba tomando también las madreselvas, colocándolo en la dirección de Jotazeta y, un poco más allá, de la caída. Al mismo tiempo que la tristeza acelerada empezaba a terminarse y el deseo de vivir recorría al enlazador con un escalofrío que desplegó su lazo.

Lanzó dos círculos trenzados que se ajustaron, cruzados, en aquel vientre negro. En el segundo tiempo del lazo, el de la recogida, apareció libre de polen la blancura del teclado. Cuando los demás enlazadores arrojaron los suyos, apenas mantenía las patas en el agua. Chorreando, recuperaba la intimidad de su interior oscuro. Las cuerdas, libres de madre selvas, se escurrían como de un rocío.

Apenas lo podía ver, le tiré a un bulto negro, decía cada vez que alguien lo abrazaba diciéndole que era un maestro. Cuando el arpista mayor se acercó tendiéndole la mano, cambió de fórmula verbal: gracias por enlazarme, le dijo sin emocionarse.

Era de ver a los enlazadores tirar y recoger, amontonando en las orillas puertas y ventanas, baúles y sombreros, corderos y camisas, camas y cajas misteriosas, troncos y guanacos, dejando pasar serpientes y epidemias.

Hasta que las aguas, serenándose, cambiaron de color. Ahora eran enteramente un río cadencioso amarillo, con miles de cabezas de girasoles apretados rozando las orillas, tan densas que los pájaros podían posarse sin hundirse, mientras unas doscientas Céfiras aparecían en las orillas con redes de cazar mariposas y amontonaban girasoles a secar.

Cuando el río volvió a quedar oscuro y apenas era un arroyo allá abajo, a lo lejos se vio boyar un punto blanco. Las redes de las Céfiras no alcanzaban a recogerlo. Lo hizo un enlazador. El trapo apenas se desplegó. Cayó sobre una piedra, el agua se escurría rápidamente en gotas resbalosas. Lo entreabrieron con un palo, recomponiendo su forma. Es el vestido de Emebé, dijo la costurera.

6 LUMBRERAS

En la memoria de un reptil

El Sietemesino, según refiere la minuciosa metáfora de Fábulo, recorrió las sangres zoológicas procurando introducir en cada especie la noción de un filo de cuchillo. Se desencantaba descubriendo que allí no había inteligencia criminal, que esos seres miserables eran movidos por una mecánica que no alcanzaba a comprender, y se enfurecía viendo cómo sus diferentes congéneres, según avanzaba o descendía en las escalas de la vida, se apartaban de él aunque tuviesen su misma forma.

El destino del hombre era ser dueño de la muerte y a través de ella llegar a ser dios, esa forma infinita del poder. A esa idea del Sietemesino, que podía ser la de la humanidad en su conjunto, se oponía la naturaleza, precisamente en salvaguardia del destino del hombre, cuya finalidad, insistía Fábulo, era la alegría, lo único que podemos oponer al sentimiento de la muerte. En el tinglado del titiritero asistíamos a la contemplación de una lucha, no eterna, entre la irracionalidad del poder o el deseo de ser dios, bajo la forma de un reptil persiguiendo una canción, y la libertad y la alegría, simbolizadas por el canto, que era la respuesta de la precariedad del hombre ante la historia y a la vez el refugio de sus desgracias. Mientras el cantor hacía un viaje a Lumbreras en busca de una palabra o un sonido para nombrar el mundo, el Sietemesino se metía en el mundo, provocando un ruido en el silencio de lo viviente, con lo que impedía que se lo nombrase. También él iba en busca de un pasado. Con ese propósito se introdujo en el mar.

Allí repitió miles de veces la matanza de Lumbreras, sosteniendo con las de abajo la veracidad de las matanzas de arriba, prolongándolas en el

tiempo, justificándolas para siempre. El mundo era violencia y destrucción, y en el fondo de esta constante, como una belleza terrible, estaba la idea de ser dios, reservada a los más fuertes y violentos. El mar le pareció el lugar ideal para esos propósitos. Habiendo conseguido la condición del más sangriento de los tiburones, forzada hasta casi hacerla estallar más allá de sus alcances en busca de la belleza de la muerte, aspiraba a trasladarla intacta al interminable cuerpo de una ballena. Pero éstas, regresadas al agua tras una larga experiencia de la tierra, de la que sólo trajeron la leche materna introduciéndola como alimento, despreciaban a los tiburones. Para ellas, desde sus tranquilas lejanías cetáceas, eran como pequeños reyes glotones, y su ridícula ferocidad una forma asquerosa de comer. Es una lástima, se dijo el joven asesino acuático, la ignorancia del poder de la muerte las llevará al exterminio o al suicidio; habitadas por mí, serían inmortales.

Observando a las especies superadas, el soberbio tiburón capaz de rebasar sus propios alcances se complacía en la certidumbre de que en esa aburrida grey de pequeños sobrevivientes él había introducido la belleza de matar. Pero no lo entendían. Esas despreciables formas vivas, alimentos unas de las otras en una eternidad sin sentido, no tenían capacidad de comprender su hazaña maravillosa. En sus soledades de tiburón aislado por sus propios congéneres, a quienes llegó a aterrorizar, intuía sin embargo que ese enjambre interminable estaba en otra búsqueda. El mar, entonces, no era una afirmación de muertes que culminaran en la inmortalidad a la que él aspiraba, y se orientaba en cambio hacia la vida, frágil y temerosa. Tras millones de años y labores pacientes, las formas que los seres del mar lanzaron hacia instancias superiores de vida habían culminado en un ser terrestre tímido y cobarde que con su instinto criminal era el eslabón escapado de la infinita cadena, vuelto contra ellos y contra sí mismo. Concientes del fracaso, desde las algas hasta las poderosas ballenas buscaban una nueva forma destinada a completar el sentido de la vida, entregándose a una interminable cadena de sangres generosas.

Para evitar estos atisbos el Sietemesino-Tiburón se entregaba al goce solitario de su poder, una forma de melancolía ante la incomprensión del mundo al que por desgracia pertenecía. Y la melancolía rozaba los bordes peligrosos de la tristeza de vivir cuando veía pasar a lo lejos, radiantes

de chorros espumosos, las inaccesibles ballenas como grandes crispaciones del mar, ya claramente inhóspito para él, Entonces borraba esas fronteras negativas matando y devorando, más allá de la saciedad, a los tiburones más sanguinarios y feroces, con lo que, multiplicando sus instintos, llegó a ser él solo todos ^{ellos} los tiburones. Sólo un temor lo acompañaba en su isla privilegiada: el de que, dejándose arrastrar por la belleza de la muerte y su placer irresistible, pudiera devorarse a sí mismo. Conocía esa terrible tentación. Sus dientes, más de una vez, se habían vuelto hacia su cuerpo con apetito por su propia sangre.

Entristecido y solo, un día, fabuloso en los anales de su raza, convocó a los demás alrededor de la gran esfera de agua que era su isla despoblada de vida. Los depredadores del mar se acercaron cautelosos, apenas lo necesario para oír las razones del venerable tiburón que los contenía a todos ellos.

Tiburones del mar inmenso, exclamó; maravillosos aparatos de matar que sin embargo carecen de una noción precisa de la muerte, y con todo el poder que tienen forman parte sin embargo de la estúpida grey de los seres del mar nuestro. Es posible que mis días estén contados, por una debilidad que sufro, que en un momento dado ustedes me devoren y ocupando mi lugar me entreguen a la absurda mecánica de este mundo perdido.

Dominado por una tristeza letal que se le presentaba como término de su poderío, contempló su contorno y se concentró en sus contenidos. Mirándose hasta el fondo de su sangre, donde guardaba como deslumbrantes joyas rojas todas las muertes recogidas en su largo viaje, vio que su inmovible palacio de terror estaba a punto de derrumbarse. El mar parecía vacío. Las familias acuáticas, al oír su voz, habían huido hacia lo oscuro de las profundidades. Solamente los terroristas del mar, aunque aterrados, se mantenían en sus puestos para ver la puesta de sol del carnicero venerable.

Tiburones, gritó poseído por las muertes que contenía; mis designios son más altos; yo no me perderé en búsquedas inútiles; pertenezco a la gloria; voy a comerme a mí mismo.

Giró furioso buscando los extremos de su cuerpo; cuando pudo darse la primera dentellada, la enorme esfera acuática que abarcaba con sus giros se convirtió en un oscuro ovillo de sangre que él iba devorando sin dejar de

darse dentelladas, vacilando entre cortarse o engullir, los dos extremos de su placer terrible, buscando el centro deleitoso que le permitiera por fin comer su propia boca y cerrarse para siempre en su poder y en su placer, acabar su vida en sí mismo, heroicamente, antes de que sus congéneres, a la vista de su sangre, tragasen su formidable cabeza de tigre del océano. Pero los tiburones, sin poder soportar el espectáculo, habían desaparecido dejándolo a solas con su muerte.

Saciado su placer y viendo que no podría ir más allá aunque la imposibilidad de devorarse a sí mismo hasta el final desapareciese, se abandonó a una corriente tibia que lo llevó hasta la desembocadura de uno de esos ríos dulces que bajan de la tierra, donde descansó sintiendo que su estirpe de tiburón lo abandonaba, y también el mar ingrato.

Pueblo de un solo pájaro

Desde hacía horas, Intruso seguía la misma línea recta. Seguramente, pensó el cantor dando un tirón a la rienda derecha, no tiene idea de que también se pueden hacer curvas, cuando el propio camino las está pidiendo. El caballo torció la cabeza al costado pero no cambió de dirección, luego tironeó dejando otra vez flojas las riendas en las manos del jinete, como si fuesen un adorno y no un timón. Quizás sólo supiese doblar para un costado, como algunos caballos de Minas Altas, que solamente obedecían a una orientación y apenas servían para ir a visitar a los amigos que vivían del lado de la rienda conocida. Entonces tiró la de la izquierda, pero el caballo tampoco ahora respondió; anduvo un trecho con la cabeza torcida, sin dejar de mirar hacia adelante; ante la terquedad del hombre, sacudió la cabeza dejando otra vez las riendas flojas.

Lo que el cantor procuraba era saber si Intruso, que hasta ahora había viajado por su propia cuenta, le respondería en el caso de cruzarse con indicios que los orientaran hacia algún lugar habitado que los dos estaban necesitando; de ningún modo lo hacía para arruinarle el primer viaje perturbando su alegría caballuna con tirones caprichosos o indiscretos.

En lo alto de una loma Eme captó unas vibraciones que parecían gemidos. Venían de la derecha, al encuentro perpendicular con la línea que seguía el caballo. Lo siento, dijo dispuesto a dar un tirón fuerte, justo cuando Intruso, adelantándose a la señal de las riendas, tomó la dirección que traían esos sonidos, y al salir de la curva de noventa grados que dejó dibujada con huellas inició el primer trote de su viaje. Ahora, con el sol atrás, la sombra del músico caía unos metros por delante de él, la tenía siempre bailoteando ante sus ojos.

En el bajo había un pueblecito, escondido entre unos matorrales polvorientos, gemelo de otro del mismo nombre, como casi todos los de la zona, desdoblado del original cuando los ingleses trazaron sus líneas ferroviarias de inflexible rectitud hacia las plantaciones o las minas, y pasando lejos del ^{el} pueblo utilizaron su nombre para la estación, alrededor de la cual fue creciendo el hermano gemelo mientras el otro se despoblaba. Aquellos trenes, como ciertos caballos, no querían doblar y siguieron casi un siglo en línea recta marginando pueblos hasta que, acabadas las plantaciones y las minas, levantaron las vías. Los gemelos, a un par de jornadas de distancia, se visitaban mutuamente *(para no parecer tan despoblados y entretener sus soledades)* *(para no parecer tan poblados se amba pueblo)*

Los gemidos oídos no eran de voces humanas ni de otras formas animales conocidas. Entonces qué, pensaba el músico recorriendo las calles desiertas. Al menos que perteneciesen a ese pájaro que retrocedía según Intruso y él iban avanzando, soltando un canto diferente desde el techo de cada casa, copias de cantos de otras variedades, como si el animalito, a todas luces Único pájaro del lugar, fuese un montón de pájaros a la vez.

Además, parecía el Único habitante. Vacías las viviendas, aunque de algunas saliesen humos de fogones; casitas de cuatro horcones y techos de paja triste uniendo ondulantes paredes de arpillera con macetas pintadas sobre ellas, atestadas de flores conocidas o inventadas que, descoloridas por las lluvias, estaban pidiendo una nueva mano de pintura.

En el fondo de la calle apareció una muchacha vestida de azul. Intruso obedeció cuando le pidió con las riendas que se parara para apearse. Adónde está la gente, preguntó dejando que el caballo se fuese a buscar pastos. Se han ido todos al entierro de un muerto que anoche trajo la creciente, dijo la de azul; el cajón apareció ahí esta mañana, encajado en esas piedras; un

poquito más, y pasaba de largo; y como en el rumbo que llevaba ya no existen pueblos, casi seguro que llegaba al mar.

El viento y los pencales de allá arriba desfiguraron la música que compuse para el entierro de los muertos que traen las crecientes, convirtiéndola en esos gemidos que usted dice, explicó Tuy, el músico del lugar. De triste no tiene nada; se ocupa de las lluvias que están borrando el pueblo nuevo que se quedó sin trenes y sin gente. Poco a poco las crecientes van trayendo todo para acá. Han llegado muebles y animales, puertas de casas derrumbadas, y últimamente los muertos que no fueron enterrados bien hondo. Su cementerio va quedando a flor de tierra, y bueno, se lo lleva el agua. En mi música cuento, un poco en broma, cómo será de malo ese lugar fantasma inventado por los trenes que hasta los muertos regresan a su pueblo viejo. Como ve, no se trata de un gemido. Para nosotros es una alegría volver a tenerlos con nosotros. Escuche.

Desafinaba Tuy en el lamentable instrumento de su invención, una vasija de cerámica combinada con tubos, mientras Eme observaba a los veinte o más pobladores, concentrados en una sola casa para recibirlo. A la luz de las velas, sentados contra un fondo de arpillera pintada, parecían sus retratos, vestidos como para fiesta, de sombrero y bigote, con bufandas y abrigos cerrados hasta el último botón. Quietos y mudos, se volvían sus propios antepasados con amarillez de fotografías. Todos tenían dentro la palabra Lumberas. Pero ^{negativa} ~~dijeron~~ no con la cabeza cuando el cantor les preguntó por ella. Una ^{negativa} ~~se~~ de miedo, tan difícil de disimular. Estar vinculado a Lumberas por cualquier motivo, pese a su lejanía en el tiempo y a su ^{CASI segura} ~~desaparición sin necesidad de lluvias berráticas~~, era un peligro vivo. Escuchaban la música con que Tuy amenizaba la reunión, entrecerrando los ojos, que ocultaban el conocimiento negado, pero en algún parpadeo descuidado dejaban ver detrás el chispazo fugaz de alguna letra de Lumberas. A lo mejor, si usted pregunta más abajo; pero aquí nunca hemos oído esa palabra, decían esperando que amaneciese pronto y se fuese por fin el visitante perturbador.

Tuy acabó su muestra musical y en el silencio que siguió se oía a Intruso mascar unos pastos de sabor desconocido, esos encantos imprevistos de los viajes. Los chasquis músicos, dijo Tuy, no han querido recibirme esta pieza diciendo que es muy difícil de memorizar. Entonces Eme Calderón

se la limpió un poco entonándola sin desafinaciones. Y como pudo le mejoró la disposición del instrumento. En señal de despedida, ensilló su caballo como quien alza un brazo. Los retratos vivientes dormían en sus sillas, encerrando cada uno la palabra Lumbreras bajo varias capas de miedo concentrado.

El viento y los pencales, no hay otra explicación, dijo Tuy perfectamente montado y vestido para un largo viaje, su instrumento colgado a la espalda, adaptando el paso de su caballo a la desganaada marcha iniciada por Intruso. Al asomarse la de azul, los jinetes tocaron sus sombreros. Yo puedo ayudarle a encontrar las ruinas de ese pueblo; digo, si usted acepta que lo acompañe un trecho. De paso podré ir perfeccionándome, con su ayuda, en el conocimiento de la música. Me anda dando vueltas por la cabeza el tema de un muertito que usando su cajón como canoa desemboca en el mar. Va a ser una pieza buenisima.

Eme le recordó, ya en las afueras, que dejaba sin asistencia a un pueblo de un solo músico. No hago más falta aquí, dijo Tuy, la mayoría de esos viejos se están quedando sordos. Mire, nos viene siguiendo ese pájaro, dijo el cantor. El bicho los pasaba y en cada mata los esperaba con un canto diferente. Según el único músico del pueblo, era capaz de imitar hasta cuatrocientas voces. Tengo un título muy bueno para otra pieza, dijo: "Pueblo de un solo pájaro"; si le parece, la podemos hacer juntos. x

Acabadas las matas donde poder posarse, el ~~cuatrocientas~~^{231/300} voces se enancó en el caballo de Tuy. Iban al paso por unas soledades, dejando un pueblo sin pájaro y sin músico. Los viejos de las sillas entraban en sueños profundos. La de azul, asomada, veía amanecer.

Bandita de a caballo

A veces me da miedo, dijo Tuy, pensar que no tengo habilidad para la música. La última vez que intenté pasarle mi pieza a los chasquis, porque me encantaría que la gente de arriba la conociera, vi que se secreteaban entre ellos y aunque con disimulo se reían. Y no sé si es porque a veces pongo los dedos en los agujeritos que no corresponden, o porque es malo el instrumento, o todo se debe a la malicia de esa gente burlista.

Esse gente

~~Los chasquis~~, explicó Eme, sólo pueden llevar la música que es verdad, tienen el oído educado para eso. Cuando no es cierta, no les entra en la memoria o la olvidan por el camino. Ni siquiera los chasquis silbadores, que son los más hábiles, pueden llevar piezas no ciertas. La verdad de una música no aparece cuando uno se ha equivocado de camino o está forzando las cosas.

Mire, dijo Tuy señalando unos humos, son los primeros pueblos de los Llanos, dominio pleno de los odores, así que ni se le ocurra mencionar Lumbreras.

Siempre hay que pensar, ~~dijo Eme~~, que uno viene de la música, no que va hacia ella desde afuera. Así no forzamos nada, y hacerla es una especie de recuperación. ~~Uno busca los sonidos, pero acuérdesese que pertenecen al cuerpo; entonces ya no hay necesidad de irse tan lejos, la habilidad para tocar y sentir es uno mismo. Cualquier música es bailable. Cuando uno baila está tocando con su cuerpo. Hay que tocar como quien baila. Así los sonidos son hermosos y verdaderos, de la misma manera que el cuerpo es más hermoso cuando danza. Si uno sabe tener en cuenta todo eso, la habilidad para tocar, que está en nosotros, viene sola. Con ella creamos memoria. Después los dedos se van solos, impulsados desde adentro. Las cosas distantes o dispersas pueden palpase con la música, en relaciones de sonidos, y es como tocarlas con el cuerpo. Si no hubiera música, todo cambiaría de forma, por falta de referencias claras pasaría a ser silencio. Los pájaros cantan y las aguas suenan porque existe ese respaldo, que vuelve claros sus sonidos; esto vale también para la palabra, que es el canto del hombre, o su voz. El sonido es acción pura, reconstrucción inmediata de palabra de hombre o galope de caballo. Y más allá, creación de lo que todavía no existe o está muy oculto, como puede estarlo Lumbreras por ejemplo. Si usted lo tiene presente cuando toca, los dedos se van solos al lugar que corresponda, ya sea cuerda o agujerito. Ahora podríamos ensayar algo mientras llegamos, qué le parece si cambiamos un poco de música por comida.~~

Tuy descolgó el instrumento de su espalda y Eme cortó una hoja carnosa de un matorral al paso. La dobló relacionando nervaduras, soplando en su interior le arrancó un par de escalas. El si bemol no sale, pero usted lo

cursivo

tiene repetido, dijo; vamos a ver cómo navega esa canoa escapada del cementerio nuevo.

Tuy halló ^{un poco} algo enrarecido a su instrumento, ajustado por Eme en una afinación correcta, pero veía maravillado que los dedos se iban solos a los agujeros que correspondían, ^{impulsados por sus dedos de baile} apoyados por el contracanto que venía de la hoja. Pero qué pena, pensaba, qué verdadera pena no tener aquí un chasqui a mano; le faltarían orejas para escuchar su pieza y de un solo galope llevársela al siguiente en la punta de la montaña, ~~de chasqui en chasqui su pieza rebotando por los picos de la cordillera.~~

Eme aprovechó los solos de Tuy para observar al pájaro enancado, que viajaba atentísimo moviendo su cabecita para oír mejor. Aquella forma zoológica parecía un pretexto. Ni siquiera era un aparato de volar, esto se le daba por añadidura o era una acción más bien forzada. Volaba para comer, era su trabajo necesario. Su esencia, en cambio, pertenecía a un instrumento; las orientaciones de sus líneas eran puramente acústicas, y mientras una mínima parte del interior de su figura se ocupaba de las funciones necesarias para andar por la vida, el resto estaba entrecruzado por un tembladeral de cuerdas vocales que encerraban sus cuatrocientas voces conocidas, donde unas sonaban por sí mismas y otras por simpatía, como en algunos instrumentos de los maestros de Minas Altas, para que no se cansara tanto su garganta. Esta visión era posible gracias al fraseo impecable de su discípulo, que con una mirada lo invitó a incorporarse nuevamente al espacio de la música.

Se preparó y lanzó el sonido de su hoja en una parte del compás que Tuy jamás hubiera imaginado, lo encabalgó limpiamente y ahora la pieza era una fiesta. Colina abajo, trompeteando sobre los caballos acompasados; ante la vista de las primeras casas de ese pueblo de fronteras; los niños que se acercaban a ver esa bandita con percusión de patas de caballos y un pájaro enancado, miren qué quinteto más hermoso.

Y era tan amplio y compacto su sonido, que seguramente las cuatrocientas voces del pájaro, intocadas, estaban sonando por simpatía.

Didor herido mortalmente

Una nube de niños hermosos y descalzos acompañó al quinteto por las calles polvorientas hasta el centro de la plaza, rodeada por tres filas de casitas de adobe y una cuarta enteramente ocupada por una fortaleza de piedra, de dos plantas, ~~donde vivía el Didor~~ El pueblo, rebautizado con la ~~extenuante~~ ^{nocturna} ~~larguísima~~ palabra Civilización, estampado en un monolito junto a un mástil, estaba casi vacío por ser día de tren en una localidad próxima, ~~la~~ ^{Aluch} mayoría de la gente se había marchado a vender sus sandías o a mirar el tren, que unas veces paraba y otras no, una vez por semana. Qué alegría cuando la gente regresaba con las manos vacías y los bolsillos llenos de monedas ruidosas, qué tristeza cuando volvían cansados y cargados, las sandías reventadas por el sol.

El placero los invitó a interrumpir la música y esperar la llegada del Didor, ya asomado a una ventana de la planta alta ^(de la fortaleza) (al lado de un escudo, Y qué atuendos y qué cara, qué ondulaciones pétreas en sus mejillas anfractuosas, qué escudo con adornos era él mismo acercándose ahora con paso redoblado envuelto en su uniforme tan vistoso, qué cejas y qué ojos, qué nariz y obsérvese el tamaño de la frente, qué desdén en los labios entreabiertos, qué tremebundas las orejas de sinuosos canales, enceradas para facilitar el rápido paso de músicas permitidas o prohibidas, orejas deformadas por excesos, alargadas y recortadas pero al mismo tiempo apantalladas e ^{según} hirsutas, celosas y ridículas, mezcla de burro y de murciélago ^{dijo} Tuy.

Soy el Didor, muéstrenme el repertorio, dijo moviendo apenas los durísimos labios, y brillaban al sol las profundas cavernas de sus orejas, las mejillas como de cuero crudo, la antena plegadiza de su gorro

iridiscente, Sólo sabemos dos piezas, dijo Tuy, que además no tienen letra todavía, Una trata de un muertito que arrastra la corriente, la otra de un pueblo con un solo pájaro, que es ése. Está bien, dijo el Oidor, pueden dar una vuelta alrededor de la plaza cantando o tocando, y pasar el sombrero; pero una parte de lo recaudado, ya sea en dinero o en especies, deberán entregármela para el futuro alumbrado público.

Los caballos, azuzados y con riendas cortas que los obligaban a mantener muy erguidas sus cabezas, iniciaron un trote de dos ritmos avanzando apenas, casi saltando sobre sí mismos. Tuy vinculó los fraseos zumbones de su instrumento al tiempo binario del caballo de Eme, éste desparramó los sonidos de su hoja en las patas ternarias del de Tuy. Las músicas se enlazaban en el aire, como los bailarines, mientras el cuatrocientos voces, prendido al anca, saltaba con el caballo abriendo las alas para no caerse, un verdadero danzarín. El quinteto, ~~con movimientos peristálticos~~ y seguido por la nube de niños que crecía, avanzaba como la creciente evocada por la pieza, provocando un abrirse de ventanas, un asomarse de mujeres que con grandes peines alisaban sus cabellos desplegándolos al sol y a la alegría de esa música, a la media mañana interrumpida por la fiesta, al airecito fresco que venía de las lomas, a la gente que acudía a la plaza siguiendo con el cuerpo los ritmos de los caballos percusionistas.

La polirritmia del ^{con junto} quinteto, tras el largo recorrido por las cavernas enceradas de las orejas del susodicho, produjeron, pese a la dureza de la piel, una contracción de cejas seguida de una preocupante arruga en lo bajo de su frente. Cuando conseguía captar un ritmo se le escapaba el otro. Sus orejas científicas, por falta de capacidad de goce, no podían ensamblarlos, y decidieron que esos saltimbanquis tocaban mal pero muy mal. La arruga de desaprobación se distendió y la piel volvió a su sitio sin ningún trabajo; era el gesto habitual del Oidor, a fuerza de uso reiterado actuaba como una articulación. La gente imbécil, pensó, se alegra con esa porquería. Y miró severamente al placero, que se mecía como los demás y en cuanto se sintió mirado quedó tieso.

Tres hombreritos barbados, que con entusiasmo subido tarareaban lo que estaban oyendo, tendieron una sábana junto a ^{un} monolito invitando a la gente a poner allí sus óbolos para evitarles a los músicos el pase de sombrero.

Chorrearon las monedas, cucharitas de plata, melones aromáticos y sandías caladas, quesos y dulces de la sierra y breves poemas escritos en hojas de cuaderno, ante la mirada fija y las papadas pétreas del Oidor y el abrumado lápiz del placero, que anotando las donaciones que caían sacaba chispas del papel. El Oidor verificó la exactitud de las anotaciones y apartó para sí y el alumbrado las monedas y objetos de plata, además de un queso de cabra cuya forma le gustó.

Acabada la ronda, los músicos recibieron sandías y poemas sin apearse, no estaban autorizados para hacerlo. El señor Oidor, dijo el placero, tendrá gusto en oírlos personalmente; luego podrán marcharse. Se secaron el sudor y afinaron. Sin percusión no será tan lindo, dijo Tuy, estos caballos no saben zapatear en su sitio. Entonces vamos a ejecutar, con su licencia, el hermoso tema titulado "Pueblo de un solo pájaro", ése que usted ve,

~~Y bueno, aquello fue una delicia.~~ No habían acabado de emboquillar cuando el Cuatrocientas se les adelantó con ánimo solista paseándose por cinco voces diferentes sobre un fondo rítmico de joropo lujurioso que aquella gente, ni siquiera el Oidor, había escuchado nunca jamás en la vida. El trompetero y el hojero se incorporaron haciéndole contracantos al tema pajarístico. Las mujeres abrieron nuevamente sus ventanas y volvieron a peinar sus cabellos renegridos; la nube de niños se arremolinó; los tres barbas saltaban entremezclando júbilos brasileños; la plaza con su monolito y las casas de adobe tiritaban de gozo, y el Oidor, vencidas las resistencias analíticas de los meandros cerosos de sus orejas, sintió un gran dolor en las mejillas y la boca, provocado por una sonrisa que procuraba abrirse paso entre un laberinto de veinte años de rigidez adusta hasta llegar por dentro al cascarón de cuero crudo de su cara. Desde otra parte de su cuerpo, desde el cerebro controlado, venía una corriente eléctrica de ira destinada a detener esa sonrisa que, hecha pública, vulneraría el honor de todos los oidores. Pero la corriente llegó tarde, resbalando en los músculos regresó al cerebro; la risa ya había cruzado la frontera y al ritmo de la música punzaba el cuero encallecido de la cara ante los ojos asustados del placero, que advirtiendo esa lucha interna temía el desahogo furioso del Oidor en cuanto se le pasara la risa a punto de estallar, no había en este mundo una sonrisa que pudiese alterar su ferocidad. En cuanto se le pasara haría azotar a los músicos, los

encerraría en sótanos ofídicos sobre los que se alzaba su mansión, le echaría a él la culpa de todo y lo azotaría personalmente como otras veces junto al monolito.

Como un tajo que le hiciesen desde adentro, la risa le entreabrió al mismo tiempo la boca y las mejillas, le arrugó la frente en sentido contrario a sus ondulaciones, le forzó los ojos y la nariz ecuánime, sacudió los complicados aparatos de sus orejas censoras volviéndolas inútiles, le anuló los conductos cerebrales con un derroche de placer. Con las mejillas resquebrajadas y la boca partida reía como sangrando, mientras las enfermeras corrían a preparar unas cataplasmas que contuvieran la hemorragia y cicatrizaran las heridas producidas por la música que venía de esos instrumentos diabólicos y del pájaro infernal. Y tan tranquilos que tocaban, cerrando los ojos como si no pasara nada. Mientras tanto la risa se le desparramaba por el cuerpo produciendo movimientos ridículos en vientre y uniforme, golpeteo de medallas, tontas oscilaciones en la antena torcida de su gorro.

No pudiendo soportar más aquéllo a pesar de su capacidad acústica, el Didor hizo tres señas espasmódicas; una para que acabaran de tocar, otra para que el placero les entregara el queso de cabra en pago del placer recibido, y la última, generosa, para que se alejaran del lugar antes de que él acabara de reír y se recompusiera. El placero echó el queso en el atado donde estaban las sandías, dio unos latigazos a los caballos y recomendó a los músicos no dejar de tocar hasta que traspusieran la loma, temeroso de que la interrupción de la música diese paso violento a la ira cerebral del Didor. Pero mal podían dejar de tocar en medio del fraseo pendiente de resolución. Y salieron sin poder saludar, colina arriba iban trompeteando.

Qué pena grande que las enfermeras acudieran tan rápido a ponerle cataplasmas taponando con trapos las heridas abiertas que hubieran permitido ver al Didor tal como era, sin esas deformaciones de disfraz o de función que lo desfiguraban, un hombrecito de esos cielos y esos campos, casi un músico en potencia. Y qué pena que su índole o la ilusión de poder en que vivía le impidiesen aprovechar la oportunidad y escaparse por la herida para volver a ser libre, lejos de arrugas y medallas.

Los músicos iban por lo alto de la loma, Cabezas de hombres y animales, desde la plaza, vueltas hacia ellos como pidiéndoles que no se fueran, toquen la última pieza por favor, Y la nube de niños fijando en sus memorias vírgenes un futuro recuerdo o sueño de hombres libres llevando música por esas lejanías. Fue el año en que llegaron esos músicos de a caballo, dirían en su ancianidad apresurada por la esclavitud y la tristeza; por esa loma junto a esas piedras blancas desaparecieron al trote alegre de sus caballitos músicos, dirían doblando los espinazos cansados sobre tristísimos bastones; un caballo era negro con pintitas blancas y el otro no me acuerdo, por ahí mismo desaparecieron con su música y era un primor de ver y de escuchar, contarían los ancianos a otros niños del futuro; y uno de los caballos tropezó en esa piedra sacando una chispa que duró un segundo, todos la vimos desde aquí, de eso nos acordamos bien aunque entonces éramos muy pequeños, dirían alargando las palabras para retener un poco más aquella chispa perdida en el invierno interminable de los odores. Qué pena el Oidor bajo las cataplasmas, pena las cicatrices que le quedarían de aquel tajo de risa, dulcemente en su cara espantosa para siempre; y qué pena sobre todo no haberse escapado por la grieta, con lo que hubiera conseguido su propia libertad tan temida y los demás se habrían liberado de un verdugo.

Trasponiendo la loma, en el último momento de su visibilidad con respecto a la plaza del pueblo, Intruso tropezó contra una piedra blanca arrancándole unas chispas que los niños vieron como un fuego artificial gritando miren, miren qué hermoso; y cuando acabaron de decirlo el quinteto y sus fuegos de artificio ya habían desaparecido tras la loma, y la herida en la cara del Oidor empezaba su lento trabajo de convertirse en cicatriz.

En lo alto de la colina siguiente dejaron pastar a los caballos y partieron una sandía, con la que también el pájaro refrescó sus innúmeras gargantas. Iban por la mitad de la fruta cuando oyeron un galope. Los cinco músicos enderezaron sus cabezas hacia el ruido. Enseguida aparecieron tres sombreros, desdibujando el gorro de Oidor que había empezado a formarse en la mente de Tuy. Eran los tres barbitas, vestidos para un largo viaje por diferentes climas, en el costado de uno de ellos bamboleaba una guitarra.

Se disculparon diciendo que venían para acompañarlos un trecho, aunque sea largo y siempre que ustedes quieran, claro. De paso podríamos tomar de

ustedes unas lecciones de instrumentos. Provisiones traemos para rato y conocemos la zona mejor que el diapasón de una guitarra. El Didor no nos quiere y tenemos prohibida cualquier clase de música salvo esas horribles marchas patrias.

Eme y Tuy compartieron un mismo pensamiento; a partir de ese instante desaparecía el quinteto que acababan de formar, dando paso a una ~~banda~~ ^{banda} ~~formada~~ ^{bandita} montada, con aquella guitarra y los tubos acústicos que los nuevos músicos sacaron de sus alforjas.

No nos conviene seguir viaje ahora, dijo el barba entrecana enchufando las partes de su tubo; nos agarraría la noche por unas soledades altas, peladas y muy frías, infestadas de olores nocturnos. Mientras tanto podríamos tocar algo, aunque más no sea para agradecer el solo del cenzontle.

¿Así se llama el pájaro?, dice Tuy. Es un ave del norte que llega aquí por temporadas, dice el barba renegrida. Tiene nombre de instrumento, dice Eme Calderón. Tocar un cenzontle, dice el barba fina. Afinar un cenzontle, dice Tuy.

La fácil lágrima de Tuy

Tocaban distraídos, mortificados por no haberse puesto de acuerdo sobre el rumbo a seguir para encontrar Lumbreras, de cuya ubicación cada músico tenía una idea diferente. Cuando Tuy, que afirmaba haber estado allí una vez siendo niño, apuntaba al norte con su índice, dos de los tres barbitas fruncían la frente y señalaban el sur con sus pulgares. A esa distracción se sumaba ahora la que producía una mancha azul que aparecía y desaparecía entre colinas y hondonadas, que podía ser una ilusión óptica por reflejos de nubes, un trapo llevado por el viento, acaso un papalote que no alcanzaba a remontarse.

Así no se puede tocar, dijo Tuy justo en el momento en que la mancha, ordenados sus contornos por la proximidad, se convertía en la muchacha de azul sobre un caballo. Con víveres y objetos para un largo viaje, Azul desmontó diciendo que se había arrimado hasta allí para recuperar al único

pájaro del pueblo, Claro que si me dejan seguir con ustedes, yo algo de flauta sé, dijo mirando tímidamente a Tuy, No sabía que tuvieras una flauta, dijo éste, Siempre toqué en secreto, dijo Azul, vestida con ropa de hombre, el cabello largo escondido en un sombrero de arriero, Cuando vio a Tuy y a Eme pasearse nerviosos intercambiando miradas oblicuas al cruzarse, y cavilar a los demás acariciándose esas barbas dubitativas, habló con palabras preparadas de antemano, apuntando a cualquier parte con su flauta; sé dónde está Lumberas; queda por esos rumbos; se lo oí decir a los viejos, que después que ustedes salieron hablaban entre sueños.

Su primer intento para incorporarse al grupo no parecía válido, Esperó tranquila que le dijeran es muy difícil, demasiada responsabilidad, qué haríamos si te pasara algo, y peor siendo una huérfana; tenía respuestas y buenos argumentos para esas objeciones; pero no para esa pasearse nervioso en trechos cada vez más cortos ni mucho menos para esas barbas imprevistas y temibles, Era de lágrima fácil y ya el llorar le venía subiendo, juntando lágrimas se le acercaba sin dejarla pensar en lo que diría cuando Eme y Tuy se detuvieran y los otros quitaran las manos de sus barbas cavilantes para decirle que no entre todos, moviendo cabezas conmiserasivas, Tendría que decirles bueno, entonces les dejó las provisiones y la ropa, me vuelvo al pueblo sola, Y todo eso sin una sola lágrima, porque llorar lo estropearía todo, probaría la debilidad que esos hombres estaban calculando para decirle ya lo ves, no es culpa nuestra, para estos viajes se necesita mucha presencia de ánimo, cuando volvamos con la canción completa pasaremos por tu pueblo y te la cantaremos.

El no que esperaba Azul, ya con sus lágrimas amontonadas y queriendo salirseles, se iba nutriendo ahora de gestos, manos que se alzaban y bajaban bordeando situaciones de emergencia, palabras al oído, de las que percibía sólo su sentido negativo, Cuando vio que ya estaba decidido y sólo faltaba que se pusieran de acuerdo en la fórmula verbal atenuada que utilizarían para decírselo, recurrió a un extremo peligroso; se puso a tocar el fragmento conocido de la canción sin importarle que una brisa que venía del sur la llevara a los centros poblados o a los odores que nunca faltan por ahí acechando esa música prohibida.

Ahora el de lágrima fácil era Tuy, Sentía juntarse las partículas buscando hacerse gota, viendo cómo una cosa tan frágil como Azul se

convertía en objeto de la ira. Ahora no había más remedio que protegerla incorporándola a la tropilla de músicos. El cantor entrelazó su voz con la melodía de la flauta entonando los versos conocidos. Los barbas, que sabían de la existencia de la canción pero no la habían escuchado nunca, ni tampoco una voz como la de Eme, sintieron un frío doloroso recorriéndoles las médulas. El cenizante abandonó sus semillas de sandía para prestar oído a un registro que no figuraba entre sus cuatrocientas voces. Azul tocaba sintiendo que de aquel no que vio gestado no quedaban ni vestigios. Entonces dejó escapar su lagrimita fácil, que ahora tenía otro sentido. Como arrojándola por inútil la dejó salir mientras ella sonreía, y Tuy, al ver mezcladas dos cosas tan opuestas, y acordándose de la fragilidad de Azul convertida en objeto de la violencia, dejó escapar la suya, enorme y caliente, que de paso lo aliviaba de las tensiones de la canción del gallo blanco y de la voz de Eme Calderón

Y no imagina usted qué gusto daba ver esa tropilla tocando y traspasando lomas, cambiando de rumbo o de intuición y embistiendo hacia cualquier punto de la rosa de los vientos, en busca de una canción que ya ellos mismos eran sin saberlo; aquella mancha azul a la que a veces, por traquetazos de camino o torpeza de caballo, se le resbalaba el sombrero dejando escapar un contenido de cabellos apretados desfleándose en el viento,

El pájaro que bordeó el Sur

La tropa de Eme Calderón recorrió todos los puntos orientados al norte sin hallar indicios de Lumbreras. Los barbitas volvieron a señalar hacia atrás con sus pulgares, sin darse vuelta para mirar el sur que defendían sin vacilaciones, y ya sus dedos dejaban de ser un parecer, convertidos en auténticas brújulas.

El peligro de tener con ellos la canción del gallo blanco en una envoltura tan frágil como la de Azul les impidió entrar en las poblaciones nortefías. Pasaban por las orillas sin aproximarse demasiado. La gente trepaba a las colinas para verlos deslizarse lentamente muy arriba, y si el viento era favorable podían escuchar lo que tocaban o cantaban. ~~Así era~~

Era como
un tren

X
→

~~más hermoso que ir a ver pasar el tren en el pueblo gemelo;~~ un tren de música, sin vías ni horarios, vagabundo. Sabían que aquella bandita estaba al acecho de algo fundamental para todos, y esto aliviaba sus tristezas de trabajo forzado o de prisión. Subían a verla, en busca de un recuerdo ^{grato} ~~grato~~ para la vejez. Nos moriremos de tristeza aquí, pero la hemos visto pasar y escuchamos su música.

Por las mirillas de los calabozos, los presos la ^{miraban} ~~veían pasar~~ como una nube alta y blanca manchada de azul, ^{h lo} ~~estiraban~~ los oídos en procura de alguna nota perdida. Y a la hora del recreo contaban el hecho a los ^{presos} ~~presos~~ que no habían podido verla, en palabras les pasaban lo sucedido agregando detalles ^{surgidos} de sus deseos solitarios. La bandita, una nube de pájaros, ^{dijo un preso} ~~dijo un preso~~. Y esa simple comparación les demostraba que la libertad era posible todavía.

En cuanto la tropilla quiso internarse por el Sur, el cenizonte abandonó las ancas del caballo ~~de sur~~ y volando bajo se fue quedando rezagado. Aquellos climas y esos rumbos no existían en su mente ni mantenían relaciones con ninguna de sus múltiples gargantas. Nadie advirtió la falta. Los siguió un trecho todavía, pero tomando altura. Bajaba al trote la bandita cuando alguno gritó miren, el cenizonte se ha quedado.

Era apenas un punto ~~gris~~ por encima de la colina, como suspendido en el aire. Allí quedó hasta que tanto él como los demás músicos dejaron de verse, borrados por el horizonte de una colina más alta. Son pájaros del norte, dijo un barba, nunca lo vimos en el sur. Es el único ^{músico} ~~comentó Eme~~, que cumplió lo que dijeron los demás; acompañarme un trecho solamente.

Y viera cómo iloriqueaba la de azul mientras el pájaro regresaba al norte; cortando vientos por encima de las lomas conocidas; llevando encerradas por esos aires limpios sus cuatrocientas voces diferentes.

Canción con agujero rojo

El regreso del pájaro permitió a Tuy ver claramente la forma de su proyecto de canción. La letra era lo ocurrido, casi no había que inventar. La música venía sola, en forma de dúo. Arrimó su caballo al del cantor y le pasó una de las voces, aprovechando el ritmo de paso largo que llevaban los caballos. En cuanto oyeron los primeros compases, los demás se arremolinaron alrededor de los solistas, controlando a golpe de rienda corta el paso de sus caballos de modo que se acoplaran al de los otros con variantes rítmicas. Ahora, dijo Tuy cuando acabaron de cantar, los chasquis burlistas tendrán que ponerse de rodillas.

Unas colinas más arriba, el primer chasqui musical los escuchó. Es tan cierta esta música, dijo, que casi podría memorizar las dos voces juntas. Pero ahora cántenlas por separado, para que me sea más fácil meterlas en el caracol. Casi seguro que hoy mismo llegará hasta los últimos rincones, mañana a primera hora la podrán cantar en todas partes. Estas músicas alegres son sumamente codiciadas.

Esperó montado el final de la canción, listo para salir apenas acabase; ajustándose el sombrero mientras memorizaba, para que no se le volase con el viento artificial que crearía la velocidad. Estos chasquis especializados, tras oír el mensaje recibido, no pueden preguntar nada ni decir adiós, tienen toda la mente ocupada por la música. No se les mueve un solo pelo, no hacen gestos. Salen y galopan sin distraerse hasta la próxima posta, donde un compañero los espera listo para partir desde el momento en que oye sonar el caracol. Sin esperar que acabase la última nota, cuyo valor era deducible, como envuelto en un fuego escapó loma arriba. Con ganas de volar iba su caballo, atravesando nubes bajas sin soltar una sola de las notas.

La tropilla esperó mucho tiempo en silencio la llegada del sonido del caracol del chasqui anunciándole al otro su llegada. Gastaron casi toda la luz de la tarde y, cuando ya se marchaban, apenas con la claridad necesaria

para encontrar un sitio donde dormir, alcanzaron a oír un sonido lejano, de naturaleza discutible. Tiene que ser el caracol, dedujo un barba. Más parece un lamento, aseguró Tuy. ¿No será el cenizontle?, propuso Azul. Mañana mismo, dijo Eme, los músicos de Minas Altas la estarán tocando junto al río; después la curiosearán hasta meterle mano, la desarmarán de a poquito, de cada compás suelto sacarán otra canción.

Como no podían dormirse, excitados por el dúo, cabalgaron toda la noche y con las primeras luces alcanzaron la ruta de los chasquis, a ver si, aprovechando el descanso nocturno de esos mensajeros, podían adelantarse a la canción y verla pasar por esas alturas ya nevadas. Tuy quería saber si aquellos hombres, por inevitables efectos de trasvase, se la habían alterado, o, por afán de divertirse, agregado variaciones por su cuenta.

Por aquí no ha pasado nada desde ayer, dijo el chasqui; ni mensajes cantados ni pieza musical. Por la hora en que la despacharon, debió pasar por esta posta antes de la noche, o ahora mismo debería estar llegando. Prueben un poco más abajo, a lo mejor se encuentran con el que la trae.

En fila india por el sendero de lajas, los jinetes, silenciosos y entredormidos por vela y traquetec, llegando a cada curva esperaban divisar el filo de la canción de Tuy; protegida por un cuerpo vivo, que es el lugar donde existe la música, no en los instrumentos, de los que se sirve para salir o entrar de las formas vivientas que la contienen. Por ahí, gritó Azul señalando hacia el final de la recta. Las cabezas, en duermevela, vieron pasar un puma. No se asustaron los caballos, seguramente caminaban dormidos.

También dormía el chasqui de la posta siguiente, por aburrimiento o por altura. Dormido les ofreció una jarra de agua nacida en un deshielo lejano que por ahí pasaba casi tibia. Por esta ruta, dijo mojándose la cara, nunca se ha perdido nada en los últimos tiempos. Prueben un poco más abajo, a lo mejor viene viniendo. Perderse, no lo creo. Pero puede haber accidentes, las postas de allá abajo ya no son seguras. Accidentes que pueden provocar la pérdida de la memoria, de la misma manera que se desbarranca una mula. Si la pieza no ha llegado hasta ahora, es casi seguro que tendrán que regrabarla. Cuando un chasqui por cualquier motivo ha demorado un mensaje, y llega otro antes de que haya entregado el anterior,

se ve obligado a memorizar el nuevo y en el acto y para siempre olvida el otro. Por eso cuando hay muchos mensajes los remitentes dejan pasar un buen espacio entre uno y otro, calculando el tiempo de modo que no se atropellen los recados. Prueben un poco más abajo, pero no demasiado. Si ustedes son gente bajo la mira, sepan que por allá hay peligros, a esas postas llegan todavía las balas que los gendarmes tiran desde abajo.

Encontraron la pieza de Tuy después de mediodía, bajo un cielo de bóveda visible como una inmensa arboleda. Tendida sobre una pequeña planicie, sus dos voces en una. A la derecha de su pecho, un bolsillo profundo lleno de papeles en el chaleco rompevientos, gemelo del de I; a la izquierda, un agujero rojo; con los ojos aún abiertos, como mirando la arboleda. A sus pies, el caracol marino, con un agujero blanco, y en su interior un plomo de redondez achatada. Y más allá el caballo, que los miraba desde su aburrimiento.

Lo atravesaron boca abajo sobre el animal, cuidadosamente, como si se tratara de un instrumento, sin movimientos bruscos que pudiesen desafinarlo. Al quitarle el sombrero, bambolearon un poco las manos cuarteadas por el frío, tembló el cabello ralo entreabriéndose para dejar ver en partes la maravillosa cabeza yacente que contenía todavía, aunque enmudecida para siempre, las dos voces de la canción de Tuy; y acaso alguna variación que el chasqui mismo le habría agregado para hacer más llevadera la monotonía del camino.

Se lo llevaban por esas soledades. Viera qué tristeza esa tropilla.

Vuelo de gallo blanco

Desde el río dulce que remontó durante una primavera, el Sietemesino observaba las riberas donde los mamíferos se acercaban a beber. Segregando una baba que atraía a los insectos, aprendió a alimentarse de cuerpos ajenos al agua y descubrir, a medida que se acostumbraba al contacto con la atmósfera, las apetecidas formas de la vida terrestre. Podía percibir que antes había estado allí, que entraba ahora en otras formas de su pasado, pero no encontraba en su memoria el objeto necesario que lo conectase con el tiempo.

No desperdiciaba un solo instante de luz, acechando aquellos seres que lo atraían, sus armoniosos movimientos en aquel medio abstracto que era el aire donde se movían sin tener que vencer ninguna resistencia, según sucedía con las aguas, como si en vez de trasladarse danzaran simplemente. Fijó en su memoria el hermoso dibujo de una corzuela amamantando, aquel pájaro aturdido que fue a posarse en su cabeza a ras del agua, el sabor de su sangre, que incorporó a su naturaleza semiacuática una noción de vuelo que él guardaba entre sus arrugas escamosas. Si lograba ser ave, descubriría desde arriba esa forma olvidada que conectándolo con el tiempo lo reinstalara en su pasado terrestre.

Aquellos seres poseían otra maravilla: emitían unas señales que sonaban, de la misma manera que las olas al romper contra las rocas. Se trasladaban por el vacío de mar que hacía posible esa danza permanente de los cuerpos, y era posible percibir las antes que a las formas de donde procedían; escapadas de los cuerpos, tenían vida propia y además eran hermosas. La tierra era claramente un lugar para esas voces, a cada una le correspondía una forma viviente y a la vez cada forma era una voz. Estaban también esas construcciones verdes, que sin tener voz ni movimiento eran cambiantes; se cubrían como de algas que luego desechaban para volver a tenerlas bajo un contorno diferente. Muy arriba existían también formas cambiantes, como grandes pájaros blancos en permanente transformación, que a veces se deshacían en un agua pulverizada. Y aquella inmensa bola luminosa de velos precisos en lo alto de lo alto. Cuando no había luz y cesaban las voces, recogidas en lo viviente, la parte más alta del espacio se convertía en un mar profundo repleto de peces luminosos.

Por fin abandonó las aguas y arrastrándose por una tierra dorada por el sol y rezumando lluvias recién caídas contempló, desde el propio espectáculo, el espectáculo asombroso. Desde el paso de los astros hasta el fondo de los mares, hermanando peces y cometas, la vida desplegaba sus sentidos como recién empezada. Las vicuñas de dibujo tan tímido, los pumas entre sigilos, los cóndores lejanos, entregaban sus formas al aire que habitaban. Millares y millares de seres intercambiaban sus sangres generosamente manteniendo sus formas por si la del hombre fracasaba o desaparecía.

La súbita noción de hombre, dijo Fábulo, le reveló al engendro la existencia del objeto que conectándolo con su tiempo lo devolvería a su realidad. El reptil, camino de volar, ascendía por la cordillera hacia el peñón de los astrónomos, remontaba su pasado hallando en su memoria una madrugada con ruido de agua en las acequias, las casitas de adobe de un pueblo muy pequeño y un filo de cuchillo.

Al llegar a Minas Altas, sus atributos mentales de hombre eran completos. La posesión de un pensamiento le permitió considerar a su reptilidad una enfermedad o pesadilla, algo como una extraña mutilación. Desde lo alto de una roca, dejándose nutrir de sol, dirigía su mirada a la extensión sintiéndola su nueva patria. Aquellas casas de piedra rodeadas de árboles frutales; el humo de las chimeneas; la ropa tendida que se movía al viento; los dorados girasoles. Sentía que por fin acababa su peregrinación

Soy un hombre, se dijo mirando sus patas escamosas; me llamaban Sietemesino por el raquitismo de mi cuerpo. De tanto matar, me perdí en la muerte misma. Y recorrí todas las formas vivas repartiéndola, creyendo que al final sería un dios. Los animales que recorrí me rechazaron porque temen morir. Yo quise ser como la muerte. Ahora estoy viejo y triste. Si dentro de esta piel soy el pensamiento de mí mismo que escapó para habitar otras formas, allá en la ciudad a la que pertenecía o pertenezco debo estar muy viejo, apoyado en un bastón escupo bajo el sol pensando que soy este reptil tan torpe que antes desencadenó el espanto en el océano.

Quiero volar, gritó el reptil, aunque su voz no saliese; volver a la ciudad y ser tan fuerte como antes. El miedo a morir es ansia de vivir y recorre el universo desde el fondo de los mares hasta la vida que seguramente hay en las estrellas. Matar con mente fría y corazón ardiente ha sido cosa mía, un producto de mi pensamiento. No existe en la naturaleza, esa cosa tierna y tímida de alcances infinitos donde todo vive y muere sin saberlo, movida por un placer también infinito que no es el de matar. Quiero volver a mi ciudad y ser un hombre como todos, tenerle miedo a la muerte. Si estoy soñando que soy este reptil y que antes fui tiburón y antes insecto, quiero despertar en la vida apacible de los que viven y mueren.

Pero los sueños, dice Fábulo, no lo abandonaban todavía, porque éstos forman parte de la naturaleza, comparten el espacio del mundo junto a lo

(hok)
no lo
sentiré
bien.

que vive, y por ser naturaleza rechazaban los pensamientos o ilusiones de poder del Sietemesino, de la misma manera que los peces habían rechazado las formas marinas que usurpó para introducir en ellas sus horribles cálculos. Los sueños lo llevaron a rogarle a los pumas que le prestasen su sigilo, a implorarle a los cóndores que le traspasasen la aptitud de volar. Le había entrado la Tristeza final. Por mediación de unos halcones que se apiadaron de él consiguió de los cóndores, que reparten el vuelo, la condición más ínfima de ave, especie de gallinácea que entre saltos y vuelos le permitiría volver a despertar.

Como pudo -concluye la metáfora de Fábulo- voló sobre Minas Altas, recordó el sabor de la sangre del cantor cuando era niño, vio desde lo alto de la cordillera, durante una noche muy estrellada, a I y otros muleros atravesando entre los abismos un piano gigantesco, sobrevoló Lumbreras y recordó docientos degollados, el niño aquel cuyo gemido fue ahogado por el sonar de una cajita de música, llegó a su pueblo y por fin pudo contemplar su cuerpo abandonado que temblaba apoyándose en un bastón, poseído por sus remordimientos. Y penetró en él bajo la forma de un enorme gallo blanco.

Doc. COP-063 (conegido, listo para imprimir)
Acaro otro título

Extrañas ceremonias de la tribu

Al llegar al término de una sierra verde que separaba a la cordillera de los llanos, la bandita primitiva era ^{ya} una orquesta de casi treinta ~~músicos~~ ^{ejecutantes}. En los pueblos recorridos se habían incorporado arpistas y caracoleros, charangos y guitarras de cuatro cuerdas, una mujer que tocaba cencerros cromáticos y formaba un dúo con Azul, un ~~tinglado puramente~~ ^{percusivo} ~~acústico traído del Brasil~~, un violín de lujo, y dos músicos sin instrumento que utilizaban sus cuerpos como tales mediante palabras moduladas, silbidos y chistidos, mutuo golpeteo de ~~pechos~~ y manos y zapateo combinado.

Desde la cima del último arrabal de la cordillera contemplaban esas extensiones donde comenzaba la civilización, en las que Lumbreras, por alguno de los puntos de esos horizontes impalpables, estaba contenida en situación de olvido forzoso. Veían puntos negros, acaso montes, quizás poblaciones bajo la luz del sol que declinaba, ~~arrojando sus últimas líneas sobre la cordillera.~~

Ya en la llanura, el viento les trajo olor a carne asada mezclado a unos balidos de cabritos. Enseguida vieron subir un humo. ^o Aquello es ~~Santa Gema~~, dijo el barba guitarrista, ^o Santa Gema la Vieja, que existe más en la canción que le hicieron porque aquí está desapareciendo. Sin embargo, cuando pudieron verla a medida que salían de unos matorrales, había allí como mil personas, sentadas a unas largas filas de mesas plegadizas.

Aquí, les dijo una anciana, son mil quinientos ochenta y tres los muertos en el cementerio, y cuarenta y nueve personas las que vivimos en esas casitas que se ven ahí. Esa gente llegó esta mañana de la capital, clavaron unos postes, tendieron esos hilos, y dicen que en cuanto oscurezca del todo tendremos luz eléctrica, ^{con} (un milagrito ~~no~~ de Santa Gema. Llevan comidos más de doscientos cabritos y quedan por degollar cerca de treinta,

Los de aquellas mesas no han probado un bocado todavía, y es casi seguro que aunque les toque se quedarán con hambre, salvo que también maten a las cabras. Si lo hacen, Santa Gema no tendrá más remedio que ampararnos.

Los degolladores mataban cabritos casi sin mirarlos, arrojaban los cueros a una pila donde zumbaba el mosquero, y las reses abiertas a unas camas de hierro convertidas en parrillas, desde donde unas muchachas de trenza y flor en los cabellos llevaban los trozos a las mesas, mientras otras escanciaban el vino con largos cucharones y los comensales masticaban y hablaban mezclando el vocerío al gemir de los ~~cabritos~~ *animales sacrificados.*

Los músicos comieron las raciones que les dieron los asadores y empezaron a recorrer la fiesta, estaba claro que aquello era una boda. Como los masticantes, en las distracciones del comer, miraban todos hacia un mismo centro, Azul y la cencerrista ~~se~~ *se pusieron de puntillas* ^{o/70' con sus cubetas} tratando de divisar allí la cabeza coronada de la novia. Pero lo que había en su lugar era un gordito mofletudo rodeado de policías que no comían y un cura de gorro colorado.

Las casas de adobe de Santa Gema, la mayoría deshabitadas, se enfrentaban formando una calle polvorienta por donde transitaban unos burros del color del desierto, algunas gallinas sedientas y varias viudas encorvadas en sus vestidos negros llevando atados de leña sobre los hombros o baldes de latón con agua de pozo.

En la iglesia, de techos caídos, crecían hierbas junto a las alfombraas deshilachadas; en el altar con santos sin pelos ni narices ardían todavía las velas del solemne tedeum celebrado por la mañana. Los gatos que vivían en el templo habían vuelto a su sitio tras la ceremonia, ocupando los recovecos del altar, los nichos donde dormían junto a las imágenes, los pasillos por donde se paseaban con las colas levantadas, relamiéndose de gusto por las entrañas de cabrito que les habían tocado en el reparto. En las dos torrecitas de su fachada lacrimógena, había unos ~~altavoces~~ *altavoces* ocupando el lugar de las campanas, boca arriba en el suelo, caídas en el último terremoto. Detrás de la iglesia, un enjambre de coches y camiones junto a mulas y caballos atados a las ramas de árboles resecos.

Vengan a ver, dijo uno de los charangos, que los condujo entre los jarillares a un extenso terraplén desde el cual apenas se oían las voces del banquete. Miren eso por favor, dijo señalando una hilera de aviones

parejita como caballos de carrera, ocultos, apartados, como protegidos por cristales enormes, como armas o secretos, como culpas escondidas brillaban los aviones de hélices intrépidas, con todo el desierto para ellos. Los músicos caminaron bajo sus alas y tocaron sus hélices, el vientre de aluminio con escudos estampados; intuyendo el interior de los aparatos con los secretos del vuelo, como si se tratara de las cajas sonoras de unos instrumentos gigantescos los miraban.

Los cabritos habían dejado de gemir y bajo las parrillas las brasas se desmoronaban en cenizas. Más allá del horizonte se enterraba el sol tirando sus últimos flecos hacia arriba, por lo que Santa Gema empalidecía a ras de tierra y la cima de la sierra verdosa brillaba todavía.

Un cordón de policías rodeó a los comensales separándolos de la gente que venía de los pueblos vecinos a ver la ceremonia, seguida por los vendedores ambulantes que ofrecían globos y muñecas, caramelos y tortillas, estampas de Santa Gema, medallas y amuletos. Miren qué lindo, dijo Azul señalando un carrito de helados tirado por un burro legañoso.

El gordo de los mofletes y el cura de gorrito se pusieron de pie haciendo saltar aplausos hasta el otro lado de la valla de policías, donde los curiosos se borraban en la naciente oscuridad, y se dirigieron hacia un palco apenas visible en la penumbra, ocupado por unas largas mujeres con forma de violines, que en cuanto se movían despedían unos perfumes que trepando por sus cuerpos sinuosos tatuados con alhajas alcanzaban las alturas de sus sombreros atravesados con las plumas más buscadas de los cóndores.

Lejos, hacia el lado de los aviones, comenzó a hacer ruido el generador de corriente. En el palco ya oscuro, una tijera relumbró a la luz de una ^{linterna} ~~vela~~. El gordo o novio de la boda cortó una cinta mientras el del gorro salpicaba con agua un tablero con botones. El novio sin novia visible apretó el que le señalaron, cuyo clic apenas se oyó, ahogado por el oh de la multitud iluminada por doscientas lámparas eléctricas, al tiempo que relinchaban y se encabritaban los caballos, las gallinas parpadeaban sorprendidas en lo alto de las ramas secas, en trance de poner viendo que amanecía olvidaban que no estaban en sus nidos y los huevos se les caían, reventaban amarilleando el suelo. ^{ten} era tremendo el poder de ese botón.

Parece que la calle de Santa Gema siempre fue triste, por esa curva innecesaria que tenía siendo tan corta como era, esas casitas torcidas por el viento, pero bueno, era un suceso edilicio en ese campo abierto, su referencia visual, y toda la llanura circundante estaba a su servicio, conteniéndola como a un orgullo. Ahora, con las luces pálidas de esos cuatro farolitos, esos postes y los cables mal tendidos, esos conos de sombra y el silbido solitario del viento por los cables, era apenas el arrabal de una ciudad perdida, el rincón más oscuro del suburbio, su sitio melancólico, y sólo faltaba que empezara a caer una finísima llovizna para llorar de tristeza mortecina.

Tristísima también quedó la iglesia con un farol en cada torre, sus chorros cayendo sobre las campanas semienterradas, donde hacían su siesta los lagartos y de noche correteaban las hormigas girando inútilmente por los bordes. Y más triste todavía la lamparita que colgaron a la entrada, que en vez de alumbrar, lo único que conseguía era reflejar los ojos de los gatos que lanzaban sus chispas de verde fosforoso desde el fondo del altar oscuro y lo profundo de los nichos de los santos mutilados. Hasta esos rincones lejanos llegaba el poder del botón apretado por el novio, haciendo girar de paso, alrededor de los faroles de las torres, atropellándose y abrasándose, los millares de insectos de varias leguas a la redonda que atraídos por la luz llegaron esa noche a Santa Gema.

Pero el verdadero altar era aquel palco, acaparando luces y mujeres. Allí las lámparas se molestaban entre ellas una junto a otra, juntando sus luces lo envolvían aislándolo del mundo. Al otro lado de las sogas que lo protegían de la gente, los fotógrafos alzaban sus cámaras para no perder detalles. Todo allí era importante bajo aquella luz: las mujeres enjoyadas, las cintas de color, el tablero con sus botones casi mágicos, el hisopo del cura, las papadas del novio, los bigotes del locutor que sostenía los papeles del discurso, los policías que ni siquiera pestefleaban, las cuatro patas del palco forradas de papel brillante, los bordes de las maderas donde se apoyaban las manos de las damas de chispeantes uñas, las espadas doradas, los revólveres negros, las medallas y las gorras, el pañuelo del gordito secándose el sudor, el casco de bronce del bombero, la mosca que curioseaba entre las lámparas, el tul casi invisible que envolviendo al palco lo aislaba de los bichos de la luz, los banderines y estandartes, el

clarín de las batallas, el micrófono plateado, los altavoces gemelos en cada costado del palco, los pensamientos altruistas que, por influencia del atuendo, nimbaban aquellas cabezas inmóviles reflejándose en las lentes de las cámaras. Y al tiempo que los fotógrafos las levantaban enfocando por encima de las cabezas, al otro lado de la valla de policías las madres alzaban a sus hijos para que vieran mejor ese palco luminoso que parecía navegar por el desierto, ese barco arbolado con las plumas de cóndores de los sombreros chisporroteantes de luces de aquellas mujeres armoniosas con forma de violín,

Con voz de varios hombres a la vez el locutor dijo hola hola, Un hola para los altavoces del palco, dijo Azul, otro para los de las torres de la iglesia, solitarios y sin oyentes en el fondo de la calle; un hola perdido que andaría solo toda la noche muriéndose de miedo entre tanta oscuridad hasta perderse en los barrancos que aparecen de pronto en el desierto. Pero esos holas, además de limpiar los cables conductores de la voz, fueron usados por el locutor para afinar su garganta y, una vez comprobada la perfección del sistema, entregar a esa gente la palabra rutilante, que era su preferida, dicha en delecto moroso y amoroso, empujando cada sílaba con la otra. En realidad lo que dijo fue "en esta noche rutilante", pero el en esta noche, dicho con pocas ganas si se quiere o como trampolín de la otra palabra, fue absorbido por lo rotundo del rutilante, que se demoraba y se hinchaba en el espacio. Crecía el rutilar alumbrado por sí mismo, era más fuerte que las luces de las lámparas, se elevaba sobre el palco seguido por miles de miradas. Luego giró sobre la multitud atónita, y al alejarse desprendió de su núcleo una cola refulgente, como un cometa sobrevoló la triste calle de Santa Gema convirtiendo sus cuatro faroles en velas miserables. Se perdió en la noche, pero quedó rutilando en la memoria,

Después de esa palabra, las del novio o lo que fuese parecían gárgaras, cloqueos; en cuanto querían rutilar se apagaban como chispas de carbón, fosforitos mojados que se descabezaban al rasparlos. La gente las oía sin escuchar. El gordito además las leía con trabajo, repitiendo sílabas equivocadas, y eran tan monótonas que apenas salían por los altavoces se caían al suelo, donde las pisoteaban. Por falta de dirección, las que salían del palco chocaban con las que venían de los altavoces de la iglesia, por poco no volvían a su boca. Para colmo, cuando se apagaban las

del palco llegaban las de la iglesia y de ese modo en vez de uno decía dos discursos.

"En este día glorioso", dijo intentando que su pobre "glorioso" rutilara. Los músicos, maravillados por los momentos que estaban pasando, se tapaban la boca conteniendo carcajadas. En el duplicado que venía de la iglesia, más claro que el original de los altavoces del palco, decía que había resuelto asumir su cargo de gobernador vitalicio de Santa Gema por ser pueblo de patricios. Y claro, esto fue casi el acabóse; "patricios" fue a estrellarse con el "vitalicio" que venía de los otros altavoces, se oyó un chisporroteo estrepitoso, un cortocircuito que estuvo a punto de hacer saltar los fusibles apagando las lámparas. Por encima de la multitud pasó el choque de palabras como un susto. Los caballos, aturdidos por el encuentro de dos ^{terminas} palabras con carga positiva, se alzaron en dos patas soltando unos relinchos de protesta.

Su binomio patricio-vitalicio fue lo único digno de aproximarse al esplendor de rutilante. Las demás palabras, a pesar de deslizarse por un cable eléctrico, parecían ir en una carretilla sobre pedregales, tan pesada que el novio sudaba al conducirla, diciendo que las campanas caídas volverían a sus torres, el techo de la iglesia a su lugar, y aquellos gatos libidinosos serían enviados a los circos para alimento de las fieras. Pero la gente olvidaba las palabras casi en el mismo momento de oírlas, liberando al gobernador de sus promesas. Habló también de unas defensas para los cementerios; los muertos no correrían más riesgos de traslado violento en tiempos de crecientes; se harían pintar cruces y tumbas, y en un futuro no lejano ningún viejo ni vieja de Santa Gema carecería de bastón, en honor de aquellos ilustres patricios, palabra que esta vez pasó sin ningún problema por los hilos.

Descartada la boda, Azul y la cencerrista miraban el palco buscando el cargo o el poder que el ex novio iba a asumir. Pero no aparecía por ninguna parte, como la novia. No lo busquen más, dijo Tuyo, el cargo es él mismo. Entonces desviaron la vista hacia cualquier parte; no habiendo cargo ni novia de blanco, aquéllo no tenía interés. Y no vieron cómo el gordito se encontraba con su propio poder apoyando una mano sobre un libro, sin que por esto se produjera ningún cortocircuito, jurando por Santa Gema. Al

separar su mano del objeto sagrado, el gordo quedó como doblado, era dos veces, él y su poder por altavoces diferentes,

Tras la ceremonia, la luz y los hilos por donde ésta circulaba pasaron a ser posesiones del gobernador. A partir de ese momento, nunca más en la vida el locutor podría lanzar por los altavoces, sin su permiso, la palabra "rutilante". La guardaría en la memoria silenciosa como recuerdo para la vejez; tiritando con su bastón les diría a sus nietos yo una vez en Santa Gema dije la palabra "rutilante" y todo el pueblo se estremeció de gusto. A partir del momento de la jura, todo lo que allí había, lo clavado y plantado, y también lo caído, pasó a manos del gobernador; incluyendo los burros vendedores de helados y los niños en gestación; desde ahora el aire era enteramente suyo, y en el aire todo estaba contenido.

En cuanto tomó ese poder que al igual que la novia nadie vio, el locutor y demás hombres se apartaron en busca de la distancia que era obligatorio mantener; pero el palco no alcanzaba, y las mujeres-violines empezaban a desmayarse, aplastadas contra las barandas. De ahora en adelante, nadie podría acercársele demasiado. Si alguien tenía que alcanzarle un vaso de agua, lo haría desde lejos; en la punta de un palo le arrimarían la ropa y la comida; ya no podría reírse ni alegrarse con la música o el vino; ahora, menos que un hombre, era una comunidad; y las comunidades nunca ríen; ahora tendría que matar y además decir que eso era justo.

En cuanto los del palco, seguidos por los comensales, se dirigieron hacia los aviones, se abrió la valla de policías permitiendo el acceso de los visitantes a las mesas con las sobras del banquete. Quedaban todavía muchos huesos con carne, algo de vino en las vasijas, las cabezas de los cabritos apenas habían sido tocadas. Cuando casi todos estuvieron dentro de los aviones, coches y camiones, se apagaron las luces. El generador calló, permitiendo un descanso más tranquilo a los gatos de la iglesia; las nubes de insectos de la luz volvieron al desierto, por las ventanas de las casitas temblaban otra vez las luces de las velas.

Los electricistas cargaron el generador en el avión que lo había traído. El último en subir fue el locutor. Da mucha pena, le dijo Tuy desde el caballo a la orilla de un ala, pensar que esta gente que hoy conoció la luz se quedará sin ella. Con voz modulada le respondía; y qué quiere que

hagan ellos con un generador; de dónde sacarían el combustible; les dejamos los postes y los hilos, así lo ha querido el gobernador; y usted no podrá negar que cada vez que los miren recordarán una noche rutilante.

Su rutilante, pese a la modulación, sin altavoces no alcanzaba siquiera a alumbrarse a sí mismo. Se le apagó en la boca, cayó al suelo, asustado se perdía en el tierral que levantaban los motores del avión.

Madre con pechos salpicados

-Se dice que Santa Rita, con sus cincuenta mil habitantes, es un orgullo del desierto. Durante treinta años he sido su fotógrafo, y puedo asegurarle que merece serlo. Una ciudad muy vieja, fundada por los españoles; si no progresó más fue por los terremotos, que la tumbaron varias veces. Hace mucho calor, en verano falta el agua, pero en los días críticos unos trenes la traen de la capital. Tenemos dos cines, un museo indígena, una iglesia antiquísima, una casa de juego, sala de primeros auxilios, prostíbulos y un pequeño zoológico.

-Yo preguntaba por Lumbreras -dijo Eme.

-Lumbreras ya no existe. La borraron cuando descubrieron que la mayoría de los que vivían allí eran gente alzada. Creo haberlos fotografiado a todos. ¿Ve esas dos cajas grandes? Son los negativos de Lumbreras, casas, calles y personas. Ahora dígame qué es lo que quiere.

-Busco a mis padres, de los que solamente conservo las iniciales. Ellos eran de allí. Y a un niño recién nacido.

-Veamos -dijo el viejo revolviendo en una de las cajas como si hurgase en su memoria; apagó las luces y proyectó en la ampliadora una fiesta infantil de cumpleaños. -Vea -añadió corriendo el negativo con imágenes de la misma fiesta-, tengo fiestas y casamientos, además de los retratos que vendíamos en mensualidades, pero no sabría decirle quién es quién. Cuando los habitantes desaparecieron, quemamos papeles y facturas; tenerlos era peligroso. Si usted pudiera darme algunos datos, a lo mejor se me refresca la memoria.

-Por favor, quiero una copia de esa toma -dijo Eme viendo en la ojo proyección un niño en una cuna.

-Está fuera de foco, En este mismo rollo -dijo haciéndolo avanzar- hay fotos más logradas, Entonces era una costumbre fotografiar a los recién nacidos en sus cunas, Mire qué hermoso es éste, y ése, y aquel otro, Elija el que prefiera y se lo copio,

Quedaban todavía varias tomas, pero el viejo deslizó velozmente el rollo, Como sombras en movimiento pasó el resto,

-Son todos niños en sus cunas -dijo retirando el rollo, Ahora dígame el nombre de sus padres

-No tengo datos, no sabría, Era un matrimonio con un niño de meses, en la casa había dos cajitas de música gemelas,

-No recuerdo haber visto ni oído cajitas de música en Lumbreras -dijo el fotógrafo tras una rápida atención a su memoria-, pero de matrimonios jóvenes y de sus bodas, tengo fotos de conjunto y también individuales, Vamos a ver,

-Una de las cajitas -contó Eme- la robaron el día de la matanza, De la otra no se sabe,

-Mire qué novia más hermosa -dijo el viejo tocando la imagen-, el detalle de los encajes del vestido, la sombra de los azahares en los pechos, Y éste es el novio, fíjese en la nitidez de los ojos, Esta otra novia también es muy hermosa, mire esa risa pícaro que tiene,

-Por favor -le dijo Eme-, vuelva el negativo a la novia anterior,

El viejo alzó la lente agrandando la proyección, Eme le vio crecer los ojos y que los cabellos chorreaban desparramándose hasta los bordes de la mesa, Aquella cara le comunicaba algo, de alguna manera se conectaba con lo que se decía de ~~ella~~ ^{lo p^o futuro} en la canción, El fotógrafo giró la ampliadora lanzando el chorro de luz horizontalmente, y proyectó sobre la pared a la posible madre, Eme contempló a la enorme mujer buscando objetos en sus alrededores, un cofre, una cajita de música, pero no aparecían, y si los hubo en su momento no entraron en el rectángulo preciso; toda la foto era su rostro, los pechos salpicados por las sombras del ramo de azahares, La fijeza de la imagen, el tiempo que pasaba y el deseo de encontrarla, rompieron su resistencia a la duda y lo desconocido, y se entregó al azar de hacerla suya, La sentía como la cicatriz de una herida olvidada, cuyo origen se desconoce pero está en el cuerpo, Cualquiera de esas madres yacentes en esos rollos negros podía ser la suya, de la misma manera que

Jotazeta era casi su padre, Para qué entonces seguir buscando más allá si esta novia, con un gesto tan dulce, le estaba ofreciendo ser su madre y le permitía al mismo tiempo un rápido hallazgo de su padre, apenas en el negativo de al lado, con esos ojos nítidos y dulces,

La novia madre, abarcando toda la pared, era como esos templos que los pobladores precolombinos dejaron en memoria de los dioses de la lluvia. La fachada, un gran rostro donde la puerta era la boca, que daba acceso a un cuarto vacío, al exilio de una raza, a un silencio de siglos. Ante la sombra tremenda de la mujer, sentía que su costumbre de cantar era el sentimiento de un origen, de una certeza que desconocía, del que su canto era una prolongación o muestra. Ahora que la certeza se le diluía en esos negativos sin memoria cierta, el origen sustentador se desprendía, le quedaba el canto solamente,

-Esos labios carnosos son muy parecidos a los suyos. Si se fija bien, usted tiene la misma boca -dijo el viejo corriendo el negativo para el lado del proto padre, y la inmensa novia desapareció. -Mire, los hijos siempre heredan rasgos de los dos. Y no me va a negar cuánto se parece usted a este novio, sobre todo en los ojos. El tenía más o menos la misma edad que la suya cuando lo retraté. Podemos buscar otros, si le parece, pero dudo que hallemos una coincidencia como ésta. Y dentro de las conjeturas, que es el único lugar donde podemos movernos dadas las circunstancias, estos novios tranquilamente pueden ser sus padres.

-Cópielos lo más grande que pueda, para colgarlos en la pared. Los recogeré a la vuelta. Ahora dígame para qué lado está Lumbreras.

-Si usted y sus amigos quieren saber algo de ese pueblo, tendrían que preguntárselo al Sietemesino. Aunque fue su destructor, él nació allí y es por lo tanto su único sobreviviente. No tengo fotos de él. Vive solo en ese palacio que habrán visto al entrar en Santa Rita. Es un viejo riquísimo, pero se lo ve muy triste. Aquí es ya casi una leyenda. Cuando sale con su escolta, da pena verlo caminar tan encorvado.

Apagó las luces, lo acompañó hasta la calle, donde esperaban los demás.

-Detrás de aquella sierra. A lo mejor todavía puedan ver el cementerio. Lo demás se ha ido desmoronando, o está tapado por los médanos.

CAP. 064 *Corregido, listo
para imprimir.*

Letra borrada por el viento

A la madrugada divisaron unos adobes caídos, cuyas formas se confundían con la del horizonte. Era Lumbreras. Dejaron los caballos en las afueras, temerosos de que sus cascos estropearan los indicios, apenas visibles, que todavía sobrevivían al paso de los vientos. Caminaban sintiendo que Lumbreras estaba bajo sus pies. Era una mezcla de tramos firmes y de huecos profundos formados por techos derrumbados y paredes a medio caer, que la arena no acababa de cubrir. Allí los memoriosos muflecos de Fábulo Vega desparramaron, a manera de mapa, los versos conocidos de la canción, elaborados y modificados durante veinte años, a ver si coincidían con lo real, de modo que lo escrito en la arena de arriba se correspondiese con lo que estaba debajo. Las estrofas, debidamente separadas en líneas, cada una acompañada por un músico, pronto cubrieron la extensión del pueblo subterráneo. Cavando donde se podía, o adivinando, cada casa o calle tuvo su músico testigo, que le daría por fin una forma definitiva en la canción, con lo que pasarían a vivir en la memoria de la gente aunque estuviesen desapareciendo bajo tierra.

Los barbas, reconstruyendo palmo a palmo el recorrido de la acequia, descubrieron una curva nunca mencionada en las versiones circulantes, y los restos de un duraznero, en flor durante la matanza, cuyo aroma sin duda percibió el padre de Eme mientras se aquietaba abandonando una mano a la corriente.

Los caracoleros hallaron el itinerario del Sietemesino entrando en Lumbreras antes del amanecer, y el punto exacto de su salida por el rumbo sur galopando entre el polvo mientras cantaba el gallo blanco.

Por las calles oblicuas que los arpistas recompusieron una a una, pudieron verse con detalles las idas y venidas del hombre cargado con ollas y sartenes colgando de aquel palo atravesado sobre sus hombros como alas, el tintineo de los cobres feroces entrechocándose como en una lucha de

cuchillos, mientras el arrastrarse del nominado T.C o L.A desde la galería de su casa hasta la acequia seguido por esos pollos hambrientos que picoteaban sus huellas, era minuciosamente revelado por la cencerrista que cabalgaba siempre junto a Azul.

Fueron también los arpistas quienes, con un golpe de intuición, siguieron las posibles huellas de la nominada T.C o L.A, primero desde la casa y después desde la acequia, hasta la tumba de tiro donde ocultó los cuerpos del marido y del niño. Esto no había sido bien registrado en la ~~can~~ ^{piezas musical} canción, por posibles olvidos de los chasquis a quienes la madre refirió lo sucedido sin saber que estaba dictando los primeros versos de la canción del gallo blanco. Y mientras todos buscaban hechos convertibles en palabras, Eme Calderón procuraba encontrar indicios de un tema ~~musical~~ que sabía único entre muchas posibilidades. A la melodía actual no sólo le faltaban notas; carecía también de un fundamento, de una verdad que valiera por sí misma.

Azul y Tuy hallaron un horcón saliente, al lado de una galería semienterrada en tierra y arena, por cuya pendiente se deslizaron. Me parece, dijo Tuy, que hemos encontrado la casa donde el Sietemesino degolló al niño; ese pasillo coincide con el de la letra, por esa puerta carcomida se asomó el gallo blanco, es como si lo viera.

Por las puertas entornadas de las piezas que daban a la galería se filtraba algo de la luz exterior que entraba por los huecos de los techos a flor de tierra. Una puerta se desgajó al ser empujada y dar contra las piedras y la tierra que en pendiente brusca unían el suelo con el hueco por donde entraba la luz. Un armario a medias enterrado, perforado por las orugas, mantenía algunos cajones abiertos, tal como quedaron el día del saqueo. Vieron un espejito carcomido, semillas sueltas, una pluma de almohada. Había un cajón duro de abrir, trabado por el tiempo. Apenas cedió cuando Tuy intentó abrirlo, provocando un deslizamiento de arena desde arriba que terminó de cubrir las patas del mueble. Metió la mano y tanteando hasta el fondo no encontró ni cajita de música ni cualquier otro objeto mencionado ~~por~~ ^{en} la canción.

Azul escarbaba buscando el último cajón de abajo, totalmente sepultado, y por cada puñado de tierra que sacaba entraba otro desde arriba haciendo avanzar más el montón de tierra hacia la puerta. Eso es muy

peligroso, dijo Tuy, podría desmoronarse todo. El cajoncito aparecía y desaparecía en la arena. Tuy la contuvo con la puerta desgajada. Azul descubrió y abrió el cajón. Adentro había una caja de lata, de la que sacó una carpeta con unas iniciales bordadas que se entrelazaban, seguramente un regalo de bodas. T.C y L.A, leyó Tuy. Las iniciales de los anillos, dijo.

Hemos encontrado la casa de Eme, gritó dirigiendo la voz hacia la galería; avísenle que estamos en su casa.

Pero nadie lo oyó. Los caracoleros husmeaban ahora la pista de las vifias por brotar que parecían haber estado en el costado norte de la acequia; los charangos buscaban las trazas de un maizal que la canción no mencionaba pero que según sus cálculos tuvo que existir; el violín de lujo escarbaba en el corral donde aquella mañana despertaron los cabritos; el dúo de músicos sin instrumento buscaba la senda por donde la madre abandonó finalmente el pueblo en dirección a Minas Altas llevando dentro de ella los jugos del hombre que se arrastró hasta la acequia sin sentir las cuchilladas; la cencerrista determinaba el sitio exacto desde el que el gallo finalmente cantó anunciando la mañana; un guitarrista encontraba el poste donde estuvo atado el perro que gemía, hagan callar a ese perro volvía a gritar el Sietemesino a través del tiempo, y nadie lo escuchaba en medio del saqueo; Eme y los arpistas retiraban las piedras que ocultaban la entrada a la tumba de tiro que en algunas versiones no mencionaba la canción.

En el dormitorio, Tuy y Azul vieron que la tierra cubría casi toda la cama, de la que apenas era visible una pata herrumbrada. En la pared opuesta, por caerse, sobresalía la punta metálica del mosquitero de la cuna. El techo había cedido, pero se apoyaba, inclinado, en la parte alta del montón de tierra, en cuyo final sobresalía la punta de un zapato retorcido, junto a restos de ropas interiores. No se animaron a quitarlas, si escarbaban podía ceder la tierra y acabar de derrumbarse el techo. El hallazgo demostraba que T.C (o L.A) salió desnudo y descalzo a la galería, y que L.A (o T.C) también estaba desnuda cuando vio entrar al Sietemesino en dirección a la cuna. Y modificaba los versos referidos al hombre arrastrándose hacia la acequia; ahora iba desnudo en busca del agua, ahora la mujer tuvo que llevarlo desnudo hasta la tumba donde seguramente lo dejó junto al cuerpo del niño.

Los arpitas ayudaron al cantor a meterse en el tiro o boquete de la tumba y se sentaron sobre las piedras a esperar, aprovechando el tiempo para sustituir por versos nuevos los que hablaban del saqueador que atravesaba el pueblo en diagonal. Enseguida llegaron Tuy y Azul con datos fundamentales para la versión definitiva, y poco a poco los demás músicos con sus cargas de durazneros florecidos, viñas en brotación, el ángulo visual del gallo con el buche abultado por la sangre ingerida, el corral donde acababan de despertarse los cabritos salpicados de rocío, el galope polvoriento de los asesinos al marcharse. Con lo que la canción, muchas veces deformada por las distancias, las censuras, los trasvases y las leyendas, encontraba por fin su forma definitiva en cuanto a las palabras, sólo faltaban esas notas que el cantor había bajado a buscar en el fondo de la tumba,

Eme vio tiritar en el centro de la bóveda enfoscada las partículas de polvo levantadas por sus pies al apoyarse, tiritar en el chorro de luz que entraba desde arriba dejando el interior de la tumba en una sombra rojiza como la del cuarto del fotógrafo cuando proyectó los negativos. Los objetos de barro cocido, suavizados por los años, desprendían una frescura que anuló de antemano toda posible crispación. El cuerpo y el ánimo se atemperaban con los objetos y él mismo se sentía pasado, vasija de barro o ídolo de lluvia, formas que parecían soledad pero no lo eran, ocupaban su lugar, la contenían en su orden y quietud, en un silencio mezclado a la belleza. Como si en vez de haber descendido a una tumba de tiro lo hubiese hecho a un tema musical donde él mismo era el sonido.

El hombre estaba tendido contra la pared, en la parte más rojiza y fresca de la penumbra, junto al hombrecito, más próximo al chorro de luz. Limpísimos los huesos, como si los hubieran frotado con esponjas marinas. La hermosura de los huesos de su padre, pensó Eme, se debía a que fueron interrumpidos en un momento de placer. Al lado estaba su ropa, limpia y doblada. El pantalón mantenía su forma a pesar del laberinto que había formado el cinturón de cuero al retorcerse. La camisa, ya sin color y deshilachada, tenía todos los botones menos el del cuello, que el cantor sacó de su bolsillo y lo devolvió a la prenda. Para darle una forma a esos despojos, pensó en los ojos nítidos del novio que el fotógrafo le propuso como padre. Y como corriendo el rollo de negativos en la ampliadora,

imaginó que el chorro de luz se desviaba contra la pared de la bóveda y proyectaba la imagen de la novia madre salpicada por azahares. El chorro de luz real, desviándose con el paso del sol, rozaba ya los cabellos del hombrecito como recién sacados de un cofre. Y todo esto, en vez de alterar la quietud mezclada a la belleza, estaba envuelto en una emoción sin crispaciones, en donde el cantor oía, viniendo de un país remoto, las voces conocidas de su tierra natal.

Atravesó el haz de luz para ver qué había en el extremo de la tumba, y escuchó el murmullo de los músicos de arriba recomponiendo la canción. Allí encontró un cofre semejante al que le entregó la anciana en Minas Altas, y dentro de él, envuelta en un paño de terciopelo, una caja exagonal que al ser abierta dejó salir la más humilde, la más vieja, la más olvidada melodía de las cajitas de música. Era un viejo tema popular, de esos que se olvidan junto con la infancia.

Por el haz de luz, abriéndose camino entre los corpúsculos iluminados, iban trepando las notas en dirección a los rostros de los músicos asomados al boquete, los ojos ávidos de los barbitas, la fácil lágrima de Tuy.

Uniendo lo que los músicos habían juntado arriba con lo que el cantor trajo de lo hondo, asistieron deslumbrados al armado de la canción. Ante la mirada ansiosa de los caballos que esperaban al pie de la sierra próxima, el día que acababa y el cansancio, no tuvieron ánimo para recoger los versos viejos que habían quedado desparramados por la arena. Los dejaron allí, para que los borrara el viento.

Y dice Fábulo que dicen que cuando la tropilla abandonaba Lumbreras con rumbo a Santa Rita, se levantó ese viento. Y que ayudado por él venía volando un gallo blanco.

Limitaciones de la memoria de Fábulo

En el camino de regreso a Santa Rita pulieron la versión final de la canción, de modo tal que no fue necesario contar al pie de la letra la historia de la matanza, porque cada palabra elegida la convocaba sin nombrarla, tal como sucede con la música. Y su poder de evocación ahora era mayor. Incluso propusieron cambiarle el nombre para evitar persecuciones; buscar algo folclórico, llamarla por ejemplo "Minas Altas es un girasol". La inclusión del nombre del pueblo parecía justa, por cuanto la canción y lo que contenía era a partir de ahora su pasado, toda una prehistoria si se quiere, destruyendo de paso la absurda teoría de Jotazeta, que pretendía hacer arrancar la historia en Minas Altas omitiendo a Lumbreras.

Al llegar a la ciudad, el cantor pidió no participar en un proyecto propuesto por Azul y los tres barbas. Los esperaba en la casa del fotógrafo, de paso vería copiar los retratos de los novios. Cuando se les separó Eme, Tuy miró la luna que se levantaba y dijo: es una noche perfecta para serenatas.

Eligieron una canción de cuna que utilizaban para dormirse entre ellos, y divididos en cuatro grupos abordaron los cuatro costados de las tapias que rodeaban las cuatro manzanas ocupadas por el palacio del Sietemesino. Los guardianes, al oír, creyeron que eran sus madres arrullándolos; y cayeron en un violento síndrome de infancia que los dejó dormidos sobre sus fusiles.

Permiso, es una serenata, ^{dijo} ~~gritó~~ Azul dulcemente desde uno de los jardines. Y oyendo, el viejo Siete se puso una bata muy bordada y bajó al salón de las medallas a ver si con un poco de música se olvidaba de sus horribles pesadillas.

Las altísimas paredes del salón estaban tachonadas de medallas y condecoraciones desde el suelo hasta el techo, y eran tantas que hubiera sido imposible, aún para él, encontrar la que correspondía a la hazaña de Lumbreras. En cada pared, una puerta de cristal comunicaba al salón con los jardines a través de escalinatas. Bueno, que pasen esos músicos, dijo amablemente el viejo asesino, de pie en el centro del salón, mirando hacia la puerta principal, que daba al este.

Por la del norte entraron arpas indias y caracoleros, obligando al Siete a girar hacia su izquierda, sorprendido. Tocaban un tema introductorio a la canción, destinado a entretener al dueño de casa mientras los demás músicos se preparaban afuera. Adivinando las intenciones de esa música recordatoria miró hacia los cuatro jardines en busca de sus guardianes, pero sólo vio músicos agazapados detrás de las estatuas griegas. Entonces la mano se le fue sola hacia el sitio del cuchillo, ~~el sitio~~ ^{en la jar} que no existía en el diseño de la bata.

Por la del sur entraron Tuy y el violín de lujo, desarrollando ya directamente el tema ^{Tomado de la capta de música,} tan rotundo y certero, que su defensa más fuerte, la de tiburón, se hizo trizas contra el primer compás. El anciano criminal sintió aflorar la tristeza última que venía conteniendo para poder vivir; y viendo que era ineludible, se entregó a una melancolía de contenido místico, que coincidía con sus deseos humanos de morirse de una vez.

La cencerrista, los charangos y un par de guitarras entraron por el este. Un agitadísimo acorde de cuatro cencerros envueltos en un tiritar brusco, apoyados por los otros instrumentos, dio en un costado del corazón del degollador destrozándole todos los olvidos y haciéndole brotar un árbol de remordimientos, mientras las arpas y los caracoles se introducían en sus células nerviosas agudizando una tristeza que ~~le llegó hasta el bulbo raquídeo, con lo que~~ ^{hizo} trastabilló el anciano depredador de mares y de hombres.

Los barbas, con sus tubos y guitarras, acompañados rítmicamente por los dos músicos sin instrumentos, fueron más suaves para el Sietemesino, introduciendo en la médula de sus huesos un principio de placer que él pudiera elegir como final de su existencia.

En eso estaba cuando vio entrar a Azul, que con su flauta hizo callar a los otros instrumentos. El viejo cayó en un sillón y oyó claramente la cajita de música que sonó aquella mañana entre su vientre y su camisa, junto al gemir de un perro exasperante. La cabeza de un niño, separada del cuerpo por un filo, se le cruzó en los ojos junto con un gemido. Hagan callar a ese perro, gritó; pero equivocándose de palabra; él quería decir que hicieran callar a ese niño; que nunca había gemido; ni entonces ni ahora; todo venía de la flauta.

Vio el rostro de la flautista casi contra el suyo, justo en el momento en que, por la propia música que tocaba, la fácil lágrima de Azul se desprendió mezclándose con su belleza. Esa belleza húmeda de Azul fue lo último que percibieron los sentidos del ilusionista de la muerte, revelada a último momento como una cordura final. Cuando él se iba para siempre, el mundo le mostraba su belleza oculta.

Dice Fábulo que arrimando los tiempos de estos sucesos, todas las metamorfosis del Sietemesino podrían haber sucedido mientras oía tocar a los músicos que lo mataron contándole su propia historia. Lo dice, pero al mismo tiempo duda.

En cuanto abandonaron el palacio, los guardianes despertaron y viendo lo sucedido corrieron a dar la noticia provocando un disturbio en las comunicaciones y unos funerales a los que asistieron oidores y sietemesinos de todos los rincones del planeta, mientras los músicos se reunían con Eme, miraban los retratos de sus padres fingidos o posibles y con un galope tendido abandonaban la ciudad sin mirar su zoológico ni sus prostíbulos, y en las afueras llegaban a un cruce de caminos.

Aquí vamos a separarnos en grupos, dijo Eme, para que la canción pueda llegar a todas partes.

Lo hicieron por afinidad de instrumentos. La despedida, difícilísima, encontró su forma adecuada cuando tocaron los últimos acordes que harían juntos. Se encontrarían alguna vez en Minas Altas, cuando estuviese asegurado el desparramo de la canción hacia los cuatro vientos.

Y no se sabe qué vientos tomaron Tuy, o Azul, o los barbitas, ni quién iba con quién. En la memoria de Fábulo sólo se conocía el viento que tomó Eme Calderón, por el rumbo que conducía a Minas Altas.

CAP. 07: Listo para IMPR.

TRES GOLPES DE TIMBAL

En "La Céfira" bajo
lo "Havis", ella
tiene un par de
tal como a punto
para reescribirlo

A lo mejor fuese que
ir antes esto, ~~en~~
~~revisión de "La Céfira"~~
bajo la "Havis" ~~por~~
aquí parece que concuerda
la continuidad

Giracéfiras

A mí también, dijo la Céfira asegurándose de que la traba de la puerta estaba puesta, claro que a mí también me gustaría que lo hiciéramos entre los girasoles; pero está un poco frío y además podrían vernos. Abriendo esa ventana los tendremos casi adentro, hay un macizo junto a los vidrios y además entrará el sol. Es una lástima, dije viendo su perfil atravesar la habitación, que los mejores girasoles estén sobre la pared del sur, donde no hay ventana. Ella giró privándome del placer de su costado más hermoso y abarcándome con el frente concentrado de su cuerpo recién aparecido me dijo, desde el centro penumbroso de la habitación me dijo bueno, entonces vamos a traer los girasoles adentro.

hedun

Esquivó los paraguas abiertos que usaba para contener las goteras del techo, amalgamando uno de sus perfiles con otras franjas o estaciones de su cuerpo que mi vista era incapaz de retener más allá de su movimiento, mezclándose toda ella en una blancura giratoria. El espacio entre los dos paraguas invertidos, de cuyos mangos colgaba nuestra ropa, volvió a quedar en sombras tras el rápido paso del ^{su} cuerpo. ~~de la Céfira.~~

Yo quería que lo hiciéramos entre los girasoles, es un capricho, dije desde el rincón donde me quedaba para escamotearle, por vergüenza inevitable, el crecimiento violento de mi cuerpo; y no vamos a sacrificarlos para eso, ni me voy a vestir para salir a cortarlos. Miren qué tonto, dije estirándose para alcanzar una repisa absurdamente alta, miren qué tonto si piensa que vamos a cortar los girasoles antes de que maduren, decía estirada creando máximas tensiones ^{de sus músculos} ~~(en su cuerpo, endurecido)~~ por la distancia entre el suelo y la repisa, mezclando en su artefacto

viviente la arquitectura del puente de Jotazeta y la desnudez desconocida de Emebé. Necesito tu ayuda, dijo enteramente desplegada, en su máxima extensión la estatura de la Céfira. Tu ayuda, terminó de decir alcanzando el estante.

Con una mano en alto apoyada en la repisa y la otra ofreciéndome un abanico de pequeños espejos, igualando tensiones entre el frente y los perfiles, su cuerpo, independientemente de los ojos, veía acercarse el mío por el espacio entre los dos paraguas, la torpeza de mis pies rozando sus extremos y haciendo girar los armatostes, mis manos en velámen tratando de ocultar la arboladura. A mí también, dijo entregándome los espejos, me gusta que lo hagamos entre los girasoles.

El abecedario, dijo mezclando los espejitos de latón sobre la cama. Cuando abrió la ventana del norte, el aire le llenó el cuerpo de puntitos fríos. La luz borró los espacios antes oscuros entre los paraguas, dio a cada color su nombre y reveló que los ojos de la mujer estaban tan desnudos como ella, que apenas era la Céfira, desbordada por su desnudez. A mí la luz me llevó las manos hacia abajo, rápidamente desviadas por la Céfira antes de que llegaran a su destino, entregándome una caja con clavos y un martillo. Un clavito aquí y otro allí, dijo señalando lugares precisos.

Colgó un espejo en cada hoja de la ventana. Un matorral de girasoles se instaló en el primero, y cuando hicimos girar la otra se reveló que también estaba en el segundo. Nada más fácil para nosotros, que habíamos hecho todo nuestro noviazgo con ese lenguaje, que trasladar de lugar los girasoles con espejos.

Ahora necesitamos otro clavito ahí, dijo señalando la para mí lejana pared que daba al sur, obligándome a recorrer esa distancia sin tener en cuenta mi situación, las manos ocupadas por la caja y el martillo, la boca llena de clavitos agrios, y el fruto, que empezaba a dolerme, dejándose llevar como un caballito atraído por Fábulo. Si tanto te gusta hacerlo entre los girasoles, entonces no te queda otro remedio que poner clavitos, se burlaba desde la ventana del norte.

Tardaba días en atravesar con mi carga esa equivalencia de cruce de la cordillera, seguido de cerca por los gestos falsamente malignos de la Céfira, aparte la mirada reposada de su cuerpo en espera femenina, donde los pezones eran ojos tranquilos esperando mi regreso. Poner un clavo en la

pared del sur era perderme en una serie de acciones postergativas que me alejaban del encuentro con el cuerpo con el que deseaba fusionarme, y me arrepentía, a cada golpe de martillo, de mi capricho de amarla entre los girasoles.

Cuando el clavo estuvo puesto, ella atravesó la distancia como si no la hubiera; y arrinconándome con su aproximación, colgó otro espejito, que por el sistema incaico de los chasquis recibió los girasoles que contenía el espejo anterior. Ahora, dijo, ya tenemos adentro unos girasoles como los que están al otro lado de la pared del sur. ¿Te gustan?

En la cosmogonía de Fábulo, esas plantas formaban parte del tinglado cósmico comportándose como relojes que generaban tiempo. Por lo que, con aquellos girasoles que entraron resbalando por los espejos, teníamos una parte de la mecánica entrevistada por el astrónomo titiritero, reflejada en la pared del sur. Viajando desde el matorral del norte hasta nuestra habitación, recorrían la estructura de una Z.

No seas impaciente, dijo abriendo una de las ventanas gemelas que daban al patio creo que del este, en ese momento se me perdieron los puntos cardinales, confundidos por el zigzaguar de los espejos. La luz que entraba por esa abertura, que daba al mayor macizo de girasoles, tornasoló a la Céfira, la amarilleó a contraluz, el cuerpo se le volvió sombra amarilla salvo los puntos acuosos de los ojos, capaces de permitir el acceso al interior misterioso de ella. Si algo había en mi memoria anterior tras el girasol original hasta donde llegaba la mirada oscura de Fábulo, era ese cuerpo. Y el espacio entre los paraguas, y los paraguas mismos, los techos de la casa y la pared del sur, todo se hizo mujer.

Apoyó un dedo en mi mentón y me puso en la boca otro pufado de clavitos. Según los clavaba y colgábamos espejos, los girasoles del ¿este? iban de pared a pared recorriendo el camino sinuoso de los ángulos, y pronto la del sur quedó inundada de ellos.

Los caminos abiertos por los espejos, entrecruzándose, iban formando un laberinto de chorros de luz con girasoles virtuales. No conseguíamos posarlos en la cama; caían a sus pies, en el suelo. Se cruzaban y confundían, rebotaban en las paredes y en el techo, y algunos, por defectuosa colocación de los espejos, recorrían el camino inverso y volvían a la flor original, como si estuviésemos tirando ^{los} girasoles por la ventana. x

La Céfira, desplazándose, atravesaba el laberinto de luces sin modificarlo, mientras su cuerpo, captado por los espejos e incorporado a los haces de luces y girasoles, se movía en una especie de danza nupcial. A todo esto, el movimiento astronómico de Minas Altas acompañando a la Tierra alrededor de su eje hacía lo suyo modificando los ángulos, de modo que los haces de girasoles se desplazaban en sentidos no previstos; los pocos que habíamos logrado reunir cerca de la cama se nos iban hacia la puerta. Hubo que poner más clavitos y espejitos, inclinar los ya clavados separándolos de la pared con bollos de papel.

La ubicación externa de los girasoles y el movimiento rotativo iban a contratiempo de nosotros. Cada flor que lográbamos posar sobre la cama tendía a correrse hacia los pies y caer al suelo. Entonces hubo que trasladarla hacia el centro del cuarto, adelantándonos a los espacios que ocuparía el movimiento estelar, con lo cual, calculábamos, tendríamos un par de horas de girasoles plenos, un tutti de flores amarillas en la cama, dos horas que eran el tiempo restante para que el sol se pusiera tras los cerros. Luego los espejos dejarían de reflejar girasoles y darían paso a las estrellas que integraban la mecánica del astrónomo ~~(titinitero)~~ ^{mulero}, momentáneamente robada por nosotros, con técnicas espejísticas, para convertirla en un adorno del placer.

Estoy harto de clavitos, dije escupiendo los que me quedaban; además se han acabado los espejos, ~~además me duele aquí~~. Ella, sin puntitos fríos en el cuerpo, había recobrado su temperatura. Abrimos la ventana donde los girasoles estaban casi pegados a los vidrios, con unos hilitos logramos asomarlos a la habitación, con cuidado de no desviarles la mirada porque se romperían. No había tanta diferencia entre ellos y los que teníamos en las paredes y en la cama, ya casi cubierta gracias a la maniobra de adelantarla al sol. Además, los de los espejos se movían como navegando, mientras los reales se quedaban quietos como en un florero, asomados a la ventana como pájaros tontos. Los nuestros se irían con la noche, y al otro día cuando despertáramos estarían puntuales esperándonos otra vez en los espejos.

Echó su cuerpo sobre la cama aplastando girasoles virtuales, se echó como un invento o pieza viviente destinada a retener, en su fusión conmigo, ~~aunque solo fuera durante un relámpago breve~~ ^{un momento de}, la mecánica celeste de los astrónomos muleros. Estos de los espejos, dijo, son más suaves que los

otros, no me dejarán marcas en el cuerpo, Los girasoles que aplastó al echarse estaban ahora sobre ella, tan orondos, la recorrían con la misma lentitud con que gira Minas Altas, el movimiento lento permitía una minuciosa percepción de ella poro a poro.

Tiré el martillo, que cayó sobre uno de los paraguas haciendo girar su negritud y con ella la ropa que colgaba de su mango ~~de la mano~~. Antes de que cesara su movimiento giratorio, yo había atravesado el laberinto de líneas cruzadas por donde viajaban las flores y había caído sobre el invento viviente para robarle a Fábulo una pizca de sus mundos misteriosos.

Ay, dijo con un gritito la mujer amarilla, ay, qué pasa, dijo sintiendo en sus labios una lastimadura, Nada, le respondí, un clavito que sin que me diera cuenta se me quedó dentro de la boca.

Lo escupí con violencia, haciéndolo llegar afuera, Lo oímos rebotar entre las hojas de los girasoles reales.

El defectuoso adiós del minalteño

"Fábulo te requiere urgente con el manuscrito", repitieron los espejos durante todo un día cada vez que los claros entre nubes permitieron a la Céfira comunicarse conmigo. Sabía de antemano que al recibir ese mensaje debería bajar para no volver, Lo esperaba, además. Concluido el viaje del cantor, la historia estaba prácticamente contada. Sólo faltaba un desenlace, si lo había. Bajar definitivamente significaba recuperar mi identidad olvidada o perdida. Me entristecía tener que abandonarme, ser un otro que ya no me interesaba ser.

No escribir más historias, Fábulo me sacaría de las palabras donde me puso, una vez cumplido su propósito. Ha sido un privilegio estar con ellas tanto tiempo, dije. Miré la Gramática, el Diccionario, las palabras que me gustaba escribir en hojas sueltas para probar la pluma; eran residuos de una historia terminada. Me las quitaría, claro. El era el dueño de los muñecos y también de la memoria. Yo, un escribiente de paso. Lo más probable, pensaba, es que mi antigua condición fuese la de un mulero ^{como} que trasladaba objetos desde el mar a la cordillera, al que le permitieron,

desmemoriándolo, trasladar palabras ajenas desde la pluma a los papeles. Volvería a mis mulas y las querría tanto como I; como si fuesen palabras cuidaría de ellas.

Era difícil decirle adiós a la pequeña vida que nació cuando subí al Mirador de los Vientos. Amaba sus amaneceres, la alegría que me daba mi sombra proyectada por el fuego en la bóveda de piedra, las maravillosas vísperas de mis encuentros amorosos con la Céfira, que me enseñaron a amarme y a ver el mundo desde tan cerca que me sentía integrado a sus misterios. La vida que iba a dejar tenía poco tiempo real, pero contenía la fuerte intensidad de la memoria de Fábulo apretada en las trecientas hojas que llevaba escritas.

También estaban los objetos cotidianos, cuyas formas, en el momento de la separación, eran la intensidad de lo vivido. Encendí el último fuego; miré las nubes; anoté en las planillas unos vientos finales que a partir de ahora perdían un testigo; retiré y desinflé los globos eólicos diciéndole adiós al viento; rellené con papeles los zapatos que resolví dejar por si algún otro testigo de vientos me sustituía alguna vez; cerré los postigos borrando la falda del cerro donde recibía los mensajes de luces de la Céfira; borrando el vuelo de los cóndores, el sendero de las vicuñas, el cielo donde colgaban las estrellas que me daban miedo.

Los objetos, apenumbados, parecían esconderse para no verme salir. Recordé mi encuentro con la Gramática, Pequeña, al lado del candelabro en el centro de la mesa, protegida por un pañuelo de mujer. A su lado unas hojas en blanco, el tintero y la pluma. Había llegado al continente atravesando el mar, sus tapas de cartón conservaban todavía la humedad marina. Unos muleros analfabetos, a pedido de Fábulo la cruzaron por la cordillera. La travesía fue lentísima. Sabiendo que era algo muy importante la consideraron un objeto frágil. Se cuenta que las mulas apenas se movían, temerosas de que se les quebrara. Sin atreverse a abrirla la dejaron junto al candelabro, tal como la encontré esperándome.

Debajo del olor marino de sus tapas estaba, como envuelto en un secreto, el olor de la tinta, escapando de los pliegos sin cortar. Su peso era apenas una distracción para la mano, y toda ella estaba como agitada por los presentimientos que contenía. Entre su contenido secreto y las hojas en blanco destinadas a estas historias flotaba la existencia de un

aprendizaje que intuía dulce, como el que hay entre un instrumento musical y el momento de tocarlo.

Hermosa, le dije entreabriendo al azar sus hojas ciegas, y vi asomarse como respuesta, entre unos caracteres muy antiguos, las palabras debaxo, lexos, agafrán y atramuzes, como sonando en mis oídos vírgenes. Ella se dejaba leer ofreciéndome gozosa la totalidad de sus palabras. Teníamos para los dos un largo tiempo por delante, pero yo prefería tomar palabras sueltas que me salpicasen, llares y quadafianes, oviesse amado y io buelbo los ojos, tal como las recogió de las gentes y las ordenó hace quinientos años don Antonio de Nebrija, adecentándolas para el largo viaje ultramarino que las trajo a este continente. Las dibujó una por una, fijándoles orientación y sonido, por ellas pudimos enterarnos de las voces de hombres ausentes, de la misma manera que los que interpretan mis rayitas pueden leer vientos desaparecidos.

Recordé el deleite con que vi, muy temprano en aquella mañana fría, el aiuntamiento de letras cogidas en una herida de la voz para hacer nacer las sílabas con longura de tiempo; y así, el que habla, porque alza unas y abaja otras, en alguna manera canta; porque ordenar las palabras es verdadera mente quasi canto, de modo que el pensamiento, herido en el áspera arteria que llaman gargavero, por lengua, paladar, dientes y beços sale en forma de música.

Dilecto señor mío, le dije en mis adentros; sus palabras siguen titilando en el candil que me alumbraba en este borde de la cordillera. A su luz quiero decirle que en cuanto disponga de un rápido mulero capaz de llegar con sus alforjas al roquedal de su convento, le devolveré algunas palabras que entre hilachas y lágrimas andan deshaciéndose. Tras cinco siglos de andadura necesitan descansar para poder seguir fijando la historia de este pueblo y salvarlo del olvido, seguras de que a su arrimo cuidadoso recuperarán el aura de su aliento, así para su memoria, como para hablar con los ausentes y los que están por venir.

Vi que me sobraban unas palabras que me traspasó Fábulo, traídas de sus viajes, que nunca pude usar porque ninguna de las historias les fue propicia. Resolví no llevarlas conmigo, regalárselas a los objetos que abandonaba.

A la bóveda le dí, más por su sonido que por su significado, la palabra guatambú. Dos entregué a la leña que quedaba: chisgarabís, moroporán. Al tintero le tocaron curcútear, chirulí, mburucuyá. A la mesa le regalé un par de ayuyuyes y la elegante peteribí para que la usase como su sinónimo; con el tiempo podría ser su nombre verdadero, mucho mejor que el que tenía, tan opaco de sonido. Condecoré al candelabro con el término curcusí, y como si esto fuera poco le traspasé chiribita todavía. A la guitarra, que dejé colgada y con las cuerdas flojas para evitarle inútiles tensiones, le dejé nada menos que la palabra fídula, que le permitiría viajar hacia sus antepasados más remotos. Chiribitil cuadró perfectamente con el baúl. La recibió como si fuese su propio nombre. De paso aproveché para meter en él, que todo lo admitía, las pocas que me quedaban: chisporoso, marracoy, yatay y pacholí.

Al Diccionario, que dejé allí para entretenimiento de cualquier fugitivo que llegase al Mirador, por supuesto que no iba a regalarle palabras. De tan viejo que era las sabía a todas, otras las olvidaba o no le gustaban simplemente. Vi que en la efe no figuraba fídula. De la triste fideo pasaba directamente a la horrible fiduciario, que más bien parece el nombre de un lugar que despide fetideces. Después venía fiebre. Hice una llamada y al pie de la página se la estampé, con letra de imprenta. Nada menos que un instrumento musical separaba ahora a los fideos de los malos olores. Lo guardé en el baúl, parecía feliz con su imprevista fídula.

Embalé como objetos muy valiosos la Gramática, el manuscrito y los espejos que me dio la Céfira. Las tres cosas contenían palabras a proteger de lluvias y de nieves. No podía arriesgarme a que los azares de un chubasco borrasen el viaje del cantor o el cruce de la cordillera, ni a que se empañaran o dañaran los espejos con los que envié mis primeras cartas de amor. Y los cinco siglos de Nebrija, sus becos y atramuzes, eran un tesoro a proteger.

Con la mula ensillada y cada cosa en su sitio, busqué otras acciones que me permitieran postergar un poco más el momento de salir. Pero no había nada, salvo la despedida. Y ya se sabe que los minalteños nunca nos despedimos, nos escondemos detrás de las puertas para decir no te vayas por favor cuando alguien nos abandona. A mí me abandonaban las palabras, o yo a ellas, no lo sé bien, y no sabíamos decirnos adiós.

Fábulo recorre su memoria

CAP 071: listo para IMPR.

Abajo me esperaba Ene Vega, como siempre, pero esta vez acompañado por la Céfira, Vestidos como para una fiesta, ella con un peinado alto que la hacía parecer otra, él con un sombrero nuevo que le comunicaba una respetabilidad desconocida. Montaban dos caballos jóvenes, lujosamente adornados, y traían uno idéntico para mí. Hemos venido a escoltar tu manuscrito, dijo una Céfira distinta.

Ascendiendo por el río, imaginaba cómo nos veía la gente que se asomaba a los bordes para saludarnos, con esos caballos que escoltando un manuscrito se contagiaban de su contenido, tan preocupados, tan solemnes. Y nosotros en silencio, contagiados también. La memoria de Fábulo Vega, convertida en palabras, remontaba Minas Altas como el sueño de Jotazeta atravesando la cordillera. Aunque no corría una gota de viento, yo apretaba las hojas contra mi cuerpo, temeroso de que se volaran.

La seriedad casi gramatical de esos corceles se alteró con el ruido lejano de una explosión, que llegó como eco de trueno. Los sismógrafos, dijo Ene Vega, indican que están cerca. Sabemos que cada vez que derriban algo, medio cerro se les viene encima; ya no saben dónde poner tantos escombros. Pero avanzan, claro. La fauna se ha enriquecido más últimamente, hay que ver la cantidad de animalitos que han llegado escapándole a esos fuegos.

Ante la realidad palpable que transcurría envuelta en la fuerte luz de la mañana, con una Céfira increíble y un Ene Vega como nuevos a mis flancos, recordé un sueño horrible que, aturdido por las palabras, tuve en el Mirador. En él bajaba a Minas Altas con el manuscrito terminado y preguntaba por Fábulo Vega. ¿Fábulo? Aquí no lo conocemos, decía un fantástico desconocido. Y nadie podía darme ninguna referencia de la Céfira, porque tampoco existía Minas Altas. Bajaba por un sendero que no conducía a ninguna parte, con un manuscrito que nadie me había pedido, que

no correspondía a ninguna realidad; todo se debía a un encantamiento de palabras, a un juego solitario que me propuse mareado por la altura, donde mis bajadas a Minas Altas eran también pura invención. Sin la referencia de Fábulo, yo era el solitario habitante del Mirador; había inventado el manuscrito para no estar solo, todo era un hecho de mi imaginación, y el viaje me llevaba a las Salinas. En el desierto preguntaba por un pueblo que nadie conocía ni había oído nombrar nunca. Allí descubría que tampoco existía el Mirador. Yo era uno de esos habitantes sometidos de las grandes ciudades, un hombrecito, un preso que soñando con la libertad inventó todo eso escribiendo solitariamente, y ahora se encontraba con la tristeza de tener que poner punto final a sus historias y a sus sueños.

La conocida atracción del astrónomo mulero parecía debilitada, como si le costase atraer la carga de su propia memoria. Fijada con palabras, ahora Minas Altas estaba en el tiempo, yo la llevaba apretada contra mi cuerpo en ese manuscrito, y era un placer muy fuerte, me sentía hermoso ascendiendo en mitad de la mañana con esa verdad y en un caballo nuevo, junto a dos personas como recién aparecidas en la luz. Tau, hablando con I, se embelesaba con la carga que traían desde el otro lado de la cordillera. Yo sentía lo mismo con la carga que traíamos del otro lado de la memoria, en una balsa de palabras. Las explosiones oídas eran los tiros de los gendarmes; Ene Vega, el mulero; la Céfira, el astrónomo; y yo el grumete. Con lo que los tres andábamos juntos por el manuscrito que íbamos a entregarle a Fábulo.

¿Escuchan?, dije. La Céfira apartó el mechón de cabellos escapado del peinado alto, que le rozaba una oreja rosada por el aire fresco. Ahora sí, dijo al rato. Los músicos, todavía invisibles, estaban tocando una melodía de cuartear, sumando sonidos a la débil atracción de Fábulo. Qué bien se viaja con música, dijo soltando su mechón. Ya eran visibles los músicos asomados tras las piedras de los bordes, precedidos por los bultos de sus instrumentos.

Ibamos debajo de una creciente que estaba en el pasado. Aquí mismo, pensé, cayó el piano desprendido de las madreselvas. ¿Vivirían todavía las gemelas y De Ce? ¿Eran recientes los recuerdos de Fábulo o todo estaba en un tiempo lejanísimo? Los músicos cambiaron el tema de cuartear por el de repechar, ahora parecían empujarnos los sonidos. Aparecieron las primeras

casas de los astrónomos, cada una con su pequeña torre, y al fondo la galería de la casa de Fábulo, que nos miraba apoyado en una columna, los ojos golosos fijos en el manuscrito que se le acercaba.

Cuando me preguntó si sabía quién era yo y le respondí que no, volvió a envolverme en aquella mirada oscura y profunda, buscando mi fondo. Para llegar al girasol original tuvo que hacer un largo recorrido. Entre aquel comienzo y el tiempo que vivíamos estaba el tiempo del manuscrito, de modo que escarbando y profundizando era su propia memoria lo que recorría, salvo los sucesos de mi pequeña vida, un taller de palabras y de vientos, mis amores con la Céfira. Al llegar al girasol, que vi reflejado en sus ojos incisivos, dijo es increíble, ni yo mismo podría deshipnotizarlo.

Se tomó un buen tiempo mirando el manuscrito antes de tocarlo. Lo entreabrió con timidez, lo olió; miraba largamente las hojas sin leerlas, les pasaba la mano como acariciándolas. Son la memoria de un olvido, dijo.

Dirigiéndose hacia su tinglado, présteme un poco su atención, me dijo; la historia no ha terminado todavía, y el mulero que la llevará hasta el mar sale dentro de unos días.

Desapareció en el interior de su mínimo teatro, el telón se descorría. Sonó una armónica. Un muñeco presentador cuya cabeza se parecía a la del titiritero anunció el inminente regreso del cantor montado en un caballo de tres hierbas.

Me costaba concentrarme. A un lado tenía a un Ene Vega como transfigurado; al otro, la proximidad de la Céfira era muy fuerte, con esos ojos nuevos, con esos aires de no ser la misma.

Rojo mezclado con azul

La noche que los astrónomos vieron por última vez el cometa que Tau le regaló al mulero, precedió al día del regreso del cantor. El prodigioso regalo se despidió de Minas Altas volando paralelo con su río, iluminó hasta las últimas micras de las piedras reflejándose en ellas, le dio a la arena unos alcances de tornasol que nunca nadie jamás olvidaría. Los animales que allí se refugiaban huyendo de la dinamita multiplicaron los desprendimientos luminicos de aquella cabellera fijándolos en sus ojos como si éstos fuesen trozos de minerales vivos o asombrados. Esa misma noche parieron tres corzuelas, y los cachorros, viendo la estrella que pasaba, pensaron que así sería el mundo siempre. Intruso estaba ya cerca de Minas Altas cuando las ancianas, desempolvadas para ir a dormir, abrieron los cofres donde guardaban sus reliquias para que recibiesen un poco de esa luz navegante, que recorrió delantales y retratos amarillos, sortijas y mechones de cabello, alentándolos hacia esperas esperanzadoras. Los escarabajos, desenterrándose, se bañaban en esa luz que mezclaba sus colores, mientras los cóndores miraban de frente el regalo que en el día de su cumpleaños le hizo a I la sexta luna de Saturno. Los astrónomos se pasaban los telescopios de mano para sumarlos y alargarlos y captar así los pasos del cometa por sus últimos confines, amontonando datos que les ayudarían a explicarse la conducta del mundo que incluía a Minas Altas, centro de sus desvelos.

La noche que precedió al regreso de Eme Calderón, los músicos pasaron de la escala pentáfona a la dodecafónica sin saberlo, y el piano, restituido a la galería de las gemelas, recibió unos reflejos que aliviaron las heridas aun abiertas recibidas en la creciente. El cántaro de barro, alcanzado por la luz, fue enteramente un instrumento musical, así lo dejó el cometa vestido para siempre, con una maravillosa caja acústica mitad agua, mitad sombra. Emebé y Jotazeta, sin saber que el cantor ya divisaba desde lejos las luces de la oruga que era Minas Altas, empalidecidas por las del cometa paralelo con ella, olvidándose de sus falsas toses de salón

lo veían convertirse en el único puente posible y desaparecer por los rumbos que tomó el puma albino.

Los minalteños habían dormido todo el día para poder aguantar la noche entera sin perder detalles de la despedida del cometa; y ahora que amanecía no sabían si dormir o seguir despiertos. Todos contaban a todos los hechos que todos conocían. Jotazeta aprovechó ese amanecer para dar por concluida su convalecencia. Encontró ridícula su tos, abrió todas las ventanas y tocándose la cara dio por imaginadas sus erupciones. Le pidió a Emebé que en cuanto se despertaran los astrónomos, que llevaban meses sin dormir, fuese a pedirles otra vez aquellos libros que hablaban de Copérnico, ya que el regalo de Tau al mulero le había aclarado muchas cosas. Para empezar, ya no tendría que pensar más en el puente; en el cometa había visto su forma más perfecta. Un puente que él, debía confesárselo, había relacionado muchas veces con su complicado vestido de bodas, al que también quería darle forma por no confiar demasiado ni en las habilidades ni en la imaginación de la costurera. Un vestido que, francamente, no le gustó mucho cuando lo vio terminado; ahora era el momento, aprovechando que el viento y la creciente casi lo habían deshecho, de llamar a Uve y pedirle que lo rehiciera dándole la forma del cometa. Como podía ver, todo concordaba. Incluso, dijo en el momento en que despuntaba el sol enrojeciéndole la punta del dedo que tenía levantado, mientras Intruso aceleraba el paso olfateando la que iba a ser su cuarta hierba, incluso me ha arreglado, este cometa, ese asunto que tenía con el puma albino; los dos se han ido para el mismo rumbo; y si el cometa vuelve, por qué no ha de volver el puma; si andan trenzados en la misma órbita y tienen además el mismo pelo.

A Emebé le parecieron absurdas las asociaciones de su padre. Para entenderlas mejor, despojó de puma y puente al entramado dejando que solamente el vestido se vinculara con el cometa. Le gustaba la idea de un traje de novia como el que acababa de ver pasar por el cielo, apuntado por los telescopios y rodeado por millones de azahares brillantes.

Arrepentida de haber arrojado el noviazgo y el ajuar por la ventana, veía pasearse torpemente a su padre, atropellando las mesas y las sillas donde Uve había vuelto a colgar las prendas rescatadas; sábanas con el embozo raído, manteles agujereados, con sus festones descosidos, saltos de cama sin puntillas, corsés sin hebillitas, el vestido hecho un puro llanto;

el polisón, que unos arrieros rescataron casi en los límites con las Salinas, atravesado por espinas y aguijones de insectos, desorbitados sus alambres y olfateado por los pumas.

Sí, las prendas habían vuelto, pero con ese estado ruinoso que tenían su noviazgo jamás se atrevería a regresar; ése que, antes de la partida de Eme, era tan torpe que vivía atravesado en las puertas y lugares de paso y Jotazeta se lo llevaba por delante cada vez que iba de una habitación a otra. Qué tonto está mi padre, decía ahora Emebé, qué tonto lo pone la alegría que tiene. Sin darse cuenta de que el enlazador se paseaba de ese modo atropellando sillas y molestando en todas partes para recordarle su noviazgo, animándola a recuperarlo.

Emebé se tocó la cara hallando que para ella también la convalecencia había terminado, no había huellas de erupciones azulosas. Y estaba a punto de recuperar su noviazgo perdido cuando el enlazador del piano le dijo torpemente: estaba pensando que hoy mismo tenemos que decirle a Uve que vuelva a la costura; se ha rescatado casi todo, pero falta la cosa azul que trae buena suerte. Y ella, azulándose; no quiero absolutamente nada de ese color, ni nada que me lo recuerde. Jotazeta, sonriendo, fue a decirle estas palabras; yo creo que eso de Azul es bastante un poco imaginación de músico, para darle a la gente cosas que la gente pide.

El sol que le había enrojecido un dedo coloreaba ahora un borde de su sombrero. Asomándose a la ventana, oigo un trote, dijo. Emebé también se asomó; el sol naciente le borró las azulosidades, las mezcló con su rojo, y ella, apartando un mechón de cabellos de su oreja violeta, la prolongó con su mano para oír mejor. Por fin, dijo el enlazador; es el trote de Intruso.

La cuarta hierba de intruso

Aunque Jotazeta había sido siempre como un padre permanente del cantor, más de cien padres y cerca de doscientas madres que pretendían los mismos derechos esperaban su volver apretujados en las escalinatas que unían cada casa con el fondo del río espasmódico. Sabían que la preciosa carga que traía aquel hijo que por fin regresaba ponía todo en su justo lugar, legitimaba los deseos, abría los espacios del futuro y era como si todos ellos a partir de ahora nacieran verdaderamente.

Los pesimistas ~~de más de ochenta años~~ que pasaron su vida pensando que Lumbreras era un sueño colectivo y la canción del gallo blanco un capricho de músicos, lagrimeaban ahora viendo que su propia historia desconocida se recuperaba con la del cantor. Ha valido la pena esperar hasta ahora, decían sintiéndose recién nacidos, en la mañana limpia, junto a las arenas del río recién barridas por el paso del cometa; ^{ahí} vuelve nuestro hijo más querido, ~~decían~~. Y todas esas mujeres lo habían parido, y todos los hombres engendrado.

El cometa no se les había borrado de los ojos; aunque invisible ya, estaba ahí mismo yéndose y despidiéndose hasta una próxima vida, cuando vieron aparecer al cantor por una punta del pueblo. Se había ido por el Bajo y aparecía por el Alto, como los navegantes que dan la vuelta al mundo. También él había recorrido órbitas lejanas en espacios desconocidos, y ahora estaba aquí, como un regalo del tiempo ~~a Minas Altas~~. El nifito que logró salvarse de los insectos chupadores y sobrevivió al Sietemesino (que seguramente andaría ahora arrastrándose otra vez por el fondo de los mares), que siendo todavía muy nifín se dejó hallar por la música que lo andaba buscando, que por estar todavía dentro del cuerpo de su madre en forma de placer recién brotado pudo escaparse del filo del cuchillo, el que a los veinte años desenterró en Lumbreras la memoria de Minas Altas, bajaba ahora al trotecito en un caballo que al partir iba dormido.

Las diferencias anímicas y manuales entre enlazadores, músicos y astrónomos estaban marcadas arquitectónicamente en los terrenos baldíos que separaban los tres grupos de casas en ambas márgenes del río, terrenos que

los músicos llamaban distancias tonales. A medida que el cantor bajaba hacia la casa de Jotazeta, observado desde arriba por los astrónomos como objeto espacial y desde abajo por los enlazadores como un bulto que trae la creciente, para los músicos aquellos intervalos se borraban, recorridos por un sonido, como si Intruso resbalase, sin saltarse un solo espacio, por una cuerda que sonaba, de tal modo que al no haber más distancias entre ellos, los astrónomos en adelante podrían enlazar sus constelaciones, los enlazadores calcular sus tiros de lazos por órbitas precisas, los músicos tocar planetas como si fuesen calabazas encordadas. Y todo eso era posible porque Eme Calderón en su memoria y en sus dedos y en sus cuerdas vocales venía trayendo la canción del gallo blanco.

Un cerro de tierras verdes próximo a Minas Altas le había recordado a Intruso el prado de verdes más intensos donde Jotazeta lo crió. El recuerdo se hacía más intenso según se aproximaba, por lo que no podía dejar de torcer la cabeza hacia la derecha, contra los tirones de rienda del cantor, procurando trepar por cualquier escalinata que lo llevase al encuentro con su cuarta hierba. El equilibrio entre los impulsos del caballo y la voluntad de Eme transmitida por las riendas mantenía a Intruso lejos del centro del río, rozando casi los bordes pedregosos, mientras el hombre tendía hacia el centro y final de la bajada preparando sus ojos para el momento deseado del encuentro visual con Jotazeta y Emebé, no posible todavía debido a la curva de la oruga en mitad de su cuerpo.

Eme palpó en la alforja la cajita de música, cuya existencia borraba las distancias o intervalos entre Minas Altas y Lumbreras, y se sintió puesto en el tiempo, ocupando el que le restó a su hermano el cuchillo del Sietemesino, como si lo rescatase. Esa caja era la certeza de un pasado conocido. Colgaría en la pared aquellos retratos, aunque no correspondiesen a sus padres. Amarillearían doblemente, con duda y tiempo. Pero al del novio de ojos dulces lo respaldaban aquellos huesos tan limpios y tan blancos hallados en la tumba, y las doscientas madres que lo veían pasar prestaban existencia real a la de aquella novia de pechos salpicados.

No había terminado el cantor de abrazar a Emebé, ni de pensar que había vuelto, ni de echar una mirada morosa a Minas Altas; no había terminado de mirar el ajuar que Uve y Eñe rescataron del viento, ni de reirse de las preguntas de Emebé sobre Azul; ni de mostrarles la cajita de

música ni de trasladar a los papeles la canción del gallo blanco; ni de permitir que Intruso se fuese por fin a tomar su cuarta hierba; ni de mostrar los retratos de sus padres ni de acordarse de su amigo Tuy que le inventó unos amores sin decírselo, ni de ver cómo la gente abandonaba las escalinatas y se encerraba a descansar de la despedida del cometa y de su regreso inesperado, cuando llegaron los músicos diciendo que ya tenían todo preparado para guardar la canción en la memoria musical prevista.

En el trayecto hasta la casa de De Ce, el cantor le pasó al arpista mayor los datos musicales y verbales de la versión definitiva, ante los estremecimientos emotivos del enlazador y su hija y la aparente frialdad profesional de los músicos, que arremolinados y arrebolados alrededor de Eme Calderón absorbían cada una de las notas y sílaba por sílaba sus contenidos palabrísticos, seguidos por un titiritero que había bajado del Alto para registrar en su ya agobiada memoria el final de la aventura.

Con destornilladores y tenazas habían despanzurrado el piano para extraerle el arpa, montada como tal sobre unas tablas. Las demás piezas del instrumento estaban desparramadas por la galería con unos papelitos identificatorios que permitiesen luego su recomposición. La tapa con la cola, posada sobre el cántaro, era tristísima en sí misma, como un ala cortada, aunque, vista como complemento del recipiente, se integraba en un nuevo todo musical. La caja del piano era como la boca abierta y desdentada del viejo ondulatorio cuando los asesinos intentaron extraerle los versos de la canción conocidos hasta entonces; como el Ondulatorio, se parecía a un caballo marino; las gemelas, asomadas a su interior casi vacío, eran avispas zumbadoras.

Cuando los enlazadores que vigilaban los extremos de Minas Altas, conectados con los chasquis, aseguraron que no había oído humano en el área afectada por el alcance de los sonidos, y que el cazador de cóndores capaz de delatarlos andaba vendiendo sus plumas al otro lado de las Salinas, el arpista mayor, ante el silencio profundo de la cordillera, le pasó a las cuerdas vírgenes del arpa la canción del gallo blanco.

Grabada la última nota, todo lo viviente en el cuerpo de la gigantesca oruga dejó pasar todavía un largo espacio de silencio, que actuaba como la primera envoltura, en paños delicados, de la pieza musical. Con manos de sostener a un recién nacido colocaron el arpa, ya dormida, en el interior

de la caja. Consultando los papelitos y hablando en voz muy baja reinstalaron las piezas desarmadas, atornillaron la tapa y la cerraron, y aunque ya se podía hablar nadie decía una palabra,

Había muchos intersticios entre ~~entre~~ la tapa y la caja, centenares en las teclas. Ningún sonido o ruido externo debía perturbar el silencioso entrelazamiento de la canción con las cuerdas, ni tampoco escaparse nada desde adentro. Entonces las gemelas trajeron el producto de una recorrida por las colmenas. Con cera virgen lo sellaron, sin olvidarse de los agujeros de los pedales, con cera virgen clausuraron el teclado que nadie en Minas Altas era capaz de usar.

Lo cubrieron con el toldo a modo de mosquitero, y apoyando los oídos en la tapa creían oír la tranquila respiración de un niño que dormía el sueño más profundo en la más tranquila de las noches. Guardada en esa memoria, la canción quedaba protegida del olvido o las violencias. Una copia de trabajo quedaría en el piano que ellos mismos habían hecho, sin contar las que había ya en la memoria de cada músico de Minas Altas ni las que Tuy y sus amigos andarían desparramando entre los músicos de los cuatro vientos.

Ahora sí, dijo el arpista mayor orientando hacia el piano las guías nacientes de las madreselvas, ahora sí pueden tejerle una selva alrededor.

Al otro lado del girasol primero

En Minas Altas siempre hemos pensado, dijo Fábulo saliendo del teatrillo con una gemela en cada mano, que el recuerdo, como sustancia, es limitado. Hay una cantidad exacta de él en el mundo, que ni aumenta ni se renueva, y no alcanza para todos. Esto hace posible la existencia del olvido, que abunda y está en todas partes, es como el aire y se confunde con el tiempo. Por eso resolvimos encerrar la canción en esa caja, metida en la memoria de un arpa. El gallo blanco es el corazón de Minas Altas y allí dentro quedará latiendo, pase lo que pase con nosotros. El tiempo le dará vueltas y vueltas procurando penetrarla por cualquier resquicio, pero siempre estarán allí esas ceras vírgenes impidiéndoselo y obligándolo a girar y girar inútilmente. Allí Minas Altas, y todo lo que ella significa

hacia atrás en el tiempo, permanecerá como muerta, hasta que sea posible despertarla en algún tiempo futuro de amor y de justicia. Con esto pongo fin a mis trabajos y doy por terminado el manuscrito. Si usted, que tuvo la paciencia de escribirlo, quiere agregar algo que ayude a su comprensión, puede hacerlo. Necesitaré de usted un par de días más para las correcciones necesarias. Después podrá reanudar su vida postergada, casarse con la Céfira según los proyectos que tenía antes de subir al Mirador. Ella le ayudará a ir recuperando poco a poco la memoria. Un cuento cada noche, dijo sonriendo desde el catre donde se echó a descansar, como en esas historias orientales.

La cortina de la puerta que daba a la galería, de la misma tela que la del telón del teatrillo, se corrió dando paso a un hombre muy alto y de sombrero que ^{pidió} ~~dijo~~ ^{para cubrir} ~~permiso~~ con tono de muñeco anunciador. Las cuarteaduras de su cara fina y larga eran como las huellas de los dedos de Fábulo en las caras de papel machacado de sus títeres. Seguramente, me dije, el modelo del que se valió para modelar a I. Saludó, y viendo que yo no lo reconocía me tendió la mano diciendo soy el mulero que llevará el manuscrito al otro lado de la cordillera.

Se sentó en el catre a discutir con Fábulo detalles de la travesía. Quería viajar solo, así sería más fácil pasar inadvertido. Fábulo insistía en llevar por lo menos un hombre de escolta, vea que esos papeles no deben correr el menor riesgo. Ene Vega y la Céfira se sumaron a la conversación. Hablaban de un mundo paralelo del que yo estaba ~~excluido~~, sin ninguna referencia. Sus acciones me parecían la intrusión de otra realidad en el escrito. Como si lo violaran con hechos que no le pertencían. En los ojos de Fábulo vi un brillo diferente, en los de la Céfira una mirada oscura, y una distancia insuperable en los de Ene Vega. Los miraba y escuchaba, veía los movimientos de sus manos, pero ellos estaban hablando y gesticulando en otro mundo.

Tuve miedo de mi inconsistencia. En qué juego me había metido Fábulo, en qué ficción de titiritero. Me sentía un muñeco más, formando parte del encantamiento ~~pero~~ ^{pero} sin poder pensar por mí mismo; mis acciones sólo podían existir a través de las manos de Fábulo en el espacio de su teatro. Y qué hacía I, — porque seguramente de él se trataba, fuera del manuscrito, conversando con Fábulo. Miré el teatrillo, a ver si ~~estaba representando lo~~

o si lo que estaba sintiendo sucedía allí.

~~que yo sentía~~, El telón permanecía cerrado, oscurecía, nadie atinaba a encender velas o candiles. ^{pero} En aquella penumbra, estábamos todos como dentro del tinglado; las cortinas de la puerta por donde había entrado I daban al público; pronto se descorrerían y empezaría la función; una mano del titiritero ~~me~~ recorrería ^{al} cuerpo de trapo rellenándolo ^{MI}, metería un índice muy frío en mi cabeza hueca y con voz fingida diría por favor, présteme un poco su atención, la historia va a acabar.

Ante la dudosa realidad, la referencia del manuscrito aparecía como Única verdad posible. Tal como lo había hecho Eme Calderón, remontaría mi pasado hasta encontrar mi propia tumba de tiro, mi propia caja de música, mis propios huesos blancos, aunque tuviera que llegar hasta Lumbreras, tumba y nacimiento de todos nosotros. Como si yo mismo fuera Fábulo escrutándome hasta el fondo con su mirada oscura, retrocedí escarbando en mi memoria de palabras, revisé zona por zona el manuscrito buscando alguna traza, me detuve en los días iniciales, el momento preciso en que llegué al Mirador de los Vientos, hasta que divisé en lo Último el girasol original, a cuyo lado estaba como tembloroso de tanta lejanía el cuerpo de la Céfira. Ese era mi primer recuerdo nuevo, allí había terminado mi memoria antigua y allí tenía que golpear, era la puerta para salir del teatro y de la farsa. Borrar, borrar, dije mirando el girasol, confiado en el poder de las palabras, como le decía cóndor a los cóndores para ayudarles a volar. En la casa de Fábulo alguien encendía lámparas, se oía un cuchicheo lejanísimo, como si los que allí estaban volvieresen suavemente al interior del manuscrito, mientras yo daba golpes cada vez más certeros en la muralla de ese girasol incrustado en mi cerebro. Pero la puerta que yo intentaba golpear estaba abierta; lo único que había al otro lado era la primera mirada oscura de Fábulo Vega, como un letargo prenatal.

¿Te pasa algo?, oí la voz de la Céfira más o menos cerca de mí. Desde más lejos llegó la de Fábulo; no le digan nada, cualquier ayuda en este momento puede producirle un efecto contrario. Ya recuperará solo su memoria. Ha trabajado mucho y necesita descansar.

Dí salir a I y despedirse en la galería. Hablaban muy bajo, para no despertarme, creyendo que dormía. Entendí que se iban todos a la casa de Ene Vega. Intuí o atisbé el perfil de la Céfira cuando se inclinó para bajar la luz de la lámpara. Escuché sus pasos por la galería, los sentí

perderse cuesta abajo, Me quedaba solo en la casa llena de muñecos, en la memoria desnuda de Minas Altas, más dura que la desnudez de las estrellas, Le decía adiós al girasol y emprendía el largo camino de regreso, en algún punto de su recorrido me dormía,

Se equivoca, dijo Ele Te

En Minas Altas hay tres maneras de casarse, según el sector al que pertenezca la novia, En el ritual de los enlazadores, el novio, con los ojos vendados, debe enlazarla con un cordón de seda, orientándose por los sonidos que le envían los músicos, Como el lazo apenas tiene peso, es tarea difícil. ~~Por esa razón se pasan la mitad del noviazgo practicando, y si fallan se los da por casados.~~ La novia baila fingiendo que rehuye los tiros del lazo, pero en realidad los está buscando, El doble juego va construyendo las figuras de la danza, Esas figuras son el núcleo de la fiesta; reconstruirlas verbalmente, un juego que dura hasta el próximo casamiento. La boda se consuma cuando la novia queda enlazada, El novio se entera de la consumación cuando la música cambia dando paso a melodías humorísticas que minimizan o ridiculizan al novio para que ella parezca todavía más hermosa, Entonces él se quita la venda y la mira como si fuera la primera vez,

Los casamientos de los astrónomos son más auditivos que visuales, Lo hacen de noche, a cielo abierto, El día de la boda suspenden su rigor científico y atontándose colectivamente para estar a tono con el novio se convierten en astrólogos medievales, La boda consiste en larguísimas esperas de precisas posiciones planetarias que favorezcan los horóscopos de los novios, ya que consideran la boda un nacimiento, La espera es la fiesta, sostenida por música nocturna ejecutada en instrumentos prehispánicos zoomorfos; ranas melódicas, culebras silbadoras, aves de la noche, Cuando los astros han alcanzado las posiciones elegidas, el astrónomo y la astrónoma se besan; el beso dura hasta que la posición astral se modifica, con lo cual ya están casados, Empieza entonces la música humorística, sin salirse de los esquemas nocturnales, hasta que amanece y ya es posible ver el traje de novia de la astrónoma, enteramente

↓ nocturno

azul profundo, salpicado de lentejuelas que empiezan a brillar, sus cabellos untados con rocío, el ridículo bonete del novio alquimista, su capa de murciélago,

Mi boda con la Céfira debía realizarse según el ritual de los enlazadores, pero los músicos, clave de las tres formas, movieron todos la cabeza al mismo tiempo en un gran no orquestal. Ignoro las razones aducidas. Contaban con media palabra de los astrónomos, y aunque les costaba expresarse verbalmente lograron que los enlazadores les transfirieran nuestra boda, inmediatamente convertida, según sus ritos, en una obra musical cuya forma externa o pretexto argumental era nuestro casamiento.

A la ofuscación que sufría se sumó un aturdimiento de novio. Decía cosas tontas cada vez que abría la boca, mis movimientos eran torpes y mi comportamiento incoherente. Me costaba poner en palabras las correcciones que introducía Fábulo en el manuscrito. No reconocía a ninguno de los que subían a felicitarme por la boda que ya anunciaban los músicos con su trompetería, caras extrañas hablando familiarmente de hechos que yo desconocía. Parezco un idiota, ¿no?, le dije a Fábulo. Usted, me aconsejó, no debe preocuparse; en estos casos, mientras más tonto se es las cosas parecen más hermosas. A cada rato veía pasar al mulero trajinando con sus animales; me saludaba desde lejos alzando su enorme mano, escapado del manuscrito, mezclando tiempos y violando espacios.

La fiesta de mi boda empezó muy temprano, cuando apenas había amanecido en el mar, y en Minas Altas, a oscuras todavía, podían verse las crestas de nieve sonrosándose allá arriba altísimas, por los senderos donde I caracoleó arrastrando un meteorófono. Exactamente, cuando los músicos empezaron a tocar ayudándole al sol a salir. Música ritual, claro, pero introduciendo poco a poco ritmos de fiesta, como contándole que iba a suceder una boda. Fábulo ya se había ido llevándose el teatrillo. Yo estaba solo en su casa, despertándome con esa música y los pequeños ruidos que hacía la gente para asistir al concierto.

En los bordes del río aparecieron los caracoles ceremoniales, adornados con tiritas de papeles de color. Los giraron embocándolos a todos hacia un mismo punto, y enseguida el viento empezó a tocar en ellos, notas diferentes según el tamaño de cada esqueleto marino.

Desde la galería vi que por una ladera bajaba un cazador de cóndores, apareciendo y desapareciendo en las curvas o tras las piedras, oscilando como I entre la realidad visible y la de los papeles. Imposible saber si también tenía una joroba como el de Fábulo, tapado o envuelto como estaba con las alas y la cabeza colgante del cóndor ensangrentado que llevaba. Los músicos, salvo el viento, dejaron de tocar cuando lo vieron. Más de veinte compases de silencio suspendiendo la fiesta. Se oyó el traqueteo irregular de su mula por los pedregales, hasta que él y sus ruidos desaparecieron en el Bajo, en la choza donde se encerraba a desollar al cóndor, poner a secar su carne, que luego comería, arrancarle las plumas y emborracharse hasta llorar.

Los músicos aprovecharon los compases de espera para cambiar de tema. El sol ya se ^h había levantado también en Minas Altas y, abandonándolo como objeto de su música, iniciaron un aire relacionado con frutas y licores, animalitos del aire y la montaña, albuces y disfraces, a cargo de instrumentos puramente fiesteros.

Cuatro hombres de a pie se presentaron. Dos de ellos, enlazadores, se quedaron en la casa cuidando el manuscrito. Los otros, un astrónomo y un músico muy joven, dijeron que me acompañarían a la casa donde debía esperar a la novia, ya estaban llegando los invitados de otros pueblos. Todo el mundo salía de sus casas convergiendo hacia la boda; las viejas empolvadas, los ancianos de dos y tres bastones, los callados muleros, los jóvenes de armoniosas estaturas, las deslumbrantes Céfiras.

Retumbó una de esas explosiones entre los cerros, haciendo avanzar hacia Minas Altas más bandadas de pájaros y animales que saltan o se arrastran. Se casará en un zoológico, dijo el astrónomo. Y el músico: hemos previsto que estas explosiones formen parte de la partitura, así desviamos su sentido asesino, tomándolo como un elemento de la fiesta.

Aprovechando la interrupción, los músicos, que tocaban en la casa de la boda, cambiaron otra vez de tema. Preponderaban ahora las arpas, desarrollando una música pensada para sentirse hermoso.

En el patio, Fábulo representaba para los niños una versión humorística del Sietemesino, que en forma de avechucho, desde lo alto de una rama, le pedía a su madre, al pie del árbol, un poco de calor materno. Si es el calor materno lo que te gusta, ahí va, decía la mujer prendiendo

fuego al árbol, porque hasta su madre odiaba aquel engendro. Y ardía el Siete, dejando caer un cuchillo chamuscado, mientras los viejos soltaban sus bastones para aplaudir y reírse con los niños.

Entramos en la galería, donde las madreselvas, bordeando el cántaro y el piano, se querían introducir por la ventana de una habitación, a la que asomaban su cara dos muchachas idénticas. A partir de hoy, me dijo el joven músico, podrá vivir con su mujer en esta casa.

Tu nombre es De Ce, ¿verdad?, le dije en voz baja, temeroso de estar filtrando hacia afuera, por mi cuenta y sin autorización de Fábulo, un elemento del manuscrito. Se equivoca, dijo sonriendo, mi nombre es Ele Te.

CAP. 073

El timbre de los caracoles

Unas veinte muchachas disfrazadas de Céfiras entraron en el patio girando sobre sí mismas mientras la voz de un músico anunciaba una danza destinada a convertir los cuerpos en cuerdas de instrumentos. En la coreografía que desarrollaron, las danzarinas recorrieron el camino que va de la quietud a la pura vibración, simulando los movimientos de cuerdas pulsadas y frotadas, contagiándonos a todos, que a los ojos de los músicos éramos ahora su instrumento.

La danza fue una introducción al concierto-boda y la señal para que la novia apareciese. Ahora, anunciaron, vamos a tocar una pieza en forma de casamiento. En la primera parte contaremos un poco la historia de estos novios; en cualquier compás de la segunda parte, que es consagratória, quedarán casados, sin saber en qué compás preciso se produjo la consagración, que pasará a ser un hermoso misterio para siempre; la tercera y última será de circunstancia, siguiendo el ritmo de la fiesta.

Tras unos golpes de timbal seguidos de un silencio apareció Ene Vega, sin sombrero y ceremonioso, llevando de la mano a la Céfira, toda ella en vibración de cuerda pulsada. En un claro homenaje al manuscrito, su vestido, utilizándola a ella como parte de su hechura, imitaba la forma de un cometa, donde el peinado alto era la cabeza del cuerpo celeste y el resto de la mujer su cabellera. Los ancianos astrónomos cortos de vista curvaron sus dedos formando tubos ópticos que cerraban la visual sobre ella, mientras los músicos desarrollaban una melodía planetaria. Al soltarse de Ene Vega, sin poder liberarse de las vibraciones que le traspasaban las Céfiras que la flanqueaban, avanzaba hacia mí soportando los máximos alcances de su vibrar de sexta cuerda de guitarra tocada con pulsación de figueta, es decir, fuerte-débil alternando el pulgar con el mayor y el índice, de donde surgía el ritmo de su andar, con pequeñas

pausas que recordaban el movimiento de un caballito marino. Ondulaba en unos planos virtuales que aparecían y desaparecían encerrando un centro permanente apenas tembloroso, donde conservaba su condición de novia envuelta en un vestido blanco y en un ramo de azahares que la salpicaba con sus movimientos.

La música, tras el breve pasaje planetario, exaltaba ahora el descubrimiento de la belleza del cuerpo, convocaba juegos y secretos, lluvias y girasoles, intentando contar nuestro noviazgo. Tan sensual, que las ancianas empolvadas se arqueaban como varillas de mimbre y los viejos de dos y tres bastones se sentían trepados por un clarísimo cosquilleo de chispas persistentes. Con esto las bailarinas dejaron de vibrar, convirtiendo su quietud en un ornamento de la Céfira, que por fin llegó a mí sin temblores, como una cuerda en reposo.

Una de las Céfiras le alcanzó un paquetito, que ella me puso en el bolsillo. Es mi regalo de bodas, dijo; son unos espejitos para que después hagamos entrar en nuestra habitación esas madreseivas de la galería.

En el momento de ejecutar la música consagratória, advirtieron que no tenían a mano los instrumentos rituales necesarios, esos caracoles marinos dejados en los bordes por la mañana muy temprano para que los soplara el viento, que olvidaron recoger. Habló un arpista maduro, que parecía coincidir con el arpista mayor del manuscrito; mientras llegan los caracoles, vamos a aprovechar esta breve interrupción de la boda para presentarles nuestro propio meteorófono, con un pequeño concierto que trata de cierto regalo que le hicieron a un mulero. La partitura original es para cuatro arpas indias, dos caracoles, dos tubos y acompañamiento obligado de piano o, como en este caso, del sustituto que hemos hecho. Como no tenemos los caracoles, las voces correspondientes serán ejecutadas también por las gemelas en nuestro instrumento. Es la primera vez que el meteorófono suena en público en Minas Altas. Y es nuestro regalo de bodas. Pensábamos dárselo al final, pero bueno, hemos tenido que alterar la fiesta por culpa de esos caracoles.

Arrimaron el armatoste, que dejó oír el ruido de las calabazas que le colgaban por debajo de mayor a menor entrechocándose en el bamboleo. Ante él se ubicaron las gemelas con sus golpeadores. La de la derecha golpeó sobre una de las tablas-teclas, su *la* no coincidió exactamente con el de

las arpas y los tubos. Los arpistas, entre los que estaban Ele Te y el que se parecía al del manuscrito, decían que estaba demasiado alto el nuevo instrumento; y las gemelas, que subieran las cuerdas de las arpas, afinar el meteorófono suponía quitar o poner cera en todas las calabazas, una tarea que postergaría todavía más la boda, y además las colmenas estaban agotadas. Cedieron los arpistas, mientras afinaban trajeron al patio unas grandes mesas con licores del llano y la montaña y frutos del mar y de la tierra, que las Céfiras distribuían sin poder abandonar del todo su condición de cuerdas.

"Cometa con tres muleros" era el título de la obra, un alarde descriptivo que obligó a los astrónomos, de oídos torpes, a escuchar como escudriñando el cielo, mientras las Céfiras, poseídas, suspendían frutos y licores en el aire y las vibraciones de sus cuerpos, y los niños, engañados por la música, alzaban sus cabezas tratando de ubicar en el espacio un gigantesco papalote blanco. Las gemelas se ensañaban golpeando en las maderas, los arpistas se transfiguraban con gestos misteriosos, los tubistas venían de otro mundo, en tanto el cometa evocado, a millones de kilómetros más allá del sol, parecía alcanzado por esos sonidos lanzados desde la insignificante Minas Altas.

Los caracoles consagratorios, graves y suaves, a la vez que empezaban a casarnos ayudaban a sacudir las tensiones del paso acústico del cometa electrizante. Una música ritual sustitutiva de las palabras que en los pueblos dominados por Didores y Sietemesinos pronuncian los sacerdotes y los jueces, de modo que no estaba libre de cierta solemnidad aparatosa. Le propuse a la Céfira que eligiéramos por nuestra cuenta un par de buenos compases para guardarlos de recuerdo. Los sonidos eran como voces de animales extinguidos, acordes con el entorno zoológico provocado por las explosiones que, aunque incorporadas al concierto considerándolas sonidos, se visibilizaban en la fauna que venía a pedirnos refugio en medio de la fiesta, saltando, arrastrándose o volando, sumando sus voces suplicantes a las de los caracoles, que hacían tiritar el ramo de azahares de la novia.

Dajamos pasar, casi sin escucharla de tan fea que era, la parte que vinculaba el matrimonio con las labores de la tierra, lluvias tempranas o tardías y todas esas cosas de almanaque y de trabajo. Una música que todavía emociona a las ancianas pero aburre a medio mundo. Un aburrimiento

Confusión de madreselvas

Y bien, contando lo que resta voy a decirle adiós secretamente a las palabras que me prestaron. Cualquiera de ellas, en cualquier momento, podrá ser el adiós formal, como el compás secreto en la música de los caracoles. El mulero está al salir, una demora prolongada lo obligaría a enfrentarse allá arriba con un peligroso encuentro de vientos que los astrónomos han previsto. Y Fábulo, impaciente, se pasea nervioso por la galería

Consumada la boda, entre el aturdimiento de la música de circunstancia y el de los brindis, fui descubriendo que todos los que estábamos allí, que yo había considerado como una realidad desvinculada de nuestras historias, pertenecíamos al manuscrito. Algunos, con los nombres cambiados por Fábulo al contar las historias; otros, como Tuy y Azul, con sus nombres verdaderos. Como salidos de los papeles escritos para acabar la historia según propios deseos, ajenos a los designios de Fábulo y a los inevitables puntos de vista del que puso los hechos en palabras. No se trataba, como sospeché al principio en mi aturdimiento, de la última función del titiritero rescatando el pasado. Eramos el pasado y el presente al mismo tiempo, entrando por fin en el futuro antes de la posible destrucción de Minas Altas, recordada por las explosiones que, acabada la fiesta,

perdieron su condición de sonidos incorporados recobrando su intención asesina.

El hombre que había visto pasar con un cóndor ensangrentado vino a saludarme; sin poder levantar bien la cabeza, por el peso de su joroba; se le cayeron unas lágrimas a un suelo que él tenía más próximo; no sé si eran por sus crímenes o por estar muy viejo; alrededor de su cabeza calva había un círculo de canas tan blancas como las plumas del cuello de los cóndores.

Llegaron los besos rápidos de unas Céfiras muy tímidas que pasaban ante nosotros como una sucesión de girasoles. Saludando a aquella multitud que ya había visto vivir en los muñecos y aparecer después en las palabras, vi la boca de Eñe manchada de azul, los tironcitos profesionales que dio Uve al vestido de la Céfira ajustándoselo al talle, al arpista mayor que consiguió enlazar a Jotazeta. Y músicos y músicos, que por no dejar de cantar y de tocar me saludaban con gestos.

Nunca olvidaré el abrazo de Tuy, que sin decirme nada me dejó unas partituras en el bolsillo, ni la fácil lágrima de Azul cuando me besó como soplando en la embocadura de su flauta. Y tantos otros que no tengo tiempo de nombrar o se me olvidan.

En eso se acercó la alta figura del mulero. Bueno, me dijo cuando se lo pregunté, mi nombre no es exactamente I, supongo que es el que me ha puesto Fábulo en su historia. Pero si a usted le gusta llamarme así, puede hacerlo. Sí, yo traje ese piano desde el mar, junto con Ele Te y el astrónomo que me regaló el cometa. Saldré de aquí mañana, o pasado a más tardar, llevándome sus papeles. De modo que si quiere completar la historia ponga lo que haré, según instrucciones de Fábulo que cumpliré fielmente;

Sali por uno de esos pasos del sur que sólo yo conozco, sin que pudieran verme los gendarmes. Diga que el manuscrito llegó unos días después sin un solo rasguño a la orilla del mar, donde ya estaba pitando el barco, medio invisible entre las brumas, mientras mi mula, que puede ser la Mansa si usted quiere, aceptaba por fin la horizontalidad marina. Diga que allí me recibieron unos hombres que hablaban nuestra lengua, a quienes entregué nuestra historia medio disimulada entre las planillas de medir los vientos. Ahí dentro iban las instrucciones para que los astrónomos muleros del otro lado apartasen las planillas y corriéndose hasta la casa de unos tipógrafos le entregasen el manuscrito, con un papelito agregado donde Minas Altas agradece las palabras que un tal Antonio de Nebrija nos prestó hace quinientos años, que nos han permitido contar nuestra historia para permanecer con ella por lo menos en el tiempo, si es que finalmente han de quitarnos el espacio.

La música circunstancial desarrollaba un tema de siesta. Se durmieron los niños, bostezaron los viejos. Los músicos, según se salteaban compases por estar durmiéndose, enfundaban sus instrumentos y se iban. Los pocos que quedaban incitaban francamente a que se fuese todo el mundo. Al final ~~quedó~~ ^{hobito} uno solo, que al quedarse dormido dejó caer el tubo; luego se fue sin recogerlo. El último en salir fue Ene Vega, que nos acompañó hasta el dormitorio, donde nos preguntó si necesitábamos algo y nos abrazó, llamando hijita a la Céfira.

Tan bien orientadas estaban las ventanas, que no hubo necesidad de colgar tantos espejos para hacer entrar las madre selvas, ni correr la cama alterando o demorando la relojería de los astrónomos, cumpliendo así con las sugerencias de los caracoles de respetar la naturaleza.

No sé quién soy, ni quién fui, estoy en un mareo de palabras, le dije clavando el primer espejito, que introdujo las madreselvas que envolvían al piano en la galería. Te contaré una historia cada noche, dijo ella trasladando a la tapa de un arcón, con otro espejo, las madreselvas que acababan de entrar. Me gustaría, dije, ver las madreselvas del baúl en aquella pared. Para eso, dijo ella, tenemos las de la otra columna, así por lo menos disimulamos ese mueble tan feo y viejo con dibujos de flores. Y yo; me desconcierta que Ene Vega te haya llamado hijita. Ene Vega es mi padre, dijo sacándose un clavito de la boca; y con esto ya hemos gastado la historia de esta noche. ¿Podrías alcanzarme otro espejo?

Las madreselvas iban y venían, confundidas por mi aturdimiento, recorriendo siempre los mismos sitios. Levanté la almohada y vi el embozo de las sábanas. ¿Las ha bordado Uve? Yo no sé quién es Uve, dijo asustándose; las bordó la costurera, esa misma que nos saludaba; la que me hizo el vestido que yo de rabia tiré por la ventana cuando tuve celos de esa Azul que hoy te miraba tanto; el mismo que después trajo la creciente, ¿no ves cómo está zurcido por todas partes? Entonces, le dije, tu nombre es Emebé y el de tu padre Jotazeta. Yo no sé nada de Emebé, dijo la Céfira soltándose el peinado alto, ni tampoco de Jotazeta. Supongo que son los nombres que Fábulo nos ha dado en sus historias. ¿Para qué preocuparte, si nunca dejaste de ser el mismo? Fábulo no quiere que te digamos nada. Si tu memoria ha de volver, tendrá que hacerlo sola. Yo puedo ayudarte recordándote de a poco, noche a noche, cosas que están al otro lado de tu girasol, como acabo de hacerlo con mi padre. No te acuerdas de nada y a mí me da lo mismo, porque te quiero en las dos partes; para mí son idénticos los dos lados de tu girasol.

Cuando ya no hubo dónde poner más madreselvas de espejos ella dijo: voy a desvestirme en la otra habitación; me da un poco de vergüenza hacerlo aquí delante tuyo; todavía me resuena ese asunto tan serio de los caracoles, y por su culpa no puedo ser la Céfira de siempre.

Me eché en la cama. El tiempo de la espera era larguísimo. Veía cómo las madreselvas virtuales se desplazaban con el sol. Sentía que las palabras del manuscrito se convertían en un pueblo, y no sabía si era así o se trataba de un pueblo convirtiéndose en palabras. Los indicios que me daba la Céfira (o Emebé) me llevaban a ocupar el lugar del cantor. A lo mejor era él quien estaba al otro lado, oscuro, de mi girasol. Entonces me habían cambiado la voz por una memoria y ahora todo consistía en volver a convertirla en voz. Entonces Fábulo no me lo había dicho todo. Cuando el cantor regresó de Lumbreras y le contó su viaje, lo hipnotizó o desmemorió, desmemoriado lo mandó al Mirador de los Vientos para que escribiese sus historias. En ese caso, dije, hice dos viajes a Lumbreras, uno en el tiempo y otro en las palabras. Y mi memoria sólo recuerda el último. Yo era entonces la virtualidad del cantor, como las madreselvas de los espejos, que ya abandonaban la tapa del baúl y empezaban a caer siguiendo el paso del sol que se ponía. Pero las madreselvas se borraban, mientras yo permanecía.

No habían acabado de borrarse cuando oí que ella daba tres golpecitos en la pared, exactamente iguales a los del manuscrito, con las mismas pausas desiguales, con la misma intensidad con que los músicos, contando nuestro noviazgo, los reconstruyeron con tres golpes de timbal.

Mientras escribo apresurado estas últimas líneas (los pasos de I y de Fábulo suenan nerviosos por la galería), observo la furia en el polvo que

levantan las explosiones, y siento la proximidad de los asesinos en el pánico de la fauna que avanza desde abajo, Minas Altas, en la mitad de esta mañana limpia, está desnuda al sol, como un cuerpo viviente. Entre los dos cerros que tengo enfrente hay un sitio preciso por donde ellos llegarán. Puedo intuir sus formas, de alguna manera ya están ahí, oblicuos y sesgantes. Son los mismos que llegaron a Lumbreras en una mañana como ésta.

Hoy mismo comenzará el éxodo de mujeres y de niños. Hay un proyecto de resistencia, de dudosa eficacia; es muy difícil luchar contra los asesinos con técnicas de astrónomos y músicos, aplicadas por hombres que sólo saben enlazar los objetos que traen las crecientes.

Es posible que cuando estas memorias hayan cruzado el mar, Minas Altas ya no exista. Centenares de hombres ²⁷⁰⁰⁰⁰⁰⁰⁰⁰ ~~cruzarán~~ en diagonal su río seco, pisotearán sus girasoles, se llevarán los relicarios, romperán los espejos, destrozarán uno por uno los muñecos. Centenares de Sietemesinos orientarán sus armas contra Fábulo, buscando todas un solo corazón para borrar, con él, todo lo que fuimos. Nuestra esperanza es sobrevivir en este manuscrito, de la misma manera que un niño recién engendrado se salvó en Lumbreras para contar la historia.

Aprejar al jamón (pag. 46) del
muñeco presentado.
Temas para añadir al capítulo II

Hobbit el muñeco presentado

Minas Altas, lugar de exilio (que es el título)

A pesar de su cultura aprafo:
no les gusta escribir. Aparecen
p. 110-111. Tienen memoria y
dan más importancia a lo hablado
que a lo escrito.

En el principio ^{Minas Altas} ~~era~~ unas cuevas donde se escondían los primeros perseguidos. Principio es un decir, una palabra vaga que sirve para intentar un comienzo cronológico, porque desde que hay memoria hubo perseguidos. Eligieron Minas Altas por ser lugar de difícil acceso. Más o menos como los lugares que eligen los cóndores, que no son ni verdaderos, porque no los tienen, su nido es el aire, de la misma manera que el verdadero pueblo de la gente que habita Minas Altas, hecha como al descuido, como cueva de cóndor, es la libertad. El cóndor, como los minalteños, considera su ^{huevo} ~~inhóspito~~ ^{habita} ~~habita~~ un lugar de paso. Los cóndores no matan para comer. Los he visto esperar y esperar la muerte de un cordero entristecido o venteado, y hasta que no lo vieron inmóvil no se acercaron a servirse de él. No forman parte de la cadena ^{que} ~~de~~ los seres vivientes utilizan para su subsistencia. Los minalteños tampoco matan para subsistir. No pueden. Asqueados, huyeron de la ~~cadena~~ ^{vista} y se enmontañaron, desde hace generaciones, a la espera de poder regresar al llano que hay más allá de las salinas, con ríos y vergeles y sierras suavemente onduladas atravesada por ríos tibios y animales mansos. Nunca nadie ha considerado a Minas Altas un pueblo, jamás trazaron una calle ni pensaron ^{otra} ~~una~~ calle que no fuera el río seco que viene a ser la hondura de su cueva. Siempre ^{se} ~~consideraron~~ ^{consideraron} que pertenecían al vergel de abajo y que allá ^{tendrían} ~~tenían~~ que volver cuando, ~~por no querer comprometerse con la muerte~~, sus vidas no estuvieran amenazadas. La gente nació y murió en esa espera convirtiendo lo que ya era un lugar permanente, en un lugar de paso, a causa de la esperanza. Y esta actitud es lo ^{razón de su exilio} ~~que hace posible la existencia del exilio~~. La naturaleza de los minalteños, como la de los cóndores, a ~~quienes~~ imitan, es ~~exiliar~~. Los cóndores, en miles de generaciones, han olvidado los motivos que tuvieron para habitar ~~cuevas~~ de paso que no alcanzan a ser nidos. Los minalteños ^{están} ~~están~~ en camino de olvidarlo también, ^{pero} ~~pero~~ como si vivieran en el aire.

Los cóndores no tienen pasado. Con cada ejemplar que muere (y están en vías de extinción) es como si muriera la especie por no haber una

1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

memoria que transmite sus fundamentos. Heredan solamente la forma y la costumbre de volar. Y cada cóndor que nace debe inventar el mundo de nuevo, así van naciendo y muriendo universos aislados que desaparecen con cada ejemplar. Conciente de ese peligro, Pábulo ha querido rescatar las historias que nacieron y murieron en Minas Altas como una manera de descondorarnos y de tener una memoria que nos permita elegir un camino y prolongarnos en el tiempo, aquí o en el vergel que dicen que perdimos. En cualquiera de los casos, me dice, nos importa recuperar esa memoria de nosotros mismos, hasta en el más mínimo detalle; (apofisismo) muchos nos entendemos hablando, pero con palabras vacías, nuestra por eso cada palabra que usted ponga, por simple que parezca, será vida recuperada, cada palabra un condorcito que vuelve y se enlaza con los otros para ser más cóndor. Si tenemos que quedarnos para siempre aquí (o algún día podemos volver ^{o seguir huyendo de donde fué} ~~todo~~ adonde ^{de} mi memoria, que es mucha, apenas alcanza, es un asunto que decidiremos entre todos cuando la memoria, sin perder el más mínimo detalle, haya sido recuperada totalmente. Los que nos persiguen desde siempre saben que nuestra memoria vale mucho, por eso corren peligro mis muñecos y por eso usted los va a pasar a las palabras, que llegarán más lejos. Quieren que desaparezcamos como los cóndores (~~usted habrá visto que el entrampador es insaciable~~), convertirnos en un olvido, porque siendo como somos nos hemos convertido en testigos de sus crímenes, a los que dan diferentes nombres para diluirlos en otras apariencias. Saben que en el aislamiento y la falta de memoria terminaremos desapareciendo. Con la memoria de nosotros, que vamos a reconstruir juntos, tengálos por seguros, que no vamos a desaparecer.

(Esto me da pie para que luego folajeta, en su círculo de suicidio, opte por ser cóndor).

Antecedente: folajeta: un cóndor que se estrelló contra una roca deliberadamente, sin usar la palabra suicidio. Contando con mucho detalle, palabras de viviente y de rocas. La cóndora lo culeó con sus alas. Los condorcitos le lloran en silencio, no pueden llorar, son muertos, alguna actitud de ellos que significare llorar.
También da pie para que sea tan importante el viaje de Euse que llenca de unas palabras (vida) para su canción.

Ene Vega se integraban como partes de su gravitación casi intolerable. Fábulo era el comienzo de lo desconocido, donde estaba mi origen.

-Fábulo podría ser mi padre -dijo.

-Aquí muy pocos tienen padre de verdad, pero hay padres para todos -dijo Ene Vega señalando la casa de donde partía la gravitación, donde la calle perdía su profundidad nivelándose con el terreno.

Fábulo abrió las cortinas de la puerta, caminó por la galería entre un ^{el} serenísimo silencio ^{que siguió a la lluvia.} ~~de montaña.~~

-Pasen, por favor -dijo el astrónomo mulero.

mirando también hasta su fondo en busca del padre que desconocía, reprochándole por haber arrojado tantos hijos al mundo, como muñecos, y arrumbarlos en un baúl de olvido, hijos que andaban en el viento y que él no podía fijar en su memoria por tenerla llena de esos horribles seres de trapo y de papel. En el camino, cuando sentí su gravitación, creía que estaba remontando a Fábulo; pero el remonte comenzaba ahora, en la mirada mutua que nos convertía en vasos comunicantes. Yo no podía atisbar, como él conmigo, su fondo cristalino, separado de mí por una comunidad.

~~... la oscuridad de su mirada... podría preguntarse...~~
 Vi que detrás de Fábulo había otros Fábulos; él era apenas el primer eslabón del origen necesario, el que uno necesita, según sus palabras, para poder tener un destino, una seña que nos llevara a la memoria original que a ninguno nos pertenecía, pero de la que derivábamos tanto él como yo; acaso sólo allá estuviese esa paternidad que buscaba inútilmente en su mirada oscura. Lo último que vi en el adentro permitido por la mirada mutua fue un deseo de Fábulo de que yo fuese un hijo suyo y prolongarse en mí mediante un trasvase de memoria, de ser nuevamente él en el otro, pero sabiendo que, aunque pudiera prolongarse, de todos modos moriría, porque remontar a los hijos no existe. Eso, junto con su muerte, también estaba en su mirada oscura, que cerró con un ligero parpadeo.

-No ha podido reconocerme ni a mí ni a la Céfira; y apenas se acuerda de Minas Altas -sonó la voz de Ene Vega junto al retorno del goteo del cántaro.

-Todo lo que saben esos muñecos del baúl -me dijo Fábulo- y los que usted puede ver en las paredes, pasará a su memoria, y de allí a las palabras escritas. Las escribiré allá arriba, a salvo de interrupciones y peligros. Bajaré una vez al mes a traer las planillas de los vientos, con las que ganará algún dinerito si lo man-

dan, y verá representada, como si estuviera sucediendo nuevamente, la historia de este pueblo, que corre el peligro de desaparecer. En ^{Ha de saber} el principio Minas Altas era unas cuevas donde se escondían los primeros perseguidos. Eligieron este lugar por ser de difícil acceso, más o menos como los que eligen los cóndores, que no son nidos, su verdadero lugar es el aire. Huyeron y se enmontañaron aquí, desde hace generaciones, a la espera de poder regresar al llano que hay más allá de las salinas, con sierras suaves, ríos tibios y animales mansos. Nunca han considerado a Minas Altas un pueblo, jamás trazaron una calle ni pensaron otra que no fuera el río seco que viene a ser la hondura de su cueva. Siempre creyeron que pertenecían al vergel de abajo y que allá volverían cuando sus vidas no estuviesen amenazadas. La gente, naciendo y muriendo, ha convertido esto en un lugar que podría ser definitivo; pero no pueden verlo así, por culpa de la esperanza que mantienen. Los cóndores, en miles de generaciones, han olvidado los motivos que tuvieron para habitar unas cuevas que no alcanzan a ser nido. Los minaletños también estamos en camino de olvidarlos. Ellos no tienen pasado; heredan solamente la forma y la costumbre de volar. Cada cóndor que nace borra un poco más su memoria colectiva. Conciente de ese peligro, he querido rescatar las historias que nacieron en Minas Altas, como una forma de descondorarnos, recuperando una conciencia que nos permita elegir un camino y prolongarnos en el tiempo, aquí o en el lugar dorado que perdimos. Por eso cada palabra que usted ponga en el papel será vida recuperada, un condorito nuevo que se enlaza con los otros para ser más cóndor. Los que nos persiguen desde siempre saben que nuestra memoria vale mucho, por eso corren peligro mis muñecos y por eso usted los va a pasar a las palabras, que llegarán más lejos; ellos buscan destruirnos o diluirnos en otras apariencias; saben que en el aislamiento terminaremos desapareciendo. Pero tenga por seguro que con la memoria que vamos a reconstruir juntos, no vamos a desaparecer.

Abrió un baúl y se puso a revolver muñecos. Trapos y cabezas, un piano de juguete, ropas y mulas de cartón.

-Veamos, -dijo-, veamos por dónde empezar.

Eligió tres o cuatro, procuró desarrugar sus trajes, los bailoteó en el aire y se metió en un tinglado de tres tablas. Sonó un siku, se descorrió el telón y asomándose dijo un muñeco amarillento:

-Estos ^{figuras} muñecos que ahora mismo podrá ver en movimientos vivos no son simples marionetas; en ellos están encerradas las almas de vivos y de muertos. Son como una copia del mundo y pronto cobrarán vida por la fuerza de la memoria, tratando de hacerlo limpiamente en sus alcances de trapo y de madera para merecer el pase a otra naturaleza, la de las palabras que viven en el papel, donde estarán a salvo del furor y la rapiña. Mírenos con cariño, porque mañana seremos sus palabras. Actuaremos ~~para usted~~ como si ésta fuese nuestra última función y el telón deba correrse para siempre. Luego volveremos al baúl, ^{desde allí sostendremos, con} ~~para sostener,~~ desde un silencio fecundador, el valor de las palabras que usted encuentre para nosotros. Ahora, por favor, préstenos un poquito su atención. La historia va a empezar.

Texto para insertar
en el capítulo 1 o
dando algo bien.

Ceremonias de la mañana

Cambian guano M.
Canción

Aquí arriba no se trata de pasar el rato o de matar el tiempo como hacen los de abajo para vivir. Aquí el tiempo es uno mismo, ^{esto} y es consecuencia de la libertad. Cada día que amanece tiene la misma importancia que cada palabra en un discurso. No es solamente un giro de la tierra, eso es la mecánica del movimiento, el engranaje del reloj, pero no la hora, el tiempo. El día es como el verbo de la oración mentado por mi gruesa Gramática, irreplicable, de la misma manera que yo puedo decir tres veces la palabra ^{guano} /gate y los tres momentos que corresponden a cada emisión no son iguales, la segunda y la tercera vez que la digo he agregado la reiteración que permite que la palabra ^{guano} /gate permanezca. Y conste que no estoy pensando, todo lo que digo es observación y experiencia, porque yo nunca pienso, no sé qué es pensar, sencillamente me dejo llevar por una corriente que existe y eso es todo.

Cuando amanece siento la necesidad de prolongar el día que nace, demorarlo en los repliegues de mí para que haya más vida. Demorarlo para que luego aflore otra vez, como la escritura con limón, ^{ante el fuego}. Y como ignoro la manera de conseguir ese objetivo que considero posible, por ahora la sustituyo con una serie de actos que casi se nombran solos como ceremonias de la mañana. Me lavo afuera, con nieve, y con esto el cuerpo se atempera mientras yo mismo me atempero por dentro. Mientras el fuego, que también ha dormido, se reaviva en el hogar, calentando mis alimentos, practico la gimnasia menos aburrida que conozco: bailar. Cantando e tocando la guitarra, con ritmos que surgen solos del cuerpo, creados por el propio movimiento, y a los cuales adapto mi voz. Generalmente ^{entra} canta las coplas que voy agregando a mi ^{Canción} zamba, que por eso es tan larga: cada día le agrego una estrofa nueva. No estoy bailando solo, la guitarra es el otro cuerpo necesario para el baile. Y por si eso fuera poco, está mi sombra, producida un poco por el sol y otro por el fuego, y especialmente gracias a mi cuerpo. No sé todavía si hago estas alabanzas al día que nace o a mi sombra, que también nace. Sea como sea, el personaje principal allí es la alegría. Y con esto siento que estoy presente en todo lo que sucede, que formo parte del nuevo día, es decir, del tiempo. Mejor dicho, soy el tiempo, que baila antes de ^{meterse} insertarse en su giróscopo.

Entrar descansa e incorpora los alimentos a mi cuerpo.

